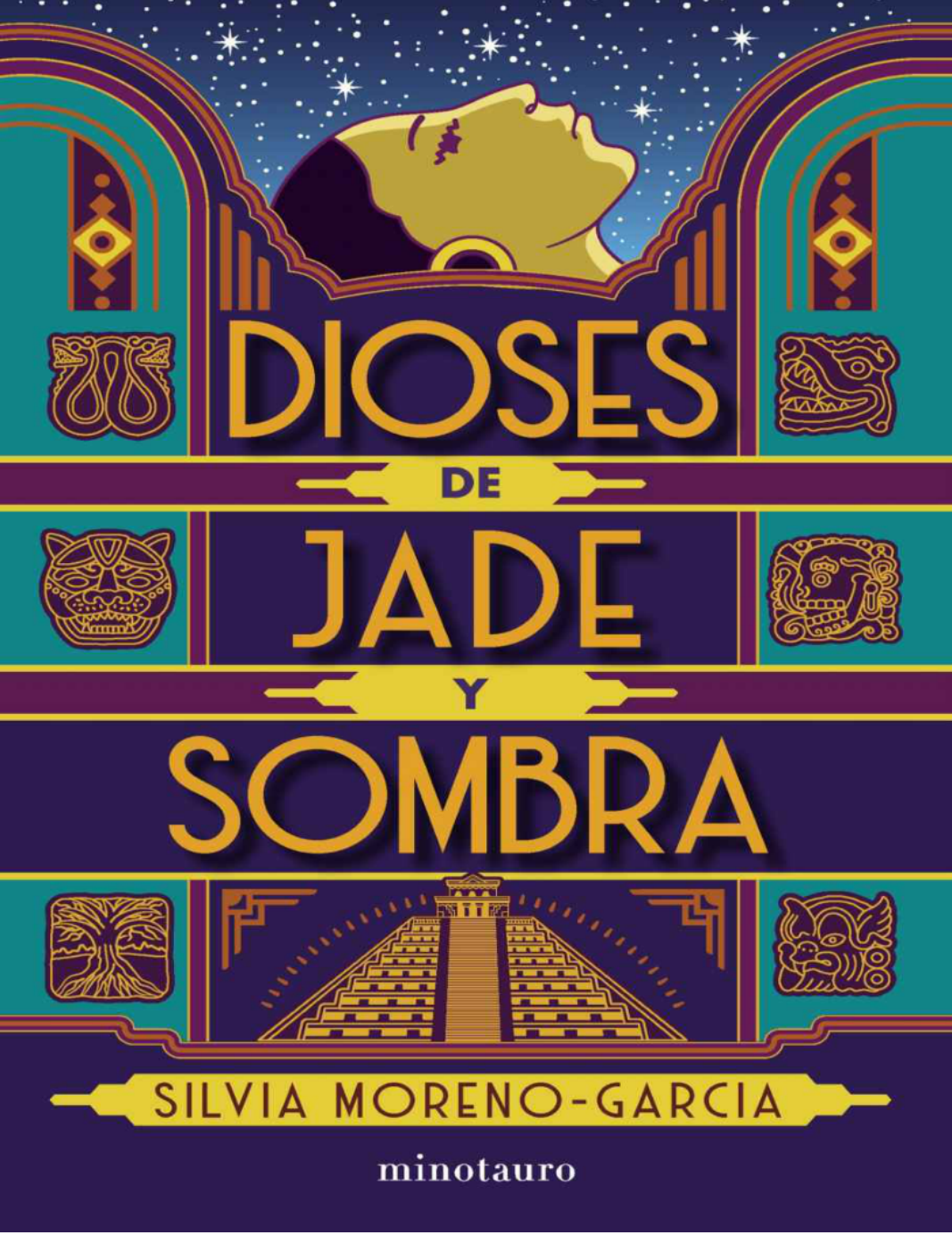

DIOSES
DE
JADE
Y
SOMBRA
SILVIA MORENO-GARCIA
minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Glosario
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La Era del Jazz está en pleno apogeo, pero Casiopea Tun está demasiado ocupada fregando suelos en casa de su rico abuelo como para prestar atención a las nuevas melodías. Sueña, de todos modos, con una vida lejos de su pequeño y polvoriento pueblo en el sur de México. Una vida que pueda calificar de propia.

Sin embargo, esta nueva vida parece tan remota como las estrellas, hasta el día en que encuentra una curiosa caja de madera en la habitación de su abuelo. La abre y libera sin querer el espíritu del dios maya de la muerte, que le pide ayuda para poder recuperar su trono, que está actualmente en manos de su traidor hermano. El fracaso significaría la muerte de Casiopea, pero el éxito podría hacer realidad sus sueños.

En compañía de un dios extrañamente seductor y armada con su ingenio, Casiopea comienza su aventura, una odisea que la llevará por las selvas de Yucatán, las brillantes luces de Ciudad de México, hasta sumergirla en las oscuras profundidades del inframundo maya.

Dioses de jade y sombra

Silvia Moreno-Garcia

minotauro

Para mis abuelas, Goyita y Rosa.
Otros mundos, otros sueños.

«Pero lo que los Señores deseaban era
que no descubrieran sus nombres.»

Popol Vuh

Capítulo 1

Hay quien nace con estrella, mientras que otros tienen la desgracia telegrafiada por la posición de los planetas. Casiopea Tun, llamada así en honor a una constelación, nació bajo la que debía de ser la estrella más vil del firmamento. Tenía dieciocho años, no tenía un centavo y se había criado en Uukumil, un pueblo insulso donde los vagones de tranvía tirados por mulas paraban dos veces por semana y el sol calcinaba los sueños. Era lo bastante sensata como para reconocer que había muchas otras jóvenes que vivían también en pueblos insulsos, en pueblos pequeños. Sin embargo, dudaba de que muchas jóvenes más tuvieran que soportar el infierno que era su vida diaria en casa de su abuelo, Cirilo Leyva.

Cirilo era un hombre amargado, con más veneno en su cuerpo marchito que en el aguijón de un escorpión güero. Casiopea cuidaba de él. Le servía la comida, le planchaba la ropa y le peinaba su escaso cabello. Cuando la vieja bestia, que tenía aún fuerza suficiente como para pegarle en la cabeza con el bastón cuando le daba gana, no gritaba para que su nieta le acercara un vaso de agua o las pantuflas, sus tías y primos le ordenaban a Casiopea que lavara la ropa, trapeara o sacudiera el polvo de la sala.

«Haz lo que te pidan; no queremos que digan de nosotras que somos unas gorronas», le había dicho la madre a Casiopea. Y Casiopea se había tragado la rabia porque no tenía sentido discutir con su madre por el modo en que la trataban; para su madre, la solución a todos los problemas era rezarle a Dios.

Pero Casiopea, que con diez años de edad había rezado para que su primo Martín se marchara bien lejos, a vivir a otro pueblo, comprendía a aquellas alturas que ella a Dios, si acaso existía, le importaba un comino. ¿Qué había hecho Dios por Casiopea, aparte de llevarse a su padre? Un empleado discreto y paciente, que amaba la poesía, que estaba fascinado por la mitología maya y griega, que solía contarle cuentos cada noche antes de ir a dormir. Un hombre cuyo

corazón claudicó una mañana, como un reloj al que hubieran olvidado darle cuerda. Su fallecimiento obligó a Casiopea y a su madre a hacer las maletas y volver a casa del abuelo. La familia de su madre se había mostrado caritativa, siempre y cuando la definición que uno tenga de caridad fuera ponerlas a trabajar de inmediato mientras sus holgazanes parientes perdían el tiempo.

De haber tenido Casiopea esa tendencia romántica tan pronunciada de su padre, tal vez se habría visto como una Cenicienta. Pero a pesar de que guardaba como un tesoro sus viejos libros, los restos esqueléticos de su colección —muy en especial los sonetos de Quevedo, pozos de sentimientos para un corazón joven como el de ella —, había llegado a la conclusión de que era una tontería considerarse como una heroína trágica. Y en consecuencia, había decidido concentrarse en asuntos más pragmáticos, y sobre todo en el hecho de que su horripilante abuelo, a pesar de sus gritos constantes, había prometido que cuando falleciera, ella sería beneficiaria de una modesta suma de dinero, el suficiente como para poder irse a vivir a Mérida.

El atlas le mostraba la distancia del pueblo a la ciudad. Lo medía con la punta de los dedos. Llegaría ese día.

Y entre tanto, Casiopea vivía en casa de Cirilo. Se levantaba temprano y se consagraba a sus tareas, sin rechistar, como un soldado en campaña.

Aquella tarde le habían mandado trapear el pasillo. No le importaba, puesto que eso le permitía mantenerse al tanto del estado de salud del abuelo. Cirilo no estaba bien; no creían que llegara a superar el otoño. El médico había venido a visitarlo y estaba hablando con sus tías. Sus voces se filtraban hacia el pasillo procedentes de la sala, con el tintineo de las delicadas tazas de porcelana puntuando una palabra aquí, otra allá. Mientras Casiopea tallaba las baldosas rojas con el cepillo, intentó seguir la conversación, puesto que pretender estar informada por otros medios de cualquier cosa que sucediese en la casa era ridículo; nadie se tomaba la molestia de hablar con ella sino era para darle órdenes a gritos. Y siguió escuchando hasta que un par de botas relucientes se detuvieron justo delante de la cubeta para trapear. No fue necesario levantar la vista para saber que se trataba de Martín. Reconoció el calzado al instante.

Martín era una copia de su abuelo en joven. Era robusto, ancho

de espaldas, con manos fuertes y grandes, capaces de dar cachetadas impresionantes. Casiopea disfrutaba pensando que cuando se hiciera mayor, se volvería un viejo feo, lleno de manchas y chimuelo como Cirilo.

—Así que estás aquí. Mi madre se está volviendo loca buscándote —dijo, sin siquiera mirarla.

—¿Qué sucede? —replicó Casiopea, descansando las manos en su regazo.

—Dice que tienes que ir a la carnicería. El vejete quiere un buen corte de ternera para cenar. Y ya que sales, tráeme tabaco.

Casiopea se incorporó.

—Voy a cambiarme.

Casiopea no llevaba ni zapatos ni medias y su falda café estaba deshilachada. Su madre subrayaba siempre la importancia del aseo, tanto en la persona como en el vestido, pero Casiopea no creía que tuviera mucho sentido preocuparse por el dobladillo de la falda cuando se dedicaba todo el día a encerar suelos o a sacudir el polvo de las habitaciones. Aunque, si tenía que salir, sí que tenía que ponerse una falda limpia.

—¿Cambiarte? ¿Por qué? Es una pérdida de tiempo. Vete enseguida.

—Martín, no puedo salir…

—Ve tal y como estás, he dicho —replicó Martín.

Casiopea lo miró y se planteó desafiarlo, pero era una persona práctica. Si insistía en cambiarse, Martín le daría una cachetada y ella no habría conseguido otra cosa que perder el tiempo. A veces, razonar con Martín era posible o, como mínimo, engatusarlo para que cambiara de idea, pero por la expresión colérica que exhibía en aquel momento, era evidente que había tenido una discusión con alguien y que ahora se desquitaba con ella.

—De acuerdo —dijo.

Martín se quedó decepcionado. Quería pelea. Casiopea recibió con una sonrisa el dinero que Martín le entregó para el mandado. Y su sonrisa dejó a Martín tan frustrado que Casiopea pensó por un momento que iba a pegarle sin motivo alguno. Al final, salió de la casa con la falda sucia y sin ni siquiera tomarse la molestia de envolverse la cabeza con un rebozo.

En 1922, el gobernador Felipe Carrillo Puerto había dictaminado

que las mujeres podían votar, pero en 1924 se enfrentó con un pelotón de fusilamiento —que es justo lo que cabría esperar que les sucediera a los gobernadores que iban por la vida dando discursos en lengua maya y que no comulgaban con la gente que ocupaba el poder— y el privilegio quedó revocado. Tampoco es que eso tuviera importancia en Uukumil. Era 1927, pero podría ser perfectamente 1807. La revolución había pasado por el pueblo, pero la vida allí seguía igual que siempre. Un pueblo con nada excepcional, excepto una modesta cantera de *sascab*; el polvo blanco sacado a pala se utilizaba para construir carreteras. Sí, también había habido en su época una plantación de henequén, pero Casiopea sabía poco al respecto; su abuelo no era hacendado. Su dinero, por lo que ella sabía, procedía de los edificios de la propiedad que tenía en Mérida. Hablaba también de oro, aunque probablemente era más palabrería que otra cosa.

De modo que mientras las mujeres de otras partes del mundo se cortaban el pelo atrevidamente corto y bailaban charlestón, Uukumil era un lugar en el que Casiopea se exponía a una amonestación si paseaba por el pueblo sin la cabeza cubierta.

En teoría, después de la revolución, el país había sido declarado laico, algo que sonaba muy bien impreso en un decreto pero que era de difícil cumplimiento en la práctica. Las rebeliones de los cristeros hervían en la zona central de México siempre que el gobierno intentaba restringir la actividad religiosa. En febrero, tanto en Jalisco como en Guanajuato, se habían producido detenciones de sacerdotes por incitar a la gente a alzarse contra las medidas anticatólicas promovidas por el presidente. Pero Yucatán era tolerante con los cristeros y la situación no se había encendido tanto como en otros estados. Yucatán siempre había sido un mundo aparte, una isla, por mucho que el atlas asegurara a Casiopea que vivía en una península cubierta de vegetación.

Y no era de extrañar que en el perezoso Uukumil todo el mundo se aferrara a las viejas costumbres. Tampoco era de extrañar que el cura del pueblo se mostrara cada vez más receloso y estuviera obcecado en preservar la moralidad y la fe católica. Miraba con desconfianza a todas las mujeres del pueblo. Toda infracción de la decencia y la virtud, por mínima que fuera, quedaba registrada. Las mujeres estaban destinadas a soportar la peor parte porque eran descendientes de Eva, que había sido débil y pecadora y había comido

la jugosa manzana prohibida.

Si el cura se cruzaba con Casiopea, la haría volver a su casa, pero ¿y qué si lo hacía? No sería el cura quien le daría unos azotes peores de los que Martín pudiera darle, y era precisamente su estúpido primo el que no le había permitido ni la oportunidad de asearse.

Casiopea llegó tranquilamente a la plaza del pueblo, que estaba dominada por la iglesia. Tenía que seguir las órdenes de Martín, pero se tomaría su tiempo. Observó los comercios amontonados bajo los portales de la plaza. Había un boticario, un sastre, un médico. Era mucho más de lo que otros pueblos tenían, pero Casiopea no podía evitar sentirse insatisfecha. Su padre era de Mérida y había sacado del pueblo a su madre para llevarla a la ciudad, donde había nacido Casiopea. Y ella se sentía de allí. O de cualquier otro lugar, de hecho. Tenía las manos callosas y feas de tallar la ropa contra el lavadero de piedra, pero su cabeza era la que se llevaba la peor parte. Anhelaba, aunque fuera, una migaja de libertad.

En algún lugar, lejos de su fastidioso abuelo y de su impertinente camarilla de parientes, había automóviles elegantes (le encantaría poder conducir), vestidos bonitos y atrevidos (como los que salían en las revistas), bailes (cuánto más movidos, mejor) y una vista sobre el por las noches (lo sabía gracias a una postal robada). Había recortado fotos de todas aquellas cosas y las guardaba bajo la almohada, y cuando soñaba, soñaba con nadar por la noche, con vestidos con lentejuelas y con un cielo despejado y repleto de estrellas.

A veces, se imaginaba a un hombre guapo haciendo pareja con ella en esos bailes, una creación amorfa compuesta por su subconsciente a partir de las fotografías de actores de cine que aparecían en los anuncios de periódico de jabón y pasadores para el pelo, y que también guardaba, a buen recaudo, en el fondo de la lata de galletas que contenía sus propiedades más preciadas. A pesar de eso, nunca se sumaba a los chismes y las risillas de sus primas, que expresaban en voz alta sus sueños. Ella mantenía la boca cerrada; sus fotografías estaban en la lata.

Casiopea compró los productos que necesitaba y, arrastrando los pies, inició el camino de vuelta. Contempló la casa de su abuelo, la mejor casa del pueblo, pintada de amarillo y con sofisticadas rejas de hierro forjado en las ventanas. La casa era tan bonita como había sido en su día El Principio, aseguraba el abuelo. El Principio era el nombre

de la famosa hacienda cercana, un edificio gigantesco donde docenas y docenas de trabajadores pobres se habían deslomado durante décadas, antes de que la revolución los liberara y obligara a los antiguos propietarios a huir al extranjero, aunque las condiciones de los trabajadores no habían mejorado.

La casa de Cirilo Leyva era una casa grande, rebosante de elegancia y repleta de todos los objetos valiosos que un hacendado pudiera tener. Con el dinero que poseía, el anciano podría haber dejado a la familia instalada en Mérida, pero Casiopea sospechaba que el hecho de haber regresado a Uukumil estaba relacionado con su deseo de jactarse de su riqueza delante de la gente con la que se había criado. Era el viaje contrario al que Casiopea quería realizar.

¡Qué bella era aquella casa amarilla!

Y cuánto la odiaba ella.

Casiopea se secó las gotas de sudor que impregnaban su labio superior.

Hacía tanto calor que Casiopea sentía la cabeza como si la tuviera dentro de un horno. Tendría que haberse llevado el rebozo para protegerse. Pero a pesar del calor, se entretuvo fuera de la casa y tomó asiento a la sombra de un naranjo. Si cerraba los ojos, tal vez consiguiera oler el aroma a sal. La península de Yucatán, Uukumil, eran lugares remotos, aislados de todo, pero el aroma a sal siempre estaba cerca. Era algo que amaba, y que echaría de menos en una ciudad lejana del interior, pero aun sabiéndolo, estaba dispuesta a hacer el cambio.

Al final, consciente de que no podía retrasarse más, Casiopea entró en la casa, cruzó el patio interior e hizo entrega de las provisiones. Su madre, con el pelo recogido en un pulcro chongo, estaba en la cocina, cortando ajo y hablando con las criadas. Su madre también trabajaba para ganarse el sustento, como cocinera. El abuelo apreciaba sus habilidades culinarias, por mucho que lo hubiera defraudado en otros aspectos, sobre todo con su matrimonio con un moreno don nadie de origen indígena. El matrimonio había dado como fruto una hija también morena, lo cual era, si cabe, aún más lamentable. La cocina, aunque concurrida, era un buen lugar donde pasar el día. Casiopea solía ayudar allí, pero cuando cumplió trece años, golpeó a Martín con una vara después de que él insultara a su padre y, desde entonces, la obligaban a llevar a cabo tareas más bajas,

para enseñarle humildad.

Casiopea se quedó de pie en un rincón y se comió un bolillo; aquel pan con corteza dura era una delicia mojado con el café. Y cuando la comida del abuelo estuvo lista, Casiopea se la llevó a la habitación.

El abuelo Cirilo tenía la habitación más grande de toda la casa, llena a rebosar de muebles de madera de caoba, con el suelo decorado con baldosas de importación y las paredes pintadas a mano con motivos de viñas y frutas. El abuelo pasaba la mayor parte del día recostado entre almohadones en una monstruosa cama de hierro forjado. A los pies de la cama había un precioso baúl de color negro que jamás abría. El baúl tenía un único elemento decorativo: la imagen de un hombre decapitado siguiendo el estilo maya tradicional, sujetando entre sus manos una serpiente de doble cabeza, un símbolo de realeza. El *k'up kaal*, la decapitación, era un motivo bastante común. En las paredes de los antiguos templos, la sangre de los decapitados se mostraba a veces brotando a chorros que adoptaban la forma de una serpiente. Pero la imagen grabada en la tapa, y pintada de rojo, no representaba la sangre, sino una espalda curvada y la cabeza decapitada cayendo al suelo.

Tiempo atrás, Casiopea le había preguntado a su abuelo acerca de aquella singular figura. Le parecía curioso, puesto que el abuelo nunca había mostrado interés por el arte maya. Y él le había respondido diciéndole que no se metiera en sus asuntos. No había tenido otra oportunidad de volver a preguntar o conocer más detalles sobre aquel objeto. El abuelo guardaba la llave del baúl en una cadena de oro que llevaba siempre colgada al cuello. Se la quitaba solo para bañarse y para ir a la iglesia, puesto que el cura era muy estricto y tenía prohibido lucir cualquier tipo de ornamento durante las misas.

Casiopea dejó junto a la ventana la cena de su abuelo que, refunfuñando, se levantó y se sentó a la mesa donde comía cada día. Se quejó sobre el pescado, que encontró demasiado salado, pero no le gritó. Por las noches, cuando los dolores se hacían más acuciantes, era capaz de bramar durante diez minutos seguidos.

—¿Tienes el periódico? —le preguntó a Casiopea, tal y como hacía todos los viernes. Los dos días en los que el tranvía paraba en el pueblo, traía de Mérida el periódico de la mañana.

—Sí —respondió Casiopea.

—Lee.

Casiopea leyó. De vez en cuando, el abuelo agitaba la mano, un gesto que era la señal para que dejara de leer aquel artículo y pasara a otro. Casiopea dudaba que a su abuelo le importara lo que le leía y pensaba que lo que buscaba simplemente era compañía, aunque no lo dijera. Cuando se hartó de lectura, el abuelo la despidió.

—Me han dicho que hoy has sido grosera con Martín —le dijo su madre más tarde, cuando estaban preparándose para acostarse.

Compartían habitación, una maceta con una planta, un soporte de macramé para dicha planta y una pintura agrietada de la Virgen de Guadalupe. Su madre, de pequeña, había sido la hija que más quería el abuelo.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Tu tía Lucinda.

—Ella no estaba presente. Fue Martín el que se mostró primero grosero conmigo —dijo Casiopea, protestando.

Su madre suspiró.

—Sabes de sobra cómo funciona esto, Casiopea.

Su madre le cepilló el pelo. Era un cabello grueso, negro, recto como una flecha, y le llegaba a la cintura. Durante el día, Casiopea lo llevaba recogido en una trenza para que no le cayera en la cara y lo mantenía en su lugar con vaselina. Por las noches lo dejaba suelto, y le ocultaba la cara y la expresión. Detrás de aquella cortina de pelo, Casiopea frunció el entrecejo.

—Sé que es un cerdo, y el abuelo no hace nada para contenerlo. El abuelo es incluso peor que Martín, es un vejestorio malvado.

—No debes hablar así. Una joven de buena cuna tiene que medir sus palabras —dijo su madre, amonestándola.

«De buena cuna.» Sus tías y sus primos eran damas y caballeros. Su madre había sido una mujer de buena cuna. Pero ella no era más que la pariente pobre.

—Hay días que me gustaría arrancarme todo el pelo, por la forma en que me hablan —confesó.

—Tienes un cabello precioso —dijo su madre, dejando el cepillo —-. Además, amargarte solo sirve para ponerte a ti de mal humor, no a ellos.

Casiopea se mordió el labio. Se preguntó cómo habría hecho su madre para tener la valentía de casarse con su padre, a pesar de tener

a toda la familia en contra. Aunque, si el desagradable rumor que Martín le había susurrado al oído era cierto, el matrimonio había tenido lugar porque su madre estaba embarazada. Eso, dijo Martín, la convertía a ella casi en una bastarda, en la hija de un príncipe pobre y sin valor alguno. Y por eso ella le había pegado con aquel palo, un golpe que le había dejado a él una cicatriz justo encima de la ceja. Era una humillación que Martín nunca le perdonaría. Y un triunfo que Casiopea jamás olvidaría.

—¿Leíste lo que te pedí?

—Mamá, pero ¿qué importancia tiene que yo sepa leer, escribir o sumar? —replicó enojada Casiopea.

—Tiene importancia.

—No voy a ir a ningún lugar donde eso tenga importancia.

—No lo sabes. Tu abuelo ha dicho que nos dará mil pesos a cada una cuando fallezca —le recordó su madre.

En la Ciudad de México, una empleada de un buen establecimiento podía obtener un salario de cinco pesos al día, pero en el campo, la mitad de esa cifra, o menos, era más realista. Con mil pesos, Casiopea podría vivir un año entero en Mérida sin trabajar.

—Lo sé —dijo Casiopea, suspirando.

—Y aun en el caso de que no nos lo diera todo, tengo mis ahorros. Un peso aquí y un peso allá, y tal vez podríamos hacer algún tipo de plan para ti. En cuanto seas un poco mayor, uno o dos años más, podríamos quizás pensar en volver a Mérida.

«Una eternidad —pensó Casiopea—. Tal vez jamás.»

—Dios ve tu corazón, Casiopea —dijo su madre, sonriéndole—. Y ve que es un corazón bueno.

Casiopea bajó la vista y pensó que no era así, puesto que su corazón burbujeaba como un volcán y tenía un tenso nudo de rencor en el estómago.

—Ven, dame un abrazo —dijo su madre.

Casiopea obedeció y abrazó a su madre como hacía de pequeña, pero el consuelo que obtenía entonces cuando establecía aquel contacto era imposible de replicar. Estaba enfadada y en el interior de su cuerpo se vivía una tormenta perfecta.

—Nada cambiará nunca —dijo Casiopea.

—¿Qué te gustaría que cambiara?

«Todo», pensó Casiopea. Pero se limitó a encogerse de hombros.

Era tarde y no tenía sentido volver a discutir sobre el tema. Al día siguiente se repetiría la misma letanía de tareas, volvería a escuchar la voz de su abuelo ordenándole que leyera, las burlas de su primo. El mundo era completamente gris, sin la más mínima pizca de color.

Capítulo 2

La tierra de Yucatán es negra y roja y descansa sobre un lecho de piedra caliza. En el norte de la península no hay ríos que corten la superficie. Cuevas y sumideros salpican el suelo, y el agua de lluvia forma cenotes y se recoge en haltunes. Los ríos que pueda haber corren subterráneos por el subsuelo, siguiendo un curso secreto. Las marismas vienen y van a su antojo durante la estación seca. Las aguas salobres son comunes, proporcionando hábitat a curiosos peces ciegos en las profundidades de las cuevas, y cuando la piedra caliza se encuentra con el océano, la costa se vuelve escabrosa.

Hay cenotes famosos que en su día fueron lugares sagrados de culto, donde los sacerdotes arrojaban al agua joyas y víctimas. Se dice que un cenote próximo a Mayapán estaba custodiado por una serpiente con plumas que engullía a los niños. Otros se supone que conectan con el Inframundo, Xibalbá, y finalmente hay algunos que eran *suhuy ha*, el lugar donde puede recogerse agua virgen.

Cerca del pueblo de Casiopea había varios cenotes, pero uno que quedaba algo más alejado, a una hora en carro tirado por mulas, era famoso por poseer propiedades curativas especiales. Una vez al mes, el abuelo les hacía ir hasta allí para poder sumergirse en sus aguas, con la esperanza de poder prolongar la vida con ello. En el carro instalaban un colchón para que el abuelo pudiera viajar cómodo y preparaban un almuerzo para comer a orillas del cenote después del baño del anciano. El abuelo hacía su siesta del mediodía y emprendían camino de vuelta cuando el sol había bajado un poco y el ambiente era más fresco. La excursión mensual era una de las pocas ocasiones en las que Casiopea tenía oportunidad de disfrutar de la compañía de sus familiares y de un merecido descanso de sus tareas domésticas. Un día de júbilo. Lo esperaba con la ilusión con la que un niño espera el día de Reyes.

El abuelo pasaba la mayor parte de los días en cama y en camisón, pero para la excursión al cenote, igual que para cualquier

visita a la iglesia, elegía traje y sombrero. Casiopea era la encargada de la ropa del abuelo, de lavarla y cepillarla, de almidonar las camisas y plancharlas. Y como partían temprano de casa, aquello significaba que para la excursión al cenote necesitaba un par de días de preparativos.

Aquel mes, el día antes de la salida, Casiopea tenía prácticamente terminada su lista de tareas y por eso se sentó en el patio interior de la casa, un alegre pedazo de verde con macetas con plantas y una fuente. Los canarios gorjeaban en sus jaulas y se oía de vez en cuando los chillidos estridentes del loro. Era un animal cruel, aquel loro. De pequeña, Casiopea había intentado darle de comer un cacahuate y le había mordido el dedo. Decía palabras obscenas, que había aprendido de los criados y de su primo, pero por el momento permanecía callado, acicalándose.

Casiopea se puso a lustrar las botas del abuelo, canturreando entre tanto. Era la última tarea que le quedaba por completar. Todo el mundo estaba durmiendo la siesta, huyendo del calor del mediodía, pero ella quería acabar con aquello para poder dedicar lo que quedaba de día a leer. A su abuelo no le interesaban los libros y prefería el periódico, pero para cubrir las apariencias, había adquirido varias estanterías y las había llenado con voluminosos ejemplares forrados en piel. Casiopea lo había convencido de que comprara algunos más, sobre todo libros de astronomía, pero también había conseguido colarle unos pocos de poesía. El abuelo ni siquiera se fijaba en los lomos. Los días buenos, como aquel, Casiopea podía disfrutar varias horas sentada en su habitación pasando páginas con pereza y siguiendo con el dedo los ríos del viejo atlas.

El loro gritó, sorprendiéndola. Casiopea levantó la cabeza.

Martín irrumpió en el patio, directo hacia ella, y Casiopea se sintió molesta de inmediato, estaba interrumpiendo su silencio, aunque intentó no demostrarlo. Calmó la rabia retorciendo el trapo que estaba utilizando para aplicar la cera. Martín tendría que estar durmiendo, como todos los demás.

—Me disponía a subir a tu habitación y despertarte, pero me has ahorrado el viaje —dijo.

—¿Qué necesitabas? —replicó ella en un tono seco, a pesar de su esfuerzo por mostrarse inalterable.

—El viejo quiere que le recuerdes al peluquero que tiene que

venir a cortarle el cabello esta tarde.

—Ya se lo recordé esta mañana.

Su primo estaba fumando, pero hizo una pausa para sonreírle y soltar una bocanada de humo. Tenía la piel clara, una muestra de la herencia europea que tanto valoraba la familia, y su pelo era un poco rizado y de un tono castaño rojizo que debía a su madre. Decían que era guapo, pero Casiopea no encontraba ninguna belleza en su cara amargada.

—Caramba, qué laboriosa estás hoy. Pensándolo bien, ¿por qué no limpias también mis botas, ya que tienes tiempo? Pasa por mi habitación a buscarlas.

Casiopea trapeaba cuando era necesario, pero el grueso de sus obligaciones tenía que ver con su abuelo. No era la criada de Martín. En la casa había sirvientas y un mandadero que podía encargarse de lustrarle los zapatos, si el muy zoquete era incapaz de hacerlo solo. Casiopea sabía que estaba pidiéndoselo para invadir el tiempo que tenía para ella y para fastidiarla. No tendría que haber mordido el anzuelo, pero no pudo evitar ponerse furiosa, una rabia que le salía de la boca del estómago y le ascendía por la garganta.

Llevaba ya varios días así, empezando con el momento en que ella había tenido la audacia de decirle que quería cambiarse para salir a hacer los mandados. Era una táctica de Martín, desgastarla hasta meterla en problemas.

—Iré luego —dijo Casiopea, escupiendo casi las palabras—. Ahora déjame en paz.

Debería haberse limitado a decir «sí», sin levantar la voz, pero había dado su respuesta con el aplomo de una emperatriz. Martín, que era imbécil pero no tonto del todo, se dio cuenta de ello, se fijó en cómo Casiopea mantenía la cabeza bien alta, y olio enseguida a sangre.

Martín se agachó, extendió una mano. La sujetó por la barbilla, con firmeza.

—Me hablas con demasiada insolencia, ¿no te parece, primita orgullosa?

La soltó, se incorporó y se pasó las manos por el pantalón, como si estuviese limpiando todo rastro de ella, como si aquel breve contacto fuese suficiente para ensuciarlo. Porque ella estaba sucia, sí, con las manos embadurnadas de cera, y quizás manchas también en la

cara, a saber, pero Casiopea sabía que el gesto no era por la suciedad de sus dedos ni por las manchas negras de grasa.

—Como si tuvieras tú algo de lo que sentirte orgullosa –continuó su primo—. Tu madre era la favorita del viejo, pero tuvo que huir con tu padre y con ello arruinó su vida. Pero tú sigues paseándote por la casa como si fueras una princesa. ¿Por qué? ¿Por qué él te contó una historia que afirma que estás secretamente emparentada con la realeza maya, que desciendes de reyes? ¿Por qué te puso ese estúpido nombre de estrella?

—De una constelación —rectificó Casiopea. Y no añadió «zoquete», aunque podría haberlo hecho. La réplica, además, fue en tono desafiante.

Tendría que haberlo dejado allí. Martín se estaba poniendo colorado de rabia. Odiaba que lo interrumpiesen cuando estaba hablando. Pero Casiopea no pudo evitarlo. Martín era como un niño jalando la cola de caballo de una niña y debería haberlo ignorado, pero una burla no deja de ser menos fastidiosa por el simple hecho de ser infantil.

—Tal vez mi padre me contara viejas historias, y tal vez no tuviera mucho dinero, pero era un hombre respetable. Y cuando me marche de aquí, seré también una mujer respetable, como él. Pero tú no lo serás nunca, Martín, por muchas capas de pintura que te eches encima.

Martín la jaló para levantarla y Casiopea, en vez de intentar evitar la cachetada que seguro estaba a punto de recibir, se quedó mirándolo sin pestañear. Había aprendido que acobardarse no servía de nada.

Pero no le pegó, lo cual amedrentó a Casiopea. Cuando la rabia de Martín era física, era más soportable.

—¿Crees que te largarás de aquí, no? ¿Dónde irás? ¿A la capital, quizás? ¿Con qué dinero? ¿O a lo mejor es que piensas que el viejo te dejará esos mil pesos que no se cansa de mencionar? He visto el testamento y no hay nada para ti.

—Mientes —replicó Casiopea.

—No tengo necesidad de mentir. Pregúntaselo a él. Ya verás.

Casiopea sabía que era cierto, estaba escrito en su cara. Además, Martín no tenía la imaginación necesaria para mentir sobre aquello. Comprender la verdad fue un golpe más duro que cualquier

cachetada. Retrocedió unos pasos. Se aferró a la lata de cera como si fuera un talismán. Se le había quedado la boca seca.

No creía en cuentos de hadas, pero Casiopea se había convencido de que tendría un final feliz. Había dejado aquellas fotos bajo la almohada —un anuncio con un automóvil y otro con vestidos bonitos, un paisaje de playa, fotos de un actor de cine— en un gesto, silencioso e infantil, de magia simpatética.

Martín sonrió y siguió hablando:

—Cuando el viejo muera, quedarás bajo mi responsabilidad. Tal vez hoy no saques lustre a mis zapatos, pero te aseguro que tendrás un montón de oportunidades de poder lustrarlos a diario, y para el resto de tus días.

Se marchó y Casiopea volvió a sentarse. Aturdida y con los dedos manchados de negro, empezó a pasar el trapo por los zapatos. En el suelo, a su lado, la colilla de un cigarro se apagaba lentamente.

Las consecuencias del encuentro fueron prácticamente inmediatas. Su madre le informó del castigo mientras estaban preparándose para acostarse. Casiopea sumergió las manos en la palangana que tenían encima de la cómoda.

—Tu abuelo ha pedido que mañana te quedes aquí —dijo su madre—. Mientras estamos fuera, ocúpate remendando un par de camisas.

—Es por Martín, ¿verdad? Me castiga por él.

—Sí.

Casiopea levantó las manos y salpicó el suelo con agua.

—¡Cuánto me gustaría que salieras en mi defensa! ¡A veces, cuando veo cómo dejas que nos pisoteen, tengo la sensación de que careces de orgullo!

La madre de Casiopea tenía el cepillo en la mano, dispuesta a cepillarle el pelo como hacía cada noche, pero se quedó paralizada. Casiopea observó la cara de su madre reflejada en el espejo que tenían al lado de la palangana, las arrugas que encerraban su boca a lado y lado, las líneas de la frente. No era mayor, no, pero en aquel momento parecía agotada.

—A lo mejor algún día aprendes lo que significa hacer sacrificios —replicó su madre.

Casiopea recordó los meses posteriores al fallecimiento de su padre. Su madre intentó ganarse la vida con sus labores de macramé,

pero necesitaban más dinero. Su madre vendió las pocas cosas valiosas que poseían, pero cuando llegó el verano, la mayoría de sus muebles y su ropa ya había desaparecido. Empeñó incluso su anillo de bodas. Casiopea se sintió avergonzada, comprendiendo lo difícil que debía de haber sido para su madre regresar a Uukumil, a su desagradable padre.

—Mamá —dijo entonces—. Lo siento.

—Para mí también es una situación complicada, Casiopea.

—Sé que para ti es duro. ¡Pero Martín es malvado! A veces desearía que cayera en un pozo y se partiera la espalda —dijo Casiopea.

—¿Y tendrías una vida más feliz si pasara eso? ¿Serían tus tareas más breves y menos pesadas?

Casiopea negó con la cabeza y se sentó en la silla en la que se sentaba todas las noches. Su madre empezó a hacerle el partido en el cabello y a cepillarlo con delicadeza.

—No es justo. Martín lo tiene todo y nosotras no tenemos nada —dijo Casiopea.

—¿Y qué tiene Martín? —preguntó su madre.

—Dinero… buena ropa… y puede hacer todo lo que le viene en gana.

—Hacer todo lo que te viene en gana por el simple hecho de poder hacerlo no es correcto —replicó su madre—. Es precisamente por eso que Martín es tan mal hombre.

—Si yo me hubiera criado con su dinero, te prometo que no sería mala.

—Pero serías una persona completamente distinta.

Casiopea no pudo llevarle la contraria. Estaba agotada y su madre le servía constantemente un plato lleno de obviedades en vez de darle respuestas o actuar. Pero no podía hacer otra cosa que aceptar la realidad, aceptar el castigo y seguir adelante día tras día. Casiopea se fue a dormir con la cabeza repleta de silencioso rencor, como tenía que ser.

Cuando la familia se marchó, a la mañana siguiente, Casiopea entró en la habitación de su abuelo y se sentó a los pies de la cama. El abuelo había dejado las camisas sobre una silla. Casiopea llevaba consigo la caja de la costura, pero al ver aquellas camisas desagradables, lanzó la caja contra el espejo del tocador. En

condiciones normales nunca se habría permitido aquella exhibición flagrante de rabia, pero estaba tan enfadada que se sentía a punto de estallar. Necesitaba enfriar los ánimos. Y luego, respirar hondo, pasar el hilo por la aguja y empezar a coser botones.

Oyó entonces un sonido metálico que emitió al chocar contra el suelo algún objeto que había caído del tocador con el golpe. Con desgana, se levantó para recogerlo. Era la llave del abuelo, la que siempre llevaba colgada al cuello. La había dejado allí para bañarse en el cenote. Casiopea miró la llave y luego miró el baúl.

No lo había abierto nunca, jamás se había atrevido a hacerlo. Fuera lo que fuese que había allí dentro, fuera oro o dinero, debía de ser valioso. Y recordó que el anciano tenía intención de no dejarle nada en herencia. Nunca le había robado nada al abuelo; habría sido una tontería porque él se habría dado cuenta. Pero el baúl… si eran monedas de oro, seguramente que no notaría la ausencia de un par de ellas. O, mejor aún, si las tomaba todas, ¿podría él impedirle huir con su tesoro?

Casiopea aguantaba siempre con paciencia, tal y como su madre le había pedido que hiciera, pero no era una santa, y todos los comentarios malévolos que había ido tragando se habían acumulado dentro de ella como un abultado tumor. Si el día no hubiese sido tan caluroso, con un calor de esos que alteraban los sentidos, con ese tipo de calor que lleva a un perro manso a morder la pierna de su amo en un repentino acto de traición, tal vez no habría caído en la tentación. Pero la rabia contenida la tenía enfebrecida.

Rompió el ciclo de su penosa existencia y decidió que miraría el contenido del baúl, y que si lo que guardaba era oro, que se fuera todo al infierno: lo tomaría y dejaría atrás para siempre aquel lugar podrido. Si no había nada —y lo más probable era que no hubiera nada y que aquello no fuera más que un simple acto de rebeldía que, como lanzar contra el espejo la caja de costura, actuaría simplemente como un tibio bálsamo para sus heridas—, al menos habría satisfecho su curiosidad.

Casiopea se arrodilló delante del baúl. Era un objeto sencillo, con asas para el transporte en ambos lados. Sin ningún elemento decorativo excepto la imagen pintada en rojo del hombre decapitado. Pero cuando pasó la mano por la superficie, descubrió que había unas formas grabadas y tapadas con pintura. Era imposible saber qué eran,

pero eran perceptibles. Le dio un empujón al baúl.

Pesaba.

Descansó ambas manos sobre el baúl y por un instante se planteó olvidarse de la idea. Pero estaba enfadada y, más que eso, sentía curiosidad. ¿Y si de verdad había dinero encerrado allí dentro? El viejo estaba en deuda con ella por todo lo que la hacía sufrir.

Todo el mundo estaba en deuda con ella.

Casiopea insertó la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la tapa. Se quedó sentada y confusa al ver lo que contenía el baúl. No era oro, sino huesos. Huesos muy blancos. ¿Sería una trampa? ¿Estaría el premio escondido debajo? Casiopea introdujo una mano en el baúl y removió los huesos, intentando localizar algún tipo de panel oculto.

Nada. No palpó nada, excepto la suavidad fría de los huesos.

Su suerte de siempre, claro. Cero suerte.

Suspiró y decidió dejarlo pasar.

Notó una punzada de dolor en el brazo izquierdo. Sacó la mano del baúl y cuando se miró el pulgar vio una punta blanca, un trocito minúsculo de hueso que se le había clavado en la piel. Intentó extraérselo, pero lo único que consiguió fue clavárselo más. De la herida, brotaron entonces unas gotitas de sangre.

—¡Qué tonta soy! —dijo, incorporándose.

Su suerte no era cero, sino menos cero. Los adivinos se habrían reído de ella al leerle el futuro, pero entonces, cuando se levantó, el baúl… gimió, un sonido grave y potente. Pero seguro que no. Seguro que el sonido venía de fuera.

Casiopea volvió a la cabeza, dispuesta a ir a mirar por la ventana.

Con un repiqueteo furioso, los huesos volaron por los aires y empezaron a recomponerse hasta formar un esqueleto humano. Casiopea se quedó paralizada. El dolor que sentía en la mano y la oleada de miedo que se apoderó de ella la inmovilizaron por completo.

En un abrir y cerrar de ojos, los huesos se colocaron en su lugar, como las piezas de un rompecabezas. Y en un instante más, los huesos se cubrieron de músculos, desarrollaron tendones. En otro parpadeo, quedaron cubiertos con piel. Y antes de que a Casiopea le diera tiempo a respirar o a dar un paso atrás, apareció ante ella un hombre alto y desnudo. Tenía el cabello con la tonalidad negro azulada del plumaje brillante de un pájaro, largo hasta los hombros, la piel bronceada, la

nariz prominente, la expresión orgullosa. Parecía un rey guerrero, el tipo de hombre que solo existía en los mitos.

El desconocido tenía una belleza sobrenatural —una belleza dibujada a partir de humo y sueños, convertida en piel falible—, pero su mirada oscura estaba esculpida en pedernal. La taladró hasta lo más profundo, la taladró con tanta fuerza que Casiopea se vio obligada a llevarse la mano al pecho, temiendo que fuera a atravesarle incluso los huesos, que le traspasara el corazón. Las muchachas del pueblo cantaban a veces una canción: «¿Sabes, mamá? Encontré un hombre. ¿Sabes, mamá? Bailaré por la calle con él. ¿Sabes, mamá? Lo besaré en la boca». Ella no la cantaba porque, a diferencia de las muchachas que sonreían con toda intención, que sonreían pensando en un hombre concreto al que les gustaría besar o al que ya habían besado, Casiopea no conocía muchos nombres de muchachos. Pero en aquel momento pensó en esa canción, como el creyente piensa en una oración cuando se ve atrapado en un momento de crisis.

Casiopea miró fijamente al hombre.

—Estás ante el Supremo Señor de Xibalbá —dijo el desconocido. Su voz contenía el frío gélido de la noche—. He sido prisionero durante mucho tiempo, y tú eres responsable de mi libertad.

Casiopea era incapaz de unir ni siquiera dos palabras. Aquella aparición acababa de decirle que era un Señor de Xibalbá. Un dios de la muerte en aquella habitación. Imposible, pero innegablemente cierto. Casiopea no se detuvo a plantearse su estado mental, a pensar que tal vez estaba alucinando. Lo aceptó como algo real y sólido. Lo tenía delante, sabía que ni estaba loca ni era propensa a las fantasías, y por ello confió en lo que veían sus ojos. Su preocupación, pues, era muy simple, no tenía ni idea de cómo dirigirse a una criatura divina y, en consecuencia, se limitó a inclinar torpemente la cabeza. ¿Debería saludarlo y darle de algún modo la bienvenida? ¿Pero cómo conseguir que su lengua crease los sonidos adecuados, que de sus pulmones saliera una brizna de aire?

—El traidor de mi hermano, Vucub-Kamé, me engañó y me hizo prisionero —continuó la aparición, y Casiopea, habiendo perdido la voz, agradeció poder oír la de él—. Me arrebató el ojo izquierdo, la oreja izquierda y el dedo índice izquierdo, así como mi collar de jade.

Y mientras hablaba, levantó la mano y Casiopea se dio cuenta de que, efectivamente, le faltaban las partes del cuerpo que acababa de

mencionar. Su aspecto era tan maravilloso, que de entrada le había sido imposible fijarse en aquella carencia. Solo se hizo evidente cuando él lo destacó.

—El propietario de esta morada ayudó a mi hermano, haciendo posible su plan —dijo.

—¿Mi abuelo? Dudo que…

La miró fijamente. Casiopea no dijo ni una palabra más. Por lo visto, tenía que limitarse a escuchar. Para qué pensar en saludos o sentirse mal por su torpe silencio. Le chasquearon los dientes cuando cerró la boca con fuerza.

—Encuentro adecuado, pues, que hayas abierto el baúl. Un círculo completo. Tráeme ropa; emprenderemos viaje hacia la Ciudad Blanca —dijo.

Casiopea estaba acostumbrada a aquel tono, el tono que emplea un hombre cuando se dirige a su sirviente. La familiaridad de la orden consiguió sacarla por fin de su estado de confusión y esta vez replicó con una frase entera, aunque poco natural.

—¿A Mérida? ¿Qué nosotros, me refiero a que los dos… a que quieres que los dos vayamos a Mérida?

—No me gusta repetirme.

—Discúlpame, pero es que no entiendo por qué tengo que ir yo también —dijo Casiopea.

La réplica le salió espontáneamente. Por eso siempre acababa metiéndose en problemas con Martín y con su abuelo. Una mala cara aquí, un gesto de enfado allá. La mayoría de las veces habría podido controlarse, pero al cabo de un rato sabía que la insatisfacción habría empezado a hervir en su estómago y habría acabado escapando, como el vapor de una tetera. Nunca fallaba. Sin embargo, jamás en la vida le había replicado a un dios. Se preguntó si acabaría atravesada por un rayo, devorada por gusanos o reducida a polvo.

El dios se le acercó, la tomó por la muñeca y le levantó la mano, forzándola a abrirla.

—Voy a explicarte una cosa —dijo, tocándole el pulgar. Casiopea esbozó una mueca de dolor al sentir el contacto, como si le hubiese jalado un nervio—. Aquí se aloja un fragmento de hueso, una parte minúscula de mí. Tu sangre ha despertado y ha reconstituido la mía. Incluso ahora, me está proporcionando alimento. A cada momento que pasa, ese alimento, esa vida, fluye de ti para entrar en mí. Acabarás

vaciada por completo, te matará, a menos que yo te extraiga ese hueso.

—Entonces, extráelo —dijo Casiopea, alarmada de repente, y se olvidó de añadir un «por favor» a la frase, que debía de ser lo mínimo que se esperaba de un mortal.

El dios negó majestuosamente con la cabeza. Cualquiera pensaría que estaba ornamentado con malaquita y oro, no desnudo en medio de una habitación.

—No puedo, porque no estoy completo. Me falta el ojo izquierdo, la oreja izquierda, el dedo índice izquierdo y el collar de jade. Debo reunirlo todo para volver a ser yo. Hasta entonces, este fragmento permanecerá dentro de ti, y tú debes permanecer a mi lado, o fallecerás.

Le soltó la mano. Casiopea se quedó mirando el dedo pulgar, se lo frotó y luego volvió a mirar al dios.

—Tráeme ropa —dijo—. Date prisa.

Podría haberse quejado, llorado, resistirse, pero habría sido una pérdida de tiempo. Además, tenía el fragmento de hueso clavado en la mano, y a saber si su miedo a morir víctima de los gusanos escondería algo de verdad. Tenía que ayudarlo. Casiopea cerró la mandíbula con fuerza. Abrió las puertas del armario de su abuelo y sacó un pantalón, un saco y una camisa de rayas. No era la última moda, aunque el cuello blanco desmontable era nuevo. La Calaca tilica y flaca, decía el dicho, y el dios era alto y delgado, efectivamente, lo que implicaba que aquella ropa no le sentaría muy bien, pero tampoco podía pedirle al sastre que se pasara ahora por casa.

Sacó también un sombrero, ropa interior y un pañuelo para completar el conjunto. Era una tarea que había realizado otras veces y la familiaridad de entregarle aquellas prendas venció cualquier otro recelo.

Por suerte, el dios sabía vestirse solo. Era imposible saber si tenía experiencia con aquel tipo de prendas. Pero habría sido más vergonzoso tener que abotonarle la camisa a un dios de lo que ya era verlo vestirse. Casiopea había visto hombres desnudos en libros de mitología, pero incluso los héroes griegos tenían la precaución de cubrirse con un pedacito de tela sus partes íntimas.

«Iré directa al infierno», pensó, porque eso era lo que pasaba cuando mirabas un hombre desnudo que no era tu esposo y este,

además, era atractivo. Y luego ardería toda la eternidad, seguro. Sin embargo, rectificó su pensamiento cuando recordó que estaba en presencia de un dios, y que había mencionado además a otro dios, lo que implicaría que el cura se equivocaba cuando hablaba sobre el Todopoderoso que estaba en el cielo. En el cielo no había un solo dios, con barba y observándola siempre, sino varios dioses. Lo cual también podía significar que el infierno no existía. Un concepto sacrílego, que sin duda exploraría más adelante.

—Indícame la forma más rápida de llegar a la ciudad —dijo el dios mientras se ajustaba la corbata.

—El tranvía. Son casi las once —dijo Casiopea, mirando de reojo el reloj que había junto a la cama y sujetando el saco del traje para que pudiera ponérsela—. Se detiene en el pueblo dos veces por semana a las once en punto. Hay que tomarlo.

El dios accedió a la propuesta y cruzaron corriendo el patio de la casa para salir a la calle. Para llegar a la parada del tranvía tenían que pasar por el centro del pueblo, lo que significaba desfilar por delante de todo el mundo. Casiopea sabía que pasear al lado de un desconocido estaba muy mal visto, pero incluso cuando el hijo del médico volteó hacia ella y varios niños que perseguían un perro callejero se pararon para reírse de ellos, no bajó el ritmo.

Cuando llegaron a la penosa parada del tranvía —un único banco, bajo un sol implacable, donde la gente podía sentarse a esperar la llegada del transporte—, Casiopea recordó un detalle importante.

—No tengo dinero para el boleto —dijo.

Tal vez, al final, no podrían emprender el viaje. Lo cual sería un alivio, puesto que Casiopea no entendía qué se suponía que tenían que hacer en la ciudad y, además, no estaba en absoluto preparada para nada de todo aquello.

El dios, vestido ahora con la ropa de primera calidad de su abuelo y con un aspecto parecido al de un caballero, no dijo nada. Se arrodilló y tomó un par de piedras. Con el contacto, las piedras se convirtieron en monedas. Justo a tiempo, puesto que en aquel momento apareció la mula por las vías, tirando del viejo vagón.

Pagaron el boleto y tomaron asiento. El tranvía tenía techo, un auténtico lujo, puesto que los vehículos que cubrían las zonas rurales podían llegar a ser muy básicos. Había tres pasajeros más acompañándolos, pero no se mostraron interesados ni por Casiopea ni

por su acompañante. Lo cual era bueno, ya que Casiopea se habría sentido incapaz de entablar conversación.

En cuanto el tranvía se puso en marcha, Casiopea cayó en la cuenta de que la gente del pueblo diría que había huido de allí con un hombre, igual que había hecho su madre, y que hablaría mal de ella. Aunque, al parecer, al dios que acababa de salir del baúl le importaba un comino su reputación.

—Dime tu nombre —dijo el dios en cuanto la parada, el pueblo y todo lo que Casiopea conocía empezaron a hacerse cada vez más pequeños.

Casiopea se cubrió mejor con el rebozo.

—Casiopea Tun.

—Soy Hun-Kamé, Dios de las Sombras y gobernador legítimo de Xibalbá —dijo el dios—. Y te doy las gracias por haberme liberado y por el regalo de tu sangre. Sírveme bien, doncella, y me encargaré de recompensártelo.

Durante un breve instante, Casiopea pensó en escapar, en que era completamente factible saltar del tranvía y volver corriendo al pueblo. A lo mejor el dios la convertía en polvo, aunque eso siempre sería mejor que cualquier otro destino horroroso que pudiera aguardarle. Porque le aguardaba un destino horroroso, ¿verdad? ¿Acaso los Señores de Xibalbá no disfrutaban engañando y aniquilando mortales? Pero luego estaba el tema del fragmento de hueso y aquella voz insistente que sonaba en algún rincón de su cabeza y que no paraba de susurrarle la palabra «aventura».

Porque lo que estaba claro era que no volvería a tener otra oportunidad de abandonar el pueblo, y lo que el dios pudiera mostrarle sería deslumbrante y asombroso. La atracción de lo desconocido era fuerte, pero más fuerte era la curiosidad y el optimismo ciego de la juventud, que le exigía «vete ahora, y vete rápido». Cualquier muchacha sueña en algún momento en poder marcharse de casa, y ahora se presentaba ante ella una oportunidad imposible. Se aferró a ella con avaricia.

—Muy bien —dijo, y con aquellas dos palabras aceptó su destino, por horrible o maravilloso que fuera a ser.

El dios no dijo nada durante todo el viaje hasta Mérida, y a pesar de que Casiopea se sentía confusa y espantada, se alegró también de ver desaparecer el pueblo a lo lejos. Casiopea Tun emergía por fin al

mundo, no del modo en que se habría imaginado, pero emergía a él, al fin y al cabo.

Capítulo 3

Martín Leyva. Veinte años y guapo, con aspecto de tipo duro, ojos color miel y lengua afilada. Hijo único del único hijo varón de Cirilo Leyva —aunque el anciano había tenido hijas en cantidad— era, debido a las circunstancias de su nacimiento, heredero de la fortuna de Leyva y su género le permitía andar pavoneándose como un gallo de corral por el pueblo. Sus botas de cuero de calidad, las hebillas de plata de sus cinturones y su cigarrera con las iniciales grabadas, componían una imagen que hacía que nadie dudara de la posición que ocupaba en la sociedad ni de su magnificencia.

Nadie, claro está, excepto su prima Casiopea. La mirada escéptica de la muchacha era como una salpicadura de ácido en la cara del joven. «¿Por qué no podrías haber sido hombre?», le había dicho el abuelo a Casiopea en una ocasión, y Martín, con la duda recosida en el alma, nunca había sido capaz de olvidar aquel momento.

Martín Leyva, el majestuoso y despectivo Martín Leyva, entró en la sala pisoteando como un niño, y como un niño se enfurruñó y tomó asiento en uno de los mullidos sillones. Su madre, sus tías y dos de sus hermanas estaban presentes aquel día, ocupadas con sus bordados.

—¿Te queda algún cigarro, mamá? —preguntó, suspirando con irritación.

A pesar de que los periódicos contenían anuncios aconsejando a las mujeres sustituir el tabaco por bombones, la madre de Martín, Lucinda, los distribuía con prudencia, en parte porque era una mujer anticuada y en parte porque era tacaña.

—Fumas demasiado; es malo para el aliento. ¿Y qué has hecho con tus cigarros? —dijo—. ¿Ya te has acabado el paquete?

—Llevo días sin fumar nada, y no te lo pediría si Casiopea hiciera los mandados como tendría que hacerlos —replicó, enfadado por tanto interrogatorio.

—¿Insinúas que ha estado eludiendo de nuevo sus tareas?

—Cuando va de compras tarda una eternidad y es una

maleducada —respondió Martín. Si su madre le encontraba un fallo a Casiopea, no se lo encontraría a él y su exceso de consumo de tabaco quedaría ignorado.

—Entiendo.

Lucinda tenía el cabello rojizo y un cuello tan divino que incluso un poeta había compuesto un poema en su honor. Se había casado con el único hijo de Cirilo Leyva, un joven tranquilo y discreto que no le gustaba mucho, después de llegar a la conclusión de que los poetas no podían ni pagar un alquiler. Disfrutaba de los lujos de la casa de Uukumil, de la posición que ser una Leyva le otorgaba por aquellos parajes y, por encima de todo, disfrutaba de adular y mostrarse servil con su único hijo. Desde que Casiopea le pegara aquel día con un palo, miraba a la muchacha con malos ojos, convencida de que era repugnante.

Lucinda abrió el bolsito de terciopelo que siempre llevaba con ella y extrajo un cigarro, que entregó a su hijo.

—Tendré que mencionárselo a tu abuelo —dijo Lucinda.

—Como quieras —contestó Martín.

Poner en problemas a Casiopea no era su intención, pero si aquel tenía que ser el resultado final, no le importaba. Según su razonamiento, si ella hubiera vuelto enseguida a casa, él no se habría visto obligado a tener que pedirle a su madre el cigarro y, por lo tanto, la que lo había hecho mal era la muchacha. Utilizaba aquel razonamiento a menudo. Él rara vez era la causa de sus infortunios.

Fue a fumar al patio interior y estuvo un rato mirando al loro comiendo en su jaula y luego, aburrido, se fue a su habitación para echar una siesta. Llevaba una existencia indolente, amenizada con los objetos más caros y el alcohol que podía encontrar en el pueblo. Cuando Martín se despertó, palpó la cama en busca del paquete de tabaco y recordó que Casiopea había ido a comprarlo. Maldijo para sus adentros, porque la muchacha ni siquiera se había tomado la molestia de traérselo.

Esperó delante de la habitación del abuelo hasta que ella salió, con el periódico bajo el brazo. Casiopea lo vio en cuanto salió al pasillo y lo miró con ojos oscuros y desdeñosos.

—¿Dónde te has metido? Te dije que fueras a buscarme tabaco y ni siquiera me los has traído.

—He estado haciendo mis tareas, Martín. Le llevé la carne a la

cocinera.

—¿Y yo qué? —dijo Martín.

—Tenía entendido que lo más importante era que el abuelo tuviese su carne para la cena.

—Oh, ¿y qué pasa? ¿Qué yo no soy importante?

—Martín —dijo Casiopea, buscando en el bolsillo de la falda y sacando el paquete de tabaco—. Ten.

Y aquel, como muchos de sus gestos, fue desdeñoso. No es que hubiera dicho nada malo. Sino que era su tono de voz, el movimiento de la cabeza, incluso la forma de respirar. Tranquilo y desafiante y, al mismo modo, sacándolo a él de sus casillas. Martín creía que estaba confabulando contra él, o que confabularía de poder hacerlo.

Martín tomó de mala gana el paquete de tabaco. La muchacha se marchó, y en cuanto la perdió de vista, se olvidó de que se había enfadado con ella, aunque rápidamente volvió a colocarse en el lado malo con su impertinencia con las botas. ¿Tan complicado era hacer lo que él le pedía sin una queja o una mirada de desdén?

Y Martín la delató, naturalmente, fue a contarle al abuelo que Casiopea había vuelto a faltarle al respeto y, después de aquello, fue a buscar entretenimiento, a modo de recompensa. En el pueblo había una única y decrépita cantina. Martín no la frecuentaba porque no le parecía correcto que el nieto del hombre más importante de Uukumil asomara la cabeza por allí. Y lo que hacía, en contrapartida, era socializar con lo que se consideraba la *crème de la crème* del pueblo. El farmacéutico y el notario, que hacía también las veces de sastre, organizaban partidas de dominó en sus respectivas casas algunas noches, pero Martín solía aburrirse cuando acudía a aquellas reuniones. Casiopea sabía jugar tanto al ajedrez como a las damas, pero era mejor que él en ambas actividades, y como a Martín no le gustaba perder, y menos delante de una muchacha, no se dignaba a jugar con ella.

Se decidió por ir a casa del farmacéutico. Con rigidez mecánica, tomó asiento a la mesa al lado de los otros hombres y observó cómo uno de ellos vaciaba la caja que contenía las fichas.

Y en vez de incomodarse por la monotonía del juego, las caras y los rituales que tan bien conocía consiguieron aplacarlo. A diferencia de Casiopea, que estaba más desencantada con el pueblo y con la similitud de las caras a cada día que pasaba, a Martín le reconfortaba

aquella familiaridad.

Cuando Martín regresó a casa y vio a Casiopea cruzando el patio, en dirección a la cama, sin duda, estaba sumido en un estado mental difuso y agradable, y siendo del tipo de borracho que de forma natural se empeña en dar múltiples disculpas cuando la embriaguez erosiona sus defensas, se dirigió a ella:

—Casiopea —dijo.

Casiopea levantó la cabeza. No lo miró con ojos inquisitivos, como habrían hecho muchos, sino que lo miró fijamente.

De niño, Martín tenía miedo del monstruo que vivía debajo de su cama y se tapaba con la colcha hasta la barbilla para sentirse seguro. Martín tenía la agobiante sospecha de que su prima no le había tenido miedo a nada de pequeña, y que seguía sin tenerle miedo a nada. Lo consideraba poco natural, sobre todo en una muchacha.

—Casiopea. Sé que el viejo te ha castigado y debo decirte que me parece un trato injusto. ¿Quieres que le pida que te deje venir mañana con nosotros? —dijo.

—No quiero nada de ti —le espetó Casiopea como respuesta.

Martín se enfureció. A Casiopea le encantaba pelearse con él, desobedecerlo, hablarle con su característico tono insolente. ¿Cómo iba a ser él amable cuando ella era tan obstinada? Había sido una equivocación plantearse aquel gesto con ella.

—Muy bien —dijo—. Espero que te lo pases bien con tus tareas.

Y se marchó. Ni se le pasó por la cabeza pensar que aquel intento de disculpa había sido insuficiente, ni que Casiopea tuviera motivos para ser brusca con él. Se limitó a catalogar aquella conversación como un punto más en contra del carácter de su prima y se fue a la cama sin el más mínimo arrepentimiento. Si Casiopea quería martirizarse mientras el resto de la familia pasaba un día divertido, era su problema.

Capítulo 4

Se llamaba T'hó antes de que los españoles irrumpieran en la ciudad —en su día gloriosa, luego en ruinas, como si todas las cosas terrenales tuvieran que acabar en ruinas— y le pusieran por nombre Mérida. Las inmensas plantaciones de sisal o henequén enriquecieron a los hacendados, levantaron grandes casas que indicaban el tamaño de la fortuna de sus propietarios y sustituyeron las calles llenas de barro por macadán y alumbrado público. Los ciudadanos de clase alta de Mérida afirmaban que la ciudad era tan elegante como París y equiparaban el Paseo Montejo con los Campos Elíseos. Y como Europa estaba considerada la cuna de la sofisticación, las mejores tiendas de confección de Mérida vendían moda francesa y botas inglesas, y las damas utilizaban palabras como «*charmant*» para demostrar la calidad de sus tutores de importación. Los ricos contrataron arquitectos italianos para diseñar sus viviendas. Sombrereras y modistas parisinas pasaban una vez al año por la ciudad para promocionar los estilos de vestir más a la última.

A pesar de la revolución, la «casta divina» sobrevivía. Tal vez ya no hubiera yaquis deportados desde Sonora y obligados a trabajar en los campos de sisal; tal vez ya no hubiera trabajadores coreanos engañados por la promesa de rápidos beneficios y que acababan como criados no remunerados; tal vez el precio del henequén hubiera caído y tal vez la maquinaria se hubiese quedado en silencio en muchas plantaciones, pero el dinero nunca abandona con facilidad las manos de los ricos. Las fortunas cambiaban, y varias de las familias porfiristas más destacadas habían establecido vínculos matrimoniales con dinastías emergentes; otras tenían que salir adelante con bastante menos. Mérida estaba cambiando, pero Mérida seguía siendo una ciudad donde los adinerados, de piel clara y de la alta sociedad cenaban exquisiteces y los pobres pasaban hambre. Por otro lado, un país en cambio constante es un país repleto de oportunidades.

Casiopea intentó recordarse aquel hecho, que aquella era su

oportunidad de ver la ciudad de Mérida. No bajo las circunstancias que se había imaginado, pero igualmente una oportunidad.

Mérida era una ciudad viva y con las calles llenas a rebosar de gente. Todo el mundo andaba rápido. Casiopea no dispuso de mucho tiempo para admirar los majestuosos edificios. Era como un caos de color y de ruido, y a veces con estilos contrapuestos, que dejaban patente los gustos de los *nouveau riche* que habían construido la ciudad: moruno, español, rococó. Le gustaría poder tomar de la mano al dios y pedirle que se parara a mirar los automóviles negros estacionados en fila, pero no se atrevió.

Pasaron por delante del ayuntamiento, con la torre del reloj. Cruzaron la plaza principal, el corazón de Mérida. Rodearon la catedral, que había sido construida aprovechando piedras de antiguos templos mayas. Casiopea se preguntó si Hun-Kamé estaría incómodo ante aquel edificio, pero ni siquiera lo miró, y pronto estuvieron andando por calles secundarias, lejos de las multitudes y el ruido, dejando atrás el centro de la ciudad.

Hun-Kamé se detuvo al llegar a un edificio de dos plantas, pintado de verde, de aspecto contenido y pulcro. Por encima de la voluminosa puerta de madera, había un grabado en piedra que representaba un cazador con un arco apuntando hacia el cielo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Casiopea, casi sin aliento.

Se sentía dolorida y tenía la frente empapada en sudor. No habían comido ni intercambiado ni una sola palabra en todo el viaje. En aquel momento se sentía más exhausta que alarmada.

—En casa de Loray. Es un extranjero, un demonio, y podría resultarnos útil.

—¿Un demonio? —cuestionó Casiopea, acomodándose el rebozo que estaba sucio por la polvareda de la carretera—. ¿Y es seguro visitarlo?

—Como acabo de decirte, es extranjero y, por lo tanto, tiene un papel neutral. No debería de tener ningún tipo de compromiso de lealtad con mi hermano —respondió el dios.

—¿Y estás seguro de que esta es su casa? A lo mejor tendríamos que volver más tarde.

Hun-Kamé apoyó la mano en la puerta y se abrió.

—Entremos.

Casiopea no se movió. Hun-Kamé se adelantó unos pasos y, al ver

que ella no le seguía, volvió la cabeza.

—Si no le vendes tu alma, todo irá bien —dijo, lacónicamente.

—Eso suena muy sencillo —replicó ella, con cierta mordacidad.

—Y lo es —replicó él, sin registrar el sarcasmo de la voz de Casiopea o, en el caso de haberlo notado, sin darle ninguna importancia.

Casiopea respiró hondo y entró.

Accedieron a un pasillo ancho con el suelo decorado con piedra de Ticul anaranjada y las paredes pintadas de amarillo. Conducía hasta un patio, donde una parra ocupaba una esquina y una fuente borboteaba a su lado. Entraron en un salón de grandes dimensiones. Sofás blancos, mobiliario lacado en negro. Dos espejos desde el suelo hasta el techo con marco de madera de ébano. Flores blancas en una mesita de centro. La palabra más adecuada para describir la estancia era «opulencia», aunque no tenía nada que ver con la casa de su abuelo, pensó Casiopea. Aquello era más atrevido, sobrio.

Un hombre ocupaba uno de los sillones. Vestía traje gris, complementado con corbata gris y, en la solapa, un distintivo de jade para añadir una nota de color. Sus facciones estaban esculpidas con elegancia y tenía un aspecto gallardo y juvenil —no le echarías más de treinta y dos, treinta y tres—, aunque los ojos disipaban esa impresión. Porque sus ojos eran mucho más ancianos y dotados de una tonalidad verde increíble. Tenía un cuervo posado sobre el hombro derecho, acicalándose el plumaje. Casiopea comprendió al instante que tanto el ave como el hombre eran sobrenaturales, similares al dios con quien acababa de viajar hasta allí, pero de una cosecha distinta, podría decirse.

El hombre de los ojos verdes sonrió con suficiencia y echó la cabeza hacia atrás, mirando el techo.

—¿Cómo es que estás aquí? En puertas y ventanas hay repelente —dijo el hombre.

—Ni cerraduras ni vigilantes pueden dejar fuera a un Señor de Xibalbá. La muerte entra en todas las moradas.

—La muerte carece de modales. Pensaba que tu hermano te había desterrado.

—Me encarceló —dijo Hun-Kamé, en tono plano—. Fue desagradable.

—Oh, pero veo que ya eres libre. Y veo también que arrastras un

paquete algo sucio. Esta muchacha es más polvo y porquería que muchacha.

El hombre de ojos verdes, con un brazo extendido por encima del respaldo del sofá, se quedó mirándola. Casiopea se puso colorada de humillación, pero no replicó. Había oído insultos peores.

—Loray, marqués de Flechas, te presento a la dama Tun —dijo Hun-Kamé, acompañando sus palabras con un gesto.

El uso de la palabra «dama» dejó sorprendida a Casiopea, que miró a Hun-Kamé, sin tener ni idea de por qué la había llamado así. Por un momento, se sintió replegándose sobre sí misma, como un abanico.

El demonio sonrió y Casiopea enderezó la espalda y lo miró a la cara. Martín le decía que era arrogante. Y no vio motivos por los que intentar hacer gala de humildad en aquellos momentos. Intuyó que no era lo adecuado con Loray.

—Encantada de conocerle —dijo, tendiéndole la mano.

Loray se levantó y, a pesar de que la mano de Casiopea estaba sucia y sudada, se la estrechó.

—Encantado de conocer a la dama. Y encantado también de volver a verte, Hun-Kamé. Siéntense, por favor, los dos, tú y tu acompañante.

Y así lo hicieron. Casiopea agradeció aquel momento de respiro. Le habría encantado poder descalzarse sus huaraches y frotarse los pies; tenía una ampolla en un dedo. Y sabía que su cabello, protegido por el rebozo, estaba enmarañado.

—Supongo que no estás aquí para disfrutar de un vino y un plato de queso aunque, si quieres, en la casa siempre hay bebida. ¿Qué necesitas de mí? —preguntó el demonio, tomando de nuevo asiento y estirando las piernas.

—Me hacen falta ciertos elementos y debo recuperarlos. Conoces a mi hermano y has tratado con él. Y es posible que a lo largo de estos negocios te haya revelado algún que otro secreto. O que hayas obtenido esos secretos de terceras partes, como sueles hacer.

—Querido Hun-Kamé, tal vez, con todo el tiempo que has estado ausente, hayas olvidado un detalle. No soy más que un demonio y no hago tratos con tu hermano —dijo Loray, llevándose teatralmente una mano a la cabeza.

—Haces tratos con todo el mundo.

—Todo el mundo —repitió el cuervo, saltando para instalarse junto a Loray. El demonio le dio unos golpecitos en la cabeza y lo miró.

—Hablo con todo el mundo. Que no es precisamente lo mismo.

—Ahórrame las intrincadas definiciones que haces de ti mismo —dijo Hun-Kamé—. Sobrevives vendiendo secretos. Véndeme uno a mí. ¿O vas a decepcionarme contándome que has perdido tu habilidad?

—Ha perdido su habilidad —reconoció el cuervo, y voló hasta el otro extremo de la sala para instalarse encima de un grácil mueble bar de color blanco.

Loray levantó una ceja ante el comentario y rio. Antes de volver a hablar, lanzó al cuervo una mirada de enojo.

—Bien. Pues tal vez te llevarás una decepción cuando te diga que solo sé dónde está una de esas partes de tu cuerpo que te falta, Hun-Kamé.

Loray se levantó y se sirvió una copa de un licor oscuro que tomó del mueble blanco. En teoría, Yucatán era uno de los pocos estados «secos» del país, pero la aplicación de la ley era aleatoria y no era de extrañar que una casa elegante como la de Loray estuviera abastecida con una cantidad sustanciosa de alcohol.

—¿Tienes sed? —le preguntó el demonio a Casiopea.

Respondió moviendo la cabeza en un gesto negativo. Hun-Kamé rechazó también la copa. El demonio se encogió de hombros y volvió a sentarse, sujetando la bebida con la mano izquierda.

—Sé dónde puedes encontrar la oreja desaparecida, pero eso es todo. El problema, sin embargo, es el precio de mi ayuda y la cólera de tu hermano si se entera de que te he ayudado.

—Cómo si tú temieras a los dioses o a la noche, arquero —replicó Hun-Kamé—. Pero dime tu precio.

—Arquero. Qué formales nos hemos vuelto. Pues bien, como ya sabes, tengo los movimientos restringidos, solo puedo operar en esta ciudad. Una maldición ridícula que alguien me impuso —dijo Loray.

—Por tu culpa. Si no querías estar aquí, no deberías haber seguido a esos franceses en su mezquina guerra de conquista.

—¡Errores de juventud! Aprender siempre conlleva un par de siglos. Concédeme permiso para viajar por esta tierra. Abre el Camino Negro de Xibalbá para que pueda transitar por él.

—Abre —repitió el cuervo, imitando a su amo.

Hun-Kamé miró al demonio. Su rostro anguloso tenía un hieratismo que resultaba desagradable, pero finalmente ladeó la cabeza e hizo un leve gesto de asentimiento.

—Cuando recupere mi trono, podrás transitar por los caminos de Xibalbá, debajo de la tierra, pero el Mundo Intermedio no es mi dominio —le recordó el dios.

—Con eso será suficiente, ya que desde Xibalbá podré encontrar con facilidad el camino de vuelta al Mundo Intermedio —replicó el demonio—. Te diré quién tiene tu oreja, pero tal vez no te guste la respuesta. Está con el Mamlab, por desgracia, y sabes bien lo que eso implica, lluvia ligera o truenos gigantescos, quién sabe. Aborrezco a los dioses del clima. Tiene un humor siempre cambiante.

Loray apuró su copa y miró fijamente a Hun-Kamé. Era imposible saber si esperaba que Hun-Kamé se sintiera decepcionado o satisfecho con la respuesta, pero Casiopea vio que la expresión del dios era hermética. No revelaba nada.

—¿Sabes dónde está ahora?

—¿Cuál de ellos?

—El más joven, puesto que no podría ser otro que él. Habla, pues. ¿Dónde?

—Has acertado, es el más joven. ¡Y yo que pensaba que el adivino era tu hermano!

—Marqués, borra tu júbilo —dijo Hun-Kamé, cortante.

Loray suspiró.

—¿Dónde exactamente? Saberlo es difícil. Es lo que sucede con los dioses del clima, insisto. Pero estamos casi en Carnaval y apostaría a que estará en Veracruz. Para llegar hasta allí, tendrás que ir en barco desde Progreso, lo cual, teniendo en cuenta que últimamente no paran de entrar y salir embarcaciones de ese puerto, no tendría que ser mayor problema. Puedo proporcionarte un pasaje, si lo deseas —dijo el demonio, con toda la cortesía que podía hacer gala—. Podrías incluso zarpar mañana. Así tendrías oportunidad de descansar.

Descansar, sí. Fuera por el viaje, por la conmoción de estar en constante compañía de un dios o por el fragmento de hueso que llevaba clavado en la mano, la verdad era que Casiopea se moría de ganas de acurrucarse en una cama y dormir.

—Vengan. Sus habitaciones les encantarán —dijo Loray, disponiéndose a guiarlos por la casa.

Loray tenía razón. La habitación de Casiopea era grande y ventilada, con mucha luz exterior. Pero no se paró mucho a examinarla y se dejó caer en la cama, para quedarse dormida en el instante en que su cabeza acarició la almohada.

Fue el aroma a café lo que despertó a Casiopea. Abrió los ojos, de forma tentativa, y fijó la vista en el elegante techo alto antes de incorporarse, apoyándose en los codos.

—Buenos días, señorita —dijo una criada.

—Buenos días —repitió Casiopea.

La criada le pasó una bandeja con cubiertos. Casiopea, que hasta aquel momento estaba acostumbrada a servir a los demás, observó el desayuno con recelo.

—El señor Loray ha pedido a varias empleadas de la Parisina que se pasen por aquí esta mañana.

—¿Y eso qué es? —preguntó Casiopea.

La criada frunció el entrecejo.

—Una tienda. Van a traerle vestidos. Pero antes tendrá que darse un baño.

Casiopea devoró el desayuno sin apenas masticar. La criada la apuró, argumentando que las modistas llegarían en cualquier momento. Se vio prácticamente empujada hasta el baño. Aquello era muy distinto al baño sencillo a la que estaba acostumbrada. Había una tina grande con patas de hierro en forma de garras y estanterías con docenas de botellas que contenían aceites y perfumes caros.

Llenó la tina hasta el borde y vertió un poco de aceite de distintas botellas. Rosas, lilas y otras esencias de olor dulzón. En casa, se lavaba el cuello y la cara con agua de la palangana cada mañana y tenía permiso para darse un baño los domingos, antes de ir a la iglesia. Decía el abuelo que no había que utilizar agua caliente, que lo que necesitaba la gente joven para mantener la cabeza alejada de ideas nocivas era una buena ducha de agua fría. Casiopea dejó la llave del agua caliente abierta hasta que el baño quedó sumido en una nube de vapor. Y entonces se sumergió en la tina, con el agua rozándole la barbilla. Tenía talento para rebelarse en silencio.

En cuanto hubo eliminado la porquería acumulada durante el viaje y el agua de la tina quedó sucia, se enjuagó y se envolvió en una toalla enorme. Se secó y se cepilló el pelo. Cuando salió del baño, descubrió una cantidad impresionante de cajas esparcidas por la

habitación y tres mujeres sacando de ellas vestidos, faldas y ropa interior. Las mujeres estaban hablando sobre Casiopea en un tono directo y poco halagador. Tan solo con verla, reconocieron a una muchacha de campo y la estaban juzgando bajo ese prisma.

—Seguro que en su vida se ha puesto un corsé —dijo una de las mujeres.

—Ni ligas —dijo otra.

—Ni siquiera medias. Tiene piernas de campesina, desnudas, pero al menos así seguro que no habrá mucho que afeitar —llegó a la conclusión la tercera.

—¿Qué hay que afeitar? —preguntó Casiopea, pero la pregunta quedó sin respuesta y las mujeres le enseñaron cómo había que ponerse la calcetería y siguieron hablando como si ella no estuviera allí, o lo que es peor, como si estuvieran vistiendo una muñeca.

Las mujeres fueron pasándole prenda tras prenda y pidiéndole opinión. A Casiopea, que tenía un buen vestido para ir a la iglesia, le llevó su tiempo elegir y las mujeres cruzaron risillas entre ellas al ver sus titubeantes respuestas. Acabó decidiéndose por un vestido de color marfil que complementó con el contraste de un cinturón de un tono verde intenso, tan ligero que daba miedo incluso y más corto de lo que nunca habría imaginado que sería capaz de ponerse. Le cubría tan solo hasta media pantorrilla. El abuelo pensaba que el tobillo era la longitud correcta para una falda, pero aquellas mujeres le insistieron que la moda era así.

Era lo que llevaban las muchachas de las revistas. Osado, como todo aquel viaje.

Crepé, satén, gasa y algodón de atrevidos colores se amontonaban en la cama cuando la criada empezó a doblar la ropa que Casiopea había elegido para guardarla en una maleta. Luego, entró otra criada, que le comunicó que Loray quería hablar con ella.

Casiopea entró en el salón, feliz de no tener que seguir mirando sostenes de seda con encaje. El demonio le sonrió al verla, se acercó a ella y le tomó la mano. El cuervo no estaba posado en su hombro esta vez, sino en el respaldo de una silla, observándolos con la cabeza ladeada.

—Buenos días, te veo muy bien.

Casiopea asintió a modo de saludo, sin estar muy segura de cuáles eran las intenciones de Loray que le dio un beso en la mano,

como los caballeros antiguos. Después de aquello, siguió sin soltarle la mano.

—Debes perdonarme por lo que dije. Fui descortés. Es un defecto que tengo, puedo llegar a ser un auténtico patán.

—No importa. Aunque me pregunto por qué se ha tomado la molestia de proporcionarme todo esto.

Se apartó de él y tiró levemente del cinturón que adornaba su cintura. Le resultaba extraño estar vestida de esa manera y se preguntó cuánto dinero se habría gastado Loray en todo aquello.

—Pensé que un cambio de vestuario te iría bien, y acerté —replicó Loray, evaluándola con una sonrisa—. Además, nos ayudará a ser mejores amigos.

Estaba intentando encandilarla, algo a lo que Casiopea no estaba acostumbrada. Los muchachos del pueblo apenas le prestaban atención. De haber sido una criada común y corriente, la habrían rondado y le habrían robado uno que otro beso, pero al ser miembro de la familia Leyva, no se atrevían, literalmente. Casiopea tenía poca práctica en ese ámbito.

Por este motivo, en lugar de ruborizarse o bajar la vista, replicó con grave vehemencia.

—No creo que ni demonios ni dioses tengan muchos amigos.

—Tienes razón. Pero estoy dispuesto a hacer una excepción contigo, ya que tengo debilidad por los mitos. ¿Entiendes el viaje en el que estás a punto de embarcarte?

—Sé que tengo que ayudar a Hun-Kamé si quiero ayudarme a mí misma —respondió Casiopea.

—Por supuesto, ¿pero entiendes lo que hay en juego?

Casiopea no tenía ni idea. Era como una sonámbula, como si estuviese colocando un pie detrás del otro para seguir el camino que Hun-Kamé estaba trazando. No se trataba de falta de iniciativa por su parte, sino que estaba tremendamente confusa, desconocía si lo que estaba sucediendo era real, y reaccionaba por instinto. Sin embargo, por otro lado, también sentía curiosidad.

—Cuéntemelo —dijo, sabiendo que iba a escuchar una historia tan increíble como cualquiera de las leyendas y cuentos que su padre le contaba.

—Hace miles y miles de años, cayó una gran roca en la tierra. Agrietó el terreno, dejó una cicatriz. Y cuando se produce un suceso

de tanta intensidad como aquel, algo perdura —dijo Loray, satisfecho de poder explicarse—. El poder que tiene incrustada esta península irradia de ahí. Aquí hay mucha magia. En otras partes del mundo, los dioses están durmiendo, porque a pesar de que los dioses no mueren, se ven obligados a dormitar cuando los creyentes dejan de dedicarles oraciones y ofrendas.

—Pero los dioses siguen caminando por las tierras de Yucatán. Se adentran en las selvas, en el istmo o se desplazan hacia el norte, allí donde las serpientes de cascabel se enroscan en las arenas del desierto, aunque cuanto más se alejan de su lugar de nacimiento, más débiles se vuelven. Yucatán es un pozo de poder, y el Señor Supremo de Xibalbá puede acceder ese poder.

—Poder —dijo el cuervo.

Loray levantó la mano. El cuervo cruzó el salón para posarse en su muñeca y el demonio le acarició el plumaje.

—Por una serie de hechos desafortunados, estoy encadenado a esta ciudad y deseo huir de ella. Si pudiera descender a Xibalbá, podría trascender los vínculos que me retienen aquí… excavar un túnel para encontrar la salida, por decirlo de algún modo. Pero no puedo circular por Xibalbá sin permiso.

—Un permiso que Hun-Kamé te concederá —dijo Casiopea.

—Es una apuesta, por supuesto. Hun-Kamé podría fracasar, y si fracasa, tendré problemas. Su hermano es muy duro.

Un detalle que Casiopea no había considerado: lo que podía implicar desafiar a un dios. Había seguido a Hun-Kamé porque lo había considerado necesario, pero la había impulsado también el deseo de libertad —incluso una «campesina» que en su vida había tenido un liguero podía llegar a sentir la llamada de la aventura—, lo cual le había llevado a ignorar los peligros a los que podía enfrentarse. Y ahora que Loray se lo estaba explicando, era evidente que había muchas cosas de las que preocuparse. No era solo lo que estaba diciéndole, sino cómo se lo estaba diciendo, en voz baja, y Casiopea cayó entonces en la cuenta de que en ningún momento se había pronunciado el nombre del rival de Hun-Kamé.

«Vucub-Kamé», pensó, aunque no llegó a pronunciar el nombre.

—Quiero seguridad. Una seguridad que también será beneficiosa para ti —dijo Loray.

—No entiendo nada —dijo Casiopea.

—En tu interior hay un cuerpo extraño, ¿verdad? Una parte de él, lo que te une al inframundo.

—Un fragmento de hueso.

Casiopea abrió la mano y se observó los dedos. Era imposible saber si era Hun-Kamé quien le había proporcionado aquella información a Loray o si este lo había averiguado por otros medios.

—Los Señores del Inframundo no pueden circular libremente por el Mundo Intermedio. Necesitan utilizar mensajeros para hablar con los mortales o manifestarse de noche, aunque, de hacerlo así, es por periodos muy breves. De solo una hora.

—Nosotros hemos viajado en plena luz de día.

—Porque Hun-Kamé no es un dios completo. Tu sangre humana se mezcla con su esencia inmortal y lo protege del sol. Y lo alimenta, además. Sin ella, estaría perdido, debilitado.

Casiopea cerró la mano en un puño y notó la punzada del hueso. Era como un objeto vivo, oculto bajo el murmullo de su sangre.

—Dijo que ese fragmento de hueso me mataría.

—Y lo hará. Si no se extrae. Pero él no puede extraerla y tampoco querría hacerlo en su estado. Aunque debe hacerlo. Cuanta más vida absorba de ti, más humano será. Es un mal acuerdo para ambas partes, pero no hay otra manera —dijo Loray, muy serio.

El cuervo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, como si quisiera subrayar lo que acababa de oír.

—Pero es un acuerdo que podría ser también nuestra salvación, si la situación da un vuelco y Hun-Kamé fracasa en su empeño —continuó Loray, esbozando ahora una sonrisa.

—¿Qué quiere decir?

—Si es incapaz de recuperar los elementos que le faltan, si su hermano da con ustedes y la situación se pone complicada, córtate, ampútate la mano —respondió simplemente Loray.

—¿Qué?

Loray hizo un gesto, como si tuviera un machete y se cortara el brazo.

—Ampútatela. De este modo cortarás tu vínculo con Hun-Kamé.

—¿Y eso solucionaría algo?

—Eso nos ayudaría. Él quedaría tremendamente debilitado.

Con qué facilidad hablaba en plural, como si fuesen viejos amigos. Cualquier humano se habría quedado encandilado con la voz

del demonio, con su sonrisa, con su aspecto. Pero Casiopea tenía el sentido común suficiente como para sentirse recelosa. La vida le había enseñado a ser desconfiada. Los soñadores y los románticos como su padre no acababan bien, y a pesar de que en Uukumil soñaba menudo, siempre lo había hecho en silencio, en secreto. Si alguien por casualidad se le acercaba mientras estaba leyendo, cerraba el libro. Escondía sus deseos en una lata vieja. Nunca le había contado a nadie sus esperanzas.

—El Señor de Xibalbá reinante mirará con buenos ojos a la mujer que le ha ayudado a derrotar a su hermano —dijo Loray.

—Y me quedaré sin una mano —replicó ella.

—A veces hay que hacer sacrificios. Si no hay más remedio, ampútate la mano, no es tan terrible.

—Y con eso le haré daño a él.

—Ese es el propósito.

—¿Y por qué no intenta usted amputarme la mano?

Una pregunta atrevida. Estaba adquiriendo descaro, y con rapidez.

—Mi querida niña, si ahora presionase un arma contra tu piel, no se conseguiría nada. Estarías fresca como una rosa en un abrir y cerrar de ojos —dijo Loray, rozándole el brazo un segundo para subrayar sus palabras—. Ningún enemigo puede hacerte daño, ni coaccionarte a que tú misma te lo hagas, mientras un Señor de Xibalbá esté constantemente a tu lado. Por mucho que haya perdido su trono. Debe ser tu mano y solamente tu mano. Hacerlo por voluntad propia.

—Nada de esto tiene sentido.

—Solo quiero que sepas que tienes a tu alcance esta última opción. Podría salvarte, y también a mí —dijo Loray.

El rostro del demonio mostraba satisfacción, como si disfrutara diciendo aquellas palabras. Por debajo de tanta cortesía, Casiopea detectó cierta malicia.

—¿Vucub-Kamé te perdonaría si le contases que me aconsejaste hacer esto?

Casiopea mencionó el nombre para poner a prueba los límites de Loray, puesto que parecía tener miedo a pronunciarlo. Y oírlo no le hizo ninguna gracia al demonio.

—Tal vez —murmuró.

—¿Y si me amputo la mano derecha ahora mismo?

—Demasiado pronto. Hun-Kamé podría recuperar su trono. —Se acercó al mueble bar blanco, lo abrió y dijo, mirándola por encima del hombro—: Además, tienes un corazón desgraciadamente valiente y bondadoso.

—¿Qué sabe usted de mi corazón?

—Juegas mal tus cartas, querida mía. No sabes disimular.

Casiopea no entendió qué quería decir; el aficionado a los juegos de azar era su primo, no ella, por mucho que ahora se viera envuelta en un juego complicado.

Loray se sirvió una copa y justo en el momento en que se la llevaba a los labios, Hun-Kamé hizo su entrada en el salón. Llevaba un traje de lino blanco, un elegante sombrero de paja en la mano y un pañuelo negro al cuello. Volvía a ser difícil darse cuenta de que le faltaba un ojo, una oreja. Aunque no se escondía de ello. Pero era excesivamente atractivo. Una belleza sobrenatural que obligó a Casiopea a inclinar la cabeza y bajar la vista por un instante.

—Buenos días —dijo Loray con voz alegre. El cuervo había vuelto a migrar a su hombro.

—Buenos días —dijo el cuervo, repitiendo el saludo.

—Espero que nos hayas conseguido los pasajes, marqués —dijo Hun-Kamé—. No quiero perder el tiempo.

Formal y directo, pero educado. El abuelo gritaba, golpeaba el suelo con el bastón para hacerse oír. Martín la amenazaba para obtener su obediencia. Pero Casiopea nunca había conocido aquel tipo de autoridad.

—¿Crees que podría fallarte en este asunto? —replicó Loray, quizás un poco molesto—. Esta tarde zarpa un barco desde Progreso. Llegarán a Veracruz en un par de días.

—Mis huellas deben permanecer ocultas.

—Haré lo que pueda, pero ya sabes que tu hermano tiene sus métodos. Es posible que ya esté buscándote —le advirtió Loray.

—He tejido una ilusión. Esconderá mi fuga, por un tiempo.

El intercambio de miradas fue de seriedad, pero el demonio rompió la gravedad del momento levantando la copa.

—¡Estupendo! Bebe conmigo. No quiero que digas que no soy hospitalario. Debemos brindar. Nuestra fortuna cambiará pronto, y esperemos que sea para mejor.

—Beberé contigo cuando haya recuperado mi trono.

No fue la respuesta que el demonio esperaba, pero el dios se encargó de suavizarla rápidamente.

—La ropa que nos has proporcionado ha sido todo un detalle —añadió Hun-Kamé. Una forma retorcida de decir gracias.

—Sabía que te gustaría. Nuevas modas. El sombrero de copa ha desaparecido, y ya era hora, la verdad. La música imagino que te gustará también. Son bailes más animados. El siglo pasado era excesivamente remilgado.

—¿Y qué me importan a mí los bailes que bailen los mortales? —dijo Hun-Kamé.

—No seas soso. Asustarás a la dama —replicó Loray.

El destello de malicia apareció de nuevo en el rostro del demonio. Llenó una segunda copa y se la pasó a Casiopea, inclinándose y hablándole tan bajito que ella pensó incluso que eran imaginaciones suyas.

—Recuerda lo que te he dicho —dijo—. Si te encuentras en el bando perdedor, siempre te quedará la oportunidad de aliarte con quien se lleve la victoria. Sea este quien sea.

Y brindó con una sonrisa. Casiopea bebió un poco.

Capítulo 5

Nueve niveles separan Xibalbá del Mundo Intermedio. A pesar de que las raíces del Árbol de la Vida se extienden desde las profundidades del Inframundo hasta los cielos, conectando todos los planos de la existencia, el emplazamiento de Xibalbá hace que, en este reino, las noticias no viajen con rapidez. No es de extrañar, por lo tanto, que Vucub-Kamé, sentado en un aterrador trono de obsidiana que se erige sobre una alfombra de huesos, no se enterara al instante de que su hermano había huido de la cárcel donde permanecía encerrado.

Pero aun así, e incluso con tanta distancia, la señal de alarma resonó en la cámara de Vucub-Kamé. Le pareció oír una nota, amortiguada, como el sonido de una flauta; sonó una vez y la ignoró, pero a la segunda, no pudo seguir ignorándola.

—¿Quién pronuncia mi nombre? —dijo.

Lo percibió como una voluta de humo acariciándole el oído, una flor blanca en la oscuridad.

El dios levantó la cabeza.

Como era habitual, su corte se comportaba de forma agitada y ruidosa. Sus hermanos —eran diez, cinco pares de gemelos— estaban recostados sobre cojines y pieles de ocelote. No estaban solos. Los nobles fallecidos que iban a la tumba con tesoros y ofrendas, que eran enterrados con sus mejores atavíos y joyas, recibían un salvoconducto para recorrer el Camino Negro y disfrutar de un espacio en la Ciudad Negra de Xibalbá (a veces, para divertirse, los Señores de Xibalbá rechazaban o engañaban a aquellos nobles y elegían en su lugar a un vulgar campesino, pero no era muy habitual). En consecuencia, los cortesanos, con el cuerpo decorado con motivos pintados en negro, azul y rojo, se paseaban por todas partes. Mujeres, con vestidos tan cargados de incrustaciones de jade que incluso era difícil caminar con ellos, cuchicheaban entre ellas mientras los sirvientes las abanicaban. Sacerdotisas y sacerdotes vestidos con túnica conversaban con eruditos, mientras que los guerreros se entretenían con las cabriolas de

los bufones.

Xibalbá tal vez fuera un lugar aterrador, con su Casa de los Cuchillos, su Casa de los Murciélagos y otros lugares extraños, pero la corte de los Señores de la Muerte poseía también el atractivo de las sombras y el brillo de la obsidiana, pues en la noche hay tanta belleza como terror. Los mortales siempre han temido el abrazo aterciopelado de la noche y las criaturas que pululan por ella, aunque también se sienten cautivados por todo ello. Y teniendo en cuenta que todos los dioses nacen de la semilla de un corazón mortal, es natural que Xibalbá fuera un reflejo de esta dualidad.

La dualidad, evidentemente, era la característica distintiva del reino. Los hermanos de Vucub-Kamé eran gemelos, se complementaban mutuamente. Xiquiripat y Cuchumaquic eran los causantes del derramamiento de sangre entre los hombres y vestían de color escarlata; Chamiabac y Chamiaholom portaban varas de hueso y obligaban a los hombres a enflaquecer hasta quedarse reducidos a nada. Y así sucesivamente.

Vucub-Kamé y Hun-Kamé habían caminado siempre en paralelo, como los demás dioses, y habían gobernado de forma conjunta aunque, injustamente, Hun-Kamé era el más antiguo de todos los Señores de Xibalbá y al final, Vucub-Kamé hizo su voluntad.

Eran iguales y no, y esto es lo que había acabado empujando a Vucub-Kamé a la amargura y al conflicto. Desde un punto de vista espiritual, era una criatura egoísta, con tendencia a albergar resentimiento. Físicamente, era alto y delgado y su piel era de tonalidad oscura. Tenía pestañas largas y nariz aguileña. Era bello, como su hermano gemelo. Pero mientras que Hun-Kamé tenía el pelo negro como la tinta, el de Vucub-Kamé era del color de la barba del maíz, tan claro que era casi blanco. Lucía tocados hechos con las plumas verdes del quetzal y fastuosos mantos de piel de jaguar u otros animales fabulosos. Su túnica era blanca, sujeta a la cintura mediante un cinturón rojo decorado con conchas blancas. Adornaba pecho y muñecas con espléndidas joyas de jade y calzaba sandalias de piel suave. Se cubría a menudo el rostro con una máscara de jade, pero en aquel momento llevaba la cara descubierta.

Cuando se levantaba del trono, como hizo aquel día, y elevaba la mano, los brazaletes de la muñeca repiqueteaban y emitían un sonido agudo. Y entonces, sus hermanos voltearon, igual que los cortesanos.

El Señor Supremo de Xibalbá estaba insatisfecho por algo.

—Silencio, todos ustedes —dijo.

Y los cortesanos guardaron obedientemente silencio.

Vucub-Kamé llamó a una de sus cuatro lechuzas.

Era un ave con alas enormes, hecha de humo y de sombras. Aterrizó justo al lado del trono de Vucub-Kamé y su amo le murmuró alguna cosa. La lechuza echó de nuevo a volar, agitando sus feroces alas, y atravesó las diversas capas del Inframundo hasta llegar a casa de Cirilo Leyva. Entró en la habitación de Cirilo y observó el baúl negro colocado a los pies de la cama. La lechuza podía traspasar piedra y madera con la mirada. Ladeó la cabeza y confirmó que los huesos de Hun-Kamé descansaban en el interior del baúl y salió volando para regresar junto a su amo e informarle al respecto.

Vucub-Kamé se sintió aliviado. Pero su paz mental no duró mucho. Jugó una partida de bul, con sus dados pintados de negro por un lado y amarillo por el otro, pero el juego no le aportó alegría. Bebió de su copa engarzada con piedras preciosas, pero el balché le supo amargo. Escuchó a los cortesanos, tocando sonajas y tambores, pero el ritmo le pareció erróneo.

Vucub-Kamé llegó a la conclusión de que necesitaba ver el baúl personalmente. En la tierra de los mortales era de noche y pudo ascender, por lo tanto, hasta la casa de Cirilo Leyva. Cirilo, que estaba acostado en la cama, ya dormido, se despertó cuando el frío del dios de la muerte le obligo a abrir los ojos de golpe.

—Señor —dijo el anciano.

—Me recibirás adecuadamente, espero —dijo Vucub-Kamé.

—Sí, sí. Mi muy gentil Señor, me honra con su visita —dijo el anciano con la boca seca—. Le encenderé una vela… no, dos. Voy a hacerlo enseguida.

El anciano, diligente, encendió un cerillo para prender dos velas junto a la cama. El dios podía ver en la oscuridad y distinguir todas las arrugas que marcaban la cara de Cirilo; las velas eran una formalidad, un símbolo. Además, Vucub-Kamé, igual que sus hermanos, disfrutaba con la adulación de los mortales, con su sumisión absoluta.

—De haber sabido que venía el Gran Señor, lo habría preparado todo para un mejor recibimiento, pese a que mi hospitalidad nunca será suficiente para satisfacer los gustos de un invitado tal excelso —dijo Cirilo—. ¿Me perforo la lengua y extraigo sangre de ella para

mostrarte mi devoción?

—Tu sangre es débil y enferma —dijo Vucub-Kamé, lanzándole una mirada de desdén a Cirilo. Antes de sufrir una metamorfosis que lo había dejado reducido a un saco de huesos, aquel hombre era fuerte como una mula.

—Por supuesto. Puedo hacer que maten un gallo, un caballo. Mi nieto tiene un semental estupendo y…

—Silencio. Había olvidado lo aburrido que llegas a ser —dijo Vucub-Kamé.

Sin separar los ojos del baúl negro, levantó su majestuosa mano para acallar al hombre. El baúl parecía inalterado, tal y como el dios lo había dejado. No se observaba ningún cambio.

—Esto no es una visita trivial. He venido a ver los huesos de mi hermano —dijo el dios—. Abre el baúl.

—Pero, Señor, usted me dijo que el baúl no debía abrirse.

Aquella sencilla frase, que en realidad no conllevaba ni el más mínimo indicio de desafío, fue suficiente para que el rostro serio del señor de la muerte se tornara de indignación. El mortal se percató del cambio, y aunque Cirilo era viejo y su cuerpo estaba dolorido por la edad, consiguió introducir la llave en la cerradura y abrir el baúl con sorprendente celeridad.

El baúl estaba vacío, no había en su interior ni un solo hueso. Vucub-Kamé comprendió que su hermano hechicero había invocado una ilusión para que pareciera que seguía encerrado en su prisión. Se dio cuenta también de que el augurio se había cumplido.

Vucub-Kamé, que tenía el poder de la adivinación, había visto el suceso, la desaparición predeterminada de su hermano. Predeterminada porque el destino había estampado su sello en él, asegurándose de que, de una manera u otra, Hun-Kamé sería puesto en libertad. El destino es una fuerza más poderosa que los dioses, un hecho que les molesta, puesto que los mortales suelen tener por ello más margen de movimientos y pueden navegar beneficiándose de su corriente.

El destino, por lo tanto, había decretado que Hun-Kamé sería puesto en libertad algún día, aunque no había señalado cuál sería ese día. Vucub-Kamé estaba preparado para esto. Lo cual no significaba que no hubiera deseado disponer de más tiempo antes de tener que enfrentarse a su problemático hermano. Ni tampoco significaba que no

estuviera enojado.

—Señor, no lo entiendo —empezó a decir Cirilo, disponiéndose a adoptar una postura suplicante. No sentía ningún orgullo cuando tenía que mantener las extremidades pegadas al cuerpo.

—Silencio —dijo Vucub-Kamé, y el anciano cerró la boca y se quedó callado.

Vucub-Kamé se colocó delante del baúl y lo miró fijamente. Era de hierro y madera; a los de Xibalbá no les gustaba el hierro. Igual que el hacha que había cortado la cabeza de Hun-Kamé, aquel objeto estaba elaborado por manos mortales, que no tenían ningún problema en trabajar el metal.

—Cuéntame qué ha pasado aquí —dijo Vucub-Kamé, dándole órdenes al baúl.

El baúl gimoteó y la madera se estiró y crujió. Vibró como la piel tensa de un tambor y exhibió una voz:

—Señor, una mujer abrió el baúl y posó la mano sobre los huesos. El fragmento de un hueso penetró su dedo pulgar, resucitando a Hun-Kamé y han huido juntos —dijo con voz profunda.

—¿A dónde?

—A T'hó, la Ciudad Blanca.

—¿Y quién era esta mujer?

—Casiopea Tun, nieta de tu sirviente.

Vucub-Kamé dirigió la mirada a Cirilo, que había empezado a temblar.

—Tu nieta —dijo.

—No lo sabía. Se lo juro, Señor. Esa muchacha tonta, pensábamos que se había fugado con algún estúpido, como hizo en su día su madre. Buen viaje, pensamos, esa cualquiera y…

Vucub-Kamé se miró las manos, las palmas, que eran oscuras, ennegrecidas por las quemaduras. Había sufrido y trabajado para su trono. Su hermano no podía hacerse con él.

—Quiero encontrarla. Ve a buscarla por mí —ordenó.

—Señor, lo haría, pero no sé cómo. Soy débil. Me he hecho viejo —dijo Cirilo, sujetándose al colchón intentando levantarse, haciendo más gala de su debilidad de la que debería, puesto que no tenía ninguna intención de abandonar su casa para ir en busca de nadie.

El señor de la muerte miró con desdén al viejo arrugado. ¡Qué breve era la vida de los mortales! Era evidente que aquel anciano no

podía localizar a la muchacha.

—Déjeme pensar, déjeme pensar. Sí… tengo un nieto, señor. Es joven y fuerte y, además, conoce bien a Casiopea. La reconocerá sin problemas y se la traerá —sugirió Cirilo cuando consiguió ponerse en pie y encontrar el bastón, fingiendo que aquella no había sido su idea de entrada.

—Hablaré con él.

—Iré a buscarlo enseguida.

Cirilo salió en busca de su nieto, dejando al dios contemplando la habitación. Vucub-Kamé pasó la mano por la tapa del baúl, percibiendo la ausencia de su hermano como si fuera un objeto palpable. La muchacha no había dejado ningún tipo de huella, no podía visualizarla, pero sí podía imaginarse a Hun-Kamé reconstituido, vestido con un traje oscuro, del estilo que suelen llevar los mortales, cruzando el país.

El anciano reapareció, renqueante. Iba acompañado por un joven que era igual que Cirilo de joven, con un rostro vigoroso.

—Te presento a mi nieto, Señor. Martín —dijo Cirilo—. He intentado explicarle quién eres y qué necesitas de él.

El dios volteó hacia el joven. Los ojos de Vucub-Kamé eran claros como su cabello, más claros si cabe, del color del incienso cuando asciende en el aire. Ojos imposibles que detuvieron de golpe al joven y lo obligaron a bajar la vista hacia el suelo.

—Mi hermano y tu prima quieren hacerme daño. Encontrarás a la muchacha y los detendremos —dijo el dios—. Sé hacia dónde se dirigen, puesto que sin duda quieren obtener ciertos objetos que he dejado en custodia.

—Quiero ayudar, pero su hermano… es un dios y yo… yo soy un hombre —dijo Martín—. ¿Cómo voy a conseguir lo que me pide?

Vucub-Kamé se dio cuenta enseguida de que el muchacho carecía de formación en magia, de formación en todo. Que era primitivo como un diamante sin pulir. Podría haberse enojado por ello, pero Cirilo había sido como él en su momento y había desempeñado bien su papel.

Además, empezaba a saborear la carcajada irónica del destino en todo aquel asunto. Que fuera precisamente la nieta de Cirilo la que ayudara a su hermano y su nieto el que a su vez ayudara a Vucub-Kamé. Las fábulas están repletas de coincidencias que no son en

absoluto coincidencias, sino los frágiles juegos de fuerzas poderosas.

Vucub-Kamé movió la cabeza en un gesto desdeñoso.

—Serás mi enviado y te ayudaré en tu viaje. No necesitas hacer nada excesivamente oneroso, sino simplemente convencerla de que se reúna conmigo.

—¿Eso será todo? —preguntó Martín.

—Toma esto.

Vucub-Kamé se quitó del dedo un voluminoso anillo de jade y se lo ofreció al mortal. Martín dudó, pero aceptó el anillo y lo observó. Su circunferencia tenía calaveras grabadas.

—Llévalo puesto en todo momento, y cuando quieras convocarme, pronuncia mi nombre. Pero vendré a ti solo cuando se haya puesto el sol. No debes llamarme para tonterías. Encontrarás a la muchacha y la convencerás de que se reúna conmigo. Y procura que mi hermano no descubra tu presencia.

—¿Su hermano no va a sospechar que estoy siguiéndolo?

—Esperemos que no. Te procuraré un medio de transporte; espera a tener noticias de mí.

Cirilo empezó a decir alguna cosa, pero Vucub-Kamé lo hizo callar. Se plantó delante del joven y leyó en sus ojos el miedo, el orgullo y un sinfín de emociones humanas inútiles, pero se concentró en su ambición, que era considerable.

—Conduje a tu familia hacia la riqueza después de que tu abuelo me ayudara. Haz esto correctamente y no solo seguirás disfrutando de una posición privilegiada, sino que además te llevaré muy arriba, más arriba incluso de lo que ha podido llegar tu abuelo —dijo.

El joven tuvo el sentido común suficiente como para limitarse a asentir, sin decir nada.

—Si fracasas, te haré añicos, como una vasija de porcelana estampada contra el suelo —concluyó el dios.

Y el joven volvió a asentir.

Vucub-Kamé, habiendo pronunciado las palabras que quería pronunciar, descendió de nuevo a su reino, veloz como el viento. El Mundo Intermedio había irritado a Vucub-Kamé, la burla de encontrarse con el baúl vacío, los huesos ausentes, el dios estaba enojado.

Solo en sus aposentos, el dios dibujó en una pared un símbolo mágico y la pared se abrió, dándole acceso a una cámara secreta.

Estaba completamente oscura, pero Vucub-Kamé pronunció una palabra y las antorchas que colgaban en los muros cobraron vida.

Sobre una losa de piedra había un paño negro con motivos geométricos de color amarillo. Vucub-Kamé extendió lentamente una mano, retiró el paño y apareció debajo el hacha de hierro que había empleado años atrás para cortar la cabeza de su hermano. Símbolos de poder ornamentaban la hoja y la empuñadura. Le había encargado la forja a un brujo mortal, Aníbal Zavala, puesto que ningún artesano de Xibalbá podía fabricar aquel tipo de objeto. Sus armas eran de obsidiana y jadeíta. El hierro procedía de lugares remotos; el metal de los extranjeros. Y podía atravesar el cuerpo de un dios como una potente hoja de jadeíta era incapaz de hacerlo.

Empuñar aquella arma, fabricada con hierro nocivo y tatuada con magia poderosa, le había quemado a Vucub-Kamé las palmas de las manos, le había dejado cicatrices, pero era un precio pequeño a pagar a cambio de un reino. Contempló el arma, que hacía muchos años que no miraba, y se inclinó para pasarle la mano por encima, aunque sin tocarla. Percibió como electricidad estática el poder embebido en ella y apartó rápidamente la mano.

Sí, su magia y su arma eran tremendamente afiladas. Y le permitirían alcanzar el éxito una segunda vez.

Vucub-Kamé había sido inteligente, había repartido los órganos de su hermano por todo el territorio. Y había construido algo, además. En el norte, muy lejos, en Baja California, le esperaba una tumba adecuada para un dios.

Tal vez fuera imposible matar a los dioses, pero Vucub-Kamé había encontrado la manera de hacerlo, del mismo modo que había encontrado la manera de encarcelar a su hermano, una hazaña que muy pocos se atreverían siquiera a considerar.

Capítulo 6

El idealista nombre que ostentaba Progreso no coincidía mucho con el carácter de la ciudad portuaria, al norte de Mérida. En los inicios de su andadura era un pueblo tranquilo, con casas construidas con adobe y piedra y tejados de hojas de palmera. Pero luego, el gobierno tendió una línea de ferrocarril entre Mérida y Progreso, instaló el telégrafo y construyó un nuevo muelle. Se convirtió en el puerto de salida del henequén más importante de la península. El nuevo Progreso lucía un ayuntamiento con escaleras de mármol y entraban y salían de allí barcos de todo tipo con cargamentos variados. Lo cual significaba que había también todo tipo de barcos dispuestos a acoger a dos pasajeros necesitados de transporte y muchos capitanes que no se tomaban ni siquiera la molestia de preguntar por qué necesitaban un servicio como aquel con tanta prisa.

Loray les había conseguido pasaje en un buque rápido y fiable que zarpaba rumbo a Veracruz y que llevaba un cargamento de pacas de henequén. Casiopea y Hun-Kamé tendrían que compartir un camarote con dos literas. Las camas tenían sábanas limpias y almidonadas pero, aparte de una palangana, una silla y un espejo, no había más que decir sobre el alojamiento. En el barco no había sala de fumadores, ni salón. Tenía solo lo básico.

—Iremos un poco apretados —comentó Casiopea.

—En Veracruz buscaremos un alojamiento adecuado —replicó Hun-Kamé, guardando su maleta debajo de la cama y sujetándola con correas para evitar que se desplazase.

—Pero tú y yo… un hombre y una mujer —dijo ella, en un acto reflejo.

Las enseñanzas del cura, de su madre, de su abuelo, aparecieron sin tiempo a reflexionarlo. Mal, mal, mal. Era inmoral estar a solas con él detrás de una puerta cerrada.

—No soy un hombre —dijo él simplemente.

Tomó asiento en la única silla. Tenía respaldo de mimbre y

parecía bastante cómoda. Descansó las manos sobre los brazos de la silla en un gesto majestuoso, un acto tan reflejo como había sido antes el de Casiopea. Estaba acostumbrado a sentarse en un trono.

Casiopea lo miró y pensó que decirlo era muy fácil, pero que su aspecto era el de un hombre. Y pensó también en qué diría si alguien preguntaba al respecto. «No pasa nada, es un dios. Aquí no hay pecado, por atractivo que sea».

Si alguien fuera a contabilizar los pecados, Casiopea estaría en problemas. A aquellas alturas, tendría que rezar ya quinientos rosarios: escaparse de casa, hablar con un demonio, ver un hombre desnudo… mejor no profundizar mucho en el tema.

Casiopea dejó su maleta al lado de la de Hun-Kamé.

Y para dejar de pensar en la cara de enfado del cura del pueblo, se sentó en la cama y empezó a pelar una naranja. Por precaución, había comprado una bolsa de naranjas en el puerto. No tenía ni idea de qué tipo de comida les servirían ni a qué hora del día.

—¿Quieres una? —le preguntó a Hun-Kamé—. ¿O no comes?

—En Xibalbá no necesito comer este tipo de cosas, pero en este momento no soy del todo mi antiguo yo —replicó.

—Pues toma una, si quieres.

Le ofreció una naranja. Hun-Kamé extendió lentamente la mano y tomó la fruta. De entrada, se limitó a darle vueltas en la mano, sin hacer ningún intento de pelarla, pero luego, al ver lo que hacía ella, empezó a retirar la piel.

—¿Cómo acabaste en ese baúl, por cierto? —preguntó Casiopea, con unas gotas de jugo de naranja resbalándole por la barbilla. Se limpió con el dorso de la mano.

—Fue una traición.

—¿De qué tipo? ¿Y cómo se vio implicado mi abuelo?

—Los mortales nos dedicaban oraciones y sacrificios, componían cánticos y quemaban incienso. Pero ya no lo hacen. Cuando tu abuelo se perforó la piel para derramar su sangre y, recitando las palabras adecuadas, me suplicó que le hiciese una visita, sentí curiosidad. Los sacrificios más grandes siempre conllevan sangre y el mortal los ejecuta por voluntad propia. Pero por desgracia, era una trampa. Trabajaba para mi hermano.

En el exterior del camarote se oían los gritos del capitán dando órdenes a sus hombres para que acabaran de subir la carga a bordo y

poder zarpar de inmediato. Los marineros iban y venían. Emprenderían viaje en cualquier momento. A Casiopea no le daba miedo el viaje por mar; de hecho, le calmaba los nervios. Entendía el agua. Se sumergía en los cenotes desde pequeña. De haber sido necesario viajar en tren, se habría mostrado más reacia o más alterada.

—¿Cuánto tiempo has pasado en ese baúl? —preguntó.

—Cincuenta años. Tu abuelo era un hombre joven por aquel entonces.

—¿Y eras consciente de lo que estaba pasando?

—Estuve dormido, pero con un sueño que no tiene nada que ver con el de los mortales.

Casiopea recordó lo que le había contado Loray, que los dioses no podían morir. Sino que dormían. Frunció entonces el entrecejo.

—¿Cuántos dioses hay?

—Tengo once hermanos.

—¿Y además de eso? Voy a la iglesia cada semana y… el cura dice que si eres bueno vas directo al Cielo. Entonces, ¿el Cielo es real? ¿Hay un solo Dios allá arriba o cuántos?

Preguntar todo aquello era otro pecado. Cuatro, cinco, ¿cuántos pecados? Aunque, ¿tenía acaso alguna importancia? Casiopea quería saber.

A pesar de haber pelado por completo la naranja, Hun-Kamé no se la estaba comiendo. La tenía en la palma de la mano.

—Chu'lel —dijo—. Es la fuerza sagrada de vida que reside a tu alrededor. En los arroyos, en la resina de los árboles, en las piedras. Engendra dioses y los pensamientos de los hombres dan forma luego a estos dioses. Los dioses pertenecen al lugar de donde emanó el chu'lel y fueron engendrados; no viajan muy lejos. El dios de tu iglesia, si está despierto, no vive por estas tierras.

Casiopea escupió en el hueco de la mano las semillas de la naranja. Junto a la palangana había un basurero. Las tiró allí.

—¿Y por qué no tendría que estar despierto? —preguntó, con curiosidad.

—Las oraciones y las ofrendas de los mortales alimentan a los dioses, les dan poder, del mismo modo que les dan forma. Pero cuando las oraciones cesan, el chu'lel que burbujeó y ascendió a la superficie puede sumergirse de nuevo en la tierra y entonces, los

dioses deben dormir. Pero siguen allí y pueden volver a florecer.

Finalmente, Hun-Kamé arrancó un gajo de la naranja y se lo llevó a la boca. Si el sabor de la fruta fue de su agrado, su cara no lo demostró. Fueran cuales fuesen los manjares que los dioses tenían en su morada, debían de ser mucho más atractivos que una naranja.

Casiopea recordó la historia de los Héroes Gemelos, cuando derrotaron a los Señores de Xibalbá y decretaron que nunca más volverían a ofrecerse sacrificios de sangre, y se preguntó si ese fue el momento en que los dioses perdieron a sus adoradores, o si fue más tarde. Tal vez debería preguntar sobre ellos algún día, pero ahora tenía una pregunta más urgente que formular.

—¿Y cómo es posible que estés aquí si los mortales ya no te rezan?

—Existen pozos de poder, lugares secretos distintos a todos los demás, donde la tierra es fértil y fuerte, y donde los dioses pueden establecerse. Mi dominio es más amplio que otros porque una roca serpenteó por los cielos y surcó los océanos, la tierra en sí misma. Kak noh ek. Un beso ardiente sobre este mundo.

—Te refieres a un asteroide —dijo Casiopea, entendiendo por fin lo que estaba contándole—. Naciste a partir de un asteroide.

¡Qué tonta por no haber captado antes el significado de las palabras de Loray! Sí, un asteroide. No les había prestado mucha atención cuando hojeaba libros de astronomía; siempre le habían interesado más las estrellas lejanas.

—Pero entonces, la luna estaría llena de dioses, ¿no? —dijo.

—¿Acaso no has escuchado ni una palabra de todo lo que te he dicho? Los mortales nos dieron forma —replicó él.

¿Cómo una fragua, quería decir? ¿Esculpieron los mortales la forma de los dioses? Y, de ser así, ¿fueron cambiando esas formas? ¿O eran los dioses inviolables y su rostro, una vez imaginado, mantenía durante toda la eternidad su forma original?

Pensó entonces en la roca que había llevado a los dioses a su continente. ¿Cómo era posible que esa fuera la materia prima de la que emergía un dios de pelo oscuro?

—¿Es por eso por lo que mis antepasados construyeron observatorios y estudiaban el cielo nocturno? ¿Querías que vieran el lugar de dónde venías?

—Qué ideas más graciosas tienes —dijo Hun-Kamé—. ¿Por qué

tendrían que importarme los cielos si habito en el Inframundo?

—A mí me importarían. A veces, lo único que podía hacer era mirar el cielo —reconoció Casiopea.

—¿Para qué?

—Porque me hacía pensar que algún día sería libre —le explicó.

Contemplaba el cielo nocturno muy a menudo, intentando adivinar su futuro en la superficie horadada de la luna. Casiopea era realista, pero su juventud hacía también que le resultara imposible mantenerse con los pies en tierra todos los segundos del día. De vez en cuando, grababa en su corazón una línea de poesía o memorizaba el nombre de una estrella.

—¿Libre de qué?

—Mi abuelo era espantoso. No le echo de menos, ni a él ni a su casa —reconoció Casiopea.

Tampoco echaba de menos a su madre. Aunque sabía que llegaría el día en que sí la echaría de menos. Por el momento, las emociones y la novedad superaban todos esos sentimientos, aunque pensó que debería escribirle una carta a su madre. O al menos, una postal. Le enviaría una desde Veracruz.

—Entonces, es bueno que te haya rescatado —dijo Hun-Kamé.

—No me rescataste —replicó Casiopea—. Fui yo la que abrí el baúl. Además, tampoco es que fuera una princesa encerrada en una torre. Sabía que de un modo u otro lograría huir de allí, y no estaba esperando a que un dios viniera a liberarme. Eso habría sido tanto una estupidez como improbable.

—Pareces muy segura de ti misma para ser una muchacha sin un céntimo y que no había visto nada a un kilómetro de su casa hasta hace tan solo un par de días.

—Bueno, ahora tengo un dios a mi lado.

—Vigila cómo me hablas, doncella de piedra —dijo él, señalándola.

No parecía enfadado, pero a Casiopea no le gustaron sus palabras. Después de recibir órdenes de su familia para que controlara su lengua y sus modales, odiaba permitir que un hombre opinara tan rápidamente sobre su modo de hablar.

—Mi abuelo y mi primo me abofeteaban si me mostraba impertinente. ¿También piensas hacerlo tú? —cuestionó, sin poder evitar imbuir en sus palabras de un tono desafiante.

Hun-Kamé le lanzó una mirada extraña, que no era del todo de desaprobación. Y tampoco es que sonriera, aunque sus labios se curvaron, mostrando los dientes.

—No. No lo haré. Tampoco entiendo para qué te serviría, si esas cachetadas no han aplacado ya tu espíritu. Eso es bueno. Mi hermano tampoco pudo conmigo.

Casiopea se regañó en silencio por no haber pensado en el cruel encarcelamiento que el dios había sufrido. A veces era callado y algo maleducado, pero había que tener en cuenta que había pasado años encerrado en la oscuridad, completamente solo.

Por mucho dolor y tristeza que Casiopea hubiera conocido, sabía lo que era la bondad.

—Lo siento. Lo que te hicieron mi abuelo y tu hermano —dijo en voz baja.

—¿Por qué tendrías que sentirlo? —cuestionó él, sorprendido—. No tuvo nada que ver contigo.

—Sí, pero de haberlo sabido te habría liberado hace mucho tiempo.

Hun-Kamé la miró fijamente. Casiopea cayó en la cuenta de que hasta aquel momento no la había mirado y que hasta aquel instante era como si no se hubiera materializado delante de él. Era una sensación incómoda, porque la mirada del dios era fría pero ardiente a la vez, y la obligó a bajar la vista hacia los pliegues de la falda y a notar que estaba al borde de ruborizarse, algo poco habitual en ella.

—Eres gentil, doncella de piedra —dijo Hun-Kamé.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó ella.

Hun-Kamé se quedó perplejo.

—¿No es ese tu nombre? Casiopea Tun.

—Oh, mi apellido —replicó ella. Claro, significaba piedra.

—¿Y no eres acaso doncella? —prosiguió él.

Esta vez sí que se sonrojo. Tenía las mejillas ardiendo y de haber podido, se habría escondido debajo de la cama y habría permanecido allí una hora, muerta de vergüenza.

—Casiopea… es mejor que me llames Casiopea —dijo.

—Dama Casiopea —replicó él.

—No, nada de «dama». Me llamaste así en casa de Loray. Dijiste «dama» como si… Los sábados friego cacerolas y almidono la ropa de mi abuelo. No soy ninguna dama —dijo, frotándose las manos.

—Loray sería incapaz de distinguir una dama de un caracol. Tenía que corregirle.

—Pero…

—La valentía es la virtud más grande que existe —dijo Hun-Kamé, levantando la mano y extendiendo el dedo índice—. Has sido valiente. Siempre pensé que un mortal, enfrentado con mi aparición repentina y ante una misión asimismo repentina como esta, habría roto a llorar y a mostrar su miedo. Pero tú no. Lo cual tiene mérito, puesto que habría sido muy fastidioso tener que andar arrastrándote en ese estado.

Era un cumplido raro, y lo único que pudo hacer Casiopea fue responderle con un gesto de asentimiento.

—Te llamaré Casiopea, si así lo deseas.

—Eso estaría bien —dijo ella.

Solventado aquel tema, Hun-Kamé se recostó en la silla y acabó de comer la naranja, llevando a cabo movimientos precisos para pelarla. Casiopea lo observó con interés. ¿Qué mente humana lo habría conjurado? ¿Cuál sería su base? ¿Habría levantado un mortal la cabeza hacia el cielo y pensado «cabello negro como una noche sin luna» y lo habría evocado con ello? ¿Y le habría dado luego esa persona un nombre y ya está?

—Hun-Kamé —dijo, poniendo a prueba su nombre.

Hun-Kamé enarcó una ceja, en un gesto de arrogancia.

—Señor de Xibalbá —dijo, corrigiéndola.

—No puedo ir por ahí llamándote así. ¿Crees que si estamos en la calle puedo llamarte diciéndote «Oh, Señor de Xibalbá, ¿podrías venir un momento»?

—No soy un perro para que andes llamándome —replicó él, de forma distante.

Casiopea emitió un sonido burlón, que se quedó atorado a medio camino, en la garganta. Rascó con la uña otra naranja.

Hun-Kamé se quedó callado y Casiopea calculó que pasarían el resto del viaje en silencio, del mismo modo que habían viajado en silencio hasta Mérida y de allí hasta Progreso. Hun-Kamé emitía sus palabras en cuentagotas, como si fueran piedras preciosas, seguramente pensando que Casiopea no era merecedora de ellas. Casiopea llevaba mucho tiempo racionando también sus palabras, obligada a esconder sus pensamientos en presencia de sus familiares,

aunque ella en realidad no era así. Su actitud era resultado de la necesidad que le imponían las circunstancias.

—Supongo que algo de razón tienes —dijo de pronto Hun-Kamé, sorprendiéndola.

Casiopea levantó la cabeza, pensando que no había entendido bien lo que acababa de decirle.

—Mientras estemos en el Mundo Intermedio, puedes llamarme Hun-Kamé.

—Muy generoso por tu parte —dijo ella con sarcasmo.

—Soy consciente de ello —replicó él, muy serio.

Casiopea se sintió incapaz de contener una risilla.

—No tienes sentido del humor, ¿verdad?

—¿Para qué iba a servirme?

Su tono de voz sonó inalterable y Casiopea sonrió, intuyendo que en el resto del viaje no habría solo miradas y silencios. Era su primer viaje en barco, el primer viaje de su vida, y no le gustaba en absoluto la idea de pasarlo fingiendo ser una monja que había hecho voto de silencio.

—¿Tienes más fruta? —preguntó Hun-Kamé.

Casiopea tomó otra naranja y se la lanzó. La capturó con la mano izquierda.

La tripulación había asegurado por fin todas las pacas y el barco zarpó de Progreso, rumbo a Veracruz. Casiopea estaba tan enfrascada en su conversación que ni siquiera se dio cuenta de que se habían puesto ya en movimiento y olvidó también por completo que supuestamente debería sentirse nerviosa por estar encerrada en el camarote a solas con él.

Capítulo 7

—Allí, en el armario. Sírveme un coñac —ordenó Cirilo.

Martín obedeció y abrió el armario que contenía los recuerdos favoritos de su abuelo. Albergaba también una cristalería maravillosamente cara con un decantador a juego, un conjunto decorado con una cenefa de hexágonos y helechos estilizados. El abuelo le había comentado a Martín que se lo regalaría el día que se casara.

Sirvió una copa al anciano y se la pasó. El abuelo se había vuelto a acostar en la cama, con las mantas cubriéndolo por completo y empezó a beber lentamente el coñac. Martín no solía recibir invitaciones para compartir una copa con el viejo, pero estaba nervioso y no se tomó la molestia de pedirle permiso para servirse también. Cuando lo hubo hecho, tomó asiento en una silla, junto a la cama, y rio entre dientes.

—Dios —murmuró Martín—. Maldito Dios.

—Cuida lo que dices con esa boca tan blasfema —dijo el abuelo.

—Lo siento, pero es que acabo de conocer a un dios —le espetó Martín.

A pesar del tono impertinente que acababa de emplear, Martín bajó la vista, incapaz de mirar al viejo. Él, como el resto de los habitantes de la casa, veía a Cirilo como un intransigente ídolo de piedra al que había que obedecer sin falta para no despertar su ira.

—¿Por qué no me lo contaste nunca? Un señor del Inframundo, un baúl lleno de huesos. Nada —murmuró Martín, que se sentía engañado.

—No consideré que estuvieses preparado. Y creía tener más tiempo, además.

A pesar de todos sus males, dolores y quejas, a pesar de que cada vez apoyaba más su peso en el bastón, el viejo era indestructible. Sus ojos, iluminando una cara arrugada, brillaban siempre en estado de alerta y su dentadura, amarillenta por el paso del tiempo, seguía

siendo afilada.

—Y ahora… ¿piensas contármelo?

—¿Qué quieres, Martín? ¿Un cuento antes de irte a dormir?

—Quiero una explicación.

—¿Y qué hay que explicar?

Cirilo sacudió la almohada para intentar estar más cómodo y entonces, decidiendo que no podía, o que no lo conseguiría, le ordenó con un gesto a su nieto que acabara la tarea. Era el tipo de encargo que habría llevado a cabo Casiopea, pero no estaba. Martín, con mala cara, colocó otra almohada detrás de la espalda de su abuelo.

—Abuelo —dijo Martín cuando hubo acabado, esperando que el viejo se negara a responder a su pregunta.

Cirilo estaba enfadado, pero acabó respondiendo.

—Yo era un don nadie, sin futuro, atendía mi propio negocio y lo hacía lo mejor que podía, y un día aquella mujer vino a verme. Era muy bella, sobrenaturalmente bella, y me dijo que yo había nacido el día adecuado del mes adecuado.

—¿Adecuado para qué?

—Para la brujería. Para un hechizo destinado a tenderle una trampa a un dios.

—¿Y accediste?

—No de inmediato. Pensé que estaba loca. Pero luego conocí a sus socios, y resultó que eran todos de verdad. Un par de brujos, los hermanos Zavala. Y Vucub-Kamé, claro está. Todos conspiraban contra el Señor de Xibalbá.

—¿Y qué pasó? —preguntó Martín, presionándolo.

—¿Qué crees que pasó? Pues que yo cumplí con mi papel. Era muy simple. Solo tenía que servir de señuelo, y ellos se ocuparían del resto. Y lo consiguieron. Le cortaron la cabeza y metieron el cuerpo en un baúl. –El anciano chasqueó los dedos dos veces—. Sírveme otra copa.

Martín obedeció. Tomó con cuidado el decantador y rellenó la copa de su abuelo.

—¿Por qué dejaron el baúl contigo? ¿Aquí? ¿En Uukumil?

—Vucub-Kamé no podía llevárselo con él. El baúl debía permanecer en la superficie. Hun-Kamé era un Señor de Xibalbá y la tierra era su madre, razón por la cual enterrarlo era imposible. Pero el Mundo Intermedio no es el territorio de los habitantes de Xibalbá. El

Mundo Intermedio no les debe ni favores ni bendiciones.

Cirilo se mojó los labios con el coñac antes de continuar.

—Podría haberlo entregado a alguno de sus socios, pero no lo hizo. El caso es que debía permanecer aquí, en Yucatán, y me lo confió a mí. Teniendo en cuenta que Uukumil no es tierra de bandidos, pensé que estaría seguro en casa. Hasta que lo abrió tu prima.

—Podrías haber tomado más precauciones —dijo Martín.

Por un instante, Martín pensó que su abuelo iba a levantarse de la cama para golpearlo con el bastón, como hacía cuando era pequeño. No se lo permitiría. Pero el hombre se limitó a lanzarle una mirada furiosa.

—Tomé todas las malditas precauciones posibles —replicó Cirilo —. Durante los dos primeros años dormí con un rifle en la cama, por si acaso entraban intrusos por la noche. Apenas si hacía otra cosa que vigilar ese condenado objeto. Pero luego fueron pasando los años y llegué a la conclusión de que era un esfuerzo inútil. Nadie andaba buscando el baúl.

El abuelo se había ido inclinando hacia delante mientras hablaba y presionaba la copa cada vez con más fuerza. Al final, relajó la mano y lanzó la copa hacia la mesita, como si fuese una taza barata de burdo barro.

—Vucub-Kamé se pasó por aquí aquellos primeros años. No sé si para regodearse o para qué. Pero luego dejó de visitarme y al cabo de un tiempo… cuando pasó más de una década, empecé a pensar que lo había soñado.

—Pensaste que lo habías soñado —repitió Martín.

—Eso es lo que he dicho. No abrí nunca ese maldito baúl, por lo tanto no podía refrescar la memoria sobre su contenido.

—Si creías que lo habías soñado, ¿por qué no lo abriste?

—Es mejor no saber ciertas cosas, y además, ya no tenía importancia. Real. Falso. La vida seguía adelante.

Martín, que tenía una imaginación bastante atrofiada y que era incapaz de considerar cualquier cosa merecedora de su interés si no la tenía justo delante, no comprendía aquella reacción.

—¿Qué obtuviste a cambio de tu ayuda?

—¿Tú qué crees? —replicó Cirilo, extendiendo los brazos para señalar el armario, las cortinas—. Todo esto. Me pagó con creces. Yo

no era nadie y luego fui alguien.

—Tendrías que habérmelo contado.

—¿Contarte qué? ¿Que tuve un sueño extraño? ¿Que creía en la brujería? Sé que todos ustedes, que son unas víboras, me habrían mandado encerrar.

Martín pensó en sus tías y su padre. Veía capaz a cualquiera de ellos de arrastrar a Cirilo hasta el manicomio si él les brindara oportunidad de hacerlo. Su padre era sumiso y blando, pero nunca se había llevado bien con el viejo. Y tanto las hermanas de Martín como sus maridos y todo su surtido de primas competían por el poder y se peleaban entre ellos.

—Bien —dijo—. Tampoco te ha servido de nada mantener silencio al respecto. Con esa traidora rondando por aquí. Le diste acceso a tu habitación, a tus cosas, y ni siquiera es una auténtica Leyva.

—Precisamente por eso tenía acceso a mi habitación y a mis cosas. ¿Crees que podría haber confiado en ti para que te hicieras cargo de mí, Martín? —dijo el anciano, riendo—. Eres despreocupado y perezoso, pero ahora tendrás que desenvolverte solo. La familia te necesita.

—Haré lo que deba hacer e iré donde deba ir —replico Martín.

—No metas la pata, como tienes costumbre de hacer.

A Martín no le gustó en absoluto la mirada que le lanzó su abuelo. Martín no era muy del agrado del anciano, aunque tampoco era una sorpresa, pues al viejo no le gustaba nadie. Pero Martín nunca había sido más consciente de aquello como en aquel momento. Si él no tenía la culpa de nada, ¿por qué estaría juzgándolo tan duramente?

—¿Cuándo he metido yo la pata? Siempre he hecho lo que tú me has pedido que hiciera —protestó.

—Escúchame bien, muchacho —dijo Cirilo, buscando el bastón, que estaba junto a la cama, y golpeando el suelo con él. Martín esbozó una mueca—. Tal vez pienses que no soy amable y que soy demasiado duro contigo, pero a él no lo conoces.

El joven recordó a Vucub-Kamé. Cuando su abuelo lo despertó y le ordenó con malos modos que se vistiera, explicándole de forma entrecortada que tenían un invitado de carácter divino, pensó simplemente que se había vuelto loco —Cirilo tenía razón, revelaciones como aquella lo llevarían al manicomio—, pero un

rápido vistazo a Vucub-Kamé había obligado al pobre Martín a reconocer que no existía ningún mortal capaz de tener unos ojos como los del desconocido, ni su color de pelo. Y luego había sentido también aquella vibración de poder, crepitando a su alrededor, que había transformado a Martín en un corderito a pesar de su orgulloso carácter.

—Tus idioteces no funcionarán con él. Tienes que ponerte a su servicio y servirle bien. Bajar la cabeza en su presencia, hablarle correctamente, adularlo y, por encima de todo, hacer lo que te diga para no acabar todos con una maldición encima.

—Una maldición.

—Sí. ¿Acaso crees que conservaremos todo esto si Vucub-Kamé fracasa y su hermano recupera el trono? ¿Te gustaría convertirte en un indigente y verte obligado a mendigar en una esquina? Peor aún, ¿servir a Casiopea? Imagínate qué pasaría si Hun-Kamé la recompensara a ella y nos castigara a nosotros.

Martín entró en pánico con la idea de que su prima pudiese acabar como propietaria de la casa de Uukumil y él perdiendo sus botas caras, sus elegantes hebillas de cinturón y su cigarrera de plata.

—De acuerdo, entendido —dijo Martín, pasándose la mano por el pelo—. Explícame entonces cómo debo dirigirme a él y todos los otros detalles que puedas saber. Voy a necesitarlos.

Cirilo agarró el bastón con una mano, pero lo apoyó en la pared y empezó a hablar.

Capítulo 8

Los estados, e incluso a veces las ciudades, se ganan su propia reputación. La gente de la Ciudad de México es altiva y maleducada. La gente de Jalisco es valiente, a veces incluso hasta el punto de resultar temeraria. Y la gente de Veracruz es todo risas y alegría. La realidad y los rumores no siempre coinciden, pero Veracruz, últimamente, había estado intentando erigir una fachada de felicidad. En 1925, dos años antes, las autoridades locales habían instituido un carnaval.

Sí, antiguamente, y a pesar de las murmuraciones de la Iglesia, ya había habido un carnaval. Pero era un asunto esporádico, tumultuoso, que se reavivaba de vez en cuando para volver a enfriarse. Su objetivo y sus organizadores eran otros. Pero ahora el carnaval se había modernizado, le habían dado forma unos líderes cívicos que veían en él una oportunidad para ir insertando discretamente en la comunidad, entre lentejuelas y bailes, los valores postrevolucionarios. Los periódicos decían que era una festividad para «todas las clases sociales» y exaltaban la belleza de las mujeres, modelos de la feminidad mexicana, rebosantes de dulzura y sosegada elegancia. Unos años antes, las prostitutas habían llevado a cabo actos de desobediencia civil y protestado por el elevado precio de los alquileres. Los sindicatos habían agitado a los trabajadores, que habían gritado contra los cerdos burgueses. Pero el carnaval suavizaba las diferencias, unía a la gente, complacía a sus organizadores. Y, lo más importante de todo, movía mucho dinero.

Casiopea y Hun-Kamé llegaron a Veracruz un día antes del inicio del carnaval. Esto significaba que los hoteles estaban llenos a rebosar y que había escasas posibilidades de encontrar un alojamiento decente. Después de preguntar un buen rato, consiguieron ser aceptados en una deslucida casa de huéspedes.

—Tengo dos habitaciones. No veo que lleven anillo de bodas, así que imagino que esto es lo que necesitan —dijo la propietaria,

poniendo mala cara—. De no ser este el caso, lárguense. Esto es una casa decente.

—Nos va perfecto. Es mi hermano —dijo Casiopea—. Venimos de Mérida para ver el desfile y hacer unas compras.

Por debajo de la sombra del sombrero y con el sol brillando con intensidad, era difícil entrever las facciones de Hun-Kamé. Y esto, junto con la facilidad para la mentira que mostró la lengua de Casiopea, tranquilizó la preocupación de la propietaria.

—La puerta de mi casa se cierra a las once. Me da igual que la juerga siga fuera, pero si llegan más tarde, tendrán que dormir en la calle —dijo la mujer, y la siguieron hasta sus habitaciones.

Las habitaciones eran más que modestas y la mujer cobraba en exceso por ellas, pero Casiopea sabía que quejarse no tenía sentido. Dejó la maleta al lado de la cama y se detuvo un momento delante de un cuadro de la Virgen, la única decoración de unas paredes estériles. En otras circunstancias, se habría santiguado al entrar en contacto con aquella imagen, pero en aquel momento consideró que era inútil hacer genuflexiones delante de una divinidad que, muy probablemente, no estaba en los alrededores.

Y eso le hizo también mucho más fácil recorrer el pasillo y llamar a la puerta de la habitación de Hun-Kamé, para convencerlo de salir a dar una vuelta. Había una ciudad entera por ver, la Villa Rica de la Vera Cruz, el puerto más importante del país. Siempre atribulada, la pobre Veracruz; cuando sir Francis Drake no estaba atacándola, la saquearon los franceses y luego los norteamericanos se hicieron con ella. Era tenaz, eso sí que podía decirse sobre Veracruz: soportó conquistadores españoles, bucaneros británicos, soldados franceses y marines norteamericanos. Tal vez fuera por eso que se decía que sus habitantes eran tan elegantes y tan serenos, vestidos con sus guayaberas y riendo la noche entera al son de la música del arpa y el requinto. Teniendo en cuenta las veces que había llamado la guerra a su puerta, ¿qué importancia tenían los minúsculos males diarios?

Fueron a cenar. Cerca de los portales de la plaza principal de la ciudad había muchos locales que ofrecían sofisticados platos de pescado, pero Hun-Kamé quiso evitar los restaurantes grandes. Demasiado ruido, demasiada gente y sin mesas libres. El ambiente olía a sal y si caminabas hacia el malecón, podías atisbar el mar, pero no era el océano Pacífico de la postal que Casiopea ansiaba contemplar.

Era, de todos modos, un puerto entretenido. Decían que se parecía a La Habana y que en la Lonja Mercantil se celebraban muchos bailes para la juventud. Los enamorados de familias de clase media daban vueltas y vueltas por la plaza principal bajo el ojo vigilante de sus parientes de más edad: el cortejo seguía sometido a reglas estrictas.

Pero como Casiopea y Hun-Kamé no estaban cortejando y, por lo tanto, no tenían parientes chismosos que estuvieran siguiéndolos, pasearon sin rumbo, en dirección hacia donde quisieran. Enfilaron por una calle secundaria y acabaron sentados en un café, completamente encalado por fuera, como la mayoría de los edificios de la ciudad, con la clientela fumando tabaco fuerte y bebiendo café solo, a salvo del calor bochornoso que asolaba el puerto.

El café ofrecía una carta mínima. No era el tipo de lugar donde poder disfrutar de una buena comida, sino que servían café con leche, y pan dulce. Para llamar a la mesera, había que hacer sonar una cucharilla contra un vaso y el vaso se llenaba de nuevo con café y leche caliente. Los clientes podían tomar también un café de olla, endulzado con piloncillo.

Casiopea, imitando a los demás clientes, hizo sonar la cucharilla contra el vaso para llamar a un mesero, a quien le pidió pan y café para los dos por mucho que, como era habitual, su compañero no mostrara interés alguno por la comida.

Hun-Kamé se quitó el sombrero y Casiopea vio, por primera vez, que había adquirido un parche de color negro para el ojo que contrastaba con la blancura de sus prendas. A pesar de que seguramente el blanco no era su color —Casiopea sospechaba que lo había elegido para mezclarse mejor con los hombres de la ciudad que se vestían de aquella manera—, estaba atractivo. Siempre lo estaba, pero la novedad en él era constante.

Casiopea removió el café mientras él recorría con el dedo el borde de su vaso. La mesa que compartían era tan pequeña, que si ella se movía una pizca, chocaría contra el codo de él o le tiraría el vaso al suelo. Otros habían ocupado las mesas más grandes antes que ellos y estaban ahora jugando al domino.

—¿Cómo encontraremos el Mamlab? ¿Dónde está? —preguntó Casiopea.

—Los huastecos son primos de los mayas, y sus dioses son también mis primos. El Mamlab no es un solo dios, sino varios.

—Loray lo mencionó como si fuese solo uno.

—Porque se refería a uno de ellos. El Mamlab vive en las montañas, donde tocan música, beben y hacen el amor con sus esposas ranas. Pero los hay que se aventuran a bajar a la ciudad para participar en los festejos y seducir a mujeres. Y el más joven es más insolente que los demás y es precisamente ese primo mío el que tiene mi oreja en su poder.

Casiopea había oído hablar de Chaac, el que portaba un hacha de piedra y golpeaba con ella las nubes para liberar la lluvia. Y estaba también el dios azteca Tlaloc, con su tocado de plumas de garza, pero el Mamlab no lo recordaba en absoluto.

—Y este dios, entonces, tendrá un nombre, ¿no?

—El Mam se llama Juan —dijo lacónicamente Hun-Kamé, bebiendo a sorbos su café.

—¿Juan? ¿Qué tipo de nombre es este para un dios? —replicó ella, consternada al descubrir que las deidades tenían nombres sacados del santoral. No le parecía en absoluto creativo, ni apropiado, de hecho.

—A veces es Juan, otras es el Señor del Trueno, otras nada. ¿Acaso no eres tú Casiopea, La Dama Tun, la Doncella de Piedra y otras permutaciones? Y por debajo de todo esto, ¿no hay un nombre secreto en tu corazón, un nombre que mantienes cerrado bajo llave?

El padre de Casiopea la llamaba «kuhkay», luciérnaga, porque aquellos bichillos llevaban la luz de las estrellas, y ella era su pequeña estrella. Casiopea se preguntó si Hun-Kamé se referiría a aquello, si ese podría ser su nombre perdido hacía mucho tiempo.

—Tal vez —reconoció.

—Naturalmente. Sucede con todo el mundo.

—¿Y tú tienes también un nombre secreto? —preguntó Casiopea.

Hun-Kamé se quedó inmóvil, sosteniendo el vaso. Con cuidado, lo dejó sobre la mesa.

—No formules preguntas estúpidas —respondió, sus palabras azotándola como un látigo.

—Pues te formularé otra, inteligente esta vez —replicó ella, molesta por el tono de regaño de la respuesta, más caliente que el café que estaban tomando—. ¿Cómo vamos a encontrar a tu primo? La ciudad es muy grande.

—Dejaremos que sea él quien nos encuentre. Como acabo de

explicarte, le gusta seducir a mujeres jóvenes y bonitas. Serás un señuelo perfecto.

Hun-Kamé se quedó mirándola con una certidumbre que no aceptaba excusas, con la certidumbre de un dios frente a un mortal, pero Casiopea se sintió obligada a protestar. Tenía los dientes un poco separados, los párpados muy pronunciados, rasgos que nunca se habían considerado atractivos. Los periódicos estaban repletos de anuncios de cremas blanqueadoras que daban como resultado un rostro «irresistible». Ella era morena y nunca había consagrado esfuerzos a frotarse la piel con limón para adquirir lo que la gente consideraba una tonalidad más favorecedora.

—Debes de estar bromeando —dijo.

—No.

—Dices que le gustan las mujeres jóvenes y bonitas, pero yo no soy una joven bonita.

—Supongo que no has visto nunca tu imagen reflejada en un espejo —dijo él, en tono despreocupado—. Cabello negrísimo, ojos negrísimos, negros como el x'kau, e igual de escandalosos.

Casiopea no podía creer que estuviera intentando adularla; había comentado su aspecto igual que comentaría el aspecto de una flor. Y, además, al mismo tiempo, la había insultado.

No lo había dicho como un cumplido. No podía haberlo dicho en ese sentido, concluyó Casiopea.

—Pero aun en el caso de que se fijara en mí…

Hun-Kamé descansó la mano sobre la superficie de madera de la mesa.

—Parte de mi esencia fluye por tu cuerpo. Lo cual significa que tu piel está impregnada con algo de mi magia, como un perfume. Emite una tonalidad extraña que con seguridad lo atraerá. La promesa de algo poderoso y misterioso, imposible de ignorar —dijo.

A Casiopea le costaba imaginarse la muerte como un perfume que impregnara su piel, no como el olor acre de la putrefacción, y que además pudiera resultar tan agradable como el aroma de una rosa. Pero no le dio más vueltas, puesto que prefería concentrarse en estallar de rabia.

—No quiero ser seducida por tu primo —dijo, contratacando—. ¿Por quién me has tomado? ¿Por una mujer de mala reputación?

—No te pasará nada. Lo seducirás, lo atarás y yo me ocuparé de

él —dijo Hun-Kamé.

—¿Atarlo? Estás loco. ¿Cómo? ¿No se dará cuenta de…?

—Distráelo con un beso, si es necesario —dijo él, impacientándose. Era evidente que empezaba a estar harto de aquella discusión.

—Como si yo fuera por la vida besando hombres así porque sí. Bésalo tú.

Se levantó, y al hacerlo estuvo a punto de tirar la mesa. Hun-Kamé la estabilizó y, veloz como un rayo, agarró a Casiopea por el brazo. Se levantó.

—Soy el Señor Supremo de Xibalbá, tejedor de sombras. ¿Qué piensas hacer? ¿Escapar de mí? ¿Acaso no has pensado en mi magia? Sería una locura. Aunque lo consiguieras, el fragmento de hueso que llevas clavado te matará si yo no te lo extraigo —dijo en voz baja.

—Pues quizás tendré que acabarme cortando la mano —replicó ella, también en voz baja.

Casiopea comprendió enseguida que no tendría que haber dicho aquello, de que había alertado a Hun-Kamé de que conocía aquella cláusula de rescisión, pero había hablado sin pensar, provocada por su arrogancia. Quería bajarle los humos, y aunque humillar a un dios era imposible, su juventud le había permitido pensar ingenuamente que sí podría lograrlo.

—Quizás. Pero no sería agradable —replicó él.

Su mirada era dura como el pedernal, a punto de echar chispas. A pesar de aquella explosión de atrevimiento, Casiopea se vio obligada a bajar la vista.

—Sería también cobardía, teniendo en cuenta que me diste tu palabra y prometiste ponerte a mi servicio. Aunque, por otro lado, sería un simple reflejo de tu herencia: tu abuelo fue un traidor y un hombre deshonroso. Desconocía el peso del *patan*, la obligación, ni su virtud.

Casiopea apretó las manos. Ella no tenía nada en común con su abuelo; era Martín quien había heredado todas sus virtudes y sus vicios. A Casiopea le gustaba pensar que era una copia de su padre, o que se parecía más a su madre, por mucho que no creyera que poseía la bondad de aquella mujer. Como muchos jóvenes, a final de cuentas se consideraba una criatura totalmente nueva, una creación que no había surgido de tierras antiguas.

—No soy cobarde —dijo, protestando—. ¿Y cuándo te he prometido yo algo?

—Cuando salimos de tu pueblo. «Muy bien», dijiste, y me aceptaste. ¿No es eso una promesa?

—Bueno, sí… pero lo que yo quería decir era…

—¿Qué te amputarías la mano a la primera oportunidad? —dijo Hun-Kamé, dando un paso hacia ella.

Casiopea hizo lo mismo, dando otro paso hacia él.

—¡No! Pero no soy tan tonta como para… para obedecerte ciegamente.

—No te considero tonta, por mucho que levantes la voz más que un macaco rabioso —dijo Hun-Kamé, señalando hacia la mesa y las dos sillas. Sus movimientos eran como los de un director de orquesta, elegantes y precisos.

—Puede ser que, con las prisas, me haya mostrado grosero —dijo —. No es mi deseo que te lleves una mala imagen de mí. Por otro lado, debo subrayar que ambos estamos unidos por circunstancias lamentables y que debemos avanzar a paso ligero. De haber tenido oportunidad de obrar de otro modo, nunca te habría causado los inconvenientes que te estoy causando. Pero tu ayuda es necesaria, Casiopea Tun.

En la mesa contigua, los ancianos removieron las fichas de dominó de ébano y marfil con manos arrugadas y eligieron sus piezas. Casiopea miró de reojo las fichas, distraída por un instante por el contraste de colores, y luego volvió a fijar la vista en Hun-Kamé.

—Te ayudaré —dijo—. Pero si lo hago es porque me das lástima, no porque seas… el «señor supremo» de yo qué sé.

—¿Cómo es posible que pueda inspirarte lástima? —preguntó con incredulidad Hun-Kamé.

—Porque estás solo en el mundo.

Esta vez su rostro no parecía hecho de pedernal, sino de basalto, frío y carente de amenaza y emoción, por mucho que fuera complicado identificarle emociones. Como los ríos de Yucatán, las emociones existían, escondidas bajo la superficie. Pero ahora era como si alguien hubiera tapado un pozo con una piedra, bloqueándolo por completo. El basalto, impenetrable y oscuro, era lo único que le estaba ofreciendo el dios.

—Todos estamos solos en el mundo —replicó él, y sus palabras

fueron como las nubes cuando cubren la luz de la luna, amargando la tierra, ahogando a su retoño en la cuna.

Pero Casiopea, que era demasiado joven para creerse aquello, se encogió de hombros, puesto que había aceptado su invitación, y volvió a tomar asiento. Él se sentó también. Ella apuró su café. Los golpes de las fichas de dominó sobre la madera y el tintineo de las cucharillas contra los vasos eran como música, con ritmo propio.

—Has dicho que había que atarlo. ¿Cómo? —preguntó Casiopea.

—Con una cuerda vulgar.

—Con una cuerda vulgar —repitió Casiopea—. ¿Y funcionará eso con un dios?

—En la mayoría de casos, lo que importa es el simbolismo. Trataré esa cuerda con unas palabras que le otorguen poder y será fuerte como el diamante. Lo retendrá, y tú harás el resto. No tengas miedo —concluyó.

—Decirlo es muy fácil. Estoy segura de que los dioses no le tienen miedo a prácticamente nada, pero las personas comunes y corrientes tenemos un amplio surtido de miedos entre los que elegir —sentenció ella.

—Tú no eres una persona común y corriente, ahora no.

«¿Pero por cuánto tiempo?», se preguntó Casiopea. Y se vio obligada a reconocer que una parte de lo que la mantenía al lado de Hun-Kamé no era la simple promesa de liberarse de aquel fragmento de hueso o el sentimiento de obligación, sino el atractivo del cambio, la idea de poder convertirse en algo más, en una persona distinta a la muchacha que almidonaba camisas y lustraba zapatos y por las noches tenía que conformarse en echarles un vistazo rápido a las estrellas.

—No tengas miedo, de verdad —insistió Hun-Kamé, y le tomó la mano izquierda.

No fue un gesto pensado para proporcionarle consuelo, o el consuelo que podría derivarse del contacto con cualquier otra persona. Para ello habría sido necesario un mínimo de empatía humana y de afecto. Sino que fue una demostración, como la que podría haber realizado un científico. Pero el pulso de Casiopea se aceleró de todos modos, puesto que ser prudente y joven a la vez resultaba complicado.

—¿Lo notas aquí? Mi magia está en tus venas —dijo, como si estuviera buscándole el pulso.

Y tenía razón. Fue como tirar de un hilo en un telar, una

sensación delicada, pero que la recorrió por entero, y cuando él la tocó, sonó una nota cristalina. Y después de esa nota, otra, en este caso mucho más terrenal, el efecto de un hombre atractivo tomándole la mano a una muchacha.

Casiopea apartó la mano, preocupada. Era imprudente, pero no tanto.

—Si tu primo me da miedo, me iré corriendo, me da igual —juró —. Los macacos rabiosos muerden, ¿lo sabías?

—Tendré que correr ese riesgo.

Casiopea hizo sonar la cucharilla contra el vaso y una mesera les sirvió más café con leche.

—¿Te gusta? ¿Esta bebida? —preguntó Hun-Kamé con un gesto de interrogación cuando la mesera se hubo marchado.

—Sí. ¿A ti no?

—Demasiado espesa y espantosamente dulce. La leche altera el sabor amargo del café.

—No hay que alterar nunca la pureza del grano de café —dijo ella, en broma.

—Exactamente.

Casiopea rio con el comentario y él, claro está, no le encontró la gracia. Aunque la verdad es que era poco probable que un dios de la muerte fuera muy alegre, ni siquiera en Veracruz, donde nadie podía estar triste, y ni siquiera en carnaval, cuando había que olvidar los problemas y dejar que se los llevara el viento.

De modo que siguieron allí sentados, en el café, el dios serio y oscuro y la muchacha, mientras caía la noche y las farolas empezaban a iluminar las calles.

Capítulo 9

¿Qué corto llevaban el pelo! Casiopea observó embelesada a todas aquellas muchachas tan modernas, peinadas como las *flappers* norteamericanas, que actuaban como damas de honor de la reina del carnaval. En el pueblo de Casiopea nadie se atrevía a lucir aquel estilo decadente. Incluso los polvos de arroz estaban mal vistos. Pero en Veracruz, al menos en carnaval, abundaban las caras pintadas, las mejillas con colorete y los atuendos descocados. De haber estado allí su madre, le habría dicho a Casiopea que respondiera con desprecio a aquel descaro, pero al ver las risas de aquellas muchachas, Casiopea se preguntó si su madre no estaría equivocada.

La reina, una vez coronada, saludó a la multitud y, acto seguido dieron comienzo los bailes de máscaras en el Casino Veracruzano y otros locales selectos. Pero la gente no estaba solamente confinada en el interior de los edificios, sino que todos aquellos que no podían permitirse adquirir las entradas para asistir a los bailes, hacían su fiesta en calles y parques, bebiendo, bailando y haciendo trastadas. La Cuaresma, el periodo de tiempo en el que había que mantenerse alejado de los pecados de la carne, estaba al caer. Y en consecuencia, ahora era el momento de olvidarse de todo y disfrutar de la juerga. La primera noche de carnaval nadie dormía y había incluso quien pasaba días enteros sin dormir, tan inmerso en carrozas, desfiles y música que ni se planteaba tomarse la molestia de meterse en la cama. A la mañana siguiente, habría a la disposición de todos los ciudadanos mil remedios distintos para solventar la resaca que tantos padecerían. Una de las típicas soluciones era desayunar con marisco, aunque otros se contentaban con aspirinas.

Los edificios de la calle del Cinco de Mayo estaban decorados con serpentinas y banderas y los coches que circulaban lucían flores y pancartas de colores. La gente lanzaba cohetes y compartía botellas de alcohol. En el interior de restaurantes y hoteles, bailarinas con trajes folclóricos giraban sin cesar ondeando sus faldas y los músicos

tocaban el danzón, una importación cubana tremendamente sensual y, también, tremendamente popular.

Veracruz tenía un legado africano. En aquel puerto, los esclavos habían desembarcado de barcos europeos para ser obligados a deslomarse en las plantaciones de azúcar. Los descendientes de aquellos esclavos se agrupaban en Yanga y Mandinga, pero su influencia se notaba en la región entera, dejando su huella en su música y en su cocina, y como todo el mundo, asistían también al carnaval, inundando las calles. Había hombres de piel negra vestidos de esqueleto, mujeres indígenas con blusas bordadas, morenas de piel clara representando a sirenas, hombres de piel blanca con vestimenta de romano. Cuando el carnaval tocara a su fin, los habitantes más pálidos y ricos de la ciudad, mirarían con desdén a los «indios» y a los «negros», pero por aquella noche, el sofisticado juego de la división de clases vivía una tregua política.

Casiopea observaba el espectáculo con asombro y turbación mientras se fundía con las multitudes de enmascarados y disfraces. Por la mañana, Hun-Kamé había alquilado dos trajes a un precio exorbitante. Él iba sobriamente vestido con un traje negro de charro, con chaquetilla corta con bordados en plata, pantalones ceñidos decorados con botones a los costados y un sombrero de ala ancha. Era una figura atractiva y dramática y parecía a punto de montarse a lomos de un semental para realizar los trucos típicos de aquellos jinetes, una ocurrencia que sería de lo más apropiada teniendo en cuenta la cuerda que llevaba colgada del brazo derecho. Casiopea iba a conjunto con él, vestida de charra, con chaquetilla y falda cargadas de bordados en hilo de plata, con la diferencia de que sus prendas eran blancas. Y que no llevaba sombrero.

Antes de salir, en la pensión, Casiopea se había mirado con curiosidad al espejo probándose la chaquetilla bordada.

—¿No habías visto nunca tu reflejo? —le había preguntado él.

Y ella había seguido mirándose. No con una de aquellas miradas fugaces que se permitía por las mañanas, sino un buen rato. La vanidad era pecado, decía siempre el cura de Uukumil. Pero contemplando sus ojos negros y sus labios carnosos, Casiopea pensó que tal vez Hun-Kamé tuviera razón, que tal vez fuera bonita, y que el cura estaba muy lejos y no la incordiaría más por ello. Luego, tomó un cepillo y se peinó con un pulcro moño.

Casiopea y Hun-Kamé pasearon por las concurridas calles. El sonido terrenal de la marimba, saliendo de un edificio cercano, la animó a bailar.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A la parte más animada y concurrida de la ciudad —respondió él.

Los recibió un mar de juerguistas, una multitud más impresionante si cabe que la que habían dejado atrás. Aquello era un caos de trompetas y tambores, de disfraces de demonio y de ángel, con el aroma del tequila y los perfumes combinándose hasta volverse indistinguibles. Por encima de sus cabezas, la gente congregada en los balcones lanzaba confeti y los niños tiraban cáscaras de huevos llenas de papelitos brillantes, mientras que algunos hombres, borrachos o llenos de odio, se entretenían vaciando una botella de ron sobre los transeúntes.

Y entonces, en medio de aquel revoltijo de plumas, lentejuelas y máscaras, Hun-Kamé se paró.

—Ven por aquí —le dijo a Casiopea. Le hizo entrega de la cuerda —. Recuerda que debes atarle las manos en cuanto tengas oportunidad de hacerlo.

Cuando el padre de Casiopea murió, su madre intentó ganarse la vida realizando trabajos extraños. Durante una temporada, lo probó con el macramé e instruyó también a su hija en aquel tipo de labor. Casiopea era capaz de hacer nudos sofisticados, pero no sabía si funcionarían con seres sobrenaturales, por mucho que Hun-Kamé le asegurara que con un nudo vulgar bastaba.

—¿Y tú dónde vas? —preguntó Casiopea, viendo que Hun-Kamé se disponía a marcharse.

—No puede verme contigo.

—Pero…

—Estaré vigilando y los seguiré. Recuerda, diga lo que te diga, ni lo sueltes ni te alejes de su lado.

—¿Cómo voy a saber quién es?

—Lo sabrás.

—¡Espera! —gritó, al ver que se iba.

Hun-Kamé se paró, su mano fría rozó la de ella, que estuvo a punto de soltar la cuerda.

—Estaré detrás de ti —dijo. Y no era un intento de tranquilizarla,

sino un hecho.

Hun-Kamé se marchó definitivamente. Casiopea, abandonada entre tantos desconocidos, sintió miedo de verdad. En Uukumil, el mayor acontecimiento del año era la procesión del santo local, que era sacado de la iglesia y paseado por todo el pueblo. Pero aquello, ¡aquello era muchísimo más grande! Había mujeres con máscaras aterradoras y un muchacho que no paraba de tocar el tambor. Casiopea pensó en huir corriendo de allí.

Sujetó la cuerda con fuerza y se mordió el labio inferior. Había dicho que lo haría, y lo haría. Echó a andar, abriéndose paso entre parejas de bailarines y encaminando sus pies hacia la parte central de la calle. Se cruzó con dos arlequines que le lanzaron confeti y esquivó tres hombres fornidos que andaban chocándose con la gente y gritando obscenidades.

—¿No tendrías por casualidad cerillos? —le preguntó un hombre con voz melodiosa.

Era un tipo moreno, ancho de hombros, fuerte y atractivo. Iba disfrazado de pirata, con saco azul, cinturón y botas altas. El brillo de su dentadura y su porte atrajeron de inmediato a Casiopea.

«Es él —pensó—, el Mam.»

Era probable que habiendo conocido ya un dios, pudiera identificar rápidamente otro. O si no, debía de ser la esencia de Hun-Kamé, atrapada bajo su piel, lo que le permitió ver que aquel desconocido poseía un elemento extraordinario.

—No —respondió Casiopea, bajando la vista, no por recato, sino porque no quería que él se diese cuenta de que lo había reconocido.

—Una lástima. ¿Y qué haces tan sola en una noche como esta?

—He venido con amigos, pero me parece que los he perdido —dijo Casiopea, mintiendo de nuevo con estilo. Por lo visto, tenía talento para ello.

—Eso es espantoso. A lo mejor puedo ayudarte a encontrarlos.

—A lo mejor —repitió ella.

El hombre sacó un cigarro y un encendedor y la rodeó por la cintura para guiarla entre el gentío.

—Me había parecido oír que necesitabas cerillos —dijo Casiopea.

—Necesitaba una excusa para hablar contigo. Eres un encanto; mira cómo te sonrojas —dijo el hombre, con voz acaramelada.

Siguió diciéndole cosas empleando un tono empalagoso, cosas de

escasa importancia, puesto que al poco de ser pronunciadas, Casiopea ya ni las recordaba. Cumplidos, galanterías. Sus palabras parecían eléctricas, cargadas como una nube preñada de lluvia. Casiopea lo siguió hasta alejarse de la muchedumbre y adentrarse en un callejón solitario. Y una vez allí, él la presionó contra una pared y le acarició el pecho, sonriendo, un contacto que hizo estremecer a Casiopea. ¿Era eso lo que hacían a oscuras los hombres y las mujeres? ¿Las indecencias sobre las que murmuraba el cura? Los libros eran muy parcos en cuanto a explicar los detalles de la seducción.

—¿Qué te parecería… darme un par de besitos? —dijo entonces, tirando el cigarro al suelo.

—¿Ahora?

—Sí.

Casiopea asintió. Él se inclinó para besarla. Casiopea no había besado jamás a un hombre y no sabía si quería empezar justo con aquel. Volvió la cabeza hacia un lado.

La mano que sujetaba la cuerda se aflojó por un instante, pero enseguida recuperó la tensión.

Antes estaba nerviosa, pero empezó a calmarse y serenarse. Lo apartó de ella, gentilmente, con falsa modestia, y él sonrió. Bajó las manos hasta su cintura. Y ella le dio otro leve empujón; intentó atarle las manos con la cuerda, pero era difícil, puesto que una de ellas estaba descendiendo por su vientre, en un intento de desabrochar los botones del traje. Casiopea emitió un suspiro de rabia y le atrapó ambas muñecas.

—¿Pero qué haces? —preguntó él.

—Si quieres ese beso, déjame hacer —respondió ella, aunque no pretendía dárselo, ni mucho menos.

—¡Resulta que me has salido perversa! ¿A qué estamos jugando?

—Ya lo verás —dijo ella—. Y ahora, si quieres, estate quieto.

El hombre rio mientras ella trabajaba en un nudo robusto. Cuando hubo terminado, él intentó besarla en la boca y ella volvió la cabeza y le dio una sonora cachetada. El hombre pensó que aquello formaba parte del juego, pero cuando intentó liberar una mano, le fue imposible.

Su cara cambió: se volvió tormentosa.

Casiopea se alejó de él. Los ojos del hombre brillaban como rayos y cuando habló, lo hizo entre dientes, silbando como el viento entre

los árboles.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cómo has hecho esto? Voy a darte unos azotes, muchacha.

—No lo harás —replicó Casiopea, apartándose de él, que intentaba con todas sus fuerzas deshacer el nudo, llegando incluso a llevarse la cuerda a la boca para morderla y sin conseguir absolutamente nada. Frustrado, escupió en el suelo y la rodeó, trazando un círculo.

—¡Ven aquí ahora mismo y deshaz este nudo, muchacha!
Y hazlo rápido si no quieres morir ahogada en el río y que luego cante sobre tu cadáver hinchado.

Corrió hacia ella, intentando inmovilizarla contra la pared, pero Casiopea se desplazó hacia un lado y el dios se estampó contra el muro, desprendiendo con el golpe unos cuantos ladrillos. Volteó entonces rápidamente y abrió la boca, como si fuera a gritar, pero lo que salió de él fue una ráfaga de viento caliente que obligó a Casiopea a retroceder dos o tres pasos y se introdujo después bajo sus prendas. Era como si alguien le estuviera restregando sobre la piel una piedra ardiente.

Casiopea parpadeó, pensando en lo ridículo que era encontrarse en un callejón solitario con la única compañía de un dios enojado cuando lo que debería estar haciendo era echar a correr en dirección contraria, alejarse de él, volver a la pensión y, tal vez, volver a su casa. Pero Hun-Kamé le había dicho que no soltara a aquel hombre ni se apartara de su lado y, en consecuencia, se retiró el pelo que le caía en la cara y se cruzó de brazos.

—Y bien, ¿quieres que te rompa todos los huesos, idiota? —dijo él, dispuesto a cargar contra ella como un toro rabioso.

—Qué grosero llegas a ser —dijo Hun-Kamé.

Apareció de repente al lado de Casiopea, como una pieza desprendida del cielo aterciopelado, como una planta nocturna que acababa de abrirse para acogerla, y le posó la mano en el hombro, protegiéndola de cualquier amenaza con aquel veloz gesto.

Juan, el Mam, sonrió, y su atención pasó rápidamente de ella a Hun-Kamé. Y luego soltó unas carcajadas, una risa desenfrenada, como si estuviera borracho.

—Hun-Kamé, primo. ¿Así que has sido tú el que me ha tendido esta trampa? ¡Vaya sorpresa! —dijo, sin dejar de lucir una brillante

sonrisa.

—No creo que sea una sorpresa tan grande como insinúas. ¿Acaso mi hermano no te ha enviado a sus lechuzas para informarte de mi fuga y avisarte de que vendría a buscar lo que es de mi propiedad? —replicó Hun-Kamé, sin sonreír en absoluto.

—Es posible que lo haya hecho. Pero no lo sé. Me muevo entre colinas y arroyos. Soy difícil de encontrar.

—No tan difícil, primo traidor —dijo Hun-Kamé.

—¿Traidor yo? ¿Por haber guardado la propiedad del señor Vucub-Kamé?

—Por guardar mi oreja, perro. Cómo si no supieras a quién pertenece.

El rostro de Hun-Kamé mantenía la frialdad, pero una pizca de ira coloreó sus palabras con un rojo encendido, como la punta de un cigarro.

—Sabía que era tuya. Pero también sé que el Señor Supremo de Xibalbá es ahora Vucub-Kamé. ¿Vas a reprenderme por ofrecer mis servicios al gobernante de nueve regiones de la sombra?

Juan hizo un gesto burlón, inclinándose exageradamente ante Hun-Kamé antes de incorporarse rápidamente.

—Puedo reprenderte por haber cambiado tus lealtades en un abrir y cerrar de ojos —replicó Hun-Kamé.

Juan negó con la cabeza.

—Sigo la dirección del viento, y nadie puede culparme de nada si empiezan a soplar vientos nuevos. Vucub-Kamé me entregó tu oreja, sí, e hinqué la rodilla ante él, no porque sintiera un amor especial por tu hermano, sino porque hay que seguir el orden de las cosas. Y ahora, tanto el orden como el reino pertenecen a Vucub-Kamé.

Mientras hablaba, Juan, esbozando una sonrisa, trazó lentamente un círculo alrededor de Hun-Kamé y Casiopea. La sonrisa se hizo más grande.

—Este nudo no me mantendrá inmovilizado por mucho tiempo más —dijo, frotándose las manos para poner a prueba la cuerda—. ¿Qué pretendes hacer entonces?

—Cómo si el nudo tuviera alguna importancia. Lo que quería era capturar tu atención —replicó Hun-Kamé.

—Toda tuya.

—Devuélveme el objeto que Vucub-Kamé te confió.

—¿Y desobedecer con ello las órdenes del Señor Supremo de Xibalbá? No puedes recuperarlo —dijo Juan, negando con la cabeza.

—Desobedece las órdenes del falso Señor Supremo y satisface al verdadero.

El Mam se encogió de hombros.

—Me parece que hablas en términos muy confusos. ¿Falso? ¿Verdadero? No soy hombre de apuestas, primo. Hoy, el trono está en manos de Vucub-Kamé. Mañana pueda que esté en las tuyas, o tal vez no. No me gustaría en absoluto enfrentarme a tu hermano si está enfadado. El conflicto entre nosotros es agotador e innecesario.

A pesar de sus palabras, el dios abrió la boca y las comisuras de sus labios se distendieron. Soltó entonces otra ráfaga de aire, más potente que antes, que podría haberle partido perfectamente los huesos a Casiopea, como había prometido que haría, de no haber sido porque Hun-Kamé levantó velozmente la mano y las sombras del suelo se elevaron como una ola, una cápsula protectora, contra la que se estampó con impotencia el viento.

El Mam tosió y volvió a abrir la boca, pero Hun-Kamé habló:

—No intentes eso conmigo o lo consideraré una descortesía —dijo.

El dios sonrió y meneó la cabeza antes de replicar, con voz ronca.

—¡Creía que estábamos jugando! Tenemos una cuerda para saltar y tu amiga podría ser Doña Blanca y nosotros bailar a su alrededor. No era mi intención…

—Calla.

El rostro de Hun-Kamé se volvió lúgubre como una tumba. Y borró por completo la sonrisa insolente de la cara del otro dios, serenándolo un poco.

—Si no me devuelves lo que me pertenece, te encontrarás en una situación muy desagradable. El nudo, como bien dices, tal vez no resista mucho tiempo más, pero sí el suficiente como para arruinarte tu alegre semana de festejos. Y cuando vuelva a sentarme en mi trono, me aseguraré de que tus noches sean amargas. Nada de tambores junto al río, nada de ingesta de alcohol, nada de risas para tus hermanos y tú.

—¿Y si no recuperas el trono? —preguntó Juan, con falsa inocencia.

—¿Quieres correr ese riesgo, primo? Recuerda quien soy,

recuerda mi magia y mi poder. Recuerda asimismo que mi hermano siempre ha sido el más débil —dijo Hun-Kamé, sin levantar apenas la voz.

La sonrisa de Juan quedó eclipsada por completo. A pesar de que era una noche calurosa, Casiopea sintió un escalofrío recorriéndole la espalda y no pudo evitar frotarse los brazos. La frialdad se filtraba desde la tierra, como si el suelo se hubiera quedado congelado bajo sus pies. Decían que en Xibalbá había una Casa de Frío donde granizaba, y que aquel granizo te cortaba las manos como un cuchillo. Casiopea pensó que tal vez fuera ese el origen del frío que estaba sintiendo. Pero fuera cual fuese su origen, era sobrenatural y tuvo un efecto inmediato sobre el dios.

—Este… este frío. Me gustan las noches cálidas, primo —dijo Juan, con los dientes castañeteando y con una bocanada de humo escapando de entre sus labios.

—¿Oh? Yo no siento nada. ¿Sientes tú alguna cosa, Casiopea? —preguntó Hun-Kamé, sin alterarse.

Casiopea respondió con un gesto de negación y el Mam contuvo la risa, pero las puntas de sus dedos se estaban quedando blancas y empezaban a estar envueltas por una delicada capa de hielo.

—Te respeto, Hun-Kamé. Lo sabes de sobra —dijo Juan.

—¿En serio? Estaba empezando a dudarlo.

—No me gustaría tenerte como enemigo.

—Júrame que me devolverás lo que es de mi propiedad y te consideraré libre de culpa.

A pesar del sobrecogimiento que había sentido Casiopea cuando se le había aparecido Hun-Kamé, y a pesar de que también había sentido cierto miedo, no había entendido hasta aquel momento su grandiosidad. No fue hasta que presenció aquel intercambio entre dioses que comprendió que el dios del clima estaba intimidado y empezó a preguntarse sobre la verdadera naturaleza de Hun-Kamé y sobre su poder.

Era la Muerte, estaba caminando al lado de la Muerte, y la Muerte tenía la cara de un hombre. Estaba hablándole a la Muerte como si se tratara de un hombre, le estaba levantando la voz, incluso la había desafiado, pero no era un hombre, era evidente. Casiopea había visto dibujos de la Muerte en libros antiguos. Siempre aparecía descrita como un esqueleto, con todos los huesos al aire, con zonas

negras en el cuerpo que simbolizaban la corrupción. Y aunque esa Muerte y Hun-Kamé no se parecieran en nada, podían ser perfectamente la misma entidad.

Vio, por primera vez, la calavera que escondía la carne. Y si un dios temía a la Muerte, ¿no debería de temerla también ella, en vez de estar compartiendo con Hun-Kamé naranjas y conversación?

—Te lo juro por el aire y por el agua, y también por la tierra y por el fuego, si es necesario. Suéltame y te lo entregaré —dijo Juan.

El hielo le cubría ya el pecho y empezaba a ascender por el cuello, transformando su voz en un murmullo, pero Hun-Kamé pronunció entonces una palabra y los cristales de hielo se fundieron, aunque el ambiente gélido siguió presente.

Hun-Kamé soltó la cuerda que sujetaba las manos del Mam y el dios, a su vez, buscó en el bolsillo y extrajo una caja de madera con incrustaciones de madreperla. Hun-Kamé la abrió. En su interior guardaba una oreja humana, en perfecto estado de conservación. Hun-Kamé se la acercó a la cabeza, la colocó en su lugar y, cuando retiró la mano, la oreja estaba unida a su carne, como si nunca hubiera sido arrancada de allí.

Hun-Kamé inclinó la cabeza hacia el otro dios, con elegancia.

—Asumo, entonces, que sigues siendo mi amado primo —dijo Juan, frotándose las manos—, y que ahora ya puedo marcharme.

—Vete. Disfruta de la noche.

El Mam asintió, pero ahora que el hielo estaba completamente fundido, levantó una ceja y los miró con malicia.

—Disfrutaría mejor de la noche si tuviera oportunidad de saborear la dulzura de tu preciosa muchacha. ¿No la dejarías que bailase conmigo? —preguntó el dios, mirando furtivamente a Casiopea —. Cómo me gustan las mujeres mortales, lo sabes bien, y ya que volvemos a ser amigos, sería todo un gesto por tu parte que me concedieras esta para entrar en calor. Creo que ambos estaríamos de acuerdo en que calentarme me iría muy bien después de…

—¡Te daré otra cachetada si te atreves ni siquiera a pensarlo! — gritó Casiopea.

—Una cachetada de vez en cuando me gusta, la verdad. Ven aquí —dijo, levantando la mano y haciéndole señas con el dedo.

El dios de la muerte seguía erguido como un palo, hasta que descansó de nuevo la mano sobre el hombro de Casiopea.

—Busca diversión en otro lado —dijo secamente Hun-Kamé—. Y discúlpate ante la dama por haberte mostrado tan grosero con ella.

—¡Qué quisquilloso llegas a ser! Estaba intentando ser simpático, pero mejor será que me marche. No tiene ningún sentido ofender a la Muerte y a su doncella. Mis disculpas, señorita. Cuídate, primo.

El dios del clima sacó un cigarro y lo encendió. Sonriendo, echó a andar por el callejón hasta perderse de vista en dirección a la música y las multitudes. La noche empezó a cobrar de nuevo calidez, hasta volver a ser la noche tropical habitual del aquel puerto. Hun-Kamé separó la mano del hombro de Casiopea.

—Gracias —dijo Casiopea.

—No deberías darme las gracias por estos pequeños detalles —replicó él.

Casiopea supuso que tenía razón, puesto que Hun-Kamé la necesitaba, y si la había defendido era simplemente porque era valiosa para él. Pero lo consideró un gesto agradable, de todos modos. Nunca nadie la había defendido cuando Martín la molestaba y por eso no podía evitar sentirse agradecida y mirarlo con bondad. Y así fue como, apenas transcurridos unos minutos desde que llegara a la conclusión de que debería de tenerle miedo e ir con cuidado con él, Casiopea volvió a olvidarse de su verdadera esencia y a verlo como un hombre.

—Dama Tun, ven conmigo. Tenemos trabajo que hacer —dijo Hun-Kamé, echando a andar en dirección contraria a la que había tomado el Mam.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Ahora que he recuperado la oreja, puedo oír las voces de los psicopompos y de los muertos. Vayamos en busca de una encrucijada adecuada.

—No entiendo qué quieres decir.

—Ya lo verás.

Capítulo 10

Se alejaron del centro de la ciudad y las multitudes fueron menguando hasta que empezaron a cruzarse solo con unas pocas personas, y luego con nadie. Caminaron mucho rato. Las casas blancas de ambos lados de la calle permanecían silenciosas como tumbas. Los bordados plateados de los disfraces capturaban de vez en cuando un rayo de luz, chispas fugaces.

Llegaron a una encrucijada. No había más casas, ni tan solo una cabaña en los alrededores, solo el camino estrecho que habían estado siguiendo. Casiopea levantó la vista hacia el cielo en busca de Xaman Ek, la estrella que los europeos conocían como «estrella polar». Era el símbolo del dios con cabeza de mono, a quien se le ofrecía la resina del copal. Se preguntó si aquel dios sería tan real como Hun-Kamé y si de verdad tendría cabeza de animal.

Pasó por su lado una polilla nocturna y Hun-Kamé extendió la mano, como si estuviera llamándola. La polilla obedeció, se posó con delicadeza en su palma y él cerró la mano, aplastándola. De haber sido Hun-Kamé mortal, habría necesitado un sacrificio más sustancioso —un perro habría resultado adecuado— para llevar a cabo el hechizo de la noche. Pero siendo un dios, y un dios que acababa de recuperar su oreja perdida con apenas una pizca de su magia, la polilla bastaba.

Hun-Kamé abrió la mano y esparció en el suelo el polvo negro grisáceo.

Pronunció unas palabras que Casiopea no entendió. Eran en un idioma extraño, muy antiguo. Y allí donde había caído el polvo, empezó a salir humo, como si se hubiera encendido un brasero de carbón. El humo adoptó la forma de un perro, luego la de un hombre, después la de un pájaro, hasta que se hizo imposible definir con exactitud el carácter de aquella aparición. Cuando más intentaba Casiopea identificarla, más complicado se le hacía, amenazando con provocarle un tremendo dolor de cabeza.

—Te doy la bienvenida y agradezco que hayas obedecido a mi llamada —dijo Hun-Kamé—. ¿Me conoces?

—Príncipe de la noche desprovista de estrellas, hijo primogénito de Xibalbá. Eres un dios sin trono. Te conozco —dijo el humo. Tenía una voz grave y parecía una hoguera encendida.

—Entiendes, pues, que debes obedecer mis órdenes —dijo Hun-Kamé con la arrogancia de un rey y llevándose la mano al pecho—. Deseo saber dónde está escondida mi esencia.

—Te debo a ti tres respuestas, y tres respuestas te daré.

El humo se levantó y el perro, el pájaro y la forma indefinible se elevaron por encima de ellos. Tenía dos ojos negros, dos alfileres negros, que brillaban a pesar de su negrura. Casiopea, que seguía al lado de Hun-Kamé, empezó a tener la impresión de que el humo estaba mirándola. Era una criatura fabulosa que arrastraba con ella un aroma a incienso y a flores muertas. Casiopea se preguntó qué otras bestias imposibles serían capaces de invocar los Señores de Xibalbá.

El humo abrió sus mandíbulas y habló.

—La ciudad del lago, la ciudad imposible, Tenochtitlán. En lo más profundo de los áridos páramos, El Paso —dijo.

Y entonces, la aparición sacudió la cabeza y miró al suelo, evasiva. Era evidente que no quería decir nada más.

—¿Dónde más? —le preguntó Hun-Kamé.

La aparición sacó la lengua.

—En Baja California, junto al mar, encuentra Tierra Blanca. Encuentra tu destino, Señor de Xibalbá, pero encontrarás también tu perdición, porque tu hermano es más astuto y más poderoso de lo que te imaginas —dijo la criatura de humo con una voz que empezaba a crepitar como la madera quemada.

—No me sermonees, mensajero —replicó el dios.

—Digo la verdad.

—¿Quién tiene lo que me pertenece? ¿Dónde vive?

—Deberás preguntar a fantasmas, a hechiceros o cualquier otro que pueda ayudarte, oh Señor, puesto que yo te he dado ya tres respuestas y una advertencia, que es lo máximo que incluso un dios como tú puede obtener de mí.

—En este caso, te despido y me llevo conmigo tus respuestas.

La criatura de humo aumentó de tamaño, después hizo una reverencia, con el cuerpo doblándose sobre sí mismo y la frente

rozando el suelo. El humo se filtró en la tierra, como la lluvia que empapa el terreno, y desapareció. La noche tembló, despidiéndose de este modo de la aparición.

—Ya has oído dónde tenemos que viajar —dijo Hun-Kamé—. Mañana emprenderemos camino hacia la Ciudad de México.

Si hubiera dicho que partían hacia la Antártida habría sido lo mismo; Casiopea no tenía energías para responder y le dolía la frente.

Volvieron a la pensión. Era muy tarde y la puerta principal estaba cerrada, pero Hun-Kamé la abrió con facilidad. Fueron directamente a sus respectivas habitaciones y Casiopea, agotada por la excursión, se derrumbó en la cama vestida en blanco y plata, sin tomarse ni siquiera la molestia de desnudarse. Las maravillas que había vivido aquella noche no la mantuvieron despierta, y durmió profundamente.

Al día siguiente, cogieron el tren vespertino con destino a la Ciudad de México. De haber elegido un tren que partiera más temprano, Casiopea habría podido mirar por la ventana y observar el paisaje, las marismas, los matorrales y las hileras de palmeras. Cabañas con paredes de bambú, ancianos sentados en maltrechas sillas, niños persiguiendo perros callejeros. Podría haber visto el tren ascender desde las colinas de Veracruz en dirección a montañas con cumbres cubiertas de nieve. Pero la noche era como tinta derramada sobre el papel y borraba cualquier rastro de vegetación y naturaleza.

Pero Casiopea sentía el tren. Se arrastraba lentamente, alejándose del calor húmedo de la costa. Nunca se había subido en aquel tipo de artilugio. Y tenía la sensación de estar sentada en el vientre de una bestia de metal, como Jonás tragado por la ballena. Era una ilustración de la Biblia familiar que solía desconcertarla, la de aquel hombre sentado en el interior de un pez, con cara de sorpresa. Pero ahora se compadecía de él. No veía hacia dónde iban, ni el lugar del que venían y, en consecuencia, era como si el tiempo y el mundo se hubieran metamorfoseado, vuelto desconocidos; era como si estuviese viajando en un sueño.

Prestó atención al sonido metálico de las ruedas deslizándose por las vías de acero mientras Hun-Kamé seguía recostado en su asiento. Compartían una cabina del coche cama y era pequeña, y con él sentado con las piernas estiradas, era como si ocupara todo el espacio.

Pero a Casiopea no le importaba y viajaba acurrucada contra la ventanilla, con las estrellas y el cielo absorbiendo sus pensamientos. Asociaba a su padre con el olor a libros antiguos y tinta, el crujido del papel; su padre era escribano y aquellas eran las herramientas de su oficio. Pero por encima de todo, lo asociaba con las estrellas, por las que sentía adoración.

—¿Puedes hablar con fantasmas? —preguntó Casiopea, rompiendo el silencio del compartimento.

—Y con otras cosas que deambulan por la noche, como habrás comprobado —respondió Hun-Kamé.

—¿Y podrías hablar con mi padre? Falleció cuando yo era pequeña.

Hun-Kamé volteó y la miró con desinterés.

—Los fantasmas suelen adherirse a las piedras, a un único lugar; es raro que se encadenen a una única persona. Desde aquí no podría invocar a tu padre. Además, es posible que no sea un fantasma. No todos los muertos quedan unidos a la tierra. Si tu padre falleció en paz, habrá abandonado en paz el reino de los mortales.

—¿Y podría estar en Xibalbá?

—La inmensa mayoría de los mortales dejó de venerar a los dioses de Xibalbá hace mucho tiempo, y desde que su creencia se calcificó, ya no se aventuran por nuestros caminos. Tu padre no es mi súbdito.

Casiopea había pensado por un momento que tal vez podría ver la cara de su padre fallecido, escuchar su voz. Decepcionada, volvió a mirar por la ventana.

—Supongo que es lo mejor —dijo, suspirando.

—¿Qué quieres decir?

—Que Xibalbá es un lugar espantoso. Hay un río de sangre, y la Casa de los Murciélagos y la Casa de la Oscuridad. No me gustaría nada que mi padre estuviese en un lugar tan horripilante. —Pero entonces se interrumpió y, frunciendo el ceño, dio unos golpecitos al vidrio con el dedo—. Aunque en la historia que me contaron los Héroes Gemelos te mataban y, mira, aquí estás. Me pregunto si todo eso es cierto. A lo mejor no es tan malo como dicen.

—A los mortales les gusta contar historias y no siempre cuentan la verdadera —dijo con desdén Hun-Kamé. Se había quitado el sombrero de paja y lo estaba examinando, acariciando con cuidado la

fibra del entramado.

—¿Cómo es Xibalbá? ¿Cuál es la verdadera historia?

El sombrero de paja le interesaba más que su pregunta, y consciente de que Hun-Kamé no siempre le daba respuestas, Casiopea se disponía a darse por vencida y renunciar a una explicación, cuando Hun-Kamé empezó a hablar con aquella voz tan fría y contenida, carente de toda emoción.

—El Camino Negro conduce hasta Xibalbá, y en su corazón se asienta mi palacio, como una piedra preciosa en la corona de sus reyes. Es muy grande y está decorado con murales repletos de color. Tiene casi tantas habitaciones como días tiene el año. Está rodeado por otros edificios bellísimos, tan elegantes que no existe construcción humana capaz de hacerles sombra. Imagínatelo como una piedra preciosa, sí, pero sin la más mínima imperfección, que se sostiene en equilibrio sobre la palma de tu mano.

Se inclinó hacia delante con el sombrero colgando de la punta de sus dedos. Su rostro había cobrado más vida.

—Mi palacio está rodeado asimismo por una serie de estanques de aguas verde azuladas, y en esos estanques nadan peces raros y de lo más curioso, peces de las gélidas profundidades, ciegos pero bellos. Resplandecen con una luz interior, como el resplandor de la luciérnaga. Y hay también árboles. Árboles parecidos a la ceiba, pero con corteza y frutos plateados, que brillan en la oscuridad.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Casiopea, porque en sus palabras había añoranza, y el reino que estaba describiéndole parecía asombroso, no el lugar sombrío y triste que siempre le habían contado.

—Pertenezco a ese lugar —se limitó a responder Hun-Kamé.

Tener aquella certidumbre era bueno, pensó Casiopea. Ella nunca había sabido a qué lugar pertenecía; era una Leyva, pero no era del todo un miembro de la familia. Y Uukumil era un lugar asfixiante. Empezó a preocuparse; Hun-Kamé sabía perfectamente bien donde iba, pero ella ni siquiera podía volver a su pueblo.

¿Qué haría cuando Hun-Kamé recuperara las partes de su cuerpo que había perdido? Aquella línea de pensamiento la llevó a pensar en la salud del dios.

—¿Cómo te sientes? —preguntó—. Con la oreja, me refiero.

Casiopea se tocó su propia oreja al formular la pregunta. El

proceso de reintegración había sido aparentemente indoloro, aunque era posible que no fuera así.

—¿Qué? —dijo él.

—Que si te duele —dijo ella.

—No.

—A mí me duele la mano de vez en cuando —comentó Casiopea.

—Déjame ver.

—En este momento no —dijo ella, aclarando la situación—. Pero ayer, sí. Como cuando te ha entrado algo en el ojo, no sé si me explico. Pero no me duele el ojo, claro.

Hun-Kamé se levantó y se acercó a Casiopea. Le tomó la mano, como para poder mirarla mejor, aunque no había nada que ver. Aunque tal vez él sí pudiera ver el fragmento de hueso que seguía escondido bajo la piel.

—Si vuelve a dolerte, avísame —dijo.

Casiopea levantó la cabeza y se quedó mirándolo. Seguía llevando el parche negro en el ojo.

—¿Y pasa al contrario? ¿Te duele donde debería estar el ojo?

—La ausencia me incomoda —respondió Hun-Kamé, unas palabras que sonaron pesadas, como piedras hundiéndose en un río.

—Lo siento —dijo ella.

Y como quitar aún le tenía retenida la mano, se la presionó ligeramente. No esperaba que él le diera las gracias, puesto que aquellas trivialidades no eran muy de dioses, pero tampoco pensaba que frunciera el entrecejo como lo hizo, ni que se quedara mirando su mano.

—¿Por qué me tocas? —preguntó.

—Oh… el que ha empezado a tocarme has sido tú —respondió Casiopea.

—No. Justo ahora.

—Lo siento.

Hun-Kamé había descansado la mano sobre su hombro en más de una ocasión. Y no había habido ningún problema. A Casiopea no se le había pasado por la cabeza que tomar la iniciativa de tocarlo pudiera resultarle ofensivo, que un mortal entrando en contacto con lo divino fuera molesto.

Intentó retirar la mano, pero él no la soltó, y se preguntó entonces si empezarían a jugar al estira y afloja.

—Puedes soltarme la mano —dijo Casiopea—. No me he dado cuenta de que…

—Vaya insolencia.

—Tú sigue presionándome la mano y quejándote a la vez y verás lo que es de verdad una insolencia —soltó ella. No le parecía correcto que se comportase como si ella lo hubiera insultado cuando simplemente había intentado ser amable.

Hun-Kamé se echó a reír y la soltó. Y fue una risa de verdad, que rebotó por el compartimento como un pájaro asustado. Casiopea sonrió, respondiendo a aquella exhibición de alegría.

—¿Por qué ríes? —preguntó, pensando que era la primera vez que lo hacía.

—Eres divertida —respondió él—. Es como tener un monito gracioso.

No lo dijo como un insulto. Sino que sonó realmente como una expresión cariñosa. Casiopea, de todos modos, puso mala cara. Pero el enfado no duró mucho. Si le convenía, era capaz de perdonar con rapidez. Además, Hun-Kamé había regresado a su asiento y volvía a estar descansando tranquilo, razón por la cual no había mucho por lo que enfadarse.

Casiopea había casi olvidado que viajaba con compañía, cuando Hun-Kamé volvió a hablar por fin.

—¿Qué miras todo el rato? —preguntó.

—Las estrellas —respondió ella—. Esta noche parece como si hubiera mil.

—Todas las noches hay mil.

—Es posible —susurró Casiopea, descansando la cabeza contra su propio brazo y nombrándolas mentalmente, como hacía desde pequeña, uno de los juegos que solía practicar antes de irse a dormir.

Al cabo de un rato, Casiopea se acostó en la litera superior y cerró los ojos, cayendo enseguida dormida. El tren, con el sonido constante de las ruedas en los ríeles, siguió avanzando lentamente. En la litera inferior, un señor de Xibalbá siguió sin dormir, prestando atención al ritmo del tren. La risa que había escapado de entre sus labios era excepcional y se paró un par de minutos a pensar qué sentido tendría. Pero como era un dios orgulloso, el asunto no le distrajo más que aquel par de minutos, después de los cuales, se olvidó por completo del tema.

Sin embargo, en el reino subterráneo de Xibalbá, el otro señor oyó la risa de Hun-Kamé y pudo descifrar su significado.

Capítulo 11

La imaginación de los mortales dio forma a los dioses y esculpió su cara y su infinidad de formas del mismo modo que el agua moldea las piedras que se encuentra en su camino, erosionándolas a lo largo de los siglos. La imaginación dio también forma a las moradas de los dioses.

Xibalbá, espléndida y amedrentadora, era una tierra de penumbra opresiva, iluminada por un deprimente sol nocturno y carente de luna. La hora del crepúsculo era eterna. Por los ríos de Xibalbá merodeaban caimanes de jade, en sus estanques negros nadaban peces de alabastro e insectos de cristal zumbaban por todas partes, creando una peculiar melodía con el tintineo de sus alas transparentes. Había plantas estrambóticas y árboles frondosos, aunque en la tierra del Inframundo no brotaban flores; tal vez en su día hubiera habido alguna, pero se habían marchitado mucho tiempo atrás.

Todos estos eran fragmentos de sueños que habían adoptado forma física, pero las pesadillas de los mortales abundaban también en el paisaje fabuloso de Xibalbá.

Había trechos inmensos de territorio en los que el suelo era árido y gris; hombres desesperados vagaban por aquel desierto, pidiendo a gritos piedad. Había también lagunas con una niebla espesa adherida a su perímetro, con aguas que desprendían vapores nocivos y aves esqueléticas posadas en árboles muertos lanzando gritos sin cesar. Había un saliente de piedra caliza, con numerosas cavernas, como un panal de abejas, donde vivían las almas de mortales confusos que levantaban los brazos en el aire y se arrancaban el pelo de la cabeza, después de haber perdido todo recuerdo sobre sí mismos y de olvidar el objetivo de su viaje. Animales y criaturas fabulosas nacidas de alucinaciones delirantes rondaban por la selva, asustando a los incautos que se aventuraban a adentrarse allí. Lo más prudente era no alejarse mucho del Camino Negro de Xibalbá, que atravesaba la ciudad donde residían los dioses. Desviarse de ese sendero era

garantía de caer en el caos y el terror.

En un principio, solo existía la ciudad, Xibalbá, pero a su alrededor brotaron las lagunas, las cuevas y el resto de la curiosa topografía del Inframundo, razón por la cual los límites de Xibalbá pasaron a ser mucho más amplios que en el tiempo de sus orígenes. La gente conocía el conjunto como Xibalbá, y dejó de referirse solamente a la ciudad por ese nombre. La ciudad acabó conociéndose como la Ciudad Negra y el palacio del señor, como el Palacio de Jade.

Hun-Kamé había reinado en aquel reino y pasado muchos momentos en los jardines de su palacio, pero Vucub-Kamé prefería vivir encerrado en sus estancias particulares, desprovistas de ventanas, pintadas de amarillo y rojo, con cojines multicolores cubriendo los suelos. Descansaba precisamente sobre aquellos cojines cuando una de las cuatro lechuzas del Inframundo entró volando en su alcoba. La había enviado hacía un tiempo al mundo exterior, para espiar los caminos y espiar a su hermano.

La lechuza había encontrado a Hun-Kamé. El vínculo de parentesco, que hace que la sangre de un mortal sea similar a la de los demás miembros de su familia, existía también entre los grandes señores de Xibalbá. Y era tremendamente patente entre Hun-Kamé y Vucub-Kamé. Eran gemelos, y muy similares. De la misma altura y constitución, diferenciados tan solo por el color del pelo y los ojos. Hun-Kamé había llegado al mundo primero y sus ojos negros eran como las profundidades de una poza. Unos instantes después, Vucub-Kamé había abierto unos ojos clarísimos, del color de la ceniza, aunque a veces, cuando estaba inmerso en sus pensamientos, se volvían plateados y en ocasiones, casi transparentes, como el sastún, la piedra divina.

La lechuza, que conocía bien la esencia psíquica de Vucub-Kamé, voló por el Mundo Intermedio en busca de una esencia similar. Era inevitable que acabara encontrando a Hun-Kamé.

Cuando la lechuza regresó a Xibalbá, lo hizo con un regalo en el pico.

El regalo era la risa de Hun-Kamé, que la lechuza había oído y había apresado en el interior de una caracola blanca que dejó caer en la palma de la mano de su señor. Vucub-Kamé se acercó la caracola al oído y escuchó la risa. Después de una ausencia tan prolongada, le resultó desagradable tomar conciencia de nuevo de la voz de su

hermano, y aplastó la caracola entre sus dedos en cuanto el eco de aquella risa se extinguió. Se levantó de sus cojines, buscó el cuchillo ceremonial de obsidiana y salió del palacio.

Normalmente, cuando Vucub-Kamé salía del palacio, lo hacía montado en una litera dorada y transportado en hombros de sus cortesanos más exquisitos. Por delante de él, desfilaban cantantes que proclamaban la belleza y la sabiduría de su señor, y por detrás lo seguían sus hermanos y el resto de su séquito, quemando incienso y cargando copas con zaca. Vucub-Kamé era vanidoso, como todos los dioses, y le encantaba sentirse adorado.

Aquel día, sin embargo, abandonó el palacio en silencio, sin alertar a sus criados. No lucía tocado, ni ropajes elegantes, sino que iba vestido con un sencillo manto blanco. Caminó solo por las calles de su ciudad, hasta dejar atrás los edificios, hasta que la cinta negra del camino se perdió de vista y llegó a una laguna.

Nadaban en sus aguas caimanes, como los que abundan en grandes cantidades en las lagunas del Yucatán, absortos con sus fauces abiertas. Pero aquellos caimanes eran como fantasmas de caimanes y sus escamas parecían de alabastro y oro. Llamó a uno de ellos, mayor en tamaño a los caimanes del Mundo Intermedio, como aquel que llamaría a su perro, y se montó en la criatura. Empezó a navegar por la laguna.

Los manglares tejían sus raíces por debajo del agua y proyectaban brillos misteriosos. Aves esqueléticas permanecían posadas en las exiguas ramas y observaban al señor de la muerte con ojos con cuencas vacías. Vucub-Kamé llegó al otro lado de la laguna y ascendió la escalinata de la Casa de los Jaguares. A veces, Vucub-Kamé enviaba hombres a esa casa para que las fieras los despedazaran, un castigo y una diversión a la vez puesto que, estando ya muertos, no podían realmente morir y eventualmente se reconstituirían.

Los jaguares no eran mansos. Pero en cuanto Vucub-Kamé hizo su entrada, los crueles animales inclinaron la cabeza y le lamieron las manos como si fueran tiernos cachorrillos.

Vucub-Kamé acarició el pelaje de uno de los jaguares. Admiró sus ojos amarillos. Y entonces, hecha su elección, le cortó la cabeza al felino. Le abrió acto seguido el pecho y extrajo el corazón. Cayó al suelo, el corazón, y la sangre del jaguar trazó un extraño dibujo, que el dios leyó igual que los hombres leerían las letras escritas en un

papel.

Era el don de Vucub-Kamé: la profecía. Con las semillas rojas del Árbol del Coral podía vislumbrar el devenir de los días y adivinar qué sucedería, o podía estudiar un espejo de obsidiana y auspiciar de este modo el futuro. Y era con aquellas artes que Vucub-Kamé había predicho la fuga de su hermano de la prisión en la que estaba encerrado, aunque desconocía cuándo se produciría y quién lo rescataría. Sabía asimismo que cuando escapara, Hun-Kamé necesitaría la ayuda de un mortal. Y que, como un parásito, se alimentaría de la vida de aquel mortal hasta recuperar su esencia y que, al estar unido al mortal, podría moverse por el Mundo Intermedio con una libertad de la que no solían disfrutar los Señores de la Muerte. Pero para ello tendría que pagar un precio. La vitalidad mortal que le daba fuerza, que le permitía deambular por las tierras de los hombres, lo iría contaminando lentamente. Hun-Kamé se iría volviendo más mortal a cada día que pasara hasta que llegaría un momento en el que, si era incapaz de restaurar sus poderes, arrancaría del corazón del mortal un último latido y, con ello, absorbería toda su esencia. Y se convertiría en un hombre casi en su totalidad, dejaría de ser un dios.

Vucub-Kamé contaba con que aquel proceso tuviera finalmente lugar. Había construido el hotel en Tierra Blanca sabiendo qué pasaría, para asegurarse la victoria.

La risa de Hun-Kamé demostraba que se estaba volviendo humano. No es que los dioses no expresaran ira, envidia o deseo. Pero eran como compartimentos que había que abrir y cerrar con llaves de hierro, y lo más habitual era que la existencia de los dioses transcurriera en un estado de plácida indiferencia. Su risa, cuando emergía a la superficie, no nacía en el corazón, sino en la cabeza. Pero la risa de Hun-Kamé se había cocido a fuego lento en los fogones de su corazón. Era alegre y vigorosa.

Lo cual sorprendía a Vucub-Kamé. Nunca habría esperado que su hermano se volviese humano con tanta rapidez. De hecho, no estaba preparado aún para que aquello pasara. Hun-Kamé tenía que llegar a Tierra Blanca cuando estuviera cerca de su descenso final hacia la mortalidad, momento en el cual sería muy débil, un simple cascarón de la deidad que había sido. Pero aquella risa, sin embargo, no insinuaba debilidad, sino que podría decirse que su alegría daba indicios de una fuerza desconocida. ¿Qué estaría pasando? ¿Qué había

cambiado?

Preocupado, Vucub-Kamé había decidido que necesitaba leer la sangre del jaguar —puesto que todas las verdades sagradas están escritas en sangre— para discernir el futuro, para asegurarse de que su plan funcionaría.

Pero lo que Vucub-Kamé leyó en la sangre no sirvió para tranquilizarlo. Sino que le hizo fruncir el ceño con preocupación. Los jaguares, intuyendo su malestar, movieron la cola.

Vucub-Kamé acercó el dedo a la sangre y, con la uña, dibujó un símbolo, luego otro. La uña marcó la sangre tres veces y luego, Vucub-Kamé se enderezó. Sus ojos grises capturaron un destello de luz en la cámara de los jaguares y, por un instante, se volvieron ardientes.

Salió de la Casa de los Jaguares, descendió la escalinata blanca y cuando llegó al lado del caimán que lo había transportado hasta allí, le cortó la cabeza con el terrible cuchillo. La sangre del caimán coloreó el agua y Vucub-Kamé leyó los signos de color carmesí que aparecieron dibujados.

Otra decepción.

Finalmente, el dios tomó de nuevo el cuchillo y lo deslizó por la palma de su propia mano con gélida determinación, dejando que la sangre se derramara en el agua. Su sangre era negra como la tinta y cuando cayó, el agua burbujeó y se onduló durante unos segundos. Vucub-Kamé observó la superficie.

—¿Pero qué es este truco? —susurró entre dientes.

Era incapaz de leer correctamente los signos. En su momento, había anticipado la fuga de Hun-Kamé y lo había dispuesto todo para sorprenderlo en Tierra Blanca. Seguía viendo aquel futuro, pero con caminos que se bifurcaban de él y que le quedaban ocultos. Cuando intentaba observar esos senderos, se topaba con la cara de una mujer que no había visto nunca, pero que imaginó que sería Casiopea Tun. Su esencia humana tenía la sustancia inmortal de Hun-Kamé, dificultándole poder diferenciar el futuro, desvincularla de él.

Era como si Vucub-Kamé se hubiera quedado ciego. Como si no pudiera observar su momento de triunfo. Lo cual era preocupante porque si la fuga de Hun-Kamé había estado ordenada por el destino, el dominio de Vucub-Kamé sobre Xibalbá nunca había sido refrendado de esa manera.

El dios de la muerte siguió en la orilla de la laguna elucubrando

pensamientos oscuros, y las aves esqueléticas posadas en los árboles, intuyendo su ira, escondieron la cabeza bajo el ala.

El dios cerró la mano en un puño y cuando volvió a abrirla, la herida estaba curada, como si ningún cuchillo la hubiera cortado. No podía sufrir daño de esa manera. Las marcas de quemaduras que tenía eran excepcionales, igual que la decapitación de su hermano había sido una anomalía atroz nacida del hierro y la magia más odiosa.

Vucub-Kamé reclamó la presencia de dos de sus lechuzas mensajeras. Tenía cuatro en total, todas ellas criaturas terroríficas, que se atiborraban de las pesadillas de los hombres cuando vagaban por el Mundo Intermedio. Chabi-Tucur era la más rápida y veloz de las cuatro, y la que había seguido el rastro de Hun-Kamé. Huracán-Tucur era la más grande, tan gigantesca que incluso podría ser cabalgada por un hombre, pero demasiado voluminosa como para que su magia pasara desapercibida para Hun-Kamé. Por mucho que su hermano hubiera perdido un ojo y no pudiera ver a las criaturas aladas, intuiría sin duda el aleteo de Huracán-Tucur. Vucub-Kamé no podía correr ese riesgo. Así que dio instrucciones a la lechuza más pequeña para que regresara al Mundo Intermedio y espiara a Hun-Kamé.

Luego le habló a la lechuza más grande. Y le dio instrucciones de volar hasta el Mundo Intermedio y localizar un mortal, Martín. La lechuza se encargaría de transportar al mortal hasta la Ciudad de México, donde Martín esperaría la llegada de su prima. No cabía duda de que esta era la trayectoria que Hun-Kamé pretendería seguir para intentar reconstruirse lo más rápidamente posible.

Si Martín lograba interceptar a Casiopea, Vucub-Kamé disfrutaría de una victoria innegable. Pero si conseguía eludirlo o, peor aún, si se negaba a reunirse con Vucub-Kamé… bueno, la verdad era que el dios de la muerte había dejado poca cosa en manos de la casualidad. Y por mucho que la casualidad se hubiera infiltrado en sus planes, por mucho que el futuro se empeñara en esconderse de su mirada, conseguiría su objetivo.

Siete latidos habían separado el nacimiento de los hermanos. Hun-Kamé, el primogénito, reclamaba la corona, el trono y el reino de Xibalbá solo por esos siete latidos de diferencia. Detrás iba siempre Vucub-Kamé, sujetando el largo manto negro que cubría los hombros de Hun-Kamé. Durante un tiempo, su reino se había expandido, creciendo en belleza y poder, y habían aparecido los demás hermanos

para completar la corte, nacidos a partir de huesos carbonizados y pesadillas. Luego habían llegado los edificios fantasmagóricos de la Ciudad Negra, los monstruos de las llanuras hechos de cenizas, y los suspiros, las oraciones y los pensamientos de los mortales habían dado color a su mundo.

Y finalmente, silencio, declive. Las oraciones habían menguado. Hun-Kamé, aparentemente deseoso de igualar la indiferencia del Mundo Intermedio, se había transformado en un señor indiferente, egoísta y mimado. Vucub-Kamé había instado a su hermano a viajar con él al Mundo Intermedio, no porque le gustaran los mortales y sus ciudades, sino porque le preocupaban los cambios que se estaban produciendo en la península. Le preocupaba Xibalbá. Hun-Kamé había perdurado a lo largo de los siglos, pero incluso cuando los brujos del otro lado del mar desembarcaron cerca de T'hó, trayendo con ellos demonios y libros de hechicería, e incluso fantasmas atados a su espalda, el señor de Xibalbá siguió encogiéndose de hombros con indiferencia.

Vucub-Kamé se había apoderado del reino porque era lo que debía hacer. Él, el hermano superior, había sido constantemente definido como el inferior, pero él sería el salvador de Xibalbá. Era el hijo que Xibalbá necesitaba, su futuro y su única oportunidad.

Hun-Kamé había recibido el don de dominar las ilusiones, ¿pero acaso Vucub-Kamé no era un gran hechicero por derecho propio? ¿Acaso no era más astuto que su hermano? ¿No era él el merecedor del trono negro?

Sí, se respondió el dios. Todo aquello era cierto. Y todo el mundo lo sabía. Llegaría el día en que los mortales escribirían canciones loando su victoria, narrando cómo la muerte mató a la muerte y creó un nuevo reino de magnificencia. Una tarea imposible. Cantarían mil años, y mil años más.

Vucub-Kamé permitió que una sonrisa rozara sus labios. Una sonrisa terrible y sus dientes blanquísimos amenazaron con pulverizar huesos. Nunca cabía esperar ternura de la muerte.

El dios invocó la presencia de otro caimán y regresó al palacio, mientras el cadáver de la criatura que había decapitado se hundía lentamente en el fango.

No fue hasta mucho después de que el dios abandonara la laguna que las aves de los árboles se atrevieron a levantar la cabeza y emitir

gritos agudos, aunque titubeantes, temerosas de la ira del dios.

Capítulo 12

La Ciudad de México nunca ha inspirado mucho amor. «¡Al menos no es la Ciudad de México!», sale de los labios de cualquiera que viva fuera de la capital, acompañando la frase con un movimiento de cabeza. Todo el mundo coincide en que la Ciudad de México es como una fosa séptica, un lugar lleno de vecindades, criminales y con el tipo de entretenimiento más bajo y populachero imaginable. Paradójicamente, todo el mundo coincide también en que la Ciudad de México rezuma un atractivo peculiar, debido a sus amplias avenidas y sus coches relucientes, sus grandes almacenes llenos a rebosar de productos elegantes, y sus cines, en los que se exhiben las últimas películas sonoras. En la Ciudad de México se manifiestan tanto el cielo como el infierno, coexisten codo con codo.

Hasta 1925, la Ciudad de México había estado relativamente libre de la influencia extranjera de las *flappers*. Pero entonces, de repente, y gracias a una troupe de bailarinas que empezó a actuar en los clubes más caros de la ciudad, sus calles se vieron inundadas por el imaginario del *bataclán*. Las mujeres delgadas, lánguidas y andróginas dominaban las vallas publicitarias de la capital. Y aunque algunos capitalinos, aferrados a su primorosa moral, miraban con malos ojos aquellas «mujeres pintadas», muchos acogían con los brazos abiertos el nuevo ideal y miraban con desconfianza a las «indias» inferiores procedentes de otras partes del país, que no hacían ningún esfuerzo para disimular su piel oscura con polvos de arroz ni lucían los modernos vestidos de los tiempos del jazz.

Si la esencia del porfirismo había sido imitar las costumbres francesas, en los años 20, la Ciudad de México giraba en torno a los Estados Unidos, reproduciendo sus mujeres, sus bailes, su ritmo apresurado. ¡El charlestón! ¡El pelo corto! ¡Los automóviles Ford! El inglés aparecía en carteles, en anuncios, brotaba de las bocas de los jóvenes igual que en su día la gente de ciudad había repetido con torpeza frases en francés. La mala imitación de Rodolfo Valentino, con

el pelo envaselinado y peinado hacia atrás, seguía estando de moda, y las mujeres intentaban emular a aquella muchacha atrevida, Lupe Vélez, que protagonizaba un montón de películas de Hollywood.

Al salir de la estación, Casiopea y Hun-Kamé pararon un taxi y recorrieron el centro, observando aquella ciudad, prismática y llena de contrastes. Si a Casiopea siempre le había parecido que en Mérida la gente iba muy rápido, en la Ciudad de México el ritmo era de locos. Todo el mundo corría de un lado a otro, conductores furibundos tocaban el claxon en busca de pelea, los tranvías circulaban por las avenidas repletos de pasajeros sudorosos, los vendedores de periódicos, apostados en las esquinas, pregonaban a gritos los titulares del día y las vallas publicitarias declaraban que había que fumar cigarros El Buen Tono. En las tiendas vendían carretes Kodak y dentífrico y, cerca de un cruce, una pobre mujer con un bebé en brazos, para quienes el reino del progreso y de la modernidad parecía haber pasado de largo, mendigaban algunas monedas.

Había muchos lugares donde la gente con dinero podía alojarse. Hun-Kamé eligió el Hotel Mancera, con habitaciones cuyo precio partía de los cinco pesos por noche, un importe que a Casiopea le pareció increíblemente elevado. El edificio de estilo barroco había sido el hogar de una familia de aristócratas antes de sufrir una remodelación y transformarse en un establecimiento que se jactaba de tener camas con colchones de muelles y mobiliario de acero inoxidable Simmons. Techos altos, candelabros, paredes con paneles de madera y un elegante bar completaban el conjunto. Era, en una palabra, lujoso, y había sido adquirido por el líder de un sindicato, la Confederación Regional Obrera Mexicana. Decían que lo había pagado en oro, que organizaba allí numerosas orgías y que había confiscado un millón de pesos destinados a ayuda para damnificados. Y todo, probablemente, era cierto.

Hasta el momento, los alojamientos lujosos habían escaseado en el viaje y Casiopea se sintió intimidada al acceder al vestíbulo, sin tener siquiera idea de cómo dirigirse a la persona del mostrador de recepción. Hun-Kamé, sin embargo, sabía lo que se hacía o, como mínimo, no tuvo ningún problema para reclamar su atención.

Pidió dos habitaciones, aunque no tuvieron ni oportunidad de deshacer la maleta porque Hun-Kamé decidió salir de inmediato a hacer recados. O eso al menos comunicó al personal del hotel,

ordenando que subieran las bolsas a las habitaciones sin ellos.

Salieron de nuevo a la calle, y no les costó mucho encontrar las cosas que quería Hun-Kamé: cerillos y tijeras. Casiopea, que sentía curiosidad, preguntó el porqué de aquellas compras, y Hun-Kamé le dijo que ya se lo explicaría al llegar al hotel. Y como Casiopea estaba hambrienta y quería comer algo, no dijo más.

—Tengo que invocar un fantasma —le explicó Hun-Kamé, cerrando las cortinas en cuanto entraron los dos en la habitación de ella.

—¿Y para eso se necesitan tijeras? —cuestionó Casiopea.

—Sí. Para cortarte pelo. Necesitaré una buena cantidad —replicó él, tocándole el pelo para indicarle la longitud de melena que necesitaba. Al parecer, pretendía dejárselo corto justo por debajo de la barbilla.

Casiopea decidió que no lo había entendido bien.

—¿Mi pelo? —repitió.

—Sí.

Se quedó sin saber qué decirle. Deseaba con todas sus fuerzas gritarle que no, pero estaba tan indignada que ni siquiera fue capaz de abrir la boca para exponerle sus objeciones.

—Permíteme que te lo explique —dijo Hun-Kamé, manteniendo un tono de voz sereno—. Necesito información sobre el paradero de los elementos que me faltan, y para ese fin debo emplear fantasmas. La invocación de fantasmas puede hacerse utilizando cabello humano, huesos o dientes.

—Pero… cuando invocaste esa cosa en Veracruz no necesitaste mi pelo —dijo Casiopea, protestando.

—Aquello era un psicopompo, una criatura de Xibalbá sobre la que, en virtud de mi nacimiento, tengo cierto poder. Si estuviéramos en mi reino, podría invocar la muerte sin ofrendas. Pero como estoy en tu mundo y como no… no soy completamente yo mismo en estos momentos, no me queda más remedio que encontrar otra solución.

Hablaba muy en serio. Casiopea esperaba que fuese una broma, por mucho que no lo creyera capaz de bromear.

—No puedes utilizarme como si fuera… como si fuera… una muñeca tonta —dijo Casiopea—. No puedes tomar lo que te apetezca y…

—Si te tranquilizas un poco, comprenderás que es el proceder

más racional.

—¿Y no podemos pagarle a un peluquero para que nos venda un poco de pelo? Lo tiran a la basura, de todos modos —insistió Casiopea.

—El simbolismo es importante. La ofrenda tiene que ser voluntaria —dijo él, sin levantar la voz.

Casiopea nunca había sido berrinchuda, pero cuando le daba un ataque, había que verla, y en aquel momento tenía la sensación de que si no se sentaba, si no se calmaba y cerraba los ojos, acabaría dándole un puñetazo al dios. Lo había hecho con Martín en una ocasión. «Se le mete el diablo en el cuerpo», decía su madre cuando el mal carácter podía con ella.

—¡Tú y tu simbolismo! ¡Ni siquiera sé por qué he venido contigo hasta esta ciudad! —gritó, porque él se mantenía tranquilo y contenido y hablaba en apenas un susurro.

Junto a la ventana había una mesa, y encima de ella, un cenicero de cristal, de aspecto pesado. Casiopea lo tomó con ambas manos y deseó arrojárselo pero luego, pensándolo mejor, se sentó en el suelo y lo dejó a su lado.

—Has venido conmigo porque estamos unidos, por desgracia, y porque necesitas que yo corte esas cadenas que nos unen —dijo Hun-Kamé—. Y quizás también porque toda esta historia es superior a mí y a ti.

Casiopea fijó la vista en sus zapatos.

—Todo eso me da igual —dijo en voz baja.

Hun-Kamé se agachó, para poder verla mejor.

—Podríamos intentar hacerlo de otra manera. Consiguiendo una pala y tratando de encontrar un cadáver adecuado en el cementerio, pero como eso sería necromancia, he dado por sentado que preferirías algo más sencillo, sobre todo teniendo en cuenta que el tiempo va pasando.

Hun-Kamé habló con tanta serenidad, de un modo tan agradable, que Casiopea se sintió petulante y tonta y le dieron ganas de llorar. Se mordió el labio con fuerza, porque si no lo hacía, sabía que acabaría propinándole una cachetada para descargar su rabia.

—¿Por qué no tú? ¿Por qué soy siempre yo la que tiene que hacer la ofrenda? —preguntó.

—Porque, querida mía, tú eres mortal y yo soy un dios. Los

dioses no hacen ofrendas de este tipo —respondió él, empleando un tono que no era condescendiente pero que sonaba delicadamente inalterable.

Y Casiopea se enfadó más si cabe, no precisamente con él, sino con todo el universo que, como era habitual, le pedía continuar en el último peldaño de la escalera. Cuando dejó atrás Uukumil creyó que su posición había cambiado, pero no era así. Era Casiopea Tun y las estrellas seguían alineadas en su contra.

—Dame las tijeras —dijo, y la rabia gélida de aquel pensamiento le dio la fortaleza necesaria para llevar a cabo la tarea.

Entró en el baño, miró con ira el espejo y luego a él, que se había colocado a sus espaldas. Quería hacerlo rápido. Pero a pesar de que intentó mantener el pulso firme, hizo una auténtica carnicería con su pelo. Los mechones oscuros cayeron al suelo y su larga melena quedó destrozada por su propia mano. Se sintió bien por un instante. Pero al instante siguiente, arrojó las tijeras al suelo, se sentó en el borde de la tina y rompió a llorar.

No pudo evitarlo. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas por mucho que intentara evitarlas.

—Era lo único… lo único que me dijeron alguna vez fue «tienes un pelo precioso» —musitó.

Hun-Kamé la miró con gélido desapego y ella se sintió turbada, allí sentada con los ojos rojos y sorbiendo por la nariz. Había aprendido a mantener las lágrimas a raya; Martín se burlaba tanto de ella que no le había quedado otro remedio. Y ahora le resultaba incómodo comportarse como una niña cuando siempre se había sentido orgullosa de su temple y su sentido común. Hun-Kamé buscó en el bolsillo y sacó un pañuelo. Se lo pasó a Casiopea, que se secó los ojos con torpeza.

—Deberías empezar la invocación —dijo, devolviéndole el pañuelo. No tenía sentido llorar por su melena perdida.

Hun-Kamé recogió el cabello y volvió a la habitación. Tomó un basurero metálico que había junto al escritorio, depositó el pelo en su interior y colocó el bote de basura en el centro de la habitación. Encendió un cerillo y prendió fuego al pelo. El olor punzante le llenó de nuevo los ojos de lágrimas. Todo el proceso se llevó a cabo en perfecto silencio.

—Dame la mano —dijo Hun-Kamé—. Y no te sueltes, ni siquiera

si tienes miedo. Y no le mires a los ojos, ¿entendido?

—¿Por qué?

—Los fantasmas están hambrientos —respondió simplemente Hun-Kamé—. Repite conmigo: «No te soltaré la mano y no lo miraré a los ojos».

Casiopea pensó que no tenía por qué estar sujetándole la mano a ningún hombre aunque, por otro lado, la palabra «hambriento» emparejada con «fantasma» no le gustaba en absoluto.

—No te soltaré la mano y no lo miraré a los ojos —murmuró, y entrelazó los dedos con los de él, sintiéndose tal vez excesivamente atrevida, pero Hun-Kamé no se quejó.

Hun-Kamé pronunció unas palabras. Era el idioma desconocido que había utilizado en el cruce de caminos, solo que ahora, Casiopea ni siquiera estaba segura de que aquello fuese un idioma. Tal vez era simplemente un sonido, un murmullo.

La temperatura se desplomó y Casiopea notó que se le ponía la piel de gallina en los brazos. Pero no era el mismo frío que había experimentado en Veracruz. Allí fue como tocar granizo, mientras que este era el frío de las cosas que llevan mucho tiempo muertas y se pudren en la tierra.

De entrada no pasó nada. Pero luego se dio cuenta de que las sombras de la habitación se habían vuelto… más oscuras. La luz se filtraba desde el exterior, por debajo de las cortinas, pero todo era más gris y las sombras parecían charcos de tinta. Y entonces se estremecieron, las sombras, se extendieron por el suelo, aumentando de tamaño, cambiando de forma. Y se levantaron. Se volvieron sólidas. Pero no eran sólidas: era como si alguien hubiera taladrado agujeros en la habitación y donde tendría que haber alguna cosa, había tan solo oscuridad.

Las sombras parecían personas. Tenían brazos, torso, cabeza. Se movían, corrían por todos lados, agitaban las cortinas, susurraban entre ellas.

En medio de la habitación, el pelo se seguía quemando, emitiendo un brillo intenso que era la única fuente de iluminación, puesto que las sombras lo dominaban todo, sin dejar que ni el más mínimo rayo de luz se filtrara desde el exterior. Una oscuridad infinita y las sombras delante de ellos, muy cerca. El fuego reveló que no tenían facciones, sino caras lisas como guijarros.

Hun-Kamé le había dicho que no le soltara la mano, y Casiopea se la apretó con fuerza. El caro mobiliario de la habitación, la impresionante cama, las pinturas al óleo de las paredes, todo había desaparecido. Únicamente oscuridad. Casiopea no estaba ni siquiera segura de que siguiera habiendo un suelo bajo sus pies. Solo Hun-Kamé la mantenía anclada en su lugar.

—Nos has llamado —dijo una de las sombras, aunque ninguna tenía boca.

—Les agradezco su atención. Soy Hun-Kamé, Señor de Xibalbá, en busca de su esencia perdida. Una parte de mí está escondida en esta ciudad. ¿Saben dónde podría estar?

—Las respuestas tienen un precio.

—Quédense tranquilos, se les pagará —replicó Hun-Kamé, y les lanzó unos mechones de pelo que guardaba en la mano.

Las sombras gorjearon y se hicieron con fragmentos de pelo, para devorarlo. Tenían boca, finalmente, y lenguas largas y grises, que se desplegaron por el suelo, y también ojos que brillaban con tonalidades verde azuladas, rendijas de color flotando en la oscuridad. Casiopea notó que su cuerpo se transformaba en hierro y no solo siguió sin soltar la mano del dios, sino que se acercó mucho a él.

—Esto no es nada, son restos —dijo una de las sombras.

—Cuidado con lo que dices —les advirtió Hun-Kamé—. Estoy siendo amable, pero podría ser más duro y sonsacarles la verdad a la fuerza.

—Basura y porquería, simples fragmentos y nada entero —dijo la sombra—. Danos carne fresca y huesos. Dánosla a ella.

Los ojos verde azulados se volvieron al unísono hacia Casiopea y eran terribles. Uno de ellos le sostuvo la mirada.

De haber podido distinguir las caras, aunque fueran cadáveres putrefactos, no habría tenido quizás tanto miedo. Pero en la oscuridad, las sombras adquirían los perfiles de los monstruos de su infancia y la tenían cautiva con aquel resplandor verde azulado que le hacía rememorar sus peores pesadillas. Y además olían fatal, un olor mareantemente dulzón; el aroma de las flores marchitas.

Temiendo que acabaría gritando, Casiopea levantó las manos para taparse la boca, y cuando los dedos entraron en contacto con sus labios, cayó en la cuenta de que había soltado la mano de Hun-Kamé. Miró a su alrededor para intentar sujetarse a él de nuevo, pero había

desaparecido. La habitación había desaparecido. El fuego se estaba apagando. Solo se veían aquellos pilares oscuros que avanzaban hacia ella, acercándose cada vez más, con el brillo de los ojos cada vez más intenso, con las lenguas arrastrándose por el suelo.

—El corazón, lo masticaremos dos veces, lo escupiremos y volveremos a masticarlo —dijo una de las sombras.

—Y el tuétano, el tuétano también. Beberemos de sus venas —dijo otra.

Una de las lenguas serpenteó en dirección a Casiopea, rozándole los pies, y ella contuvo un grito y se apartó. Pero el círculo de sombras se estrechó en torno a ella, cerrándose como el nudo de una soga. Norte y sur, este y oeste. Estaban por todas partes.

Volvió a taparse la boca, presa por el pánico, y por un instante sospechó que la idea del dios, ya de entrada, había sido abandonarla a merced de aquellas cosas. Que todo había sido una treta y que iba a convertirse en su cena. Pero entonces recordó el fragmento de hueso clavado en el dedo. El dios no la abandonaría.

Las sombras estaban muy cerca y el olor a podrido le provocó náuseas. Abrieron la boca, desplegando su aliento fétido, frío, húmedo y azul verdoso. Casiopea esbozó una mueca de asco.

¡Ojalá no le hubiese soltado la mano!

—Y… y no miraré a los ojos —musitó.

¡Pero estaba mirándolas! Cayó entonces en la cuenta de que no había dejado de mirarlas y de que una de las sombras la veía fijamente. Inspiró hondo y cerró los ojos. Su cuerpo se balanceó y notó el contacto de unas manos en los hombros.

—Casiopea, mírame —dijo una voz.

—No —replicó ella, cerrando los ojos con fuerza.

Notó el aliento cálido de unos labios humanos cuando la voz se acercó a ella para hablarle al oído.

—Soy yo, Hun-Kamé.

Casiopea abrió los ojos de golpe y lo miró, y él la miró mientras le estrechaba muy despacio la mano izquierda. Las sombras gruñeron y suspiraron; un par de ellas escupieron en el suelo. Casiopea volvió a distinguir los perfiles de la habitación y el basurero, donde su pelo se seguía quemando.

—¡Estamos hambrientas! —dijeron—. ¡Tenemos hambre!

—Qué lástima, ha estado a punto de dejarse perder —gimoteó

otra.

—Callen, sombras desalmadas, y pónganme atención –dijo Hun-Kamé, con un tono de voz que cortó como un cuchillo las murmuraciones—. Ojos fijos en el suelo, y no se atrevan a volver a levantarlos.

Las sombras sisearon y su resplandor azul verdoso se fue estrechando hasta que los ojos desaparecieron. Y ciegas, siguieron plantadas frente a ellos.

—Y ahora, díganme lo que necesito saber.

Las sombras hablaron entre ellas en animados susurros, meneando la cabeza, como si estuviesen deliberando. Las lenguas salían y entraban de las bocas. Decidida la cuestión, tomaron la palabra.

—Dirígete a la morada de Xtabay —dijo una de las sombras. Tal vez la misma que antes había mirado a los ojos a Casiopea, tal vez otra. Diferenciarlas era imposible.

—¿Dónde vive?

—Cerca, mira esto —dijo la sombra.

Del pelo en llamas emergió una chispa de fuego, que se elevó por los aires y trazó una línea, una forma.

—Muchas gracias —dijo Hun-Kamé.

Les arrojó lo último que le quedaba de pelo y las sombras cayeron sobre los fragmentos para devorarlos. Y cuando se abalanzaron, combinándose hasta formar una única forma, el frío de la habitación menguó, la oscuridad se alteró y Casiopea y Hun-Kamé se encontraron de nuevo en una habitación normal, con solo un hilillo de humo alzándose desde el basurero, y con los sonidos de la ajetreada ciudad renaciendo al otro lado de la ventana.

—Te dije que no miraras a los fantasmas —dijo Hun-Kamé, soltándole la mano.

Lo dijo con mucha seriedad y Casiopea se sintió como una tonta al pensar en cómo se había comportado a lo largo de aquel episodio. Primero había llorado, luego le había soltado la mano. Y había estado tremendamente asustada, como una niña.

—Lo sé —murmuró.

Tanto el pelo que Hun-Kamé había arrojado al suelo como el pelo quemado de la papelera habían desaparecido, pero en la habitación perduraba un fuerte olor a sulfuro. Hun-Kamé abrió las ventanas para

que corriera el aire y entrara la luz, y Casiopea le agradeció el gesto, puesto que el ambiente estaba muy cargado.

Casiopea inspiró despacio. Se sentía increíblemente cansada y las piernas amenazaban con doblarse bajo su peso. Le dolían las manos y se las frotó, encorvándose, como si tuviera una piedra enorme sobre los hombros. Intentó enderezarse rápidamente, pero él se había percatado del gesto.

—Te pido disculpas. Esto ha sido duro para ti —dijo, y ahora no parecía tan serio, sino simplemente conciso y contenido.

—No… no estoy segura… ¿qué eran esas cosas? —preguntó Casiopea.

—Fantasmas.

—Nunca me había imaginado que los fantasmas fueran así.

Tampoco es que se imaginara que los fantasmas eran como personas cubiertas con sábanas con dos agujeros recortados a modo de ojos, ni tampoco apariciones vaporosas y flotantes. Pero no había pensado que pudieran dar tanto miedo. Ni que pretendieran comerla.

—Algunos fantasmas son así. Hay de más tipos, como los que acechan en los caminos y devoran niños, por ejemplo —dijo Hun-Kamé, encogiéndose de hombros—. Deberías descansar.

—No estoy muy segura de que quiera dormir ahora mismo —dijo, temerosa de que las criaturas que acechaban en la oscuridad y las sombras pudieran invadir su habitación si cerraba las cortinas.

—Te lo aseguro, deberías hacerlo. No lo digo por decir. Cuando ejerzo la magia, extraigo mi fuerza de ti.

Casiopea se quedó mirándolo.

—¿Cómo si…?

—Me alimento de ti. Lo sabes.

—Pero no así, no…

—Cada minuto de cada hora, y cuando utilizo la magia, más aún. Ven, acuéstate —dijo Hun-Kamé, tomándola de la mano, guiándola hacia la cama e indicándole que se sentara.

Casiopea tomó asiento cerca de la cabecera y tomó uno de los cojines decorativos que la adornaban. Siempre había querido ver la Ciudad de México y nunca se había imaginado que cuando lo hiciera estaría muerta de miedo por culpa de los fantasmas. Ni se le había pasado por la cabeza que pasaría su primera tarde en la ciudad durmiendo porque un dios había utilizado su pelo y su energía para

conjurar la presencia de esos fantasmas. Había imaginado diversión. Pero de diversión había habido muy poca; ni siquiera había disfrutado del carnaval y se había tenido que conformar con observarlo desde la distancia.

—No está bien —dijo, poniendo mala cara y jugando con nerviosismo con las borlas del cojín—. No es justo. Para ellos soy como comida y… y para ti…

—¿Y quién te ha dicho a ti que la vida sea justa?

—A lo mejor es que pensé que con un dios a mi lado sería más justa.

—Eso sería ser muy ingenua —replicó Hun-Kamé—. Tendré que disuadirte al respecto. ¿Quién te dijo eso?

Se le veía tan serio —no cruel, sino simplemente serio y preocupado, como si acabara de descubrir que ella no sabía contar hasta diez— con respecto al tema, que Casiopea no pudo evitar una risilla.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nada. Creo que dormiré un poco —respondió Casiopea, en vez de explicarse. No creía que fuera a entenderla—. Y supongo que tú también querrás dormir.

—Yo no duermo.

Habían compartido alojamiento en el barco y en el tren, pero Casiopea no había comprobado que el dios durmiera. Se había acostado en la litera, sí. Y había dado por supuesto que estaba descansando.

—Pero dijiste que en el baúl habías estado durmiendo, y Loray me contó que hay dioses que duermen —dijo, recordando entonces aquel detalle.

—Te dije también que no era como el sueño de ustedes y, como puedes imaginarte, si me sumí en aquella actividad fue bajo circunstancias excepcionales.

Casiopea se quedó pensando, asintió y devolvió el cojín a la cama.

—Lo cual significa que no sueñas —dijo.

—Los sueños son para los mortales.

—¿Por qué?

—Porque los mortales deben morir.

Por alguna razón desconocida, la respuesta tenía todo el sentido

del mundo. El libro de poesía azteca que Casiopea había leído estaba lleno de versos sobre sueños y flores, sobre la futilidad de la existencia.

—Pues es triste —dijo por fin.

—¿Morir? Es inevitable, no triste.

—No, la muerte no —dijo ella, negando con la cabeza—. Lo de no soñar.

—¿Qué necesidad tendría yo de soñar? No significa nada. Los sueños no son más que los tapices de los mortales, tejidos y destejidos cada noche en un desvencijado telar.

—Pues pueden ser muy bellos.

—Como si no existiera otra belleza de la que disfrutar —dijo con desdén.

—Para algunos hay muy poca —replicó ella.

Pensó en la monotonía diaria de Uukumil. Levantarse, llevar el desayuno a la habitación del abuelo, recoger los platos y llevarlos a la cocina, barrer el suelo o trapearlo. Al atardecer, la cena con su madre y, por la noche, una oración a su ángel de la guarda. Los domingos a la iglesia, con la ropa siempre pegada a la piel, con el calor insoportable del día. Sus momentos secretos para hojear las páginas del libro de su padre. Su madre cepillándole el pelo y restándole importancia a sus preocupaciones. Y de nuevo, vuelta a empezar.

—¿Es por eso que miras las estrellas? —preguntó Hun-Kamé—. ¿Buscas belleza o sueñas con los ojos abiertos?

—Mi padre era un apasionado de la astronomía. Conocía los nombres de las estrellas y me las señalaba una a una. Intento no olvidarlo.

E intentaba también retener el sonido de su voz cuando le contaba leyendas antes de irse a dormir, pero la verdad era que ya la había olvidado. Lo cual le entristecía, aunque se esforzaba por aferrarse a otros fragmentos de recuerdos y sentía una veneración especial por un libro de poemas de Francisco de Quevedo al que se le caían las hojas, como una margarita marchita, y que su padre tenía en la mesita de noche cuando falleció.

—Mi abuelo se enfadó mucho cuando se enteró de que me habían puesto por nombre Casiopea. Mi abuelo quería un nombre cristiano, no una 'tontería' maya, y amenazó con cortar todo contacto con mi madre si seguían adelante con un nombre raro. Me pusieron Casiopea.

«Una tontería griega», decía mi padre de guasa.

Recordaba la cara del cura cuando se enteró de que no llevaba un nombre cristiano. Insistió entonces en llamarla «María», y al ver que no funcionó, optó por referirse a ella como «la muchacha Leyva», eliminando el «Tun». Pensándolo bien, la mayoría de la gente la llamaba así, por mucho que tuviera más primas y que cualquiera de ellas pudiera ser también «la muchacha Leyva». Se había hablado de que sus primas deberían ir a un internado, pero el abuelo era un anticuado y creía que el lugar de la mujer era en casa, donde podía concentrarse en aprender a ser una buena esposa. Martín había ido al colegio de pequeño, pero harto de las reglas y de las clases, había acabado expulsado. El abuelo no se tomó la molestia de enviarlo a otro.

—Mi abuelo nunca apreció el ingenio de mi padre. Y cortó el contacto con mi madre de todos modos. Luego murió mi padre y tuvimos que irnos a vivir a Uukumil —explicó Casiopea—. De haber sabido que estabas atrapado en ese baúl, te habría liberado hace años, para fastidiarle.

—Y yo te habría estado muy agradecido —replicó él—. Y en lo referente a tus estrellas y tus sueños, supongo que te habrán hecho compañía y no son ningún sinsentido.

Casiopea acercó la mejilla a la cabecera acolchonada de la cama y se quedó mirándolo. Le pesaban los párpados, pero no quería que Hun-Kamé se marchara aún, deseaba que se quedara a su lado, mirándola, con las manos en los bolsillos, una ceja arqueada.

—Resulta extraño pensar eso de las estrellas, imaginarlas como si fueran damas de compañía —dijo, incapaz de contener un bostezo a pesar de todos sus esfuerzos.

—Yo la verdad es que no elegiría a las estrellas como sirvientes, pero no soy mortal.

—¿Y quiénes son tus sirvientes?

—¿Qué tipo de sirvientes te imaginas?

Casiopea se imaginaba esqueletos, murciélagos y lechuzas, todo tipo de criaturas nocturnas, puesto que estos eran los elementos que tejían los relatos sobre el reino de Xibalbá.

—Sirvientes que dan miedo —respondió, tentativamente—. ¿Me equivoco?

—Damas fallecidas, nobles y sacerdotes que compraron el pasaje

para acceder a mi reino siglos atrás, todos ellos con elegantes atuendos.

Sonrió, como si estuviera recordando su salón del trono y sus cortesanos, y a pesar de que Casiopea no quería pensar en aquel universo, sonrió también, porque el recuerdo de Xibalbá le producía alegría a Hun-Kamé. Se quedó entonces mirándola y al ver su agotamiento —o cualquier otro detalle que le hizo detener su explicación—, se llevó la mano al pecho e inclinó educadamente la cabeza.

—Te dejo dormir —dijo.

Casiopea asintió, descansó la cabeza sobre las almohadas blanquísimas y ni siquiera se tomó la molestia de cubrirse con la colcha.

Oyó los pasos de Hun-Kamé alejándose, y luego detenerse de pronto.

—No te preocupes, tu vanidad puede permanecer tranquila —dijo.

Casiopea levantó la cabeza, sin entender nada. Hun-Kamé estaba junto a la puerta que conectaba las habitaciones, mirando el suelo, como si estuviera inmerso en sus pensamientos. No sabía muy bien si lo que había oído habían sido simples imaginaciones suyas, puesto que no estaba mirándola.

—¿Perdón?

—Estabas preocupada por tu pelo. Has dicho que era tu único rasgo favorecedor —dijo Hun-Kamé.

—Da igual. Con un sombrero…

—No es el único.

Fue una simple declaración, que Casiopea habría aceptado sin problemas de no haber visto la mirada de él clavada en ella con una sinceridad tan austera, que la sumió en un estado de pánico y la obligó a quedárselo mirando, boquiabierta como una tonta.

—Gracias —murmuró por fin.

Hun-Kamé cerró la puerta y Casiopea se quedó absorta un buen rato. El sueño que estaba cortejándola se había esfumado por completo. Se preguntó cuáles serían los otros rasgos favorecedores a los que se había referido. Hun-Kamé le había dicho en una ocasión que era linda, pero ella no se lo había creído. Sino que había pensado que lo decía por pura cortesía. Y aun en el caso de que hubiera sido

por eso, resultaba a la vez agradable y extraño experimentar tanta caballerosidad.

Capítulo 13

Decidieron recurrir al servicio de habitaciones, algo que Casiopea no había hecho nunca pero cuya posibilidad les había mencionado a su llegada el recepcionista del hotel. Para ello, Casiopea bajó de nuevo para preguntar cómo solicitarlo. Imaginó que la considerarían una pueblerina, por preguntar tanto, pero ella nunca se había mostrado reacia a aprender.

La carta presentaba una infinidad de opciones y Casiopea, sin tener ni idea de qué se suponía que había que comer en un lugar como aquel, se decidió simplemente por unos panecillos con mermelada y café. El empleado del hotel llamó a la puerta de la habitación en poco rato y entró con un carrito con dos platos, que depositó sobre la mesa.

Desayunando junto a la ventana abierta, Hun-Kamé y Casiopea comentaron la agenda del día. Hun-Kamé quería ir a una joyería, una ocurrencia que le pareció de lo más extraña a Casiopea.

—¿Y qué necesitas de allí? —preguntó, sumergiendo el bolillo en el café.

—Un collar, probablemente. Si esta noche vamos a visitar a Xtabay, no podemos llegar con las manos vacías.

—Tenía entendido que los dioses no hacían ofrendas.

—No es una ofrenda, sino un gesto de buena voluntad. Además, no lo llevaré yo, sino tú —dijo, muy animado.

Casiopea lo señaló sirviéndose del cuchillo de la mantequilla.

—Me consideras tu criada.

—Mi aliada, querida dama —replicó Hun-Kamé, bebiendo muy despacio el café, como si aún se sintiera reacio a probar cosas terrenales.

Casiopea frunció el ceño y pellizcó la parte central del bolillo, extrayendo el migajón del interior de la corteza más dura. En casa no disfrutaba del lujo de poder comer la parte blanda del bolillo y tenía que conformarse con masticar lo que estuviese disponible, siempre bajo la mirada observadora de su madre. Pero ahora podía hacer lo

que le viniera en gana y siguió extrayendo trocitos de migajón y llevándoselos a la boca.

—Podrías sacar unas cuantas piedras preciosas de unas piedras —dijo.

—Eso no puedo hacerlo.

—Pues te he visto convertir piedras en monedas —le recordó Casiopea.

—No puedo alterar la naturaleza de los objetos. Es simplemente un juego de luz y sombras, una ilusión.

—¿Y las ilusiones se desvanecen?

—Las ilusiones siempre se desvanecen.

Pidieron información en la recepción sobre joyerías. Había buenas tiendas en Madero —los tercos capitalinos seguían refiriéndose a la calle como Plateros, incapaces de aceptar el cambio de nombre que rendía honores a un presidente asesinado—, pero el recepcionista destacó La Esmeralda, la que había sido la joyería preferida de la aristocracia porfiriana. La Esmeralda fue saqueada en 1914 por las tropas de Carranza, pero de eso hacía ya una eternidad. El establecimiento había sido renovado por completo hacía siete años, era ahora más espléndido que nunca y se publicitaba como un lugar donde encontrar «objetos de arte y relojes» y donde se vendían todo tipo de carísimas fruslerías.

La tienda era majestuosa, pero como muchos de los edificios más modernos de México, era también un revoltijo de estilos, con rococó francés mezclado con neoclásico, dando un resultado un poco vulgar si se observaba con el debido detalle. Los capitalinos no se daban cuenta de que las pretensiones arquitectónicas del edificio eran más estilo nuevo rico que Art Nouveau, y, si les hubiera dado a entender así, habrían negado cualquier deficiencia del edificio.

El nombre de la tienda lucía con atrevidos colores en la entrada y un reloj señalaba la hora por encima del rótulo. Antes de que se erigiera aquel esqueleto de hierro, ocupaba su lugar un edificio más modesto de tres plantas, construido con tezontle rojo, más adecuado para el terreno blando de la Ciudad de México que, al fin y al cabo, había sido una ciudad de canales antes de que los españoles rellenaran sus vías navegables. Pero Hauser y Zivy habían hecho demoler el antiguo edificio y establecido allí La Esmeralda, un establecimiento donde el consumidor distinguido podía adquirir cristal Baccarat y

sofisticadas cajas de música. En el interior reinaban el mármol, el vidrio, la madera oscura, el cristal brillante y los recargados elementos decorativos.

Hun-Kamé sabía lo que quería y se dirigió rápidamente a la exposición de collares de oro. Casiopea, entre tanto, admiró una formidable pulsera de plata con triángulos de esmalte negro de «estilo azteca», muy de moda en aquel momento y pensado para atraer los ojos de los turistas con sus falsos motivos prehispánicos. Era un brebaje nuevo, de entre los muchos que abundaban en México, un país que parecía encantado de inventar tradiciones para el consumo de masas y estaba ansioso por forjarse una identidad después de los dramas de la revolución, pero era preciosa, de todos modos.

—Tendría que probársela —dijo la dependienta, oliéndose una buena comisión.

—No, no —replicó Casiopea.

—Seguro que su esposo la encontrará preciosa.

—No es mi esposo —dijo Casiopea.

La dependienta la miró con cierta sorna y Casiopea cayó en la cuenta de que debía de pensar que era la amante de Hun-Kamé. ¡Qué situación más incómoda!

Casiopea se tiró del pelo, inconscientemente. Después de haber visto el resultado de lo que había hecho con las tijeras, le había dicho a Hun-Kamé que tendría que ir a la peluquería aquel mismo día. Debía de parecer una *flapper*, una muchacha fácil. Y la dependiente debía de verla como una fulana cualquiera.

No ser una fulana cualquiera era muy importante. Pero entonces recordó que llevaba una falda con la que enseñaba las piernas. ¿Qué más se necesitaba para ser considerada así? ¿Acaso tenía importancia no serlo si lo parecía?

—Si te gusta, tendrías que mirarla más de cerca —dijo Hun-Kamé, apareciendo a su lado.

—Es cara.

—He comprado un collar muy caro; una pulsera no es de mayor importancia.

Se la probó y Hun-Kamé dijo entonces:

—¿Te gustaría?

—¿En serio? —replicó ella.

—Si la quieres… —dijo él, y le hizo una seña a la dependienta,

que tomó la pulsera y empezó a forrar el interior de una caja con papel de seda.

—Si me la pusiera en Uukumil, dirían que es vulgar y el cura me regañaría.

—Pero no estamos en Uukumil.

Casiopea le sonrió. La dependienta cerró la caja y miró a Casiopea con curiosidad. Lo más probable es que estuviera confusa y estuviera intentando determinar si Casiopea era ya la amante de aquel hombre o una amante en potencia a la que seducir con buenas joyas.

—Gracias —dijo Casiopea al salir de la tienda—. Jamás había tenido nada de valor, ni tampoco nada tan bello.

Un oficial de tránsito, con aspecto de estar aburriéndose, dirigía el tráfico en medio de la calle. Casiopea miró con nerviosismo el semáforo y la multitud que los rodeaba por todos lados, pensando que decidir el momento adecuado para cruzar era de lo más complicado. Miraba con miedo los tranvías y con asombro los automóviles y, entre tanto, alguien con prisas por llegar al otro lado de la calle, le dio un empujón por detrás. La ciudad y su actividad incesante la tenían aturdida aunque, por otro lado, se sentía feliz y agradecida por poder disfrutar de la compañía de Hun-Kamé. Lo empezaba a considerar como un amigo.

Y si había llegado a esa conclusión no era por el regalo que acababa de hacerle, sino porque Hun-Kamé se estaba granjeando su cariño como resultado de su interacción diaria, de su amabilidad. Lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta los pocos amigos con los que Casiopea contaba. Tenía a su madre, que con su inagotable optimismo la ayudaba a enfrentarse a diario a una nueva jornada. Sus primas solían ignorarla. De más pequeña, jugaba con los hijos de las criadas y con otros niños y niñas del pueblo, pero a medida que había ido madurando, todo el mundo se había distanciado de ella. Y la causa de que así fuera era su abuelo, que no quería que ninguno de sus nietos, aunque en su caso solo lo fuera por título, frecuentara la compañía de la «chusma».

Casiopea, atrapada en aquel estado intermedio, se había concentrado en sus tareas diarias en vez de socializar. Y en su tiempo libre, buscaba la compañía de los libros o las estrellas.

Tener alguien a su lado le resultaba extraño, pero era delicioso. Aquel viaje tenía alegría, la alegría de su recién nacida libertad y de la

compañía de Hun-Kamé.

—No tiene importancia —dijo él.

—Sí la tiene para mí —dijo ella—. Y quiero… por supuesto, quiero darte las gracias, incluso sin tener ni idea sobre por qué te has tomado esta molestia.

Después de hablar sonrió, y él respondió con un atisbo de sonrisa, un gesto tan minúsculo que Casiopea pensó que haría bien ahuecando las manos para capturarlo y así evitar que el viento se lo llevara.

El Señor de Xibalbá no sonreía a menudo, y jamás reía. Lo cual no significaba que determinadas cosas no le parecieran graciosas. Pero era una diversión seca, nunca contaminada por la alegría. Si acababa de sonreír ahora era porque estaba descolocado, alterado, y por la mortalidad que corría por sus venas. Pero también porque, al igual que Casiopea, había pasado mucho tiempo solo y encontraba consuelo en la compañía de otro ser.

Se acercó a ella, con una sonrisa más pronunciada, despreocupada incluso. Pero de golpe fue como si recordara quién era. La sonrisa se esfumó. Ella no se dio cuenta porque estaba demasiado ocupada volteando hacia un lado y hacia el otro, estudiando la avenida.

—Tendría que encontrar una peluquería —dijo Casiopea, al cruzar otra calle.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó él.

—Podré arreglármelas sola —respondió ella, que no quería parecer una niña necesitada de ir de la mano a todos lados.

—En este caso, nos vemos luego en el hotel —dijo él, entregándole unos cuantos billetes. Casiopea se quedó mirando el dinero.

—¿No se convertirá en una nube de humo en cuanto te alejes?

—No te preocupes. Loray me dio dinero de verdad; para obtener dinero de curso legal no he estado creando ilusiones. Aunque creo que tendrá que mandarme un giro con más cantidad si queremos seguir pagando a la gente con estos deliciosos billetes en vez de con palos y piedras. Qué fastidio. Si estuviera en Xibalbá, me bastaría con ordenar a mis sirvientes que me trajeran las piedras preciosas y los tesoros de la tierra. Si estuviera en Xibalbá, te enseñaría joyas realmente bellas que poder lucir, collares confeccionados con mariposas nocturnas de plata y las perlas más negras que puedas imaginarte, más oscuras que

la tinta más oscura.

—Esta pulsera es preciosa —replicó ella simplemente, acariciando con la punta de los dedos su superficie, porque no quería empezar a desear ni imposibles ni grandes tesoros.

Y se marchó, en primer lugar, en busca de una oficina de correos. Se había planteado escribirle una carta a su madre dándole explicaciones, pero luego lo había pensado mejor. Decidió que una carta resultaría excesivamente problemática. No sabría ni por dónde empezar ni por dónde terminar su narración. Por eso se decantó por una postal bonita. Intentó ser breve, decirle a su madre que estaba en la Ciudad de México, que estaba bien y que más adelante le enviaría su dirección. Imaginaba que a aquellas alturas, el pueblo entero debía de pensar que se había fugado con un amante, pero no se tomó la molestia de mencionar la presencia de su acompañante. Además, tampoco podía decir «y en estos momentos estoy con un dios».

Cuando salió de la oficina de correos, buscó una peluquería. La peluquera la miró con curiosidad y le preguntó si había querido cortarse el pelo ella misma. Casiopea mintió y dijo que lo había hecho por iniciativa propia.

—Sí, el pelo corto está muy de moda —dijo la peluquera—. A mi marido no le gusta mucho, pero es bueno para el negocio. No es usted de aquí, ¿verdad? Su acento…

Y así sin parar, la peluquera siguió charlando, una conversación frívola. Informó a Casiopea de que el mejor lugar para ir a bailar, si es que buscaba divertirse, era el Salón México, aunque era importante que pagase entrada para la zona de primera clase.

—Se trata de ir a la «mantequilla», pero no se te ocurra poner los pies ni en la «manteca» ni en el «sebo» —le explicó la peluquera, porque esos eran los nombres por los que popularmente se conocían las distintas secciones del local—. La mantequilla es la sección a la que van a bailar los hombres decentes con traje y corbata.

La manteca, le contó la peluquera, era la zona donde se congregaban empleados de poca monta, mucamas de casas elegantes y secretarias. El sebo era lo más bajo de lo bajo, y ninguna señorita decente debería entrar allí. Estaba lleno de prostitutas, quedaba advertida.

Pero cuando Casiopea se miró al espejo y vio el flequillo y el pelo corto acariciándole la mejilla, pensó que era igualita que las

prostitutas sobre las que acababa de advertirle la peluquera. Pero el peinado era bonito. Tal vez significara que las prostitutas no eran tan malas como decían. O tal vez significara algo completamente distinto. E igual que había sucedido con la mayoría de preguntas que la habían asaltado a lo largo del viaje, Casiopea hizo gala una vez más de su impresionante habilidad para marcarlo como un tema a procesar más adelante y que no podía tomarse la molestia de plantearse en aquellos momentos.

Salió de la peluquería y recorrió muy despacio un par de manzanas, temerosa de que la gente la señalara o incluso la ridiculizara por su nuevo peinado. Pero los peatones seguían en lo suyo, los oficiales de tránsito dirigiendo el tráfico, los conductores tocando los cláxones. La Ciudad de México era una ciudad demasiado ocupada como para fijarse en una joven provinciana con pelo corto. Dirigió una sonrisa a un mendigo y paró a una mujer para preguntarle por dónde debía ir para volver al hotel; ninguno de los dos pareció quedarse sorprendido por su aspecto.

Casiopea exhaló un suspiro de alivio al comprender que nadie la pararía por tener un aspecto distinto. Pero justo cuando estaba sonriendo, notó el peso de una mano en el hombro.

—Casiopea, tenemos que hablar —dijo una voz.

Una voz que Casiopea conocía perfectamente. La de su primo Martín.

Capítulo 14

«Padre nuestro, que estás en los cielos», se dijo, repitiendo mentalmente la oración del Señor. Pero luego cambió de oración a maldiciones, y luego volvió a cambiar. Las maldiciones estaban destinadas a Casiopea. Cerró con fuerza los ojos, temiendo caer y morir aplastado contra el suelo. La lechuza seguía agitando velozmente las alas. Era una criatura gigantesca, con unas garras tan enormes que eran capaces de sujetar a un hombre adulto, y Martín no podía dejar de pensar que acabaría soltándolo o machacándolo con el pico y devorándolo entero.

El viento de la noche le revolvía constantemente el pelo y Martín cerró más fuerte si cabe los ojos, agarrándose a las plumas y el cuerpo de la criatura sobrenatural. Cuando por fin la lechuza aterrizó en el tejado de un edificio, Martín fue incapaz de contener su alegría. Casi rompe a llorar.

—Tu prima estará en el Hotel Mancera —le dijo la lechuza.

O al menos le pareció que se lo decía, aunque también podía ser que le hubiese hablado Vucub-Kamé, haciéndose oír a través del animal, puesto que la voz del ave tenía la frialdad de un pedernal y llevó a Martín a inclinar la cabeza, como muestra instintiva de respeto en presencia de lo sobrenatural.

—Le dirás a la muchacha que el Señor de Xibalbá desea hablar con ella —continuó la lechuza—. Pero no la asustes. Siempre es mejor hacer un aliado que un enemigo.

—Por supuesto —dijo Martín, aunque en realidad pensara que lo mejor sería darle una cachetada a su prima para hacerla entrar en razón—. ¿Y si se niega?

—En este caso, determinaremos otro tipo de actuación. Pero no hagas nada sin el consentimiento previo del Señor Supremo —dijo la lechuza antes de agitar las alas y emprender de nuevo el vuelo hacia la oscuridad.

Martín se quedó solo en el tejado de un edificio desconocido, en

una ciudad en la que jamás había estado. Era medianoche y le daba miedo la posibilidad de ser atracado por ladrones. Estaba, además, muerto de frío; el viaje montado en la lechuza lo había dejado moqueando y agotado. Martín buscó un hotel próximo al de Casiopea y decidió acostarse temprano, puesto que poco más podía hacer hasta la mañana siguiente y necesitaba una almohada bajo la cabeza y un buen baño caliente.

Confiaba en poder dormir plácidamente. Pero soñó con Uukumil, con su infancia y con su odiosa prima.

En el sueño, ella le pegaba con una vara y el abuelo reía.

Martín Leyva era indolente, orgulloso y cruel. Y sus defectos no eran solo el resultado de su carácter intrínseco. Sino que habían sido incentivados y perfeccionados por su familia, a través de acciones explícitas y falta de criterio.

Se consideraba un hombre digno de todo tipo de elogios. Era un Leyva, hijo de la familia más rica del pueblo, y su ego estaba inflado en consecuencia. Podía hacer de todo, desde reprender a la servidumbre hasta tratar con prepotencia a sus primas y hermanas como si fuese el gobernante de un principado. Su abuelo era un tirano amargado y él copiaba sus manías y modales. Y se sentía decepcionado con su padre, que era un tipo mucho más tranquilo, tímido, gris y sumiso. Por lo tanto, en lugar de imitar al padre, había decidido imitar al abuelo. Se consideraba el futuro Hombre de la Casa, el macho indiscutible del clan Leyva.

Sin embargo, de vez en cuando, su fachada narcisista dejaba entrever alguna que otra grieta. Martín había sido enviado a un buen colegio pero había acabado expulsado. Le había costado encajar en el seno de la institución. No solo las demandas intelectuales resultaban excesivas para su cerebro limitado y cerrado, sino que intuía el desprecio en la cara de los demás alumnos. Los Leyva eran los reyes de Uukumil, pero no los reyes de Mérida. En el colegio se había sentido como un forastero, ninguneado. Incapaz de ser el centro de atención, había conseguido ser enviado de nuevo al pueblo y luego se había negado a regresar al colegio.

Pero su hogar no le había ofrecido el alivio que imaginaba, tal vez porque Casiopea estaba entonces viviendo con la familia.

Al principio, Martín no había sabido cómo reaccionar ante la muchacha, que era dos años menor que él. Martín se mostraba distante, pero su fría indiferencia se había transformado en rabia descarada cuanto más la observaba. Ante todo, lo que más le irritaba era la personalidad de Casiopea.

El día que volvió del colegio con la carta que detallaba los motivos de su expulsión, ella estaba con el abuelo y presenció su humillación.

Sus hermanas y sus otras primas eran criaturas tranquilas y calladas que sabían que no había que desafiarlo. Pero Casiopea estaba hecha de un material más duro. Hacía lo que se le decía, pero a veces protestaba. Era rebelde. Y aunque no dijera nada, su mirada era siempre de amotinamiento.

Y luego estaba el tema de su inteligencia. Martín consideraba que los libros eran para los tontos. Con que un hombre pudiera resolver una división larga y leer los titulares de los periódicos, tenía más que suficiente. Durante un tiempo había sido el encargado de leerle el periódico al abuelo, a trompicones, hasta que el hombre, exasperado, le había asignado la tarea a la prima menor. Y hete aquí que la niñita leía bien, escribía con pulcritud y resolvía las sumas con una velocidad sorprendente. Su madre le había enseñado y luego la niña había seguido aprendiendo por su cuenta. Martín lo veía sospechoso, poco femenino.

«¿Por qué no podrías ser un niño?», dijo un día el abuelo, con los ojos clavados en Casiopea, y cuando Martín oyó aquello, estuvo a punto de ponerse a llorar.

Hostil siempre con la muchacha, la perseguía dándole órdenes, intentando dominarla, encontrando placer en aquel poder. Pero se contenía un poco. Sus actos tenían un leve revestimiento de buena educación. Decía cosas desagradables, pero con el tono de un caballero.

Todo eso cambió cuando ella le pegó. Llevaba un tiempo provocándola y no creía que fuera a reaccionar de aquel modo. Martín le dijo un día que era casi como una bastarda, que su madre se había casado embarazada, con ella en el vientre. Casiopea tomó un palo y golpeó al muchacho en la cabeza.

A punto estuvo de sacarle un ojo. Muerto de dolor, gritando, pensando que había sufrido una lesión realmente dramática, Martín

había llorado hasta que su madre y los demás miembros de la familia habían salido corriendo a ver qué pasaba. Casiopea fingió luego no haber oído aquel comentario, agachó la cabeza, pero lo había oído perfectamente, del mismo modo que Martín había oído aquello de «¿Por qué no podrías ser un niño?».

La paliza que Casiopea recibió de su abuelo no dejó satisfecho a Martín. Nada podía dejarlo satisfecho. Se metió en cama, temblando y el médico lo examinó y le aplicó un ungüento en la cara. Un hombre, superado por una niña. Porque con quince años se consideraba ya un hombre, y de pronto se vio devuelto a la infancia. Vislumbró la repugnancia en la cara de su abuelo, las sonrisas veladas de los criados, el desdén —oculto, silencioso y real—, y sintió una profunda vergüenza.

A partir de aquel momento la odió. No era la animosidad ni las ganas de pelea de la juventud, sino que no la soportaba.

Aunque, siendo sincero consigo mismo, sabía que el problema había empezado antes, aquel día cuando volvió del colegio. Pero no le gustaba pensar en ello. De un modo u otro, el golpe físico era un mejor comienzo para su animosidad. La justificaba más limpiamente. Ella lo había iniciado todo.

En sueños, Casiopea le pegaba con el palo y el abuelo reía. Martín se revolvió, se retorció y murmuró en la cama, con el nombre de ella formándose sin cesar en sus labios.

A Martín no le gustó nada la ciudad cuando la vio de noche, y la impresión no mejoró después de que saliera el sol. Le parecía demasiado grande e indiferente hacia él, allí era un don nadie, mientras que en Uukumil era el Joven Señor Leyva y la gente lo saludaba levantándose el sombrero cuando se cruzaba con él.

El cerebro de Martín era bastante deplorable cuando tocaba imaginar cualquier cosa que no fuera sólida y palpable, pero sí sabía fantasear sobre el éxito. Tenía toscos sueños que giraban en torno a dinero, una nebulosa de poder, un respeto indiscutible. Pero en la Ciudad de México, Martín tenía la sensación de que la metrópolis lo empequeñecía, tanto a él como a sus deseos. No le gustaba en absoluto.

Se levantó temprano y se plantó enfrente del Hotel Mancera

pensando en que esperaría a ver si Casiopea salía del edificio. Lo hizo, y acompañada por un hombre de pelo oscuro vestido con americana azul marino. Era Hun-Kamé, seguro. Entraron juntos en una tienda y luego se separaron —lo cual era perfecto para los fines de Martín— y ella entró después en una peluquería.

La sorprendió a la salida. Casiopea llevaba el pelo sorprendentemente corto. Le desagradó su nuevo aspecto enseguida, y más aún cuando ella le clavó su mirada en la cara, enojada pero no con el miedo que debería haber mostrado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Casiopea.

—Podría preguntarte lo mismo a ti —replicó Martín—. Tu madre está muerta de preocupación, ni siquiera le dejaste una nota, y el abuelo no para de hablar de ti.

Y era cierto, pero Martín lo dijo tanto para reprenderla como para apaciguarla, no porque quisiera informarle sobre cómo estaban las cosas en Uukumil. Pensó que si podía hacerle sentirse culpable, tal vez conseguiría que accediese a la reunión.

—Siento mucho si he hecho sentir mal a alguien —dijo Casiopea, y parecía estar dolida de verdad, aunque luego frunció el entrecejo—. ¿Cómo supiste que estaba aquí? No se lo he dicho a nadie.

—Pensaste que podías robar…

—¿Robar? Yo no robé nada —dijo ella, interrumpiéndole.

—Lo hiciste, robaste unos huesos que estaban cerrados en un baúl antiguo y ahora nos va a costar un infierno pagar por ello.

Estaban en plena calle. Martín obligó a su prima a colocarse a un lado de la acera y se instalaron debajo del toldo de una tienda, con algo más de privacidad.

—¿Qué quieres decir?

—El Señor de Xibalbá, Vucub-Kamé, está muy molesto. Está enfadado con el abuelo, con tu madre, conmigo, con todos y cada uno de los Leyva.

—Tú no tuviste nada que ver con eso.

—Pues intenta contarle eso a un dios.

Las palabras de Martín estaban teniendo el efecto esperado. Casiopea bajó la vista y frunció los labios en un mohín.

—Lo siento. Pero no entiendo por qué estás aquí —murmuró.

—Porque él me ha enviado.

—¿Vucub-Kamé?

—Sí, claro. ¿No te has preguntado en ningún momento qué sería de todos nosotros cuando se enterara de lo que habías hecho?

—No… no tuve otra elección —replicó Casiopea—. Pero si quieres culpar a alguien, puedes culparme a mí.

—¿Y para qué crees que serviría esto? El dios está muy enfadado.

—Pero…

—Sin embargo, Vucub-Kamé dijo que estaba dispuesto a escuchar tu versión de la historia.

Alguien salió de la tienda en aquel momento y apartó a Martín de un codazo. Martín lo miró con mala cara y le habría soltado un par de palabras al imbécil que se había atrevido a empujarlo de aquel modo de haber tenido oportunidad de hacerlo. Maldita ciudad, llena de habitantes maleducados. Martín estaba seguro de que en aquel apestoso caldo de gente inepta, nadie era capaz de reconocerlo como un hombre de buena cuna.

—¿Mi versión de la historia? —repitió Casiopea.

—Sí. Quiere hablar contigo. Tienes que decir que sí, Casiopea. Si declinas la invitación, quién sabe qué futuro ruinoso nos espera. El abuelo ha estado siempre al servicio de Vucub-Kamé y por eso está tan bien situado en Uukumil. Es nuestro protector.

—El abuelo jamás se ha comportado como mi protector —replicó Casiopea.

—Prima, soy consciente de que te hemos dado mal trato. Pero te prometo que si hablas con él, todo esto será cosa del pasado y, cuando vuelvas a casa, conmigo, ocuparás el lugar que te corresponde en Uukumil, como debería haber sido desde el principio.

Aun sin ser terriblemente imaginativo, Martín poseía un talento natural para tocar la fibra sensible a la gente y comprender su estado de ánimo. Era un manipulador nato, y a pesar de que le costaba establecer una intimidad sincera con los demás, era capaz de fingirla. Por lo tanto, se había planteado la mejor manera de dirigirse a su prima y había llegado a la conclusión de que debía mostrarse firme con ella, pero también prometerle una recompensa que sirviera para ablandarla. El señuelo de una mejor posición social, de un lugar en la familia, eran para él los atractivos más naturales. Al fin y al cabo, Martín era muy consciente de las jerarquías e imaginaba que los demás lo eran también.

—Estoy seguro de que es posible convencer a Vucub-Kamé de que

somos inocentes, de que no hemos traicionado su confianza por voluntad propia. El abuelo te estará muy agradecido si consigues que el Señor de Xibalbá lo entienda.

—El Señor de Xibalbá es Hun-Kamé —dijo Casiopea.

—Lo era. Pero ya no lo es. No le debes nada, Casiopea, pero sí que debes lealtad a la familia. Eres una Leyva —dijo, para terminar.

La muchacha se había quedado pasmada ante su discurso. Martín vio cómo se iba encogiendo, cómo los hombros se le iban encorvando, cómo su estructura se empequeñecía. Martín empezó a oler a éxito. Los años de acoso a Casiopea surtían efecto, le habían enseñado a engatusar a la muchacha. Pero de pronto, Casiopea levantó la cabeza y lo miró con unos ojos más brillantes de lo habitual.

Martín no se había acordado —o no había querido acordarse— de la vena rebelde que caracterizaba a su prima, de que de vez en cuando le respondía con descaro o murmuraba para sus adentros. Y cuando Casiopea se enderezó y le lanzó una mirada fría y determinada, aquel espíritu rebelde brilló con todo su esplendor.

—Hun-Kamé necesita mi ayuda —dijo.

—¿Y nosotros no? ¿Piensas tratarnos como basura?

—Los que me trataron como basura son ustedes, y ahora que me necesitan están dispuestos a ofrecerme cosas que antes quería. Siempre deseé ser de tu agrado y del agrado de la familia, que el abuelo se sintiera orgulloso de mí, pero nada de lo que he hecho ha sido nunca lo bastante bueno.

¡Mocosa! Hablaba con él con un descaro tremendo, con un tono que jamás debería emplear una mujer cuando se dirige a un hombre. Era arrogante, como si él estuviera por debajo de ella, cuando lo que debería estar haciendo era hincarse de rodillas e implorarle su perdón. Debería haber accedido sin dudar un instante a hacer lo que él decía. Martín estaba tan sorprendido que no sabía ni por dónde empezar a hablar.

—¿Piensas elegirlo a él por encima de nosotros? —dijo Martín por fin, rabioso, cuando consiguió recuperar la compostura.

—En estos pocos días, él me ha mostrado más respeto y amabilidad que ustedes en toda mi vida —dijo Casiopea, hablando despacio y con intención—. Las migajas que me ofreces me traen sin cuidado.

¡Migajas! ¡Qué ridiculez cuando él le estaba ofreciendo el mayor

honor imaginable! Mocosa y bruja. Bastarda desagradecida. Martín ansiaba soltarle todos aquellos insultos, pero la muchacha ya se había alejado de él, dando la conversación por terminada. Y aquel gesto era peor si cabe que sus palabras. Martín siempre había sido el que despedía a Casiopea, el que decía que la conversación había llegado a su fin. Y ella tenía que hacer lo que él decía y cuando él lo dijera.

—¿A dónde crees que vas? —dijo Martín, agarrándola por el brazo.

Casiopea se quedó paralizada, con la boca entreabierta, y a Martín le pareció tan increíblemente diminuta que casi sintió lástima por ella. Casi.

Casiopea cerró la boca de golpe, levantó la barbilla y le dio un empujón. Martín perdió el equilibrio y la malvada criatura salió corriendo, saltando como un conejo. Martín intentó seguirla, abriéndose paso a empujones entre la gente, pero ella era veloz y menuda, y serpenteaba entre los peatones con mucha más facilidad que él.

—¡Para! —le ordenó Martín, casi alcanzándola—. ¡Detente!

Casiopea lo miró por encima del hombro, pero no bajó el ritmo. Un muchacho en bicicleta y con una cesta de pan en la cabeza estaba bloqueándole el paso y Martín pensó, «¡Ya está, ya te tengo!». Martín se lanzó por ella, agarrándola por la manga, pero Casiopea lo apartó de un codazo y empujó al muchacho de la bicicleta. Las teleras y bolillos salieron volando.

El muchacho protestó y bajó de la bicicleta para recoger el pan que había caído al suelo. Martín casi choca contra él. Estaban delante de un cruce y el semáforo estaba a punto de cambiar. Martín estaba seguro de que Casiopea no conseguiría pasar.

Casiopea cruzó volando la calle.

¡Mierda!

Martín se dispuso a ir por ella, pero el semáforo se había puesto verde y los coches circulaban sin cesar, un río de tráfico separándolos cada vez más. Casiopea dobló la esquina y Martín la perdió de vista entre la muchedumbre. Se quitó el sombrero y lo aplastó con frustración entre sus manos.

En la esquina había un mendigo sentado con una taza y un cartel a sus pies donde podía leerse: «LIMOSNAS». Era un anciano, y las arrugas profundas de su cara estaban rellenas de porquería; tenía el

pelo grasiento. Cuando abría la boca, se veían unas encías con apenas un diente. Y donde debía de estar el brazo izquierdo, colgaba una manga vacía.

El mendigo levantó la taza y la agitó, intentando atraer con ello la atención de Martín. El joven se quedó mirando al pobre desgraciado y en vez de darle unas pocas monedas, dio un puntapié al cartel de cartón, enviándolo lejos.

—¡Cabrón! —gritó el mendigo.

Martín ni replicó. Se alejó calle abajo. El mendigo se incorporó y siguió gritando «¡Cabrón! ¡Cabrón!». Cuando Martín se perdió de vista, el hombre recogió el cartel y volvió a colocarlo en su lugar y, refunfuñando, se sentó de nuevo en el suelo. Los peatones, que no era la primera vez que presenciaban aquel tipo de espectáculo, volvieron a su rutina, caminando cabizbajos o con los ojos pegados a los periódicos, o bien mirando el reloj y las vallas publicitarias con anuncios de cremas faciales y detergentes.

Capítulo 15

—¿Y qué le has dicho?

—¿Qué crees que le he dicho? Lo mandé a volar —respondió Casiopea.

Seguía caminando en círculos, enferma de preocupación. Hun-Kamé, por otro lado, estaba sentado en un mullido sillón. Con su traje elegante y el cabello negro peinado hacia atrás, parecía más aburrido que cualquier otra cosa.

—¿No te preocupa? Tu hermano nos ha seguido la pista —dijo Casiopea.

—Imaginaba que tarde o temprano daría con nosotros. Pero me alegro de que no accedieras a hablar con él —replicó Hun-Kamé—. De ese posible encuentro no habría salido nada bueno.

—Mi primo intentó explicarme que sería bienvenida en casa. Como si nada hubiera pasado. Oh, ¿por qué estás tan tranquilo?

Porque parecía demasiado tranquilo. Como si estuviera esculpido en piedra. Por lo visto, no quería compartir el malestar de ella, lo que inquietaba aún más a Casiopea. Era como si un espejo se negara a devolverle su imagen reflejada.

—¿Te gustaría más si empezara a correr por aquí como un gallina sin cabeza, como estás haciendo tú? —replicó.

Por lo visto, le había tomado afición a lo de compararla con animales. Se preguntó cuál sería la próxima ocurrencia. ¿La compararía con una tortuga? ¿Con un gato? Para él era como si fuera un zoológico, tanto un monito gracioso como un bello pájaro.

—Veamos, ¿qué es lo que te da tanto miedo, exactamente? —preguntó Hun-Kamé antes de que a ella le diera tiempo a enfadarse por el último comentario.

—Me… me da miedo tu hermano, evidentemente. Nos ha localizado.

—Me parece que lo que te da miedo no es eso. Sino que es más bien tu primo lo que te tiene sumida en el estado en que te

encuentras.

Casiopea dejó de moverse por un segundo y unió las manos a la altura de su pecho. Por mucho que le gustaría decirle que no, que Martín no tenía nada que ver con aquello, la verdad era que era el auténtico causante de su malestar. Pero no era del todo por él. Si hurgaba en lo más profundo de su ser, descubría una respuesta ligeramente distinta.

—No quiero volver a Uukumil –murmuró.

Echaba de menos a su madre, se sentía insegura lejos del amparo de su pueblo, y no tenía ni idea de dónde acabaría llevándola aquella aventura, pero no quería volver, porque darle la espalda a toda aquella historia le parecía similar a un sacrilegio.

—Cuando lo vi… pensé por un momento que me obligaría a volver. Siempre se sale con la suya y yo tengo que hacer lo que él me dice. Y sigo pensando… —Se interrumpió. No se entendía ni a sí misma.

—¿Y si resulta que estás encadenada al perdedor del combate? —dijo Hun-Kamé con sequedad—. ¿Y si tu primo es el más listo y está sentado en la esquina del campeón?

—¿Y si resulta que solo soy libre por unos días? —replicó ella, con la inquietud de una mariposa que teme ser cazada.

Hun-Kamé había estado hasta aquel momento mirando a su alrededor, distraído. Pero entonces la miró fijamente. La edad del dios era desconocida; se salía de cualquier intervalo concreto. No era mayor, pero tampoco transmitía el aspecto de un joven. Para conocer la edad de los árboles se cuentan los anillos del tronco, pero la cara de Hun-Kamé no tenía arrugas que ofreciesen pistas. Tenía una sensación de permanencia intrínseca que anulaba cualquier indicio.

Pero cuando la miró, Casiopea lo vio aniñado, un rasgo que no le había apreciado antes. Y era, naturalmente, porque nunca había sido joven. Pero en aquel momento era como si estuviese siendo un reflejo de ella, con la compasión y la aprensión enmascarándolo. Por alguna razón, aquella capacidad de comprenderla había sacado a la luz aquel cambio extraño en su semblante. Ya no parecía atemporal, sino que era un hombre joven. Veintiún años, de veinte, le habría echado cualquier desconocido.

—Estoy formulándome la misma pregunta —replicó Hun-Kamé, y su voz sonó también joven, verde como el jade, verde como la ceiba

antes de alcanzar su madurez.

Pero en cuanto habló, la juventud se disipó, como si de repente hubiera recordado quién era y el inmenso alcance de sus raíces. El rostro de Hun-Kamé quedó paralizado y el mínimo movimiento que se había insinuado en él se esfumó por completo. Volvía a ser atemporal, bruñido como un espejo oscuro. El cambio fue tan sorprendente y veloz, que Casiopea empezó a plantearse si realmente se había producido.

Hun-Kamé volteó hacia la ventana. El viento agitaba las cortinas.

—Tenemos que hablar con Xtabay —dijo, alisándose el pelo a la vez que se levantaba. Tomó el estuche con el collar que había dejado sobre la mesa.

—Dicen que es una diablesa —comentó Casiopea, feliz de poder cambiar de tema. le resultaba mucho más fácil pensar en fantasmas devoradores de personas y en monstruos de humo que en su familia y en los miedos que se apiñaban bajo su piel.

—No es una diablesa. ¿Quién te ha contado eso? ¿El cura de tu pueblo? —preguntó Hun-Kamé.

Aquellas historias no tenían su origen en el cura, sino en los chismorreos de los criados. El cura jamás permitía hablar sobre aquellos temas y se quejaría sin duda, igual que se quejaba por la tendencia a la superstición, la magia y las leyendas de los habitantes del Yucatán, y por las murmuraciones de los campesinos sobre el aluxo'ob mientras aprendían el catecismo.

Xtabay era una figura que Casiopea había descubierto a través de las cocineras y los lavaplatos, escuchando con atención sus historias. Como sucedía con cualquier leyenda, los relatos se contradecían y era complicado saber quién tenía razón y quién estaba equivocado. Había quien decía que Xtabay era una mujer mortal que, como consecuencia de su crueldad y su indiferencia, había vuelto al mundo de los vivos para robar las almas de los hombres. Otros afirmaban que era una diablesa. Que vivía cerca del árbol de la ceiba, no, en los cenotes. Que se aparecía en medio de la selva y salía huyendo cuando se le acercaba un hombre y luego lo tentaba hasta que el hombre acababa perdiéndose para siempre. Pero otros relatos decían que los arrojaba a los cenotes y se ahogaban en sus aguas. Y otros insistían en que los estrangulaba o se comía su corazón. Decían que utilizaba su bella voz cantarina para atraparlos, aunque la cocinera le había contado a

Casiopea que el anzuelo que utilizaba era su increíble belleza, y luego había quien afirmaba que lo que atraía a sus víctimas era su pelo, que peinaba con un peine mágico. Xtabay seducía, mentía, tentaba y asomaba la cabeza entre las hojas de los árboles para mostrar su sonrisa encarnada.

Pero como Casiopea no era hombre y, por lo tanto, era inmune a sus hechizos, nunca había temido aquellas historias.

—No me acuerdo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Es un espíritu. Ya has conocido a un demonio. No son lo mismo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Ella era humana y sufrió una alteración. Un fantasma hambriento que se volvió más poderoso y acabó convirtiéndose en un nuevo ser. Los espíritus, a diferencia de los fantasmas, pueden viajar por los caminos en vez de quedarse anclados a un único lugar.

—Entonces, es un tipo de fantasma. Pero tenía entendido que los hombres podían acostarse con ella. ¿Cómo…? —dijo Casiopea, que al instante se quedó avergonzada ante un comentario tan sincero como el que acababa de hacer.

Estaba mal, tremendamente mal, hablar sobre lo que pasaba en la cama entre hombres y mujeres. El cura sermoneaba a las jóvenes de Uukumil sobre la importancia de la castidad. Pero a pesar de ello, Casiopea había visto besos secretos entre los criados. En una ocasión, una compañía de artistas había llegado al pueblo con un proyector de cine. Y en una sábana blanca, Casiopea había tenido la oportunidad de ver cómo Ramón Novarro, el *latin lover* que tenía maravillado a todo Hollywood, abrazaba a una mujer guapísima y le prometía amor eterno. Y luego estaban los libros, que su abuelo no se tomaba la molestia de leer pero que ella hojeaba. Y estaban llenos de poemas que hablaban de amor y deseo.

Eran conocimientos prohibidos y de los que no se hablaba jamás.

—Como acabo de decirte, es otra cosa, que está viva y no lo está, una criatura de carne y hueso pero también etérea —replicó Hun-Kamé—. Una seductora que consume hombres.

Y por supuesto, en cuanto Hun-Kamé pronunció las palabras «carne» y «seductora», Casiopea, en vez de desviar sus pensamientos hacia temas menos profanos, se concentró de inmediato en las veleidades amorosas de los seres sobrenaturales. Si los espíritus

podían acostarse con humanos, se preguntó qué pasaría con los demonios. O… con los dioses, puesto que ya había visto que el Mamlab no tenía ningún problema en cuanto a ir detrás de las mujeres. Las leyendas no proporcionaban ningún tipo de ayuda con respecto al asunto —los Héroes Gemelos habían nacido de una virgen y no de habitantes de las sombras—, pero Casiopea había leído suficiente mitología griega y romana como para recordar que Hades era un aficionado a aquellos temas, que había raptado a Perséfone, seduciéndola con granos de granada. Sabía que a Zeus le gustaba tanto la compañía de las ninfas como la de las diosas. Y luego estaban todas aquellas mujeres mortales, no diosas. Leda, tendida de espaldas, con el cisne recostado en su pecho, una ilustración que a Casiopea le resultaba cautivadora.

Se lo planteó desde un punto de vista abstracto. Dioses y diosas. Dioses y mortales. Pero teniendo un dios delante, era imposible que la cabeza de Casiopea no diera un salto más y conectara a Hun-Kamé con aquellos emparejamientos.

Pensar en aquello era inmoral, mirarlo y preguntarse… ¿Habría seducido alguna vez a una mujer, tentándola con granos de granada? ¡Una pregunta ridícula! Cómo si por allí hubiera granadas. Aunque ese no era el tema, el tema era que…

El tema era que le ardían las mejillas, pero consiguió hacer acopio del sentido común suficiente como para morderse la lengua y no pronunciar en voz alta nada relacionado con aquella línea de pensamientos.

—Te veo incómoda —dijo Hun-Kamé.

Casiopea negó con la cabeza, un gesto evasivo, era incapaz de decir nada. Lo cual tuvo un efecto inesperado: Hun-Kamé se acercó a ella, como si quisiera verla mejor, como el médico que se dispone a examinar un paciente. Lo que más deseaba Casiopea en aquel momento era fundirse con el papel tapiz y desaparecer. Se sentía incapaz de mirarlo a los ojos por miedo a que adivinara en qué había estado pensando.

¿Y qué diría ella si lo adivinaba? «Perdón, pero es que eres muy guapo, y si eres guapo, entiendo que tú también debes de haber estado persiguiendo espíritus cerca de las pozas.»

No quería conocer la respuesta, no quería saber nada de nada, y esta era precisamente la razón por la cual el cura los amonestaba

diciéndoles que debían de mantener los pensamientos fijos en las obras de Jesucristo y de los santos, que juzgaban a toda la humanidad desde el cielo. Si Casiopea hubiera hecho eso, no estaría ahora muriéndose de vergüenza, pero sabía más nombres de estrellas que nombres de santos.

—¿Qué te pasa? —insistió Hun-Kamé, mirándola con preocupación.

Volvía a haber aquel reflejo verde. Volvía a ser joven por un instante. Por suerte, la situación parecía incrementar su confusión, le generaba una perplejidad distinta y lo dejaba trastornado.

Casiopea recuperó la compostura. Llegó a la conclusión de que estaba siendo ridícula. Se acabó.

—No perdamos más tiempo —dijo—. Vayamos a ver a Xtabay.

Hun-Kamé, que volvía a ser él, respondió con un gesto de asentimiento. Casiopea no tenía ni idea de dónde iban, pero tomó la delantera para salir de la habitación y del hotel porque el ambiente se había vuelto demasiado sofocante. El aire contaminado de la ciudad nunca le había parecido tan refrescante. Cruzó la calle corriendo.

Cuando llegaron a la esquina, Hun-Kamé le posó la mano en el brazo y la encaminó hacia la dirección correcta, que resultó ser hacia un taxi. Pusieron rumbo a la Condesa.

—Tendrás que arreglártelas para que nos dejen entrar para verla —dijo Hun-Kamé mientras el taxi circulaba.

—¿Yo?

—El mayordomo hace las presentaciones y entrega los regalos.

—¿Qué tipo de presentaciones?

—Eso da igual, con tal de que nos dejen entrar —respondió Hun-Kamé.

Casiopea tenía el estuche con el collar en el regazo. Descansó la punta de los dedos sobre la tapa y asintió.

La colonia Condesa estaba en movimiento y era un entorno moderno, repleto de edificios estilo art decó. En su día, el barrio formaba parte de una hacienda inmensa que había pertenecido a la condesa de Miravalle. En el hipódromo de la finca, la élite porfiriana celebraba carreras de caballos. Ahora, un parque deliciosamente moderno ocupaba la zona central de aquel espacio. En aquella colonia no había ni callejones peligrosos ni edificios de departamentos, sino un conjunto de bulevares y árboles perfectamente orquestado.

En la Condesa, las casas y los edificios de departamentos estaban construidos en sólido concreto y lucían fachadas decoradas con modelos geométricos, un tributo al primitivismo que estaba en boga en aquel momento. Las cenefas en zigzag pretendían evocar África, mientras que los azulejos de colores intentaban representar una imagen fantasiosa de los mosaicos de Medio Oriente.

La Condesa estaba de moda y era, en consecuencia, un lugar frecuentado por la juventud y las estrellas en ciernes. Un triunfo urbano, se decían los arquitectos, por mucho que la colonia no estuviera aún terminada, hubiera estructuras a medio construir y abundantes solares vacíos. Era como ver capullos que tenían que mostrar todavía sus mariposas.

Hun-Kamé y Casiopea se dirigieron hacia una de las estructuras más nuevas, un edificio de cuatro plantas con puertas dobles de vidrio tintado con dibujos de girasoles. Hun-Kamé abrió la puerta y accedieron a un vestíbulo lleno de macetas. Subieron en un elevador muy majestuoso, con aderezos de cobre resplandeciente y motivos geométricos y flores decorando todas sus paredes. Hun-Kamé apretó el botón del último piso y el elevador se puso en movimiento.

Hun-Kamé deslizó la puerta, que se abrió con un traqueteo metálico, y salieron a un pasillo bien iluminado.

Una sola llamada a una robusta puerta y apareció de inmediato un hombre muy serio.

—Traemos un obsequio para la señora de la casa y esperamos que nos reciba —dijo Casiopea, que en el taxi había tenido tiempo para prepararse el discurso.

—¿Ha dicho la señora que podían visitarla hoy? —preguntó el hombre, enarcando una ceja.

—No, pero estará encantada de ver a mi señor.

—Está ocupada —dijo el hombre, y se dispuso a cerrarles la puerta en las narices.

Pero Casiopea no se lo permitió. Empujó la puerta y las cejas del hombre se levantaron más si cabe. Casiopea no lo había ensayado, pero sabía improvisar con rapidez.

—Si no me obedece o nos hace esperar, se arrepentirá mucho. Mi señor es un señor importante y es muy amable, pero créame si le digo que más le vale no amargarle el día —dijo—. Y ahora, intentémoslo de nuevo. Traemos un obsequio; entrégueselo.

Casiopea saludó y extendió hacia el hombre las manos con el estuche del collar. El hombre se lo arrancó de mala gana y, sin decir palabra, se retiró, dejándolos en el umbral a la espera.

—Supongo que es la única manera de conseguir llamar la atención —dijo Hun-Kamé, pensativo.

—Es el tipo de cosa que tú habrías dicho —replicó Casiopea.

—Lo es, efectivamente —dijo él, satisfecho.

El hombre reapareció y los condujo hacia un salón digno de una fantasía de Hollywood. El suelo tenía mosaicos en blanco y negro, como un tablero de ajedrez; las delicadas cortinas de color bermellón se agitaban ligeramente a merced de la brisa, dejando entrever los vidrios de colores de las ventanas. Todas las superficies del mobiliario de baquelita —mesitas de centro, mesas auxiliares y muebles bajos— estaban ocupadas por macetas con plantas y jarrones con flores. Apoyadas en la pared, había varias palmeras enanas y macetas gigantescas de color negro con plantas exóticas, mientras que del techo colgaban cestas con helechos. Era como si la propietaria del departamento hubiese querido arrancar un pedazo de selva e instalarlo entre cuatro paredes.

En un rincón de la estancia había un loro en el interior de una jaula cromada de forma circular colgada de un fino pie metálico. En Uukumil, el loro de su casa era un animal malvado y Casiopea lo consideró un mal presagio.

El centro de la estancia estaba ocupado por un sofá bermellón, a juego con las cortinas. Y en él estaba recostada una mujer con un vestido confeccionado con una seda tan fina y delicada que hacía visibles todas las curvas de su cuerpo. Llevaba el cuello adornado por un largo collar de perlas que se sumergía entre sus pechos, las uñas pintadas de rojo, igual que los labios, y el cabello recogido hacia atrás mediante una diadema bordada con plata y rubíes. Parecía más una estrella de cine que un espíritu peligroso.

—Déjame hablar a mí —le dijo Hun-Kamé a Casiopea—. Quédate aquí.

Hun-Kamé le indicó a Casiopea que se quedara cerca de la entrada, al lado de unas macetas, y él se acercó a la mujer. Xtabay, que sostenía con languidez en la mano derecha el collar que acababan de regalarle, miró un segundo a Casiopea y luego fijó la mirada en el dios.

—Te saludo, dama Xtabay —dijo.

—¿Pero cómo es posible que esté aquí el señor Hun-Kamé? ¿Sin un séquito como es debido y con solo una sirvienta acompañándole? —dijo la mujer, llevando a Casiopea a preguntarse si en Xibalbá, Hun-Kamé iría siempre seguido por una docena de guardias reales y un montón de criados sujetando sombrillas. Y supuso que sí, que debía de ser así.

—Y aun así, he encontrado un regalo adecuado.

—Gracias por tan linda baratija, pero habría sido incluso mejor si me hubieses avisado de que venías. Las visitas sin anunciar pueden llegar a ser una molestia.

Su voz era bellísima, igual que su cara. No era una belleza humana: sus ángulos, sus facciones eran demasiado perfectas, demasiado precisas. El salón tenía un aire artificial, y ella también. Poseía el atractivo de la serpiente, del jaguar, era la fantasía con la que soñaban todos los hombres. Cambiaba según la refracción de la luz. Desde un punto de vista determinado, tenía los labios carnosos y la cara redonda, pero desde otro, la cara se adelgazaba, los pómulos se afilaban, como si buscase satisfacer a todos y cada uno de los espectadores.

Era fácil imaginar los muchos hombres que se habían adentrado en la selva, que se habían esforzado por capturar entre sus manos un mechón de pelo, para luego acabar ahogados en una poza. Casiopea acarició las hojas de una de las plantas decorativas. Estaba nerviosa. Si Hun-Kamé le hubiese asignado un papel concreto —vigilar la puerta, por ejemplo—, se habría sentido mejor, pero estar allí de pie sin hacer nada le parecía una tontería. Aunque se imaginaba que en su palacio debía de tener una gran cantidad de gente haciendo justo eso: servirlo o permanecer a su lado, criados en formación sin ninguna razón de ser, objetos decorativos. Y mujeres tan atractivas como aquella con las que hablar. El único motivo por el que ahora estaba viajando en compañía de una torpe muchacha mortal era porque había bajado de nivel.

Casiopea se alejó de la planta y frunció el entrecejo.

—Estoy seguro de que mi visita no es inesperada —replicó Hun-Kamé.

La mujer sonrió y dejó sobre el sofá el collar de oro. Tomó asiento y se llevó la mano a la clavícula, junto a la garganta. Sus

movimientos y su voz parecían ensayados y reforzaban la idea de que era una actriz que no paraba de actuar.

—Tu hermano podría haberme insinuado que vendrías por aquí —reconoció.

—Sabes perfectamente por qué he venido.

—Por supuesto. Para intimidarme. Para obligarme a entregarte esa parte tan valiosa de tu esencia que debes recuperar. Pero, mi querido Hun-Kamé, hay algo que todos sabemos muy bien: en estos momentos no eres del todo tú. No tengo miedo.

La mujer le sonrió. Tenía la dentadura perfecta, una sonrisa deliciosa. Pero dura a la vez, la sonrisa de un depredador, el atractivo de la flor de una planta carnívora. A los pies del sofá se extendía una piel de cebra que hacía las veces de alfombra y la mujer deslizó su pie desnudo por encima de las rayas blancas y negras. Y siguió moviendo el pie de un lado a otro, sin despegar la mirada del dios.

—Pensé que eras inteligente —dijo Hun-Kamé.

—Lo soy. Y rendirme ante ti no sería inteligente.

—Mi hermano debe de haberte hecho una oferta.

—Que tú no puedes igualar —replicó Xtabay.

—¿En qué consiste esa oferta?

Xtabay se levantó e hizo un gesto de indiferencia. Rodeó a Hun-Kamé, acariciándole la espalda con una mano mientras jugaba con su collar de perlas con la otra, como si pretendiera contarlas. Suspiró.

—Un lugar junto a su trono. Seré su consorte.

—No puede elevarte a la divinidad.

—Estás tanto desinformado como desactualizado. El mundo está cambiando.

—¿Has caído víctima del sueño de Vucub-Kamé? ¿De sus ridículas ideas de poder?

Xtabay soltó una carcajada. Su bella voz tenía una tonalidad musical, pero la risa no era agradable. Era hueca. Tan perfecta como toda ella, tan brillante como el metal y el mobiliario de baquelita del salón. Juntó las manos. Llevaba los dedos cargados de anillos; las pulseras tintinearon. Y cuando movió la cabeza, sus caros pendientes resplandecieron. Debía de ser lindo, pensó Casiopea, lucir a diario aquellas joyas y disfrutar del favor constante de los dioses.

—Y eres además un poco ridículo, Hun-Kamé. Con tu existencia silenciosa en tu reino de sombras, feliz pensando en tu antigua gloria.

Eres como un perro ansioso por comer las sobras —dijo Xtabay con languidez, consiguiendo que el insulto sonara impersonal.

—Cada cosa tiene su tiempo. Los dioses no vagan por la tierra si no tienen motivos para hacerlo —dijo Hun-Kamé, con voz apagada. El insulto no lo había alterado.

El chu'lel puede ser aprovechado.

Xtabay se colocó delante de Hun-Kamé. La seda blanca de su vestido se onduló cuando extendió la mano para rozar la cara del dios mientras el vestido acariciaba el frío suelo de mosaico. Alrededor de Hun-Kamé se entrelazaron nudos invisibles de poder. Casiopea no podía verlos, pero un escalofrío le recorrió la espalda y notó que las plantas de la estancia se estremecían también, emitiendo un sonido leve, grave.

—Oh, Hun-Kamé, no te enfades conmigo, no lo soporto. Sabes que siempre te he tenido cariño. Eres mucho más inteligente que tu hermano, mucho más fuerte y mucho más guapo —declaró la mujer.

—Lo dices simplemente porque el que está justo en este instante delante de ti soy yo, y no él —replicó Hun-Kamé, pero su voz sonó extraña, como si arrastrase las palabras.

Casiopea se dio cuenta de que Hun-Kamé había cerrado el ojo y había dejado caer los hombros. Conocía las leyendas sobre Xtabay, pero había dado por sentado que su poder no podía afectarle. Y en condiciones normales, habría acertado: Xtabay no tenía poder alguno sobre los dioses. Pero en aquel momento, Hun-Kamé no era un dios completo, puesto que su esencia inmortal estaba combinada con la cualidad humana de Casiopea. Era vulnerable.

Casiopea siguió observando con atención. Sabía poco sobre magia, pero sí mucho sobre malas sensaciones, y estaba segura de que el loro había sido, efectivamente, un presagio nefasto.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró.

Se preguntó si debería acercarse. Recordó que la última vez que no había seguido las instrucciones de Hun-Kamé, un fantasma había estado a punto de acabar con ella. ¿Debía interrumpirlos? ¿Empeoraría aún más la situación en caso de hacerlo?

Oyó un murmullo a sus espaldas, pero estaba tan preocupada intentando escuchar la conversación, que no le prestó atención.

—Preferiría estar sentada a tu lado que al de él. ¿No te gustaría? No sería muy complicado de arreglar —dijo Xtabay.

—Entiendo… entiendo tu punto de vista.

Hun-Kamé parecía más amodorrado a cada palabra que pronunciaba aquella mujer. Xtabay dio un paso hacia él y posó ambas manos sobre su pecho.

El murmullo continuaba. Molesta, Casiopea volteó por fin. Y entonces vio que una de las plantas había extendido sus zarcillos y pretendía atraparla. Y antes de que Casiopea pudiera hacer nada, la planta se enroscó por sus piernas. Otro zarcillo le golpeó la cara con la ferocidad de un látigo y Casiopea se tambaleó. La planta tiró de ella con tanta fuerza que acabó derribándola. Pero Hun-Kamé no se había dado cuenta de nada. Seguía hablando con Xtabay mientras Casiopea intentaba liberarse de los zarcillos. Eran como cuerdas, pero más resbaladizos.

—Tengo ese objeto tan precioso que pretendes recuperar. El dedo índice de tu mano izquierda. Permíteme que te devuelva esta parte de tu poder, pero garantízame antes que me coronarás como tu reina. Garantízamelo con un beso —estaba diciéndole Xtabay a Hun-Kamé.

A un par de pasos de distancia de Casiopea había una mesita con la superficie llena de jarrones de cristal con flores. Se arrastró hacia allí y consiguió hacerse con uno de los jarrones mientras un tercer zarcillo se enroscaba alrededor de su cintura, presionándola con fuerza y clavándosele en la carne. Casiopea estampó el jarrón contra el suelo, haciéndolo añicos. Tomó un fragmento de cristal afilado y cortó el zarcillo que le envolvía la boca. La planta exhaló un siseo desagradable y la soltó.

Xtabay, a su vez, gritó y se tocó el brazo, donde de pronto se había materializado un arañazo. Miró furibunda a la muchacha.

—Cuidado con…

Las palabras de Casiopea quedaron acalladas por otro zarcillo, que la golpeó antes de empezar a envolverle la cabeza. Era evidente que Xtabay no quería que hablase, o simplemente pretendía asfixiarla. Fueran cuales fuesen sus intenciones, no eran buenas, y Casiopea tiró del zarcillo, tiró de él con todas sus fuerzas.

Entre tanto, Xtabay seguía hablándole al dios. Levantó entonces una mano, como si quisiera tocarle la cara a Hun-Kamé, y Casiopea vio entonces que el brazo de la mujer estaba cubierto de espinas. Pretendía besarlo y a la vez clavarle las espinas.

Casiopea tiró del zarcillo que le envolvía la cabeza y la planta se

estremeció, pero no la soltó. De hecho, a Casiopea le dio la impresión de que se estaba riendo de ella.

La estaba asfixiando. Furiosa, la mordió con todas sus fuerzas. La planta siseó de nuevo, enojada, y Xtabay siseó también con rabia, agarrándose la mano. Casiopea, que vio que las marcas de sus dientes aparecían en aquella piel perfecta, consiguió despegarse el zarcillo de la cara.

—¡Hun-Kamé! —gritó entonces—. ¡No la escuches!

Cuando Hun-Kamé oyó que Casiopea pronunciaba su nombre, volteó. No se había enterado de todo lo que estaba pasando en una de las esquinas del salón, pero la voz de Casiopea consiguió atravesar, como la mano que aparta una telaraña, la magia que Xtabay había estado tejiendo. Los nudos de poder, que hasta el momento habían permanecido invisibles, destellaron en una tonalidad azulada durante un segundo antes de extinguirse. Y aquel pequeño acto de destrucción tuvo también el efecto de noquear a Xtabay. Cayó de rodillas sobre la alfombra de piel de cebra, aturdida.

Hun-Kamé enderezó la espalda y corrió al lado de Casiopea. La planta había aflojado, pero cuando el dios se acercó, ennegreció de repente y se retiró por completo, como si fuera incapaz de soportar la ira del Señor de la Muerte. Porque Hun-Kamé estaba enfurecido; su único ojo se había vuelto negro como el carbón. Retiró una hoja que se había quedado enredada en el pelo de Casiopea y le ofreció su mano izquierda para que pudiera apoyarse e incorporarse.

—¿Estás herido? —preguntó Casiopea—. ¿Necesitas ayuda?

—Estoy perfectamente —respondió él—. Pero era yo quien iba a preguntarte esto.

—Oh. No tengo nada roto —le aseguró ella.

—Lo veo. Solo un rasguño aquí —dijo Hun-Kamé, tocándole un segundo la frente y borrándole la marca con la misma rapidez con que le acababa de retirar la hoja del pelo—, y ya no está.

Xtabay, junto al sofá y cabizbaja, murmuraba palabras de poder, pero chisporroteaban, como un fuego sin leña, imposible de encenderse.

—Tus trucos no funcionan conmigo —le dijo Hun-Kamé, sin siquiera tomarse la molestia de mirarla.

—Casi han funcionado —replicó Xtabay, con una voz que era como un siseo venenoso, carente de toda dulzura. Se tocó la mano

herida, con la marca rojiza y con muy mal aspecto que le habían dejado los dientes de Casiopea.

—Devuélveme mi propiedad —dijo con frialdad Hun-Kamé.

—Eso no cambiará nada —dijo Xtabay.

Pero obedeció de todos modos. Se acercó a una estantería y tomó una caja negra con dos franjas de jade en los laterales. Xtabay abrió la caja y se la ofreció a Hun-Kamé, arrodillándose delante de él, en lo que Casiopea consideró una clara exhibición de burla.

—Para el señor Hun-Kamé —dijo Xtabay, después de retirar la tapa—, de parte de su humilde servidora.

El dedo de Hun-Kamé descansaba sobre un fondo de terciopelo negro. Igual que había sucedido con la oreja, estaba bien conservado, como si se lo hubieran cortado hacía apenas unos minutos. Hun-Kamé acercó el dedo a la mano y al instante se fundió con la carne. Le indicó entonces a Xtabay que se levantara. Lo hizo.

—¿Quién tiene la siguiente pieza del rompecabezas? —preguntó.

—¿Y piensas tú que lo sé?

—Mi hermano quiere coronarte, Xtabay. Pensaba que te lo habría contado.

—No puedes obligarme a darte la respuesta.

—He roto tu hechizo —dijo Hun-Kamé.

—No, no lo has hecho tú, vanidoso e ingenuo señor, sino la muchacha. ¿Perdiste solo un ojo o te has vuelto ciego del todo? —dijo Xtabay en tono burlón—. Tú no has hecho nada.

Y era verdad, él no lo había hecho. Lo que había deshecho el hechizo había sido la voz de Casiopea, un acto de voluntad, con su esencia combinada con la de un dios, y era en parte la magia de Hun-Kamé lo que le había dado la capacidad para poder hacerlo. En parte, pero no totalmente.

—En este caso, dame a mí la respuesta —dijo Casiopea.

Se sentía cansada y el inicio de un fuerte dolor de cabeza le torturaba el cráneo. Quería que aquello acabase de una vez por todas. Dio unos pasos y se quedó a escasos centímetros de distancia de la mujer.

—¿Deshaces un hechizo y crees que ya puedes ir por ahí dándome órdenes? —dijo la mujer, burlándose de ella.

—Sospecho que esto funciona así. Y si no funciona así, empezaré a machacar todas tus plantas y tus flores para hacerlas pedazos hasta

que decidas ser un poco más amable conmigo. Y creo que no te gustará en absoluto —dijo Casiopea.

—No te atreverás.

—Por supuesto que me atreveré —dijo Casiopea.

—Es una salvaje —le dijo la mujer a Hun-Kamé.

—La Dama Tun tiene una personalidad muy peculiar, pero creo que no será necesario ir tan lejos —dijo Hun-Kamé—. Aunque quizás tenga razón: ¿quieres que rompamos algunas cosas? ¿Qué quememos esas flores y esas plantas?

—Por supuesto que no, mi señor —dijo Xtabay, bajando la cabeza y sujetándose la mano herida—. En El Paso hay un uay, el Uay Chivo. Es servidor de Vucub-Kamé.

Hun-Kamé dio media vuelta, dispuesto a marcharse, y le dirigió un gesto a Casiopea para que lo siguiera, pero entonces Xtabay volvió a hablar, mirándolos a los dos fijamente. Estaba tan bella como cuando habían llegado, aunque parecía también empequeñecida.

—Deberías dejarlo en paz, Hun-Kamé —dijo la mujer, con una voz que sonaba vacía—. Olvidarte del trono y desaparecer. Vucub-Kamé te matara.

—Los dioses no mueren.

—Sí —dijo Xtabay, con un gesto de asentimiento—. Los dioses tal vez no mueran. Pero mira tu reflejo en el espejo.

Hun-Kamé tomó a Casiopea de la mano y tiró de ella para salir de allí. Cuando llegaron al ascensor, cerró la puerta con estrépito.

Y al llegar abajo, cuando Hun-Kamé abrió las puertas dobles de vidrio, miró de reojo su reflejo. No vio nada en el oscuro perfil de su cara que pudiera ser motivo de alarma.

Pero de haberse observado en un espejo de mano, habría vislumbrado el detalle revelador que Xtabay sí había visto. Su ojo, tan oscuro que parecía pedernal, no reflejaba nada, puesto que no era humano. Pero el ojo había cambiado. La pupila era como un espejo negro que capturaba reflejos. El de la calle, el de los coches que circulaban por las avenidas y el de su joven acompañante. Casiopea estaba reflejada allí con intensos colores.

Sí, el hechizo se había roto en parte gracias a la esencia inmortal del dios que residía en Casiopea y que le había dado la capacidad necesaria para deshacer la magia de Xtabay con el poder del Inframundo. Pero la otra parte, la otra razón por la que el hechizo de

Xtabay había fracasado —y que ni Casiopea ni Hun-Kamé habían captado— era una verdad más sencilla: Casiopea le nublaba la visión. Cuando ella había hablado y él había vuelto la cabeza, su pupila había reflejado única y exclusivamente a Casiopea y eliminado el resto del salón.

Este tipo de incidente es bastante habitual entre jóvenes mortales que creen existir en una isla desierta que nadie más puede pisar.

¿Hun-Kamé? Él no era joven, había nacido muchísimos siglos atrás.

Pero allí estaba, saliendo de aquel edificio del barrio de la Condesa, un hombre de la edad de Casiopea, con su sabiduría borrándose de su piel. Casiopea, naturalmente, no podía darse cuenta de aquello, igual que no se había dado cuenta cuando se conocieron de que Hun-Kamé no tenía edad. Se había vuelto joven y eso era todo, como si alguien hubiera arrancado la corteza oscura y rugosa de un árbol para dejar al descubierto su pálido núcleo.

Capítulo 16

Después del desastroso encuentro con su prima, Martín volvió corriendo al Hotel Mancera, esperando encontrarla allí. Intentó sonsacarle al recepcionista el número de habitación, pero el recepcionista no sucumbió, y ni siquiera fue capaz de confirmarle si se hospedaba allí una mujer con las características de Casiopea. Martín lo amenazó, luego intentó sobornarlo, pero el recepcionista se limitó a mirarlo con la indiferencia absoluta de un capitalino que lo ha visto todo. Airado, Martín se instaló en el vestíbulo con la esperanza de interceptar a Casiopea cuando apareciera. Pero su prima no bajó; debía de haber salido ya del edificio.

Cuando Martín comprendió que seguir montando guardia era inútil, cuando entendió la estupidez de lo que se proponía, abandonó el hotel y dio vueltas por el centro hasta que encontró un vendedor de tabaco. Casiopea era la encargada de comprarle cigarros, y cuando tomó el encendedor, recordó aquel detalle y el placer que podría haber obtenido del cigarro se quedó en nada.

Martín fue en busca de un establecimiento donde vendieran alcohol y los encontró en abundancia. Eligió una pulquería barata, con un mural de los volcanes gemelos de la Ciudad de México pintado en una pared. Había establecimientos más refinados, destacando entre ellos La Ópera, donde decían que, una noche, el revolucionario Pancho Villa había disparado sus balas contra el techo, pero a Martín le importaba un pepino la calidad de la bebida que estaba tomando. Cada copa de pulque le sabía más amarga que la anterior. Mujeres con un exceso de rubor en las mejillas se detenían de vez en cuando junto a su mesa con la esperanza de obtener unos pocos pesos de aquel hombre tan serio y bien vestido, pero él las despidió a todas, quejándose por lo bajo de las debilidades del sexo femenino. De hecho, para él, todo había empezado con Eva y terminado con Casiopea. Una serpiente, una víbora, eso es lo que era.

Finalmente, cuando cayó la noche, Martín volvió caminando a su

hotel, sin dejar de maldecir a Casiopea.

—Veinte veces puta y cincuenta veces bruja —dijo para sus adentros.

Lo llevaba en la sangre, por supuesto, Jezabel. Pero no era solo su género, sino también la sangre india de su padre lo que la había dejado en aquel estado; a Martín jamás se le había pasado por la cabeza que hubiera algún fallo genético en la parte Leyva de la familia, sino que lo que le provocaba a Casiopea su conducta temeraria era su parte Tun.

—Se lo contaré a su madre, se lo contaré al abuelo y se lo contaré a todo el mundo —se prometió.

Y el pueblo entero se enteraría de que Casiopea se paseaba por la Ciudad de México sin vergüenza alguna, casi calva, desobedeciendo las instrucciones de la familia.

Desobedeciéndole a él.

Se paró en seco. No, no, no, no mencionaría que lo había desobedecido también a él.

Fumando un cigarro, dio una vuelta a la manzana que ocupaba el hotel, necesitado de espacio, necesitado de tiempo, pasándose continuamente la mano por el pelo.

Cuando llegó a la habitación, se refrescó la cara y reconoció que no podía seguir demorándolo más; el dios estaría esperando noticias. Tomó el anillo de jade que Vucub-Kamé le había dado, se situó en el centro de la habitación y pronunció el nombre del dios.

Las luces perdieron intensidad, la oscuridad de la habitación se acumuló en una esquina y de esa oscuridad emergió Vucub-Kamé. Iba vestido de blanco, con una capa confeccionada con conchas marinas que le cubría la espalda, y tenía el pelo muy claro. Pero a pesar de ello, evocaba una oscuridad negra como la boca del lobo.

Los ojos de Vucub-Kamé no se fijaron de inmediato en Martín; parecía más preocupado por otros asuntos.

Cuando Martín vio por vez primera a Vucub-Kamé, tenía escasos conocimientos sobre el dios. Pero después, Cirilo se había encargado de enmendar la falta de formación de su nieto y le había contado su historia. Cirilo le había explicado asimismo el carácter de los Señores de Xibalbá y cómo había que dirigirse a ellos. Le había comentado que les gustaba la adulación. Y en consecuencia, cuando Vucub-Kamé irrumpió en la habitación, Martín se arrodilló e inclinó la cabeza, por

mucho que su arrogancia natural se estremeciera ante una exhibición de aquel calibre.

—Señor Supremo del Inframundo —dijo Martín—. Agradezco que haya venido. No soy merecedor de tu visita.

—No debes de serlo, puesto que te tiembla la lengua. ¿Me has fallado? —preguntó el dios, sin dignarse a mirar al mortal.

—Mi prima… no quiere hablar contigo —reconoció Martín, uniendo las manos—. Es una criatura terca y desagradecida. Pero si mi señor lo desea, iré a buscarla y la traeré hasta aquí arrastrándola por el pelo…

—Un desperdicio de violencia. ¿Y qué conseguiríamos con eso?

Martín parpadeó.

—Ella haría lo que usted quisiera, cualquier cosa.

—No puedes forzarla —dijo Vucub-Kamé.

—Yo no…

—Martín Leyva… Martín. Cuando juegas al ajedrez, ¿mueves tus peones como si fuesen caballos? Cuando tiras los dados, ¿finges que has obtenido cuatro puntos cuando solo has obtenido dos? ¿Me explico?

Martín movió la cabeza en un gesto afirmativo, incapaz de comprender qué le estaba diciendo el dios, pero consciente de que en aquellas circunstancias no le quedaba más remedio que asentir.

Vucub-Kamé abrió una bolsita que llevaba atada en la cintura y extrajo de su interior cuatro dados pintados de negro y amarillo, similares a los que se utilizaban para jugar al bul. Martín nunca había jugado a ese juego —era de esas cosas reservadas para los indios— pero tenía entendido que el objetivo era «capturar» y «matar» las piezas del oponente.

—Si pensara que la fuerza bruta puede proporcionarme todo lo que deseo, ya habría borrado a tu prima del Mundo Intermedio. Pero como ella es una jugadora en este juego, debo respetar su papel. Y siendo una cosa que ni es del todo divina ni del todo humana, no es posible arrastrar a esa muchacha por el pelo para depositarla a mis pies.

—Yo… no, claro que no.

—Ni tampoco puedo abordarla directamente, razón por la cual me veo obligado a servirme de un intermediario, que por lo visto tienes que ser tú —concluyó el dios.

Vucub-Kamé le indicó que se levantara, y Martín obedeció.

—Te encomendaré una nueva tarea, y espero que seas más adecuado para ella, viendo que tu prima es una criatura tan terca.

—Sí, mi señor —musitó Martín.

El Señor de Xibalbá lanzó los dados al suelo. Trazaron una espiral en el aire y cayeron los tres por el lado amarillo. A su alrededor surgieron líneas débiles, como hollín. Tan débiles como el hilo plateado de una telaraña, capturando desde un ángulo la luz y lo visible, lo invisible desde el otro. Martín forzó la vista para intentar encontrar una forma en aquellas líneas. ¿Sería como un juego de mesa?

—Esta misma noche partirás hacia Baja California, hacia Tierra Blanca, a bordo de mi lechuza. Mi hermano y tu prima acabarán llegando también allí, pero tú lo harás primero.

—¿Y qué haré yo en Tierra Blanca? —preguntó Martín.

—Aprenderás.

—Ah… ¿y qué aprenderé?

—A andar por los oscuros caminos de mi reino. Aníbal Zavala podrá enseñarte.

Martín no tenía ni idea de qué quería decir aquello de andar por caminos oscuros, pero lo que sí sabía era que no quería acercarse a Xibalbá. Si lo llamaban el Lugar del Miedo, por algo sería.

Carraspeó un poco antes de hablar.

—Haré lo que me dice, pero ¿por qué querría yo… aprender esta lección? ¿Y quién es ese tal Aníbal Zavala?

—Mi discípulo. Y en cuanto al motivo de la lección, porque la simetría en todo es de lo más agradable, y puesto que parece que Casiopea está destinada a ser el adalid de Hun-Kamé, tú serás el mío. Primo contra primo, hermano contra hermano. Confío en que sepas apreciar el simbolismo.

—¿Pretendes que luche contra ella? —preguntó Martín.

—Puede que aún tenga oportunidad para mostrarme la deferencia que se me debe. Pero si no me rinde ese honor, estaré preparado —declaró Vucub-Kamé.

—Y debo aprender a andar por los caminos oscuros por si acaso ella no cambia de idea respecto a ti.

—Será tu ventaja. Ella no sabrá moverse por esos caminos.

Y entonces, cuando Martín volvió a mirar la telaraña que

dibujaban las líneas en el suelo, se dio cuenta de que aquello no era un tablero sino un círculo, y que en el interior de aquel círculo había un laberinto intricado que se bifurcaba en múltiples direcciones, innumerables callejones sin salida. Le pareció ver también la forma de unas pirámides, de estatuas de tamaño colosal, de calzadas y de elevadas columnas. Y sobre el laberinto cayó entonces una gota negra como la tinta que empezó a seguir uno de los caminos, el camino correcto que llevaba hasta el centro.

Era como espiar la solución al rompecabezas de la última página del periódico. Y si aquello era hacer trampas, Martín no pensaba quejarse. Jamás se había sentido mal por tener ventajas sobre los demás.

—Creo que ya lo entiendo —dijo.

El Señor de Xibalbá no lo había mirado en todo aquel rato, sino que había mantenido sus ojos gris claro fijos en otro punto de la habitación. Pero entonces, cuando Martín habló, el dios volvió la mirada hacia él.

—Eso esperaba. Es infinitamente importante que salgas victorioso en esta lucha contra tu prima. Si me fallas, trituraré tus huesos hasta convertirlos en polvo —dijo Vucub-Kamé con voz impasible, aunque la amenaza estaba en sus ojos, transformados en mercurio y ahora sí, clavados en Martín.

Martín notó como si una mano invisible acabara de agarrarlo por el cuello y estuviera estrujándoselo, como si unas uñas afiladas se estuvieran clavando en su piel. No podía respirar, no podía moverse, no podía ni siquiera parpadear; lo único que sentía era una mano opresiva envolviéndole el cuello. Era la misma sensación que a veces experimentas cuando duermes, como si una fuerza invisible estuviera aplastándote. La bruja de la noche, sentir que se te sube el muerto. La pesadilla que agobia a los mortales. Con la diferencia de que él estaba completamente despierto.

La sensación apenas se prolongó más de un minuto, pero el miedo a aquel contacto disparó el latido del corazón de Martín, y cuando menguó, cayó de rodillas al suelo.

Vucub-Kamé sonrió y habló con dulzura a Martín, igual que el gusano susurra al hombre que yace en el ataúd.

—No te inquietes tanto, Martín. Estoy a tu lado, por mucho que apestes a pulque barato y a insatisfacción. Al fin y al cabo, tú y yo

tenemos mucho en común, puesto que debemos lidiar con los parientes más detestables del mundo. Cuando todo esto haya acabado, creo que seremos buenos amigos, igual que tu abuelo y yo éramos amigos. El destino nos ha unido. Dale las gracias por tanta amabilidad.

—Sí, mi señor —replicó Martín con voz ronca, frotándose el cuello e inclinando la cabeza.

El dios extendió la mano y los dados regresaron a ella. El mapa desapareció, esfumándose como el humo de una vela cuando se apaga. Y entonces, el dios regresó hacia las sombras de las que había surgido, se fusionó con ellas, y su capa blanca, sus prendas blancas y su cabello claro se sumergieron en la oscuridad.

Martín siguió frotándose el cuello y entonces miró hacia atrás, riendo entre dientes, puesto que acababa de oír el aleteo que anunciaba la llegada de la lechuza gigante de Vucub-Kamé. El dios no perdía el tiempo. Pues vaya. No es que Martín tuviera algo importante que hacer. Pero entonces pensó que podría dormir mientras se le pasaba la embriaguez en Baja California tan bien como en la Ciudad de México. Aunque, a aquellas alturas, estaba bastante sobrio.

—Casiopea, si algún día vuelvo a verte… Dios, mejor que no vuelva a verte nunca —murmuró.

Todo aquello había empezado por culpa de ella. Ella había sido la que había abierto el maldito cofre, la que había hecho que un dios saliera de su cárcel, y ahora era su terca reticencia lo que estaba condenándolo a él a sumergirse en los caminos de Xibalbá. No era cincuenta veces bruja, sino cien.

Capítulo 17

Los mortales creen que los dioses son omnipotentes y lo saben todo. Pero la verdad es más complicada; sus limitaciones son múltiples, calidoscópicas e idiosincráticas. Los dioses no pueden mover a los mortales como se moverían las piezas en un tablero de ajedrez. Para conseguir sus fines, los dioses pueden utilizar mensajeros, pueden amenazar, pueden adular y pueden recompensar. Un dios puede hacer que las tormentas sacudan las costas y los mortales, a cambio, levantan las manos y realizan ofrendas en el templo del dios para detener el huracán que azota la tierra, rezan y se fustigan con espinas de maguey. Aunque también pueden elegir ignorar la magia del dios del clima y decidir que la lluvia, o la ausencia de la misma, es resultado de la casualidad o la mala suerte, sin establecer una correlación entre la deidad y el suceso.

Un dios puede hacer que los volcanes hiervan y cocer vivos a los mortales que han instalado su vivienda cerca de su chimenea. ¿Pero eso para qué le serviría? Si los dioses destruyesen a los humanos, no tendrían quien les adorara ni a quien sacrificar, elementos que son equiparables a la leña que aviva el fuego.

Vucub-Kamé tenía sus limitaciones y tenía su manera de contratacarlas. No podía visitar a plena luz de día el reino de los mortales y solo podía moverse por él de noche y durante un periodo limitado de tiempo. Pero tenía sus lechuzas, sus poderes de adivinación y sus alianzas. Y a pesar de que podía ser rechazado, rara vez lo era.

La negativa de Casiopea era, en cierto sentido, una novedad para él, incluso tenía su gracia. Y cuando se filtró en la habitación de Xtabay, atravesando las delgadas cortinas, estaba de buen humor. Ya habría más oportunidades de abordar a la muchacha. Lo rechazaría dos veces, hasta tres, puesto que tres era el número que marcaba el hetzmek de las mujeres. Él no estaba enojado, como sí estaba Martín. Porque sabía que controlaba la situación.

—Me honras con tu presencia —dijo Xtabay, cargada como siempre de joyas e inclinando la cabeza y arrodillándose ante él.

Xtabay era una criatura encantadora y odiosa a la vez. Sus orígenes mortales habían caído en el olvido, eran como la huella que deja una concha en la arena y que el tiempo acaba borrando. Vucub-Kamé extendió la mano, indicándole con el gesto que podía levantarse, y Xtabay obedeció con una estudiada sonrisa.

—Tengo entendido que mi hermano te ha visitado —dijo Vucub-Kamé, incapaz de intuir la esencia dormida de Hun-Kamé que hasta aquel momento Xtabay había mantenido encerrada en una caja.

En su rincón habitual, el loro verde de Xtabay descansaba en su jaula con la cabeza escondida bajo el ala, como si se estuviera protegiendo del dios.

—Me ha visitado no hace mucho —replicó Xtabay, poniendo mala cara—. Con su espantosa sirvienta.

Vucub-Kamé recorrió la estancia. No quedaba ningún rastro de su hermano, pero había estado allí, y eso le hizo desear que sus pasos descansaran justo en el mismo lugar donde habían descansado los pasos de Hun-Kamé. Llevaban décadas sin verse, pero ahora faltaban días para que volvieran a encontrarse.

Se permitió imaginarse a Hun-Kamé tal y como era mucho tiempo atrás, caminando por la selva con una serpiente enrollada al cuello, mientras que Vucub-Kamé, con una lechuza posada en el hombro, era como su sombra. Por un instante, el recuerdo fue agradable. ¡Cómo disfrutaban de sus excursiones al Mundo Intermedio! Hasta que los mortales dejaron de venerar a los dioses y Hun-Kamé, a su vez, dejó de interesarse por el mundo de los hombres. Pero a Vucub-Kamé siguió agradándole y llegó un momento en el que acabó dominando todos sus pensamientos. Añoraba la adoración de sacerdotes y orantes, y cuando así se lo comentó a su hermano, Hun-Kamé le regañó por no saber comprender la naturaleza efímera de las cosas. El regaño se transformó en peleas y Vucub-Kamé empezó a volverse introvertido, con el gusano de la rabia consumiéndole el corazón. Desterró aquel recuerdo y se concentró en el ahora.

—No se ha quedado mucho rato.

—No.

—Lo cual quiere decir que tus encantos no han servido de nada, por mucho que presumas de tu magia —dijo Vucub-Kamé, llegando a

una conclusión.

Existía la posibilidad de que su hermano fuera detenido o herido antes de llegar a Tierra Blanca, lo cual habría facilitado el triunfo de Vucub-Kamé. Aunque, por otro lado, existía también el deseo belicista de que Hun-Kamé llegara a Baja California en buen estado, habiendo recuperado la oreja, el dedo y el collar, lo que haría que su caída final fuese más divertida.

—Es el Señor de Xibalbá —dijo Xtabay, con ironía, poniendo énfasis en la palabra «el» para recordarle a Vucub-Kamé quién era el primogénito y quién el aspirante, el traidor.

—Vigila tu preciosa lengua —replicó Vucub-Kamé, volviéndose totalmente afilado, y no solo en el tono de voz—. Supongo que no te gustaría perderla.

—Señor, te sirvo hasta con mi último suspiro, no me mires con ira. No ha sido más que un desliz —dijo Xtabay—. Deseo conservar mi lengua.

—Un desliz, dices. ¿O es que tal vez estás al servicio de mi hermano?

Xtabay volteó para mirarlo fijamente.

—He hecho lo que me dijiste. Abandoné la selva para vivir en esta ciudad remota, donde mi poder mengua…

—No ha menguado desde que estabas en posesión del dedo de Hun-Kamé. No desprecies el poder de su esencia, ni las fruslerías y las diversiones que te he proporcionado —dijo Vucub-Kamé.

Le gustaba que su generosidad se viese reconocida y se enfurecía si no era valorada. Había rodeado de esplendor a Xtabay para garantizarle una guardia más que soportable.

—No —reconoció Xtabay—. No desprecio nada. Pero sé perfectamente bien que mi lugar no está aquí y estar instalada en esta ciudad ha sido una tarea desagradable que he llevado de todos modos a cabo porque dijiste que Hun-Kamé vendría un día en mi busca y que querías que él siguiera tu ruta.

—Y debe seguirla. Y sabiendo esto, creo que tal vez podrías haber pensado en granjearte de nuevo el favor del Señor —dijo Vucub-Kamé con acritud.

Xtabay había sido una cortesana muy estimada en el Palacio de Jade y había asistido con frecuencia a Hun-Kamé. Era capaz de hilar buenas historias, y sus travesuras maliciosas en el Mundo Intermedio

divertían a los Señores de Xibalbá. A veces, arrastraba a algún que otro pobre hombre impotente por el Camino Negro, hasta la ciudad. Aquellos mortales no podían permanecer mucho tiempo en Xibalbá, pero los señores reían viendo al hombre sometido a espectáculos espantosos o atiborrándose como un príncipe antes de que la comida se transformara en ceniza en su boca.

Vucub-Kamé, naturalmente, sospechaba que Xtabay podía haber cometido traición, por mucho que dicha traición fuera poco probable.

—Tus acusaciones me duelen —dijo Xtabay.

Xtabay acercó la punta de los dedos a la boca del dios y le pasó entonces la mano por la frente, como si quisiera alisar las arrugas, borrar su ceño fruncido. Pero el dios no le permitió aquel gesto de intimidad, se apartó al instante y empezó a trazar círculos a su alrededor.

—¿Cómo le hizo para escapar de ti? —preguntó.

—Como ya te he dicho, mi magia no fue suficiente —respondió Xtabay.

—Pero me dijiste que lo sería. Por eso te elegí para esta tarea.

—Te dije que podría ralentizarlo, que podría distraerlo un tiempo. Pero la muchacha que arrastra con él parece tenerlo más que distraído.

Xtabay estaba descontenta, pero parecía sincera. Miró a Vucub-Kamé por encima del hombro.

—Cumpliré tu voluntad, Vucub-Kamé. ¿Acaso no te ayudé cuando tramaste tu plan? Podría haber buscado el favor de Hun-Kamé y revelarle tu sórdida trampa. Pero escondí tus planes, encontré al mortal que necesitabas.

—Lo hiciste —reconoció Vucub-Kamé.

Vucub-Kamé se colocó detrás de Xtabay y deslizó una mano por su pelo, el gesto distraído de un amo con una mascota más que el de un amante, aunque en su día habían sido amantes y él le había ofrecido divinidad, un asiento a su lado, con el fin de persuadirla y asegurarse su ayuda. Los dioses tienen apetitos, más voraces que los de los hombres, pero rápidamente pasan de una presa a otra, como si descorcharan una botella de vino, lo cataran y tiraran el resto por el desagüe.

En aquel momento no había ni una pizca de afecto entre Vucub-Kamé y Xtabay. Cuando estuvieron confabulando el plan, él había

disfrutado, pero ahora que estaba todo hecho y arreglado, él se había desencantado de ella y ella de él.

—¿Dijo alguna cosa interesante? —preguntó Vucub-Kamé, abandonando su poco entusiasta caricia.

Vucub-Kamé empezaba a aburrirse y tenía ganas de volver a casa. Xibalbá lo llamaba; estaba atado al reino de las sombras. Xtabay no estaba unida a Xibalbá, puesto que no había nacido allí y por ello no percibía aquella cadena invisible alrededor de la cintura. El Mundo Intermedio resultaba interesante, sí, pero solo porque dentro de sus confines albergaba mortales que podían adorarlo. Pero él amaba Xibalbá, Xibalbá se amaba a sí mismo y a nadie más.

—Apenas hablamos. Mi magia no sirvió de nada, no pude retenerle, y le entregué la caja. Me preguntó quién tenía otra parte de él, y le dije que el Uay Chivo.

—¿Y no te preguntó nada más?

—¿Qué más podría preguntarme? —dijo Xtabay, sentándose en el sofá. Sus pulseras tintinearon cuando se llevó la mano a la frente—. Tenía prisa. Lo que sí puedo decirte es que está debilitándose, volviéndose más humano.

—Siempre pensé que mi hermano tendría más energía —dijo Vucub-Kamé.

Tal vez Hun-Kamé no conseguiría llegar a Baja California. A saber. Y si de verdad estaba debilitándose, si se estaba consumiendo como una vela encendida, era posible que su encuentro con el Uay Chivo fuera complicado. El uay era mucho más… contundente que los otros colaboradores de Vucub-Kamé.

—Pues por lo que parece no es así. Si lo hubieses visto cuando se marchó, no te lo habrías creído. Se movía como alguien que no ha caminado jamás por el Camino Negro. Tenía en el ojo el reflejo de esa muchacha.

Vucub-Kamé había mantenido la serenidad hasta aquel momento, pero cuando Xtabay pronunció aquellas sencillas palabras, sintió un escalofrío. Poseía el talento de la adivinación. Leía el futuro en la sangre de infinidad de criaturas, aunque a veces los augurios podían presentarse sin petición previa. Y aquellas palabras eran desagradablemente parecidas a un mal presagio. Miró fijamente a Xtabay.

—¿Qué pasa?

—Calla —le ordenó Vucub-Kamé, atacado por una necesidad loca.

Se acercó al loro. El pájaro se echó a temblar. Vucub-Kamé extendió una mano, abrió la jaula y tomó al loro, partiéndole el pescuezo.

—¿Por qué has tenido que…? —empezó a decir Xtabay.

—He dicho que te calles —insistió Vucub-Kamé.

Su voz sonó más peligrosa que el cuchillo que se materializó en su mano y Xtabay, que se había levantado del sofá ante la ignominia de ver a su mascota tratada de aquella manera, volvió a sentarse y juntó las manos. Vucub-Kamé partió el loro en dos y arrojó el cuerpo al suelo, un amasijo de plumas y sangre.

Anteriormente no había sido capaz de visualizar su triunfo, aunque sí había podido ver la llegada de Hun-Kamé a Tierra Blanca. Pero ahora ni siquiera podía entrever aquella llegada. Ante él se dibujaba un centenar de futuros ramificados, y cuanto más se esforzaba por distinguir alguna cosa entre todo aquel caos, más se enredaban, más se entrelazaban, más se desmoronaban ante sus ojos. Y cuando vislumbraba algo, era la cara de la joven que ya había visto antes y luego, por un segundo, a su hermano sentado en el trono negro. Hun-Kamé coronado de nuevo.

La imagen, aun siendo breve, sorprendió tanto a Vucub-Kamé que hizo que las cicatrices de las palmas de sus manos vibraran de dolor, como si se estuviera quemando por segunda vez. El cuchillo cayó de su mano y se transformó en humo al entrar en contacto con el suelo.

Aquello era imposible. ¡Él era el gobernador de Xibalbá! Y eso nada podía cambiarlo, nada podía arruinar sus planes.

Y los caminos ramificados, como si quisieran tranquilizar al contador del tiempo, le ofrecieron otra breve mirada, esta vez de Vucub-Kamé sentado en el trono de obsidiana.

Pero el bálsamo no fue suficiente. Estaba inquieto.

Vucub-Kamé tiró al suelo la jaula del loro y volteó hacia Xtabay.

—Como un hombre —dijo—. Caminaba como un hombre y con ella en su mirada. Espero que disfrute de forma humana, ya que nunca jamás volverá a ser un dios.

—Vucub-Kamé… —empezó a decir Xtabay, quizás deseosa de preguntarle sobre su estado mental.

Pero Vucub-Kamé se había hartado por el momento del Mundo

Intermedio y se sumergió en una laguna de sombras, descendiendo los nueve niveles que lo separaban de su reino sin pronunciar ni una palabra más. Entró en el salón del trono y tomó asiento en su impresionante trono de obsidiana.

Vucub-Kamé presionó la gélida piedra. Tenía las manos ardiendo, las cicatrices encendidas por el recuerdo de su traición.

Necesitaba sentir bajo los dedos la frialdad cristalina de aquella piedra, para asegurarse de que seguía allí, que seguía siendo suya, que no desaparecería.

No existe nadie que tema más a los ladrones que aquel que ha sido ladrón, y el robo de un reino no es poca cosa.

Capítulo 18

Su ruta atravesaba muchos estados y el tren avanzó lentamente entre montañas y desfiladeros, serpenteó entre centros mineros de la época colonial y bosques de pinos, hasta alcanzar finalmente el desierto. Durante un rato, Casiopea había estado presionando las manos contra el vidrio, intentando documentar las vistas y guardarlas en la memoria —los distintos tipos de árboles, los colores de las casas y las formas de las nubes—, pero al final, había sido excesivo.

Los pasajeros eran tan variados como el paisaje. Un hombre con una jaula de gallinas, un grupo de estudiantes vestidas con uniformes idénticos, tres muchachos con pinta de vividores en un claro estado de embriaguez, todos ellos encaminándose a distintas partes del tren. En cada estación, había vendedores que se acercaban a las ventanillas con su mercancía. Cuando había subido al tren, Casiopea no se había imaginado que encontraría tanta actividad.

Al menos sería un viaje cómodo. Los anuncios de la compañía ferroviaria prometían las mejores instalaciones posibles y Casiopea comprendió enseguida que no era publicidad engañosa. El compartimento era uno de los más grandes del tren, con espacio suficiente para una cama —nada de literas, sino una cama matrimonial de verdad—, dos sillones mullidos, un lavamanos plegable, una mesa también plegable, un tocador con espejo ovalado y una ventana con cortinas de color naranja oscuro a conjunto con la colcha de la cama.

Había muchas cosas que admirar en el compartimento, desde los paneles de madera barnizada que cubrían las paredes hasta la elegante alfombra en tonos marrones, pero Casiopea decidió concentrarse en la cama. Estaba cansada y se quitó los zapatos, se tumbó encima de la colcha, sin molestarse en cambiarse.

Hun-Kamé se quitó los zapatos también y se tendió a su lado. En condiciones normales, aquello la habría alarmado puesto que, al fin y al cabo, era una cama. Y una cosa era convivir en un compartimento,

como ya habían hecho, y otra dormir, literalmente, al lado de un hombre, sin ningún tipo de separación entre ellos.

«Todos los hombres tienen algo del diablo dentro, por mucho que representen el papel del santo», le había alertado su madre. Y el seguimiento, claro está: no le des ideas a tu galán.

Recordando los sermones de su madre, Casiopea se planteó construir una especie de frontera entre sus cuerpos, un muro de sábanas y almohadas para demarcar el territorio. Pero Hun-Kamé no era su novio y ella estaba tan agotada después del encuentro con Xtabay que las ideas que pudieran estar dando vueltas en la cabeza de su compañero no le importaban. Y por lo tanto, en lugar de construir un muro, recostó la cabeza en la almohada y se quedó rápidamente dormida.

Cuando se despertó, una leve lluvia salpicaba las ventanillas del vagón. Estaba oscuro. Se sentó y miró a Hun-Kamé, que estaba durmiendo, con el cuerpo girado hacia ella.

No estaba simplemente acostado. Sino dormido, con el pecho siguiendo un tranquilo movimiento de ascenso y descenso. Aunque le había dicho que él no dormía nunca.

Alarmada, Casiopea le dio unos golpecitos en el hombro y Hun-Kamé refunfuñó, cambió de posición y abrió el ojo. Su expresión era de confusión. Pero solo por unos segundos, porque enseguida se sentó y se puso en estado de alerta.

—Perdón —dijo Casiopea—. Estabas… pensaba que tú no dormías.

—Y no duermo —replicó Hun-Kamé en tono cortante.

Frunció el ceño y se le veía tan turbado que Casiopea pensó que habría sido mejor no haberlo despertado, no haber dicho nada. Hun-Kamé estaba siempre envuelto por cierta oscuridad, y no era solo la negrura de su pelo, o de su ojo negro como el ala del cuervo, sino que todo él era oscuro, como si además de ir vestido con traje y corbata, fuera también vestido con sombras. Y la oscuridad se intensificó en aquel momento, como si una noche sin estrellas se instalara sobre la colcha, en el espacio entre ellos, por mucho que las luces del compartimento siguieran encendidas.

—Es el elemento mortal que me proporcionas. Está transformándome en un ser cada vez más humano. Y además, la distancia que nos separa de Yucatán tampoco ayuda. Me vuelvo más

débil a cada kilómetro que pasa. Mi hermano lo sabe y confía sin duda en que este cambio ayude a que sus planes fructifiquen. No sé cuánto tiempo nos queda —dijo.

Tiempo. Sí. Casiopea pensó en el fragmento de hueso. Extendió las manos y volvió las palmas hacia arriba, se quedó mirándolas. Había olvidado que se estaba muriendo, que él era una enfermedad, un parásito. ¡Qué fácil era olvidar! Hun-Kamé le había hecho olvidar, pero no a través de brujería y arcanos, sino por su mera presencia.

—Te está haciendo humano a ti y matándome a mí —dijo.

—Sí, pero antes no era así. Está empeorando.

—Oh —musitó Casiopea, descansando las manos sobre el regazo.

«Oh» porque no se le ocurría nada mejor que decir. No era ni siquiera que estuviera asustada, sino que más bien estaba… consternada. No, no era justo. Empezaba a ver el mundo y no tendría ni siquiera oportunidad de saborearlo.

«No pienso morir aún —se prometió—. Tengo muchas cosas que hacer. Nadar en el mar, bailar en un club nocturno, conducir un automóvil, solo por nombrar unas cuantas». Casiopea era pragmática, sí, pero ahora que todas aquellas cosas eran posibles, aunque no probables, no estaba dispuesta a desdeñarlas y fingir que no las deseaba.

Unió las manos y, mientras el tren traqueteaba y bajaba la velocidad, levantó la cabeza para mirar al ser que tal vez la condenaría a una tumba temprana.

—¿Por qué te hizo esto tu hermano? —preguntó.

No habían hablado del tema. Hun-Kamé no solía revelar sus pensamientos a menos que ella le preguntara al respecto, y Casiopea no se había planteado antes adentrarse por aquel sendero peligroso, pero había llegado el momento en el que creía que tenía todo el derecho del mundo para preguntárselo.

—¿No has oído hablar nunca de disputas familiares? Tú no te llevas bien con tu primo, Martín. Si tuvieras oportunidad de hacerlo, ¿no te librarías de él? —cuestionó Hun-Kamé, encogiéndose de hombros.

—Si te refieres a si le haría daño… no lo sé. Nunca he querido librarme de Martín… deseaba alejarme de él, que es ligeramente distinto.

—Vamos, muchacha, si pudieras vengarte de él, lo harías —

insistió Hun-Kamé—. Lo golpearías y le clavarías espinas.

—No soy una muchacha —contraatacó Casiopea, ofendida—. Y no. No lo haría… no necesito provocarle dolor a Martín para ser feliz.

Casiopea pensó en su primo. En las crueldades que le había asestado, en los castigos que había tenido que soportar por su culpa. De invertirse la situación, ¿no buscaría ella la oportunidad adecuada para atormentarlo? ¿Acaso no había deseado nunca que su primo cayera en un pozo? Pero aquello no eran más que ideas sin intención de una niña. Su madre tenía razón: la desgracia de su primo no era lo que le proporcionaría alegría.

—Cuando le hice daño no sirvió de nada —dijo, negando con la cabeza—. No pienso golpearlo, ni clavarle nada, ni ninguna cosa por el estilo. Si obtuviera alegría a partir de la desgracia de los demás, sería como él. Y yo no soy como Martín.

Hun-Kamé se quedó claramente confuso con sus palabras, como si nunca se le hubiese pasado por la cabeza que alguien pudiera llegar a ser tan magnánimo. Casiopea se había peleado con Martín, lo había golpeado una vez con todas sus fuerzas, pero no había obtenido satisfacción con ello. Lo único que quería era que Martín la dejara en paz.

—Mi hermano siente placer con la desgracia de los demás, todos lo sentimos. Somos señores de Xibalbá y la bondad no forma parte de nuestra naturaleza. Aunque, claro está, eso no fue lo que lo empujó a cortarme la cabeza y encerrarme en ese baúl. Mi hermano quiere un nuevo imperio.

—¿Qué quieres decir?

Hun-Kamé recostó la espalda en la cabecera y extendió las manos en un gesto abarcador.

—El chu'lel engendra dioses, pero las oraciones de los hombres son como un abanico que hacen que las llamas cobren vigor. Aumentan nuestro poder. Imagínatelo, si quieres, como un banquete. Sin las oraciones y la fe de los hombres, la comida es sosa e insípida, pero si le añades una pizca de eso, el efecto es como el de las especias, que la transforman en un manjar delicioso. Los hombres dejaron de venerar Xibalbá hace ya mucho tiempo, pero Xibalbá sigue existiendo porque el pozo de poder del que nacimos es muy profundo. Creo que aunque los océanos devoraran la tierra, el Camino Negro de Xibalbá seguiría existiendo. Pero aun con eso, nuestro robusto reino no era

suficiente para mi hermano.

—¿Y qué más podía querer?

—Quería volver a la antigua forma de vida. Que las oraciones de los hombres fluyeran de nuevo. Echar sal a nuestros platos. Las antiguas glorias no le bastaban. Yo me mantuve alejado del Mundo Intermedio. No es nuestro reino, y a pesar de que era consciente de muchos de los cambios que se habían producido en nuestra península, no me interesaba ver qué nuevos palacios y baratijas imperaban ahora entre los mortales.

Al dios no le había sorprendido nada de lo que habían visto en la ciudad. Ni los tranvías ni los automóviles, tampoco le habían llamado la atención los vestidos que lucían las mujeres ni los sombreros que llevaban los hombres. Casiopea había dado por sentado que Hun-Kamé ya había experimentado aquello. No los automóviles, pero seguro sí conocía los trenes, y los edificios y determinados gustos de la gente. Pero tal vez no era así; debía de haber sido conocimiento indirecto en su mayor parte.

—Pero Vucub-Kamé estaba fascinado por el mundo de los hombres y se interesó por un punto determinado de Baja California, un lugar donde el chu'lel también convergía. Esta convergencia no era tan potente como en Yucatán, pero seguía siendo interesante. Mantuvo conversaciones con un mortal, Aníbal Zavala, y Zavala tenía la teoría de que era posible coser ambos puntos.

—¿Coser?

—Conectar, por decirlo de algún modo. Xibalbá podía aprovechar el poder de Baja California. Esa era la idea, en términos generales. Pero me negué a escucharlo —dijo Hun-Kamé, negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque la idea de Vucub-Kamé violaba el orden natural de las cosas. Estaba impulsada por la avaricia y el miedo.

—¿Y a qué puede tener miedo un dios?

—A la irrelevancia. Al final, nuestra divinidad nos garantiza el sueño eterno —dijo Hun-Kamé—. Y como no me mostré dispuesto a compartir aquella locura, Vucub-Kamé decidió eliminarme, y lo consiguió, por un tiempo. Pero en cuanto recupere mi trono, pagará por esta afrenta. He pasado décadas encerrado en esa caja. Él pasará siglos, no, milenios, en la cárcel que construiré para él en cuanto le haya cortado la cabeza y las extremidades.

La oscuridad que acompañaba a Hun-Kamé creció en intensidad y trajo consigo frío, era como tocar hielo. Casiopea se sentía como si estuviera comiendo escarcha y de entre sus labios entreabiertos se escapó una nube de vaho que se disolvió casi al instante. Cerró la boca y se cruzó de brazos.

—No harías algo así, ¿verdad? —preguntó Casiopea.

—¿Me consideras bondadoso? —replicó Hun-Kamé—. Mi hermano me sometió a una tortura insoportable. Cuando estaba sumido en aquella oscuridad, deseaba gritar, pero no tenía voz. Deseaba moverme, pero no era más que un montón de huesos erosionados por el tiempo. Existía y no, como un insecto que se da golpes continuamente contra una cúpula de cristal. Te aseguro que mi hermano saboreará esa misma desgracia.

—Si sabes que eso que cuentas es insoportable, ¿por qué someter a alguien a ello? Incluso a él.

Hun-Kamé la miró con sorna.

—Si eres una niña virtuosa que no ha conocido nunca lo que es de verdad la desdicha, ¿cómo vas a poder imaginarte el alcance de mi animosidad? ¿Qué juegos crees que practican los dioses?

Casiopea pensó que Hun-Kamé se estaba burlando de ella pero, aun así, cuando lo miró con atención, se dio cuenta de que hablaba con mucha seriedad.

—¿Consiguió entonces tu hermano lo que quería? —preguntó—. ¿Esa conexión en la que soñaba?

—De haberlo conseguido, yo lo sabría y tú también. El mundo no sería el mismo —respondió Hun-Kamé—. Sospecho que en Baja California nos espera algún tipo de trampa. No soy tonto. Mi hermano ha sembrado el camino y quiere que lo encontremos y, por lo tanto, sospecho que no se ha olvidado todavía de sus sueños.

—¿Por qué dices que el mundo no sería el mismo?

—Imperarían los sacrificios de sangre y la adulación de los mortales. Los cenotes estarían llenos de oro y cadáveres. Los hombres estarían pintados de azul y sus cuerpos atravesados con flechas, aunque la ofrenda suprema es la decapitación, por supuesto.

Casiopea había visto aquel tipo de imaginería en libros, había leído cosas sobre varas de madera ensartadas con centenares de cráneos humanos colocadas en la entrada de los templos, sobre rituales que eran auténticos baños de sangre y que se ejecutaban con

conchas y cuchillos de obsidiana, pero todo aquello eran prácticas de tiempos muy antiguos.

—No creo que esto pudiera ocurrir ahora —dijo—. No me imagino un… un hombre con el cuerpo atravesado con flechas en medio de Mérida.

—Eso es precisamente lo que querría mi hermano, y no solo en Mérida. Se apoderaría de muchas ciudades al norte y al sur de nuestra península. Desea poder, más poder del que ha tenido nunca, más del que supuestamente debemos tener. A él no le basta con quemar incienso. Mi hermano quemaría la tierra, los bosques, engulliría todo el humo que pudiera obtener.

Hun-Kamé había recuperado su frialdad, volvía a ser infinito. Y, por supuesto, oscuro. El frío que desprendía Hun-Kamé era el frío de la tumba. De la tumba de Casiopea, quizás. ¿Por qué preocuparse por el sacrificio de los demás cuando su propia muerte estaba ya programada? Pero no podía evitar preocuparse, porque la imagen que estaba sugiriéndole Hun-Kamé era muy clara y, por un instante, incluso más real que aquel compartimento del tren. Era encarnada y negra, con un trono de obsidiana erigido sobre una montaña de huesos y el hedor a carne podrida impregnándole las fosas nasales. Casiopea quería morderse las uñas o taparse los ojos, como una niña.

Sacudió la cabeza.

—Tendrías que haberme contado antes todo esto.

—Di por sentado que eras consciente de que esto era mucho más grande que tú o que yo.

—Mentiroso —murmuró Casiopea.

Hun-Kamé se enojó al oírla y ella imaginó que a continuación le echaría un sermón diciéndole que eso era lo que hacían los dioses, que mantenían siempre la boca cerrada y no iban contando sus secretos a los pobres mortales.

—Pensé que tendrías miedo —dijo, en cambio, al cabo de un buen rato.

—¡Y lo tengo!

—Por eso no te lo dije. Si fueras una heroína, sabrías que las cosas funcionan así. Es *patan.* Cuando Hunahpu y Xbalanque descendieron a Xibalbá vieron que…

—Ellos dos eran Héroes Gemelos y eran divinos —dijo Casiopea, cortándolo—. De modo que quizás eso les ayudó a comprender las

reglas y… y matar monstruos. ¿Creías que huiría corriendo si me lo contabas? ¿Es eso? No lo habría hecho.

—Sé que no huirás, pero no quería cargarte con todo esto. Amargarte los días más de lo que ya lo he hecho —replicó él, con educación.

Pero Casiopea tenía la sensación de que tanta educación escondía sus verdaderos sentimientos. Que la tenía por una cobarde, no merecedora de aquello. Casiopea había oído hablar sobre el *patan*. No era simplemente un tributo, sino un deber e incluso más que eso, la obligación que esculpe el lugar que cada uno ocupa en el mundo, y no estaba dispuesta a ignorarlo. Pero le temblaban las manos.

Tal vez fuera una cobarde. Tal vez fuera cuch chimal y cargara con su escudo en la espalda, retirándose de la batalla. Se mordió el labio.

—No soy una inútil —dijo, dirigiéndose más a sí misma que a él —. Puedo ser valiente.

—No estoy insinuando que no seas valiente —dijo Hun-Kamé.

Sus ojos tenían una consistencia pesada y oscura cuando la miró, cierta serenidad también, que amortiguaba su voz.

Hun-Kamé se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza. No parecía un señor poderoso, un cambio que a Casiopea le resultaba imposible de explicar y que en el transcurso de los últimos minutos, mientras estaban hablando, se había hecho más tangible. Era guapo y tenía una voz maravillosa. Pero era a la vez distante, como el rostro de una pintura antigua que estuviera observándola a través de los tiempos. Una belleza imposible de abarcar. Pero entonces, la miró como un hombre, solo un segundo, y Casiopea se quedó perpleja.

Hun-Kamé, frunciendo el ceño, se echó hacia atrás para apartarse de ella.

—No es necesario que pienses en mi hermano y sus maquinaciones. Acabaré imponiéndome y serás recompensada por tu ayuda, como te prometí —dijo, restándole importancia al asunto. Y lo dijo sin mirarla, convertido de nuevo en un gran señor.

Había cambiado. Siempre estaba cambiando, un millar de ondas diminutas, un millar de teselados minúsculos y de reflejos oscuros. Unos cambios que la desequilibraban, que hacían que su propio aliento le ardiera en la boca.

—Con las mejores joyas y los tesoros más espléndidos de la tierra,

que tus sirvientes proveerán cuanto tú se lo ordenes —replicó Casiopea, que no pretendía ser desagradable, sino que había recordado lo que Hun-Kamé le dijo el día que le regaló la pulsera de plata. Bajó la vista hacia la muñeca y acarició la joya.

—Los mayores deseos de tu corazón —dijo simplemente él.

El océano iluminado por la luna y con la luz nadando en sus profundidades, el automóvil que le gustaría conducir y que aplacaría su curiosidad sobre aquella criatura de metal que rugía por las carreteras, el precioso vestido cubriéndole los muslos y hecho para bailar en clubes donde tocaban la música de la que tanto hablaban los periódicos y que ella no había escuchado jamás.

Pero cuando lo miró para decirle «¿y podría tener todo eso?», la alegría que sentía, similar a la del niño que abre sus regalos el día de Reyes, se dispersó.

Y no fue por nada que él hubiera dicho o hecho, puesto que no estaba diciendo o haciendo nada, sino que meramente seguía sentado a su lado.

Siguió a aquello un silencio, una quietud que pareció extenderse eternamente aunque no se prolongó más que unos minutos. Un vacío que llevó a Casiopea a frotarse los brazos, que llenó el corazón que Hun-Kamé acababa de mencionar. Esperó a que él hablara, puesto que ella se había quedado sin palabras y no deseaba encontrarlas por temor a decir lo incorrecto. Pero Hun-Kamé era propenso a los silencios. No sentía que hubiera necesidad de hablar.

Sí, quizás había sido desagradable, y debajo de su coraza tal vez estuviera asustada, y a lo mejor él también tenía secretos, lo cual solo servía para empeorar aún más la situación.

Casiopea suspiró, levantó la cabeza y admiró el perfil de él solo un segundo. Y entonces habló, con el tono de voz más despreocupado que le fue posible.

—¿Crees que habrán abierto ya el vagón restaurante? —preguntó.

—Podemos averiguarlo —respondió él, levantándose.

Se alisó las pocas arrugas que tenía el traje y ella se peinó. Después, él le ofreció su brazo.

El vagón restaurante estaba vacío pero las mesas se encontraban ya preparadas con manteles blancos inmaculados y copas resplandecientes. Casiopea tomó asiento, descansó la barbilla sobre la

mano y miró por la ventana, a las estrellas, que estaban apagándose. Sentía añoranza. Por nada en concreto y por todo; llevaba mucho tiempo sintiendo añoranza. Y él hacía que aquella añoranza fuera aún peor: la seguía en silencio, provocaba una sensación incómoda bajo su piel.

—¿En qué sueñas? —preguntó Hun-Kamé.

—¿Perdón? —replicó ella, apartando la vista de la ventana.

—Cuando sueñas, ¿en qué sueñas?

—Oh, no sé. En muchas cosas, supongo —respondió Casiopea, encogiéndose de hombros y recorriendo el borde de una copa con el dedo.

—¿Sueñas con cosas que ves en las calles durante el día y en gente que conoces?

—A veces.

Casiopea se preguntó que rondaba su mente. Estaba serio; se rascó la barbilla, pensativo. Casiopea vio entonces que una leve barba cubría sus mejillas. ¿Acaso había necesitado afeitarse anteriormente? Siempre le había parecido impoluto, una escultura de perfección.

—Creo que esta noche he soñado. Aunque para mí es difícil de entender porque no estoy acostumbrado a esa actividad.

—Mi padre tenía un libro donde se explicaba que los sueños pueden contener mensajes secretos. Si sueñas con que estás volando puede significar una cosa y si sueñas con que se te caen los dientes, puede significar otra. No me gusta nada cuando se me caen los dientes en sueños —dijo Casiopea.

—He soñado contigo —dijo Hun-Kamé, con voz fría y cargada de intención.

Casiopea empezó a toser con tanta fuerza que imaginó que el tren entero la habría oído, todos y cada uno de los pasajeros en sus compartimientos, desde el maquinista hasta el revisor. Y a continuación, se ruborizó de tal modo, que se planteó muy en serio esconderse bajo la mesa. Pero al final, se decidió por tomar la servilleta, extenderla sobre su falda y jugar nerviosamente con ella, incapaz de mirarlo.

—¿Qué pasa? —dijo Hun-Kamé—. A veces eres muy rara.

—No me pasa nada. Has soñado conmigo y no pasa nada —dijo ella, levantando la cabeza y casi gritándole. ¿Pero es que no se daba cuenta de lo abochornada que estaba?

Pero vio entonces que estaba molesto, como si ella se hubiera portado mal con él. Aunque en ningún momento se le había pasado por la cabeza portarse mal con él, sino que simplemente jamás se habría imaginado oír aquella respuesta.

—No debería haber soñado, ni contigo, ni con dientes, ni con nada que ocupe los sueños de los hombres. Tengo la sensación de estar andando sobre arenas movedizas y de estar hundiéndome en ellas rápidamente. Estoy olvidando quien soy —reconoció.

Parecía realmente perdido. Casiopea le dio unos golpecitos compasivos en la mano, que descansaba sobre la mesa de caoba, incapaz de saber qué otra cosa hacer.

—Pronto volverás a ser tú —le prometió.

Hun-Kamé bajó la vista hacia la mano de Casiopea, que descansaba sobre la de él. Parecía sorprendido, y ella se sintió avergonzada, pensando que había hecho algo mal. Pero cuando intentó retirar la mano, él se la presionó e hizo un gesto de asentimiento.

—He soñado con que estabas siguiendo el Camino Negro de Xibalbá —dijo—. Y no me gustó. Es un camino peligroso. Y me alegro que me hayas despertado. No es que piense que eres una cobarde, dama Tun, sino que no te deseo ningún daño.

Retiró entonces la mano y Casiopea se quedó mirando el plato vacío que tenía ante ella.

—Supongo que no podemos hacer otra cosa que confiar en que todo esto salga bien.

—Sí, supongo —dijo pensativo Hun-Kamé.

Tomó la servilleta y la desplegó. Se había acercado un mesero a llenarles los vasos de agua. Casiopea imaginó que no tardarían mucho en servir el desayuno.

—¿Te había contado —dijo él de repente—, lo maravillosas que son las montañas del este de mi reino? Tienen distintas capas, la primera es de jadeíta, un mineral muy robusto, después hay una capa de brillante malaquita y finalmente una capa de coral rosa. Incluso tus estrellas envidiarían su belleza.

Era un comentario extraño. ¿Estaría intentando distraerla? La luz brillaba en su ojo taciturno. Una luz apagada. La luz de una media luna en vez de la del sol, pero que llevó igualmente a Casiopea a inclinarse hacia delante, ansiosa por saber más.

—Eso lo dices porque no las has visto cubriendo todo el cielo —replicó ella.

—¿Están hechas de malaquita y coral?

—Bueno, no.

—Entonces, no tienen comparación.

Casiopea sonrió a Hun-Kamé. Él le sonrió también. ¿Qué era aquello? ¿Un simple acto de imitación? No. Aquella sonrisa, igual que antes la risa, igual que aquel sueño errante, salían de su corazón. ¿Se habría dado cuenta de ello? No. ¿Se da cuenta todo aquel que es joven y alocado del alcance y la profundidad de sus emociones? Por supuesto que no.

¿Y Casiopea? Sin duda alguna, los sonetos, los giros de las frases en los poemas, la habían instruido de alguna manera. Pero, igual que él, había vivido indirectamente, había visto el mundo desde la distancia. El anhelo que sentía en su interior era imposible, como cuando de pequeña quería arrancar del cielo una estrella fugaz; una sensación inmensamente familiar y nueva al mismo tiempo. Y no la quería; era capaz de reconocer un objetivo imposible por mucho que no pudiera ponerle nombre.

El tren seguía avanzando y los vidrios de las ventanas traqueteando. Hun-Kamé la estaba mirando como si, en realidad, no la hubiera visto nunca. Y tal vez fuera así.

Capítulo 19

El calor en El Paso era distinto al calor de Yucatán. Era un calor seco, chisporroteante, que se filtraba por debajo del cuello del vestido de Casiopea y amenazaba con hornearla como una barra de pan. En la cola de la aduana, los hombres y las mujeres se abanicaban con sombreros, con periódicos. La espera estaba siendo larga. Las prohibiciones habían convertido en contrabandistas de alcohol a muchos ciudadanos que antes siempre habían respetado la ley. Una caja de whiskey que podía adquirirse por treinta y seis dólares en Piedras Negras o en cualquier otra población del norte podía triplicar ese precio en San Antonio. Y siempre había algún tipo dispuesto a introducir artefactos curiosos en los Estados Unidos, muy en especial mascotas exóticas. Hacía poco habían sorprendido a un hombre intentando pasar un chihuahua en el interior de la maleta, mientras que otro había drogado seis loros para mantenerlos callados al cruzar la frontera. En El Paso paraban a diario más de una docena de trenes de pasajeros, lo cual se traducía en una cantidad impresionante de aduaneros.

Casiopea se puso de puntillas para echar un vistazo a la gente que tenía por delante e intentar calcular la longitud de la cola. Estaba nerviosa. No quería en absoluto ser interrogada en un idioma que no comprendía, aunque, se imaginó, que no sería muy complicado encontrar a alguien que supiera español en caso necesario. Mucha gente de la ciudad era originalmente de México. Algunos se habían desplazado empujados por la revolución, otros estaban allí desde los tiempos en que el territorio pertenecía aún a España, y otros habían llegado recientemente: sacerdotes y monjas huyendo de la persecución del gobierno y cristeros con la intención de acabar convirtiéndose algún día en mártires.

La cola avanzó lentamente hasta que llegó su turno. Cuando el aduanero le habló a Casiopea, se dio cuenta de que entendía todo lo que le estaba diciendo y, más aún, que era capaz de responderle. Las

palabras le salieron con tanta facilidad que parecía que llevara años dominando el inglés.

El aduanero hizo un gesto de asentimiento y los dejó pasar. Una vez fuera, con el sol abrasándolos, Casiopea parpadeó y volteó hacia Hun-Kamé.

—He entendido todo lo que me decía —dijo—. ¿Cómo es posible?

—La muerte habla en todos los idiomas —respondió él.

—Pero yo no soy la muerte.

—Me llevas como aquel que lleva un anillo en un dedo, Casiopea —dijo Hun-Kamé, y le ofreció el brazo con una indiferencia estudiada. Casiopea lo aceptó, rozando con cuidado la manga del traje.

Se encaminaron hacia la plaza San Jacinto. Los lugareños la conocían como la plaza del Caimán por los bichos que nadaban en el estanque vallado que ocupaba su zona central. Todas las líneas de tranvía convergían en aquella plaza; era el corazón latiente de la ciudad y los hoteles se agrupaban a su alrededor.

Había varios establecimientos donde el visitante podía alojarse confortablemente. El Paso había crecido de forma increíble a lo largo de la última década, pasando de ser un conjunto rudimentario de negocios y casas dispersas a convertirse en una ciudad en toda regla. El Sheldon, un edificio de cuatro plantas construido en ladrillo rojo en la misma plaza, era uno de los hoteles más reconocidos del sudoeste americano. Durante la revolución mexicana, se habían alojado en él tanto periodistas que cubrían los acontecimientos como revolucionarios envueltos en la contienda. Y el año anterior, el Hotel Orndorff también había abierto sus puertas en la plaza, sorprendiendo a todo el mundo con sus precios desorbitados. Y ese era el lugar que Hun-Kamé eligió para su estancia. Reservaron habitaciones contiguas, aunque no interconectadas como en la Ciudad de México, y el recepcionista les entregó las llaves.

Casiopea fue directa a la regadera en cuanto ocupó la habitación. Era lo que más le gustaba de los hoteles: sus espléndidos baños y el agua caliente. Se puso un vestido limpio y pensó que debería enviar el resto de ropa a lavar. Y después, llamó a la puerta de la habitación de Hun-Kamé.

Tan solo unos días antes, no se habría atrevido a hacer tal cosa, pero entró tranquilamente y se sentó a los pies de la cama, cómoda con la familiaridad de su relación.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Salimos?

—Sí. Pero primero tengo que llamar a Loray —respondió él.

—¿Por lo del giro que tiene que enviarte?

—Y más cosas.

Hun-Kamé levantó el auricular del teléfono y marcó a la operadora. También se había cambiado y había pasado del traje de color gris que utilizaba para viajar a un saco y pantalón azul marino. Parecía elegante. Estaba junto a la ventana y Casiopea lo observó, sonriendo. Pero la sonrisa se borró de su cara cuando se preguntó si debería seguir manteniendo aquella familiaridad con él. Se sentía dando vueltas entre deseos en conflicto, ideas que ni siquiera era capaz de articular.

Hun-Kamé colgó el teléfono y, hundiendo las manos en los bolsillos, volteó hacia ella.

—Me envía dinero; debería llegar mañana —dijo.

—No te veo muy satisfecho —replicó Casiopea.

—Confiaba en que supiera dónde localizar al Uay Chivo.

—Y no lo sabe.

—No, pero tenía una sugerencia.

Casiopea recordó la sugerencia que le había hecho Loray, que se amputara la mano. No creía que lo que pudiera haberle dicho a Hun-Kamé fuera muy agradable. Y apostaría lo que fuera a que ella estaba de por medio.

—No me queda mucho pelo que cortar… lo digo por si pretendes utilizarlo para encontrar el camino —replicó, tocándose el flequillo que le adornaba la frente. Cuando se miraba al espejo y veía el pelo llegándole tan solo a la altura de los pómulos, apenas se reconocía.

—En estos instantes no podría invocar la presencia de fantasmas por mucho que lo intentara —dijo Hun-Kamé.

—Pero ilusiones sí creas. Y ese truco con los idiomas —dijo ella, protestando.

—Ya te lo dije. Estoy lejos de casa y no es que esté volviéndome precisamente más fuerte. Un poco más, e incluso puede que me rehúyan esos poderes que mencionas.

Por mucho que Hun-Kamé creyera eso, Casiopea lo veía igual que el día anterior. Alto, firme y fuerte, sin signos aparentes de debilidad. Ella, por otro lado, notaba un dolor de cabeza incipiente. Se pasó la mano por la frente. Había dormido en el tren pero seguía sintiéndose

cansada. Era una muchacha con energía, acostumbrada a levantarse con el sol y a trabajar duro, pero aquel día se sentía tan frágil como una damisela que no hubiera movido un dedo en su vida.

—¿Tienes alguna idea? ¿Sabes qué aspecto tiene el Uay Chivo?

—Es como un hechicero, como una cabra —respondió con seriedad Hun-Kamé.

Casiopea no podría creer que existiera un ser como el que le estaba describiendo —medio hombre, medio cabra, con ojos encendidos— paseándose tranquilamente por las calles de El Paso; la criatura de leyenda de las selvas del sur de la península esperando en la parada del tranvía.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —preguntó, mirando fijamente a Hun-Kamé, sabiendo que entre sus palabras ligeras y concisas había alguna espina.

—Que hay una bruja —dijo—. Que debe de saber el paradero del Uay Chivo.

—¿Y dónde está la trampa?

A esas alturas ya había adivinado que la había y no tenía sentido no ir al grano y fingir que no se lo esperaba. Mejor desentrañar la verdad.

—Quiere que le pague. Y no acepta dinero —respondió Hun-Kamé.

Casiopea frunció los labios y fijó la vista en el suelo.

—Quiere sangre —continuó Hun-Kamé.

—Por supuesto —dijo Casiopea, agarrándose a la colcha—. Y me imagino que no se trata de tu sangre.

—No.

—Entonces, no hay elección, ¿verdad? Tengo que hacerlo yo, como es habitual. Tú no haces nada. Pues muy bien, ten, toma mi sangre —dijo, levantándose y ofreciéndole las muñecas—. Tómala —insistió—. ¿Qué? Tengo la sensación de que podría dormir tres días seguidos, pero da igual. ¿Qué más da un poco de sangre más o menos llegados ya a este punto?

Hun-Kamé no dijo nada y ella le golpeó el pecho, furiosa ante la hosquedad de su rostro. Y entonces él reaccionó, agarrándola por las muñecas, aunque no parecía enfadado. La retuvo entre sus manos.

—Sé que pido muchas cosas de ti…

—¡Lo pides todo!

—Serás recompensada —dijo Hun-Kamé, tocando la pulsera de plata, como queriéndole recordar su generosidad, las posibles riquezas que le ofrecía.

Casiopea lo miró con exasperación.

—Lo que desee mi corazón. ¿Y si resulta que no puedo…?

Cerró la boca de golpe. Y qué más daba si no podía tener lo que quería. Ni siquiera estaba segura de qué le pediría si pudiera hacerlo. Además, lo necesitaba para poder extraer de su cuerpo aquel estúpido fragmento de hueso. ¿Y cuándo había existido un dios que no fuera exigente? El tributo era de esperar y no quería que dijera de ella que había sido una cobarde.

Casiopea apartó las manos.

—Tenemos que ir a ver esa bruja —dijo.

—Si quieres, puedes quedarte descansando —le ofreció él con amabilidad.

—No. Mejor vamos de una vez —dijo ella, con ganas de acabar con el tema.

Hun-Kamé se encogió de hombros, un gesto que solo sirvió para hurgar aún más en la herida. Pero Casiopea estaba tan rabiosa que ni siquiera cayó en la cuenta de que Hun-Kamé no la había regañado por haberse enfadado con él, que no había pensado en recordarle una vez más su categoría y su importancia y lo insignificante que era ella en comparación, como seguramente habría hecho días antes.

La burbuja fría y protectora del hotel estalló en cuanto salieron del edificio. Subieron a un tranvía y se apearon al cabo de pocas paradas para entrar en una florería llamada «Cándida», según rezaba en letra cursiva el rótulo de la puerta. Sonó una campanilla de plata anunciando su llegada. Era una tienda estrecha, pequeña y oscura, perfumada con una salvaje mezcla de aromas: lirios, peonias y jazmín fresco aún por el rocío.

Sentada detrás del mostrador había una mujer con el pelo canoso recogido en un chongo. Era una señora menuda y arrugada con un delantal rosa con su nombre —Cándida Cordero— escrito con el mismo tipo de letra que el rótulo de la puerta. Llevaba unas gafas con cristales gruesos. Estaba bordando.

En los cuentos de hadas de la infancia de Casiopea, repletos de fantasías europeas, aparecían ancianas con poderes mágicos, aunque en aquellos libros estaban encorvadas y llevaban capa. Los cuentos

populares de su pueblo, por otro lado, ofrecían una imagen distinta de los hechiceros y las brujas. Decían que en el norte de Yucatán había un pueblo cuyos habitantes eran brujos, criaturas que mudaban la piel para transformarse en animales y que por las noches merodeaban por el cementerio y los caminos. Eran tanto gente joven como mayor. Estaba Huay Pek, el brujo perro, Huay Mis, el brujo gato. Pero en ninguna versión la bruja se parecía a la mujer que en aquel momento tenía enfrente. Era demasiado normal, demasiado dulce, con aquel delantalito rosa y bordando flores.

—¿Buscando rosas para el amor? —preguntó la mujer, sin mirarlos—. El rojo es el color de la pasión y el amarillo el de la amistad, pero el lavanda es el del amor a primera vista. La tonalidad elegida marca la diferencia.

—No necesitamos flores —dijo Hun-Kamé.

—Tonterías. El encanto de una flor está al alcance de todo el mundo. Además, ¿si no por qué están aquí? Esto es una florería.

—Nos ha recomendado la tienda un amigo.

—¿Un buen amigo?

—El marqués de Flechas.

La mujer asintió, tomó las tijeras y cortó un hilo. Se detuvo un momento a admirar su trabajo y entonces hizo girar el aro de bordar en dirección a ellos para que pudieran ver las rosas en las que estaba trabajando.

—Bien. Un nombre que no se escucha muy a menudo por estos lares —dijo la mujer, dejando a un lado el bordado—. ¿Y qué se trae entre manos últimamente ese loco francés?

—Manda recuerdos, desde el sur.

—Ataviado de verde y con una baraja de cartas cerca.

—Probablemente.

—No pueden siquiera imaginar los problemas en que puede meterse si tiene oportunidad para ello. Marqués. Demonio.

Cándida se subió las gafas, empujándolas por la montura, y se quedó mirándolos durante al menos un minuto.

—No vislumbro bien tu tez, joven. Aunque… no eres tan joven, ¿verdad? Veo, querido, que vas vestido de negro. Muchacho pero no muchacho. ¿Qué es esa oscuridad extraña que emites?

—La insinuación de la tumba, de Xibalbá.

—Ah, flores de panteón —dijo la mujer, esbozando una sonrisa

desdentada y juntando las manos—. Me parece que mi tienda es excesivamente modesta para satisfacerte, puesto que creo que eres un gran señor.

En circunstancias normales, Hun-Kamé era un hombre muy elegante, pero cuando la mujer pronunció la palabra «señor», se puso incluso más erguido, más rígido, y Casiopea no solo llegó a imaginarse su diadema real —de ónice y jade, no le cabía la menor duda— sino que pensó que, de intentarlo, incluso podría tocarla. Se preguntó si algún día llegaría a verlo en su salón del trono, si Hun-Kamé se colocaría tal y como ella lo visualizaba, si su imagen se reflejaría en las paredes del salón, que serían también de ónice. Pero nunca podría, naturalmente, nunca lo haría. Xibalbá era el reino de Hun-Kamé, y en cuanto regresara, jamás volvería a saber de él. ¿Y qué haría ella entonces? Se quedaría abandonada en una ciudad fronteriza como aquella, mirando el cielo.

—Soy Hun-Kamé —dijo el dios.

—¿Y qué quiere el señor de mí? —preguntó Cándida.

—Seguro que conoces a los brujos y hechiceros de la zona.

—Sí, ¿pero a cuál de ellos estás buscando?

—Al Uay Chivo.

La anciana esbozó una mueca y chasqueó los labios, como si acabara de probar un plato de sabor desagradable.

—Él. Creo que en vez de eso, harías bien comprando un ramo. Es mucho más bonito que esa vieja cabra y huele también mejor.

—Insisto. Me temo que no necesito flores.

—¿Y no le gustan a tu amiga? Jovencita, ¿eres alérgica a las flores? Dime que no es eso.

Casiopea negó con la cabeza. Hun-Kamé no se tomó ni la molestia de decir nada más. Viendo que sus bromitas no les divertían, la mujer soltó un sonoro «uf».

—Pues bien. Si este es tu deseo… el precio serán siete gotas de sangre. ¿Estás dispuesto a pagar?

—Lo… lo haré yo —dijo Casiopea.

Casiopea se había mantenido detrás de Hun-Kamé, convertida en su segunda sombra. Cándida le indicó con un gesto que se acercara. Casiopea dudó y dio finalmente unos pasos, rozando jarrones llenos a rebosar de flores.

—Déjame ver. Una margarita junto al camino. Acércate, acércate.

¿Y tú quién eres?

—Quién sea yo carece de importancia —respondió Casiopea, irritada por el tono de abuela de la mujer. Además, era cierto. Ella no era más que la ficha que Hun-Kamé estaba utilizando para aquel proceso.

—Muy discreta, además. Ven, siéntate a mi lado.

La mujer señaló una silla que había detrás del mostrador. Pero Casiopea no tomó asiento, sino que se apoyó en el mostrador con la cabeza bien alta, un pequeño acto de desafío.

—Estás demasiado flaca, muchacha. Dios mío, si eres todo huesos —dijo Cándida—. Y mira esas ojeras oscuras que luces. ¿Acaso no duermes bien?

—No juegue conmigo. Tome su sangre —dijo Casiopea, extendiendo el brazo con la muñeca vuelta hacia arriba, como había hecho antes con Hun-Kamé.

—Si sigues así, perderás toda tu dulzura —dijo la mujer, y chasqueó la lengua con desaprobación—. Ven aquí, corderito.

Comprendiendo que negarse no tenía ningún sentido, Casiopea pasó detrás del mostrador y tomó asiento en la silla vacía. La anciana la tomó por la barbilla con una mano y presionó levemente, como se imaginó que haría una tía fastidiosa… aunque Casiopea no estaba segura, ya que sus tías siempre le habían prestado escasa atención.

La anciana la soltó y se recostó en la silla.

—Siete gotas no es poca cosa. Siete horas y los sueños con los que sueña la juventud. Adivino que esa cabecita está llena de sueños. ¿Me darás las siete gotas?

—Supongo… supongo que sí.

—Tienes que estar segura. Aquí no hay medias tintas —dijo la bruja, muy seria.

—Estoy segura —dijo Casiopea.

La mujer sonrió. Tomó su alfiletero, de debajo del mostrador sacó un plato blanco de porcelana y colocó un objeto al lado del otro. Dirigió entonces un gesto a Casiopea.

—¿Quiere picarme con eso?

—Mira, querida, hay quien prefiere espinas y podríamos disponerlo así, ¿pero no te parece que esto es mucho más eficiente? ¿Eh?

Casiopea la miró con mala cara, pero tomó el alfiletero y extrajo

de él un alfiler largo de plata. Lo sujetó con cuidado y lo presionó sobre el dedo meñique. Salió sangre. Dejó caer una gota en el plato. Luego otra. Para el resto tuvo que apretar. Cuando hubo terminado, le entregó a la bruja el plato con la sangre.

—Tenga —dijo—. Es suya.

—Gracias, querida —dijo la bruja, dejando a un lado el plato—. Eres un encanto, pequeña. Ven, te regalaré algo, para tus problemas. ¿Qué te parece una rosa de color lavanda?

La mujer se acercó a la estantería donde estaban los ramos de flores y eligió una única rosa, que le entregó a Casiopea.

—Para tu enamorado, ¿entendido? —dijo Cándida, sonriendo—. Y ahora, descansa, y espero que tus sueños sean también dulces.

—No sé a qué se refiere —dijo Casiopea, aceptando la rosa. No tenía ningún enamorado y las flores no le servían de nada.

La anciana siguió sonriendo. Casiopea estaba agotada. Se sentó, y cuando lo hizo, cerró los ojos y se quedó dormida.

Capítulo 20

El camino hacia Xibalbá era una cinta de tinta negra que manchaba la tierra. El terreno era un desierto gris, y cuando Casiopea levantó la cabeza para mirar el cielo, vio que no había estrellas, que no había luna. Pero el suelo estaba bañado por una luz cálida y neblinosa y, de vez en cuando, junto al camino, había plantas que parecían más bien anémonas resplandecientes que vegetación normal, plantas que brillaban y cambiaban de forma al pasar por su lado.

Por encima de ella volaba algo enorme, algo que agitaba las alas y levantaba un viento malévolo. Cuando Casiopea lo notó, empezó a tener miedo y aceleró el paso. A lo largo del camino, colocados a intervalos regulares, había pilares de piedra y se protegió detrás de uno de ellos. Examinó el cielo, pero la criatura voladora se había esfumado.

Casiopea, al ver que volvía a estar sola, echó a andar de nuevo por el camino. No parecía tener fin. Llegó a un lago con un misterioso brillo azul, como si las estrellas hubieran caído en el agua y anidaran en el fondo. Extendió una mano y tocó la superficie del lago. La luminiscencia aumentó, como si quisiera darle la bienvenida a la mano. Casiopea miró sus dedos, bañados con aquel resplandor azulado, y sonrió.

Fue entonces cuando vio que en las tranquilas aguas azules caía una gota de sangre, creando un leve oleaje en la superficie. Casiopea se miró las muñecas y vio que la sangre brotaba de allí y que sus brazos estaban ornamentados por dos cortes que parecían dos pulseras. La sangre siguió manando, más rápida, más espesa, y el lago se fue volviendo rojo.

Se apartó del lago para volver corriendo al camino negro, pero el camino negro había desaparecido. Su lugar lo ocupaba un sendero de color granate intenso que marcaba la tierra como un hierro al rojo vivo. Cuando llegó a él, Casiopea empezó a hundirse, como si hubiera pisado arenas movedizas. Siguió sumergiéndose, y por mucho que

intentara salir de aquel pozo, todo esfuerzo era inútil. Cuando el camino empezó a cerrarse por encima de su cabeza, su boca se llenó del sabor a cobre de la sangre. En las profundidades de Xibalbá no había más que el latido de su corazón, atrapado por las garras del miedo. Y en la superficie, en la tierra de los hombres, un rey, con los ojos grises como el humo, la observaba desde un trono de obsidiana instalado sobre una pila de huesos alta como una montaña, y comprendió que se trataba de Vucub-Kamé.

Casiopea contuvo un grito y miró el techo. La habitación estaba oscura y no se veía nada. Y entonces se escuchó el clic de una luz.

Volteó y vio a Hun-Kamé sentado en una silla, junto a la cama. Casiopea se incorporó hasta quedarse apoyada en los codos. Tenía la garganta seca y no podía mover la lengua.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Te quedaste dormida —respondió él simplemente.

—¿En la florería?

—Claro.

—¿Y cuánto rato he dormido?

—Siete horas; lo prometido. Ya es de noche.

Hun-Kamé la había metido en la cama y la había tapado y Casiopea intentó retirar la colcha con la intención de levantarse y mirar por la ventana, como si quisiera confirmar aquel hecho, pero en cuanto retiró la colcha e intentó moverse, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Espera —dijo Hun-Kamé, posándole una mano en el hombro para detenerla—. ¿Necesitas algo?

—Agua —gimoteó ella.

Hun-Kamé regresó con un vaso de agua, lo puso entre sus manos y se sentó en la cama. Casiopea bebió. Le dolía la garganta al tragar pero estaba muerta de sed. Le devolvió el vaso a Hun-Kamé, que lo dejó en la mesita de noche. Casiopea se frotó las muñecas, casi esperando encontrar allí aquellos cortes, pero lo único que las adornaba era la pulsera de plata.

—¿Ha sido desagradable tu sueño? —le preguntó Hun-Kamé.

—He… he soñado con Xibalbá —respondió ella.

Con un miedo supersticioso conteniéndole la lengua, no le habló de la sangre, ni del camino que se volvía rojo, como si describir aquel incidente fuera a traerle desgracias… aunque su suerte, era ya muy

negra. Por alguna razón, identificaba aquel sueño con un augurio, y su corazón sabía que no había que tentar al destino solidificándolo con palabras. Hun-Kamé debió de percibirlo, porque el instinto lo llevó a fruncir el ceño y, a continuación, se estableció entre los dos un silencio incómodo.

—¿Conseguiste de la bruja lo que necesitabas? —preguntó Casiopea, deseosa de disipar el miedo que se aferraba a su cuerpo.

—Sí. Tengo la dirección del Uay Chivo y la garantía de que en su estudio, en una caja fuerte con tres cerraduras , tiene lo que yo ando buscando.

—¿Y podrás abrirla?

—Sí.

—¿Vamos, entonces? —sugirió Casiopea, enderezando la espalda.

—¿Por qué no descansas? —replicó él.

—He dormido muchas horas —dijo ella, protestando.

—Pero no has descansado.

—He dicho que vayamos ya.

Casiopea hizo un gesto, dispuesta a levantarse, pero él negó con la cabeza y le impidió con la mano continuar con su iniciativa.

—Estaré aquí mañana, no hay ninguna necesidad de ir esta noche —dijo.

—Mañana podría estar muerta —contratacó ella, incapaz de disimular el pánico que la invadía. El sueño había arrastrado con él el hedor de la tumba, el recordatorio innegable de que las arenas movedizas de su vida eran frágiles, de que necesitaba extraer de su cuerpo aquel fragmento de hueso.

—Mañana no —le aseguró él.

—¿Me lo dirías, acaso, si fuese mañana? —preguntó ella—. ¿O guardarías silencio?

—Nunca te he mentido. ¿Por qué tendría que engañarte ahora?

—No me lo contaste todo. No mencionaste que tu hermano pretende gobernar y recibir ofrendas y… y todo eso.

—Tal vez tendría que habértelo dicho antes, pero te lo he contado, de todos modos. Puedes confiar en mí.

Casiopea intentó sujetar otra vez el vaso de agua, le resultó imposible, y él lo tomó y se lo puso entre las manos. No quedaba mucha agua, y cuando ella hubo dado dos sorbos, él volvió a rellenárselo para asegurarse de que su sed quedaba saciada. Después,

dejó de nuevo el vaso en la mesita de noche.

—El Uay Chivo es un hombre, no un dios, pero domina la magia. Espero algún tipo de traición por su parte y por ello debemos estar alerta. No podemos permitirnos ninguna distracción. Iremos mañana por la noche. Y ahora, controla cualquier esfuerzo excesivo. Descansa. No tengas miedo, recuerda que el miedo puede cegarte.

—Es fácil no tener miedo cuando se es inmortal —dijo Casiopea —. Pero cuando se es humano, no es lo mismo.

—El miedo es generoso y no se aloja exclusivamente en el corazón de los mortales.

—¿Y a qué tienen miedo los dioses?

Supo al instante que había formulado una pregunta inadecuada. Hun-Kamé tenía en todo momento una precisión rígida sobre sí mismo, y en aquel instante, por mucho que la mirada de su ojo oscuro se endureciera, fue como si se transformara en una estatua de madera. No le respondería, comprendió Casiopea, igual que ella no le había mencionado lo del camino de Xibalbá ni lo de la sangre. Había cosas que no se decían nunca.

—Ya estoy mejor —dijo, eligiendo un comentario inocuo para distraer la conversación—. Podríamos pedir algo de cenar.

—Pediré que nos suban algo. ¿Qué se te antoja?

—No sé. Llamaremos a recepción.

Casiopea volteó y entonces vio la rosa de color lavanda, junto al teléfono. Rozó el tallo con la punta de los dedos, los delicados pétalos.

—Mi rosa.

—Te la regaló la bruja y pensé que te gustaría tenerla —dijo Hun-Kamé—. Al fin y al cabo, pagaste por ella.

—Pero no la has puesto en agua. Está empezando a marchitarse —replicó ella.

Comprendió enseguida que el comentario no había sido tampoco el adecuado, porque era un recordatorio de la muerte, de la putrefacción, de los delgados límites de la existencia, y todo aquello cayó como un pesado manto sobre sus hombros. Se derrumbó sobre las almohadas, lanzó la rosa hacia la mesita donde la había encontrado y se llevó las manos a las sienes, atacada por un repentino estallido de dolor.

—¿Casiopea?

—Me duele mucho la cabeza. Mi madre siempre decía: «Por la

mañana todo se ve mucho mejor». Pero nunca se veía mejor y me temo que tampoco se verá mejor mañana. Está empeorando… este dolor. El dolor en la mano, y ahora también en la cabeza.

—Por eso te he dicho que debías descansar.

—Descansa, descansa… ¡Qué fastidio! Y tú… tú estás perfecto. Es asombroso —dijo.

Y era cierto. Hun-Kamé seguía guapo y elegante como siempre. Recordó que había visto un anuncio en el que decían que un saco cruzado azul marino resaltaba el atractivo del hombre. Y Hun-Kamé estaba magnífico; las solapas anchas y la cintura ligeramente entallada de la prenda no hacían más que resaltar la fortaleza de sus hombros y le daban comodidad de movimiento. Y ella, en cambio, estaba medio muerta —lo cual, además, era muy probable—, parecía una tonta presa por el pánico y era incapaz de aplacar la ansiedad que le oprimía la boca del estómago. Había sido un sueño estúpido, muy estúpido. Y ella también era estúpida, por armar tanto escándalo. Se mordió el labio.

—No deberías estar tan bien —murmuró, en tono acusador.

—Tampoco me encuentro bien del todo, por si quieres saberlo.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Hun-Kamé se encogió de hombros. A Casiopea le entraron ganas de pellizcarle el brazo. No podía quedarse allí sentado, pensativo, sin decir nada. Si lo hacía, le acabaría estallando la cabeza.

—Tienes que contármelo —dijo, insistiendo.

Hun-Kamé tenía la espalda tensa, el entrecejo fruncido, y cuando habló fue como si fuera él el que acababa de despertarse de un sueño extraño. Las palabras le salieron forzadas, lo cual no era típico de él. Pero empezó a esculpir sus frases con una seguridad elegante, como si cada una de sus palabras fuera una piedra preciosa.

—Es difícil de explicar. A veces… cuando hablamos, es como si… hubiera olvidado —murmuró.

—¿Qué es lo que has olvidado?

Silencio. El silencio que existe entre las estrellas. Casiopea podía oír casi la sangre corriendo por sus venas, el latido de su corazón, potente como un tambor, y cuando tocó la colcha, el crujido fue tan fuerte como el de un mueble cuando se arrastra por el suelo.

—¿Piensas decir algo? —insistió—. Me estás poniendo nerviosa. Como si no lo estuviera ya bastante.

—Lo olvido todo. A mi hermano, mi palacio, mi nombre —dijo apresuradamente—. Todo.

No era la respuesta que ella esperaba, y el peso de la misma era tremendo. Y el de aquella única palabra, «todo», era como el peso de una gigantesca roca.

—Eso es espantoso —replicó.

—No es espantoso. Y ahí está el problema. Hay un segundo en el que pienso que olvidarme de mí mismo estaría bien, que sería lo más fácil del mundo. Pero si te olvidas de ti mismo una vez, lo acabas haciendo dos veces, luego tres, y al final…

Dejó de hablar. Tenía la expresión frágil. Casiopea se había acostumbrado a asociarlo a una dureza inalterable, a la solidez de la obsidiana.

—¿Y si mi nombre no fuera el mío? —se cuestionó Hun-Kamé—. ¿Y si mi nombre fuera otro completamente distinto?

Casiopea recordaba vagamente que le había mencionado un nombre secreto cuando estaban en Veracruz, y que cuando lo había pronunciado no se había mostrado muy satisfecho.

—No te entiendo —dijo Casiopea, y le habría gustado pedirle que se extendiese más, pero entonces él la miró como aquel que está aprendiendo un nuevo idioma y no consigue encontrar la palabra correcta en el diccionario. Y al ver aquello, se quedó callada.

Hun-Kamé levantó la mano, le tocó la frente con dos dedos y recorrió a continuación la línea de nacimiento del pelo.

Casiopea estaba acostumbrada a convivir con Hun-Kamé, y él le había tomado la mano en el tren, pero nunca habían estado sentados tan cerca el uno del otro. Aquel toque en la frente no era más personal que el breve contacto que habían tenido sus manos. Pero era distinto. Antes, había pensado que le daba la mano por compasión, pero en aquel momento…

—Me gustaría contar las estrellas contigo. No sé de dónde he sacado esta idea, pero está ahí —dijo Hun-Kamé.

Su voz era más callada que el murmuro del polvo cuando lo revuelve el viento, pero Casiopea acababa de oírlo perfectamente y no sabía qué decir. Además, si todo lo que había dicho hasta el momento eran estupideces, ¿para qué seguir hablando?

Se quedó mirándolo, desconcertada, incapaz de articular una frase coherente. Extendió la mano, como si quisiera tocarlo como él la

estaba tocando, para acariciarle la frente.

Pero Hun-Kamé se levantó de repente, le tomó a Casiopea la mano izquierda y le estampó un beso en los nudillos, como haría un caballero, un gesto que solo podía uno encontrar en películas y poemas.

—Te dejo tranquila, Casiopea Tun —dijo.

Casiopea asintió. Hun-Kamé abandonó la habitación. Y en cuanto hubo salido, Casiopea levantó las sábanas y observó la mano que él acababa de besarle. Se le ocurrieron cientos de cosas que podría haberle dicho pero, naturalmente, él ya se había marchado.

Capítulo 21

A Martín le molestaba sentir que no entonaba con un lugar. Y esa era la razón por la cual había regresado a Uukumil en vez de continuar sus carísimos estudios. En Baja California notó de inmediato que estaba fuera de lugar, y lo sabía.

Tierra Blanca resultó ser un inmenso complejo turístico, un hotel y un casino construidos junto el mar siguiendo un estilo peculiar que recordaba los elementos mayas de la región natal de Martín, aunque combinándolos con características del movimiento art decó. Recorriendo los pasillos de aquel edificio, Martín se sentía tanto confuso como intimidado. La escala de aquel proyecto hacía que su casa en Yucatán, que siempre había considerado muy elegante, no fuera nada en comparación. Además, estaba también la sorpresa de descubrir que se encontraba en un hotel. Le había costado creer lo que veían sus ojos cuando la lechuza lo había descargado en su perímetro, en plena noche siniestra y enfatizada por el zumbido de los insectos. Cuando había entrado y había preguntado por Aníbal Zavala, le habían dicho que estaba esperándolo.

Por suerte, los empleados del hotel habían dejado que Martín se instalara en su habitación, se peinara y cepillara el saco, lo cual habría tenido que servir para satisfacer su vanidad por el momento. Aunque careciera de caballerosidad, Martín se esforzaba mucho por cuidar su aspecto de caballero.

Al cabo de un rato, llamó a su puerta un empleado para informarle de que Zavala quería hablar con él.

Fue conducido hasta un despacho con techos altos y decorado con máscaras gigantescas, de casi dos metros de altura. Las cortinas estaban bordadas con motivos geométricos y la mesa de despacho, situada junto a la ventana, parecía un tronco de árbol que no hubiera sido pulido del todo para convertirlo en mesa: sus nudos, raíces y materia orgánica eran excesivamente visibles.

Detrás de la mesa había un hombre mayor, con pelo canoso y

vestido con un traje de color mostaza y corbata marrón oscuro. Lucía un pulcro bigote y su aspecto, ordenado y moderado, escondía evidentemente algo más.

—Bienvenido a Tierra Blanca. Soy Aníbal Zavala —dijo el hombre, levantándose para acercarse a Martín, que estaba intentando asimilar aún el viaje, el edificio, el despacho.

—Martín Leyva —murmuró, y le estrechó la mano al hombre.

—Supongo que habrá tenido oportunidad de asearse un poco.

—Sí. Ya tengo habitación.

—Estupendo.

Aníbal sacó un puro de gran tamaño del interior de una caja de madera que había encima de la mesa, lo cortó con esmero y lo encendió con una amplia y cálida sonrisa. No le ofreció otro a Martín, que hundió las manos en los bolsillos, sintiéndose ofendido pero incapaz de quejarse.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó Aníbal.

—Vucub-Kamé dijo que debía reunirme con usted.

—¿Y qué más?

—Dijo que tenía que aprender los secretos de los caminos de las sombras.

—¿Y entiendes lo que esto quiere decir?

Martín negó con la cabeza mientras la punta del puro de Aníbal empezaba a adquirir un brillo anaranjado y él le daba una calada.

—¿Comprendes la mecánica del reino de Xibalbá? —preguntó a continuación Aníbal.

Aquel hombre le hizo pensar a Martín en el director de su colegio, al que odiaba por ser tan estricto, y esta vez no se molestó ni en mover la cabeza, sino que se limitó a quedarse mirando a su interlocutor, harto ya de aquella conversación, como le sucedía siempre cuando una situación le resultaba incómoda. En condiciones normales, su táctica habría sido replicar con descaro, pero en aquella ocasión se obligó a morderse la lengua.

—Ya veo —dijo Aníbal—. Imagino, pues, que tendremos que empezar por lo más elemental.

El anciano recorrió con la mano una estantería, eligió un libro y lo dejó en la mesa. Martín observó el ejemplar, que era grueso y parecía bastante viejo. En la página abierta, se veían varios círculos concéntricos.

—Xibalbá consta de nueve niveles. A través de dichos niveles se desciende al Camino Negro, que llega a una pared hecha con las espinas del ceibo. Al otro lado de esa pared empieza una calzada que conduce hasta las puertas de la Ciudad Negra, y a partir de allí se accede al Palacio de Jade. Junto al palacio hay un lago, donde el Árbol de la Vida sacia parte de su sed, y en el fondo del lago habita el Primer Caimán, que nadó en los mares primigenios y cuya cabeza fue cortada cuando el mundo era un recién nacido.

Aníbal pasó página y acarició una ilustración a doble cara en la que se veía un lago con un árbol y, debajo del árbol, un caimán. La perspectiva no era la correcta, no era una imagen tridimensional y carecía de profundidad. A Martín le costó un poco entenderla.

—Por el Camino Negro han transitado pocos mortales. Es un recorrido largo y peligroso. Llegar hasta las puertas de la Ciudad Negra puede llevar años. El Señor Supremo, claro está, no espera que pases años recorriendo el camino. Debes acelerar el paso.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Martín.

Aníbal pasó otra página y apareció un dibujo que recordaba el laberinto que Vucub-Kamé le había mostrado a Martín, un conjunto de líneas negras bifurcándose incontroladamente, hacia un lado y hacia otro.

—Algunos sacerdotes y hechiceros, y a veces algunos mortales comunes y corrientes, aunque en este caso solo en sueños, han conseguido encontrar con más celeridad el camino hasta la Ciudad Negra. Lo han hecho deslizándose entre las sombras.

—¿Qué?

—Si observas con atención el camino, verás que hay puntos donde se intuyen unos agujeros. Se puede saltar de un agujero a otro para transitar por el camino con más facilidad. Pero hay que ir con cuidado. El Camino Negro es traicionero. Cambia constantemente, se reubica. Nunca está quieto. Está hambriento.

—¿Hambriento de qué?

—De destrucción, de dolor. Tienes que mantener tus pensamientos y tus pies firmes en el camino, no desviarte. El Reino de la Muerte es inmenso. Perderse en él es fácil.

Martín miró la página y se sintió embargado por una sensación curiosa, como si las líneas que estaba observando no estuvieran fijas. Como si la tinta corriera por la página. Un camino que habría jurado

que serpenteaba hacia la izquierda, giraba en realidad hacia la derecha.

—Qué locura —murmuró.

—Si miras con atención, Martín, y si centras toda tu voluntad en esta empresa, el camino te conducirá hasta el corazón de Xibalbá, hasta el palacio.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, apostaría a que es así.

—Y acertarías en tu apuesta. Te ayudaré a familiarizarte con esto.

Martín no era valiente. Su reticencia hizo acto de aparición y levantó ambas manos para indicarle a Aníbal que parara. Un gesto inútil, aunque nacido por instinto.

—Espere un momento. Ni siquiera estoy seguro de por qué estoy aquí. Vucub-Kamé me habló de una especie de concurso y Casiopea…

—Una carrera. Por decirlo de algún modo —replicó Aníbal. Las palabras de Martín lo estaban desalentando.

—Sí, ¿pero por qué una carrera ridícula? No entiendo…

—Son los juegos de los dioses, claro. ¿De verdad piensas que Vucub-Kamé y su hermano se enfrentarían con un escudo y una maza?

—No veo por qué no. Todo esto me parece una estupidez.

Los libros de mitología de Casiopea tenían ilustraciones en las que se veían hombres con lanzas, tridentes y otras armas. Martín nunca les había prestado atención, pero sí había mirado las imágenes. Y había también fragmentos de leyendas mayas que había oído. Tampoco les había prestado mucha atención, pero tenía entendido que los dioses, de vez en cuando, luchaban. Y tenía, en cualquier caso, la impresión de escenas de violencia tremenda.

—Por lo que veo, tu abuelo no te enseñó nada.

Por supuesto que no. Aquel hombre era como una momia, siempre adormilado en su habitación, con sus dolores y sus quejas. No lo decía, pero sabía que el abuelo prefería a Casiopea, lo cual era como una cachetada en la cara de Martín. Y ahora, con aquel otro viejo, era como si acabara de recibir otro sopetón.

—Mi abuelo es reservado —replicó Martín—. ¿Tengo yo alguna culpa? Me explicó que ayudó a Vucub-Kamé, y creo que eso ya es bastante.

—Umm… pero no te explicó el porqué.

Aníbal se apoyó en la mesa y sujetó el puro entre los dedos, como si estuviera examinándolo.

—Los dioses mueven piezas en los tableros, jovencito. Y eso es lo que eres tú ahora. Tu abuelo era una pieza, un movimiento, dentro de una serie de movimientos. Y ahora ha llegado tu turno, lo cual es un honor.

—Pues a mí todo esto me parece una estupidez —dijo Martín con mordacidad, rascándose la nuca. Ya había tenido suficiente por aquella noche. Su antiguo instinto de acosar a todo aquel que percibía como más frágil que él —y Aníbal parecía más frágil, un viejo, una figura de autoridad desagradable— estaba reapareciendo.

—Vaya lenguaje. Y ni siquiera has preguntado a qué estás jugando.

—¿Qué? —dijo Martín.

Martín vio que el puro había acumulado un montón de ceniza en la punta, que debía ser descargada en un cenicero, pero Aníbal no tenía prisa por hacerlo.

—Para el mundo exterior, he construido este hotel y soy su propietario. ¿Pero crees que soy un hombre de negocios común y corriente?

—No, supongo que no.

—¿En qué sentido soy diferente?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —espetó Martín.

Aníbal abrió la boca y emergió el humo del puro, que se elevó hacia el techo, girando y aumentando de tamaño, adquiriendo poco a poco una forma. El humo bailó por encima de la cabeza de Aníbal, vivo, vital, habiendo adoptado la forma de un animal de cuatro patas.

—Soy un hechicero pero, más que eso, soy también sacerdote. Un fiel sirviente del Señor de Xibalbá.

Aníbal golpeó el puro con el dedo y la ceniza acumulada ascendió, se combinó con el humo y definió de forma más clara el animal. Era un perro, y cuando Aníbal volvió a mover el dedo, el humo y la ceniza cayeron sobre el anciano y se depositaron como un manto sobre sus hombros. Aníbal abrió entonces la mano derecha y la ceniza cayó en el suelo, reproduciendo el laberinto que Martín acababa de ver en el libro. Las líneas se expandieron y bailaron alrededor de los pies de Martín, que retrocedió un par de pasos. Pero la ceniza subió hasta alcanzarle las rodillas y Martín descubrió que no podía moverse hacia ningún lado.

—Xibalbá está aquí y está allí, el Camino Negro llega a todas

partes. Los mortales viven, respiran, caminan sobre Xibalbá y ni siquiera lo saben, puesto que han olvidado su alianza con el Lugar del Miedo. Pero todo esto lo cambiaremos. Los mortales volverán a conocer el nombre de su Señor Supremo.

—De acuerdo, sí, ya entendí —dijo Martín, suavizó el tono al comprender que el viejo era más peligroso de lo que se imaginaba.

—¿Tú crees?

Debajo de su rostro apacible, Aníbal escondía un interior lúgubre, y sus ojos se habían transformado en dos alfileres de color rojo, como si los hubieran encendido con un cerillo.

—Estás jugando un juego importante, Martín. El juego de la creación —dijo Aníbal—. Se construirán templos en honor a Vucub-Kamé, habrá celebraciones y habrá sacrificios.

La ceniza y el humo se unieron para formar un templo oscuro, y luego otro, hasta que Martín quedó rodeado por docenas de templos. Incluso alguien tan limitado como él podía entender el significado de aquella aparición. Inclinó la cabeza, temeroso, pero sabiendo también que no tenía forma de escapar de aquel destino, de que había empezado a recorrer el camino y que estaba obligado a asegurar la victoria de Vucub-Kamé, y que con ello el mundo cambiaría.

El viejo dejó caer el puro en un cenicero de plata y bostezó.

—Bien, y ahora deberíamos empezar. ¿No te parece? Al fin y al cabo, tu prima llegará pronto —dijo Aníbal.

Martín se estremeció. Cualquier hombre vivo que se enfrentara al Reino de la Muerte se estremecería, pero hizo también un gesto de asentimiento.

Aníbal cerró el puño y la ceniza y el humo formaron un círculo amplio. Entró en él y le indicó con un gesto a Martín que siguiera su ejemplo. Martín obedeció y la ceniza gris se volvió negra. A sus pies, el suelo se fundió, como si fuese de alquitrán, y Martín cerró los ojos. Tenía miedo, como cuando era pequeño y pensaba que había monstruos escondidos bajo la cama; solo que ahora sí que había monstruos… y él los estaba ayudando.

Capítulo 22

Vista desde el exterior, la casa del Uay Chivo era una vivienda sin pretensiones; la pintura azul celeste estaba maltratada y las macetas de las ventanas se estaban marchitando. Pero el interior era otra cosa. En primer lugar, Casiopea decidió que era un lugar demasiado espacioso, dando la sensación de que dentro de los límites de aquellas paredes, y quebrantando todas las leyes de la física, pudiera haber muchísimas habitaciones. En segundo lugar, la casa estaba decorada con un montón de objetos peculiares e inquietantes. El despacho al que accedieron tenía dos esculturas de cabra de gran tamaño, un animal adecuado teniendo en cuenta el nombre del hechicero propietario de la vivienda, y también espeluznantes, puesto que las cabras estaban esculpidas siguiendo un estilo muy realista y Casiopea no pudo evitar estremecerse ante sus enormes ojos ciegos.

En las estanterías había una gran multitud de frascos llenos de hierbas y plantas secas, otros con fragmentos de estrellas de mar y corales. Otros contenían animales enteros: peces, serpientes, lagartos, escorpiones, todos perfectamente conservados. Había botellas en cuyo interior brillaban líquidos y polvos multicolores, aquí un verde, allí un rojo intenso.

Había una caja fuerte de metal, que Hun-Kamé manipuló. En su interior encontraron un pequeño cofre y en el interior de ese cofre, una caja aún más pequeña. La casa estaba oscura, no había nadie, pero los ojos de las cabras de piedra impedían que Casiopea pudiera relajarse. Hasta el momento, habían conseguido engañar a un dios, habían accedido sin invitación previa a la vivienda de un espíritu, pero aún no le habían robado nada a nadie. Aquel acto tan audaz le parecía a Casiopea más peligroso que todo lo que habían hecho hasta entonces, por mucho que en la casa reinara el silencio y estuviera vacía.

—¿Por qué tardas tanto? —le preguntó a Hun-Kamé, mientras él empleaba su magia.

—Las tres cajas son de hierro, lo cual me resulta tremendamente molesto y por eso he de ir más despacio de lo que me gustaría —respondió él.

—Date prisa, por favor. Me parece que he oído algo.

—Hago lo que puedo. Pero no es solo el metal. Ha puesto también hechizos de protección. Es como si hubiera puesto un candado sobre otro candado.

Otro «clic» y Hun-Kamé consiguió abrir por fin la tercera caja y apareció… nada. Se oyó entonces una risilla maliciosa y cuando Casiopea se giró, vio en el umbral de la puerta a dos hombres jóvenes, con el pelo peinado hacia atrás con una cantidad enorme de vaselina, y un hombre más mayor. El que había reído era el hombre de más edad, un tipo de pelo canoso vestido con un abrigo largo de color gris que se apoyaba en un bastón rematado con la cabeza plateada de una cabra y con un cigarro en la boca.

—Bienvenidos a mi casa. Imagino que no hay necesidad de presentaciones formales —dijo el hombre.

—Las presentaciones formales siempre son necesarias —replicó Hun-Kamé.

Los pasos del hombre proclamaron su identidad con tanta potencia como si desde la puerta hubiera gritado anunciando quién era. No cabía la menor duda de que se trataba del Uay Chivo. Sus andares eran extraños, igual que sus ojos, que tenían un brillo especial, y su forma de ladear la cabeza. Estaba, además, aquel… hedor: a tabaco y a cenizas, con una colonia asfixiante que intentaba disimularlo.

—Aunque, removiendo mis cosas, se han comportado de un modo muy poco formal. Dudo, de todas maneras, que hayan encontrado algo que valga la pena.

Uno de los hombres ayudó al Uay Chivo a despojarse de su abrigo, que dejó en una silla.

—A lo mejor estaban buscando esto —dijo entonces.

El hombre señaló el collar que llevaba, que había quedado al descubierto al quitarse el abrigo. Parecía pesado y estaba confeccionado con cuentas de jade y rematado mediante una concha de ostra con picos.

—Las cajas son puro teatro. Siempre lo llevo encima.

Hun-Kamé no pareció inmutarse ante aquella revelación.

—Efectivamente, estábamos buscando mi propiedad —replicó simplemente el dios.

—¿Y pensabas que sería tan fácil tomarlo?

—Confiaba en que no fuera a ser muy complicado.

El hechicero sonrió, señaló a Hun-Kamé con la cabeza de su bastón y, agitándolo, se acercó a ellos.

—Pues creo que te llevarás una decepción —dijo el Uay Chivo—. Estaba esperándote. Solo un tonto no habría dado por sentado que estaría aguardándote.

—Y un hombre sabio elegiría con cuidado las palabras que utiliza conmigo.

—¡Sabiduría! Lo dices cuando tú, querido señor, te has comportado con escasa sabiduría; de no ser así, no luciría en mi cuello el collar de un Señor de la Muerte. Me temo que no voy a inclinarme ante alguien como tú.

—Eso ya lo sé, puesto que te inclinas ante mi hermano —replicó Hun-Kamé—. Besas el polvo que él pisa, sospecho.

—Cumplo la voluntad del Señor Supremo de Xibalbá —dijo el Uay Chivo, y tan seguro debía de estar del apoyo de Vucub-Kamé, que dio un paso al frente y presionó la cabeza de su bastón contra el pecho del dios, una amenaza y el sello de su autoridad.

Al ver aquel hombre, Casiopea no pudo evitar recordar a su abuelo.

—Mi hermano menor es un usurpador y ha accedido al trono mediante engaños. Estás cumpliendo con la voluntad de un mentiroso —dijo Hun-Kamé.

—¿Y tiene eso alguna importancia? El poder es el poder.

Hun-Kamé apartó el bastón con una mano, un movimiento delicado, como si simplemente estuviera sacudiendo una mota de polvo que había caído sobre su traje bien cortado.

—Te conozco, Uay Chivo. Eres uno de los Zavala. Magos de carnaval con delirios de grandeza —dijo con frialdad Hun-Kamé.

El dios habló con elegante desdén, aunque sus palabras no eran amenazantes. Era como si, en aquel momento, las amenazas fueran una estrategia inferior a él, como si no estuviera dispuesto a gastar saliva con una criatura tan humilde como el hechicero. Por mucho que el Uay Chivo agitara el bastón y rugiera, Hun-Kamé no estaba dispuesto a ponerse a su nivel. Aquello era una humillación por

partida doble, en palabras y en gestos, el sello indiscutible del desprecio más profundo. Y el anciano lo sabía. Dio un paso atrás, colorado y sujetando con fuerza el bastón.

Entregó el bastón a uno de sus jóvenes acompañantes y dio una calada al cigarro.

—¿Así que magos de carnaval, dices? —repitió el Uay Chivo.

El hechicero examinó con atención su cigarro. De pronto, empezaron a salir llamas de su boca, quedándose allí, ardiendo en sus labios unos instantes, antes de que las escupiera y las ahuyentara con una mano arrugada para proyectar una bola de fuego hacia Hun-Kamé. El impacto derribó al dios, que al caer al suelo tumbó una mesita auxiliar y el jarrón que había encima.

Casiopea corrió hacia él.

—¿Te parece esto obra de un mago de carnaval? —dijo en tono triunfante el hechicero.

—Hun-Kamé —murmuró con premura Casiopea.

Le palpó el cuello, el pecho, la frente. La bola de fuego no había prendido en la ropa, pero tenía la piel ardiente. Los ojos cerrados. Lo sacudió un poco.

Los ayudantes del hechicero, que iban armados con cuchillos, se hicieron un corte en las manos mientras el Uay Chivo empezaba a hablar, entretejiendo sus palabras con un hechizo. Casiopea, que no sabía qué hacer, abrazó a Hun-Kamé. Los hombres presionaron sus manos ensangrentadas contra el suelo y trazaron un círculo alrededor de Casiopea y Hun-Kamé. La sangre burbujeó y chisporroteó, como el agua cuando cae sobre una sartén caliente.

A pesar del miedo que sentía, que era real e intenso, tanto que le temblaban las manos, Casiopea contuvo la oleada de pánico. Sabía que llorar o gritar no serviría de nada. Pero no tenía nociones de magia, no podía deshacer el hechizo y, en consecuencia, se limitó a estrechar a Hun-Kamé contra ella con más fuerza, como si con aquel gesto pudiera protegerlo. Y mientras lo abrazaba, miró fijamente a los hombres que seguían trazando círculos a su alrededor, pero no con el rostro deformado por el terror, sino con una mirada distante.

Y entonces, justo en el lugar donde había caído la sangre, apareció una pared de fuego. Un fuego nacido a partir de una llama muy rara, de color azul. Se solidificó al instante, pero luego se volvió transparente, como una telaraña, aunque titilaba igual que harían las

llamas. El hechicero arrojó un puñado de cenizas y el fuego adquirió una tonalidad violácea.

Los hombres, tanto el anciano como los jóvenes, estaban satisfechos. Rieron y gritaron obscenidades para celebrar su triunfo.

Casiopea, que no entendía nada ni alcanzaba a comprender el carácter de aquel hechizo, extendió la mano e intentó tocar la pared de fuego.

—No lo hagas —dijo Hun-Kamé, tirándole del brazo.

Había abierto por fin su ojo oscuro y estaba mirándola. Casiopea se sintió invadida por una sensación de felicidad tan tonta —aunque sabía que Hun-Kamé, siendo inmortal, no podía morir como consecuencia de aquel ataque— que estuvo a punto de pronunciar una inútil palabra de ánimo antes de que la risa del hechicero se lo impidiera.

—No podrás salir. Sufrirías un dolor de mil demonios si lo intentaras —le dijo al oído Hun-Kamé—. Quema más que las brasas.

Casiopea apartó al instante el brazo.

—Dime, ¿qué ha sido esto? —preguntó el Uay Chivo—. Habla. ¿O acaso mi magia te ha dejado mudo?

Hun-Kamé no parecía ofendido. Su mirada era gélida, aunque también tal vez excesivamente oscura, excesivamente plana, un estanque de tinta negra dirigido al hechicero de pelo gris.

—Tu magia es leve, como un pulque aguado, sin nada de sustancia. ¿Crees que tu hechizo resistirá mucho tiempo? Veo de sobras la tensión que te provoca —dijo Hun-Kamé, con una voz tan plana como su mirada.

—¿Tensión? No mientras este precioso collar esté en mi posesión —replicó el Uay Chivo, tocando las cuentas de jade y las puntas afiladas de la concha.

—Pues tu cara no expresa lo mismo, estás colorado como un tonto.

El Uay Chivo estaba colorado, efectivamente, y tenía la frente empapada en sudor, como si hubiese estado corriendo mucho rato. Incluso su voz era jadeante. La acusación empeoró más si cabe su estado y el color de su cara se intensificó. Y entonces, mordió el cigarro con tanta fuerza, que Casiopea pensó que iba a partirlo en dos.

—No tengo necesidad de retenerte aquí eternamente, Hun-Kamé. Solo tengo que ralentizarte. Cuando llegues a Baja California, si es que

llegas, serás débil como un gatito —dijo el Uay Chivo.

—No cuentes con ello —dijo Hun-Kamé.

Su voz sonó como la plena noche, increíblemente tranquila, oscureciéndolo todo, bajando la intensidad de las luces por un momento. Incluso las llamas de su alrededor se aplacaron unos instantes antes de enfurecerse de nuevo y adquirir otra vez la previa tonalidad violeta después de que el hechicero arrojara a la barrera otro puñado de ceniza.

—Deseo que disfrutes de tu estancia en mi casa —dijo el Uay Chivo.

Pero cuando salió de la estancia, se apoyó en el bastón con mucho esfuerzo y uno de sus ayudantes le dijo alguna cosa al oído. El otro ayudante se quedó, con la clara intención de vigilarlos.

Casiopea y Hun-Kamé siguieron sentados en silencio. El vigilante se envolvió la mano con un pañuelo, se cruzó de brazos y tomó asiento para montar guardia. Cuando se cansó de mirarlos, o se aburrió de hacerlo, cerró los ojos.

—¿Cómo saldremos de esta? —preguntó en voz baja Casiopea.

—Supongo que con un poco de esfuerzo —respondió lacónicamente Hun-Kamé.

Casiopea lo miró, enarcando una ceja.

—¿Pretendía eso ser un chiste?

—Supongo que sí.

—Pues no ha sido muy bueno.

—No tengo mucha práctica.

Casiopea le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Pasaron unos minutos antes de que él acabara dándole la espalda a Casiopea para observar el muro de fuego.

—Parece un hechizo bastante sólido, pero todo acertijo tiene su solución —dijo Hun-Kamé—. Si me arrojara contra las llamas, me abrasaría el cuerpo y sufriría dolor. Pero no voy a hacerlo, no voy a hacer exactamente eso. Lo que necesitamos es que ese vigilante se acerque, que se coloque junto a la barrera.

—¿Qué propones?

—¿Tienes alguna práctica en hacerte pasar por una damisela en apuros?

—Podría intentarlo.

—Estupendo. Ese hombre está cansado, y el Uay Chivo también.

La magia se cobra siempre su peaje. El agotamiento puede provocar errores. Voy a poner en práctica una ilusión, me haré desaparecer. Y tú montarás un escándalo. Dirás que he huido e intentarás acercarte a él lo máximo posible.

—¿Y eso es todo?

—Yo me encargaré del resto.

Casiopea hizo un gesto de asentimiento. Hun-Kamé se incorporó y levantó despacio las manos. Estaba allí, pero de pronto, se elevó desde el suelo una oscuridad negra como la tinta que lo envolvió en un abrir y cerrar de ojos. Y entonces, Hun-Kamé desapareció. El hombre que supuestamente tenía que vigilarlos, tenía los ojos cerrados; no había visto nada. Casiopea se armó de valor, inspiró hondo y gritó:

—¡Se ha ido! ¡Me ha abandonado! ¡Ha huido!

El hombre se despertó de golpe, se levantó y acercó la mano de inmediato a la empuñadura de su cuchillo.

—¡Se ha escapado! —gritó Casiopea.

El hombre abrió los ojos como platos. Abrió entonces la boca, pero fue como si no pudiese creer lo que estaba viendo: la muchacha sola en el círculo de fuego, tapándose la cara con las manos.

—Se ha evaporado, como una bocanada de humo, y me ha dejado aquí. Venga, acérquese, por favor, venga a verlo —balbuceó.

Daba la impresión de que el hombre quería salir corriendo de la habitación. Pero entonces, Casiopea señaló el suelo.

—¡Mire! Lo único que ha dejado aquí es una joya, un diamante minúsculo, como la moneda que le echaría a un mendigo.

Casiopea tenía una lengua creativa, educada por libros y poemas. Y sus palabras, junto con su expresión angustiada, hicieron el truco. El hombre se aproximó, hasta quedarse junto a la pared de fuego, y se inclinó para ver el diamante inexistente que Casiopea señalaba.

De pronto, algo tiró del hombre. Hun-Kamé volvió a hacerse visible mientras el hombre se agitaba con violencia en el suelo. La parte superior de su cabeza había entrado en el círculo de fuego. Las sienes del hombre empezaron a sangrar cuando Hun-Kamé lo arrastró siguiendo el contorno del círculo y murmurando unas palabras. Era como si estuviera borrando las palabras escritas con gis en un pizarrón: la pared se estaba debilitando, disolviéndose con cada palabra y con cada gota de sangre del hombre. Todos y cada uno de

los distintos eslabones que componen un hechizo tienen un valor incalculable; si uno falla, los demás dejan de funcionar, y eso era justo lo que Hun-Kamé estaba haciendo. Si tachaba, si borraba, si eliminaba un solo eslabón, el fuego dejaría de arder con violencia.

En cuanto la barrera hubo desaparecido, Casiopea se inclinó, acercó una mano al cuello del hombre y se sintió aliviada al percibir todavía su pulso bajo los dedos.

—Gracias a Dios que no está muerto —dijo.

—¿Y qué si lo estuviera? —replicó Hun-Kamé, encogiéndose de hombros y alisándose las solapas del traje—. No es más que un hombre.

—Y yo no soy más que una mujer. Pero eso no significa que puedas arrancarme como una mala hierba, sin que te importe y sin pensarlo; y lo mismo aplica a él.

—Tal vez has olvidado quien soy.

—Te considero noble, y matar a un hombre que no necesita ser asesinado sería innoble. ¿O me equivoco? —contraatacó Casiopea.

Detrás del atractivo sosiego de Hun-Kamé, había una corteza dura y horripilante. La inocencia de Casiopea le permitía entreverla, pero no le daba miedo. Hun-Kamé había sido bondadoso con ella y ella, por lo tanto, esperaba que aquella bondad se extendiera a todo el mundo. Él debió de darse cuenta, y en vez de replicarlo con palabras cortantes, levantó con educación una mano.

—Eres gentil. Seré gentil, por tu bien —dijo él.

Y fue entonces cuando se fijó en que la mano de Hun-Kamé, la que había utilizado para tirar del hombre e introducirlo brevemente en la barrera, estaba ennegrecida, como si se hubiese quemado. Aquel detalle la distrajo del significado de las palabras que él acababa de pronunciar y que, de haberlas analizado, le habrían resultado sorprendentes, puesto que las había dicho para complacerla. Puesto que había hecho aquello por ella.

—¿Estás herido? —preguntó.

—No es una sensación agradable, pero sanará enseguida —respondió él. Sacudió la mano y se desprendieron fragmentos de piel ennegrecida. Debajo apareció una mano con la piel perfecta, con la que tomó el cuchillo que el hombre había soltado—. Aunque sospecho que habrá más fuego y más dolor. Vamos, tenemos que encontrar al Uay Chivo. No puedo marcharme de aquí sin mi collar.

Subieron la escalera sin hacer ruido. Cuando habían llegado, la casa estaba callada como una tumba, y parecía haber recuperado aquel silencio. Sus pasos eran apenas audibles. Al final del pasillo vieron un centinela apostado junto a una puerta. Era el otro hombre.

—¿Y ahora qué hacemos? ——preguntó Casiopea en voz baja.

—Lo mismo que antes, me haré difícil de ver.

Y en cuanto dijo eso, lo envolvió de nuevo la oscuridad, como tinta, y desapareció, y cuando Casiopea observó con atención las sombras, se dio cuenta de que eran más oscuras de lo que deberían ser, casi aterciopeladas. La zona aterciopelada de oscuridad dobló la esquina y se marchó. Casiopea cerró la boca con fuerza y esperó.

Hun-Kamé reapareció un par de minutos más tarde y la guio hacia la puerta custodiada. El centinela estaba tendido en el suelo.

—Está vivo —dijo Hun-Kamé, medio en broma—. No digas nunca que no soy generoso contigo.

—Si alguien me lo pregunta algún día, diré que eres el dios más generoso que he conocido.

—Tus chistes tampoco son buenos —replicó él.

Pero estaba sonriendo; por lo visto, la práctica hacía que su risa resultara más fácil.

Hun-Kamé manipuló la puerta y consiguió abrirla, igual que había hecho antes con las cajas. La habitación del Uay Chivo estaba tan llena de botellas, frascos y objetos variados como lo estaba su despacho de especímenes raros. Había dos esculturas en forma de cabra similares a las de abajo, con la diferencia de que estas estaban talladas en suntuosa madera oscura. Había una cama con dosel, maciza y profusamente decorada. Y allí dormía el anciano, con las manos sobre el pecho, tapando el collar.

Avanzaron despacio y sin hacer ruido, pero en cuanto hubieron dado tres pasos, las cabras de madera voltearon hacia ellos y los miraron fijamente. La temperatura de la habitación subió de repente.

—Son un par de locos desvergonzados —dijo el Uay Chivo, levantándose de la cama—. Osan entrar en mi santuario como aquel que se adentra en las mandíbulas de una bestia.

—Mejor harías reconsiderando lo que sea que hayas planeado —dijo Hun-Kamé.

La advertencia no surtió efecto. El hechicero levantó las manos. Y las cabras cargaron contra ellos. Casiopea consiguió moverse hacia la

derecha y esconderse de un salto detrás de una mesa, que colocó a modo de escudo entre ella y una de aquellas criaturas mágicas. Con ello, consiguió ralentizar la cabra, aunque no detenerla. La criatura la miró con sus ojos ciegos, bajó la cabeza y echó a correr, empujando la mesa con toda su fuerza brutal. Casiopea se vio impulsada hacia atrás y la cabra la inmovilizó, con la mesa, contra la pared.

Poco más podía hacer Casiopea que observar el ataque furibundo del animal que, empujando la mesa, empezó a prensarla como un insecto. Con la presión, las astillas de madera salieron volando por los aires. Casiopea comprendió que su muerte estaba muy próxima, que sus pulmones acabarían estallando, pues nadie era capaz de soportar aquello y sobrevivir.

Pero la cabra, frustrada por el lento avance de su ataque, intentó entonces morder cualquier parte del cuerpo de Casiopea que fuera visible y estuviera a su alcance. Y esa parte resultó ser su cara, y si no le arrancó de un mordisco media mejilla, fue porque Casiopea consiguió bajar la cabeza unos centímetros y esquivar de este modo las fauces de la bestia, una maniobra que no hizo otra cosa que poner más rabiosa a la cabra, que pateó la mesa y siguió estrujándola contra la pared.

No podía gritar. Era como si no tuviera ya aire en el cuerpo, como si estuviera en un espacio vacío y de entre sus labios no pudiera salir ni un grito de ayuda.

Pero Hun-Kamé se abalanzó entonces sobre la criatura, le hundió el cuchillo en la cabeza y gritó una sola palabra. En la cabeza de la cabra se abrió una grieta y, de pronto, quedó partida en dos pedazos que saltaron por los aires, junto con el cuchillo. La madera siguió desmembrándose, proyectándose contra las paredes, contra el suelo, hasta que lo que quedaba del cuerpo se estremeció, se retorció y se quedó inmóvil.

Hun-Kamé retiró rápidamente la mesa y liberó a Casiopea.

Casiopea se sentía ingrávida, como una flor con el tallo partido, y si Hun-Kamé no la hubiera sujetado, se habría derrumbado en el suelo. Vio, en el otro extremo de la habitación, los restos de la otra cabra de madera. Inspiró hondo y se llevó la mano a la garganta.

—¿Y el cuchillo? ¿Dónde ha ido a parar? —preguntó Hun-Kamé.

Pero antes de que pudiera decir nada más, la empujó para

alejarla de él. Casiopea cayó de rodillas justo en el momento en que una cuerda de fuego azotaba a Hun-Kamé y se enrollaba entre sus piernas. Hun-Kamé consiguió deshacerse de ella, pero el hechicero se abalanzó sobre él. Seguía siendo un hombre, viejo, con el pelo canoso alborotado, pero de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, dejó de serlo. Había adoptado la forma de una cabra monstruosa, grande como un caballo, con cuernos negros afilados, pezuñas potentes y brillantes como el acero y ojos rojos. La cabra resopló, abrió la boca y sacó una lengua de fuego que azotó de nuevo a Hun-Kamé y lo lanzó contra uno de los postes de la cama, partiendo la madera en dos.

Casiopea sintió una punzada de dolor en el brazo y cerró la mano en puño, incapaz de ponerse en pie. El dolor podía con ella, le llenó los ojos de lágrimas. La cabra se levantó entonces sobre sus patas traseras y zarandeó a Hun-Kamé como si fuese un muñeco de trapo. Pero Hun-Kamé le acababa de mencionar un cuchillo. Había hablado de un cuchillo. Casiopea se obligó a abrir la mano.

—Un cuchillo —musitó.

Y en cuanto pronunció la palabra, el objeto se convirtió en lo único importante en aquel momento y el dolor que sentía en el brazo desapareció prácticamente. Corrió por la habitación, empujando muebles hacia todos lados e intentando recuperar el ritmo de la respiración. Lo vio por fin, en un rincón, medio escondido por una cortina, pero cuando extendió la mano para alcanzarlo, la boca abierta de la estatua de madera, que había caído muy cerca, intentó morderle los dedos. Casiopea gritó y utilizó la pata de una silla para golpear el trozo de madera, y lo golpeó y lo golpeó hasta que dejó de moverse. Lo alejó de un puntapié.

Cerró la mano sobre el mango del cuchillo. Otros fragmentos de madera empezaron a moverse y a proyectarse contra su cuerpo, intentando lesionarla. Pero Casiopea apuñaló sin pensárselo dos veces los restos de madera de la cabra, los apartó a patadas y consiguió encaramarse a una mesa, protegiéndose del ataque.

La habitación era un caos, muebles tirados y hechos pedazos, plumas de cojines esparcidas por las alfombras. El Uay Chivo pateaba furioso y escupía llamaradas de fuego que abrasaban el cuerpo del dios y, a pesar de que cuando le alcanzaba no le dejaba una marca permanente, era evidente que Hun-Kamé estaba agotado. La cabra se abalanzó entonces sobre Hun-Kamé y le dio un empujón monstruoso.

El dios perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Fue entonces cuando vio a Casiopea e hizo un movimiento para poder alcanzarla.

El cuchillo. Casiopea se lo lanzó y Hun-Kamé lo atrapó con la mano izquierda. La cabra volvía a embestir, pero Hun-Kamé se incorporó de un brinco y cuando el animal aulló para levantarse sobre sus patas traseras, Hun-Kamé trazó un veloz arco en el aire con el cuchillo y cortó el cuello del animal, decapitándolo casi.

Era una gesta imposible para la fuerza de un hombre, pero más imposible era incluso que cuando la cabra quedó tendida en el suelo, estremeciéndose, con la sangre manando del enorme corte que había sufrido en el cuello, intentase incorporarse y consiguiese ponerse de rodillas. Volvía a ser hombre, no cabra, pero Hun-Kamé lo atacó por segunda vez y la cabeza quedó separada del cuerpo.

Casiopea, con la boca inundada por un potente sabor a bilis y sangre, miró hacia el otro lado. Y cuando volvió a mirar, Hun-Kamé había arrancado ya el collar de jade del cuello del muerto y lo tenía en la mano. Del cadáver brotó una humareda blanca y pestilente. Casiopea tosió, con los ojos llenos de lágrimas.

El humo no tenía cara, pero sí boca, y la boca escupió palabras abrasadoras.

—¿Crees que me has derrotado, habitante de Xibalbá? Mi señor levantará de nuevo mis huesos antes de que hayan pasado dos noches.

—Y yo estaré muy lejos de aquí para aquel entonces —replicó Hun-Kamé.

—Sí, corre. Corre a encontrarte con tu destino. Pero en Tierra Blanca te verás superado y yo, de un modo u otro, seré vengado. Vucub-Kamé trae con él una nueva era; tú no eres más que un residuo del pasado.

—Y tú, entre tanto, estás muerto.

La boca del Uay Chivo rugió, pero no podía morder, no podía hacer daño, y cuando la sangre del hechicero se enfrió, como brasas que se apagan, el humo se disipó.

Casiopea saltó de la mesa al suelo.

Hun-Kamé se puso el collar y volteó hacia ella. Tenía manchas negras de quemaduras en las mejillas y en la frente, también en las manos, pero desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos y su piel lució de nuevo inmaculada. Corrió, sin embargo, para abrazarse a ella,

como el hombre que ha resultado herido en una pelea cruenta, igual que ella se había recostado antes contra él.

—¿Estás bien? —preguntó Casiopea.

—Todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias —respondió, aun jadeante.

Casiopea movió la cabeza en un gesto de asentimiento y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Veo que te has hecho un corte en el labio —dijo Hun-Kamé.

—Eso explica el sabor que noto —murmuró Casiopea, que no tenía ni idea de cuándo había pasado—. Quedará bien con los otros moretones.

—¿Qué moretones? —replicó él.

Le rozó los labios con la punta de los dedos, una leve caricia, tocándola un instante. Casiopea sabía que estaba ejerciendo su magia, curándole los cortes y magulladuras que había sufrido, sin otra intención que esa, pero el corazón se le aceleró igualmente.

—Ya está. Un truco de lo más útil, ¿no te parece? —dijo Hun-Kamé.

—Sí, pero estaría muy bien que también sirviera para remendar la ropa —dijo ella.

Hun-Kamé estaba espantoso, nada que ver con la imagen que cualquiera imaginaría de un dios, con las manos cubiertas de hollín y el pelo alborotado. Lo cual no importaba en absoluto, puesto que el corazón de Casiopea seguía bailando sin cesar y no pudo evitar sonreírle.

—Vayámonos de esta ciudad —dijo él—. E intentemos dormir.

—Estoy completamente de acuerdo con tu propuesta —dijo ella —. Y a lo mejor… a lo mejor, podríamos comprar antes una caja de aspirinas.

Hun-Kamé esbozó una mueca, sus ojos se aclararon. Y le devolvió la sonrisa. Nunca antes le había sonreído, y si lo había hecho, jamás había sido como en aquel momento, con aquel aspecto descuidado y nada sofisticado. La ingenuidad de aquella sonrisa resultaba atractiva. Y Casiopea rio a pesar de que le dolía todo el cuerpo, una risa que no desapareció tan rápidamente como los moretones.

Capítulo 23

Durmieron casi todo el día mientras el tren avanzaba hacia el oeste, siendo la ruta más directa hacia Baja California la que los llevaba por Estados Unidos y no por México, siguiendo la frontera. Casiopea no soñó con nada, y lo agradeció. No quería en absoluto que la imagen del hechicero muerto empezara a obsesionarla y tampoco quería ver el Camino Negro y el suelo grisáceo de Xibalbá. Dormir profundamente en su pequeña cama individual fue una bendición.

Cuando se despertaron, se sentaron junto a la ventanilla. El paisaje era árido, muy distinto de las frondosas selvas del sur y de las lagunas azules donde Casiopea solía refrescarse. Baja California estaba más cerca y, con ella, la sensación de que algo importante estaba a punto de suceder. Augurios en el aire, en las nubes, si hubiera sabido leerlos.

Hun-Kamé estaba callado y guardaba las distancias pese a la estrechez del compartimento. Estaba serio y permanecía sentado muy erguido en el silloncito colocado delante de las camas. Le ponía nerviosa, aquella inmovilidad, aun conociendo sus silencios. La situación irritaba a Casiopea, que lo único que deseaba era saltar y caminar para contrastar con él.

Algo iba mal. El triunfo sobre el hechicero debería haberle causado alegría. Pero Hun-Kamé no paraba de darle vueltas a alguna cosa.

El sol abrasaba las ventanas; era un calor blanco, envolviéndolos como una sábana. En Mérida, Casiopea siempre podía refugiarse en la frescura del patio de la casa, pero en aquel tren no había escondite y, a pesar de todos los adelantos que incorporaba, estaba caliente como un horno. Abrió un poco la ventana —sabía que entraría suciedad y ceniza, pero necesitaba refrescarse— y miró a Hun-Kamé por encima del hombro.

El tren silbó.

Hun-Kamé tenía la mirada fija en un punto de la lejanía que ella

no alcanzaba a vislumbrar.

—¿Qué pasa? —preguntó finalmente, incapaz de aguantar callada por más rato.

—Ha sembrado un camino para nosotros, y ahora me pregunto qué florecerá —respondió Hun-Kamé. Al menos había dicho algo, rompiendo con ello el silencio.

—No te entiendo.

—Mi hermano ha dejado todas estas piezas para que yo vaya recogiéndolas y a la vez vaya alejándome del corazón del imperio, del Yucatán. Un juego muy calculado, al que hasta este momento no le había dado importancia, aunque ahora me pregunto… si habría sido mejor si hubiese encontrado el ojo en vez del collar. Esto, lo que llevo en el cuello. Pensé que sería suficiente, quería que fuese suficiente, pero no es suficiente. Mi fuerza mengua.

Se llevó la mano al cuello. Había llevado a cabo una ilusión que hacía que el collar de jade pareciese una corbata común y corriente, pero estaba allí. Casiopea lo percibía sin verlo.

—Y tú también estás más débil, más frágil —murmuró.

Hun-Kamé no había ni mirado por la ventana, el paisaje le era indiferente, pero en aquel momento volteó hacia allí, ignorándola. Habló como si le estuviera hablando al desierto, a la arena y al cielo, no a ella.

—Debo volver a casa. Cada segundo lejos de ella se me hace insoportable. Xibalbá me necesita. A veces pienso que si paso mucho más tiempo en esta tierra no podré regresar al lugar donde era… a lo que yo era. —Movió la cabeza con preocupación—. No lo entenderías.

—Lo entiendo.

—Por favor —dijo él, despectivamente.

La serena indiferencia de Hun-Kamé resultaba ofensiva para Casiopea. Estaba siendo grosero, cruel, y en lugar de aceptar aquella actitud como el capricho de un dios, le replicó con dureza y alzando la voz.

—No te das cuenta, ¿verdad? —dijo—. No ves que estás poniendo todo mi mundo patas arriba. Yo en Uukumil era alguien, alguien que seguramente no volveré a ser nunca más.

—En cuanto haya recuperado el trono, te extirparé el fragmento de hueso. No perderé ni un segundo —dijo él.

Sus palabras fueron como una cachetada para Casiopea, que

levantó la cabeza muy alta. Se plantó entonces delante de él, para que no pudiera seguir mirando por la ventana e ignorándola. Le dieron ganas de agarrarlo por las solapas del saco y zarandearlo.

—Ese fragmento no tiene nada que ver con esto —dijo—. No tengo ni idea de dónde iré cuando acabe esto, ni de qué haré. ¿Te has cuestionado en algún momento al respecto? Tú volverás a tu hogar, pero yo he abandonado el mío. Mi familia jamás volverá a aceptarme.

—No es lo mismo.

Hun-Kamé se levantó. El desierto parecía encoger los límites del compartimento, obligándolo a estar muy cerca de ella. Casiopea recordó una historia que le contó una vez su madre cuando se portó mal sobre muchachas pérfidas que estallaban como bolas de fuego. Y en aquel momento, y aunque juraría que estaba a punto de quemarse, siguió mirándolo.

—Percibo la contaminación de tu mortalidad en mí, y debo borrarla, lo antes posible —dijo.

—Lo dices como si yo fuera venenosa —replicó Casiopea.

—Y lo eres —dijo él, con frialdad—. Y yo soy venenoso para ti, te estoy matando cada vez que respiras. Si tuvieras un poco de sentido común, entenderías por qué estoy debilitándome. Si recuperara mi ojo, tal vez sería más fuerte, si estuviese en Mérida… pero estoy aquí, incompleto. No eres tonta, debes de suponer que…

A medida que iba hablando, sus palabras se volvieron más duras y entonces, oyéndolo hablar, Casiopea se dio cuenta de una cosa, de algo que debería haber sido evidente desde el instante en que se habían despertado y él se había sentado, taciturno, en una esquina del compartimento.

—Tienes miedo —dijo Casiopea, maravillada.

¿Miedo a la muerte? ¿A la vida? ¿Cómo definirlo? Casiopea lo vio de repente muy claro, en su postura, en el timbre de su voz. ¿Y por qué no debería tener miedo? Un ser inmortal enfrentado de repente a la posibilidad de la mortalidad, con todos sus planes desbaratados. Casiopea no era capaz de tener tanto miedo, pese a ser consciente de que se estaba muriendo, de que él le estaba extrayendo toda su esencia, de que cuando él estuviera completo ella se derrumbaría, sería una flor marchita. Pero por el momento, lo que más le interesaba era su reacción.

Hun-Kamé levantó la cabeza, molesto, pero no respondió.

—Tendrías que habérmelo contado. Creía que no tenías miedo a nada —dijo ella, presionándolo.

—Calla —dijo él, sin apenas levantar la voz—. Cuando se expresa algo en palabras, aumenta su poder.

Casiopea cerró la boca y se quedó mirándolo, preguntándose qué negro destino estaría invocando por hablar como lo acababa de hacer. Debía tener en cuenta de que había magia de por medio, y también reglas de los dioses que ella no alcanzaba a comprender. Había obligado a hablar a Hun-Kamé y quizás tendría que haberle permitido guardar silencio, como él quería.

—Lo siento —musitó.

—No pasa nada —dijo él con indiferencia, aunque ella se dio cuenta de que en su voz había fingimiento, de que estaba agitado pero no quería mostrarlo abiertamente.

Casiopea asintió, pero la inquietud de Hun-Kamé era palpable, una criatura asustada rondando por aquel reducido espacio.

—Veamos que dan en el vagón restaurante. Seguramente alguna cosa asquerosa, como rosbif —dijo Casiopea, porque había tenido oportunidad de echarle un vistazo a la carta y había comprobado, con consternación, que solo servían platos americanos.

Lo tomó de la mano y, antes de que pudiera ponerle alguna objeción, lo arrastró para salir del compartimento. Pero en vez de pararse en el sofisticado vagón restaurante —con toda su plata, su cristal y su porcelana—, Casiopea siguió caminando hasta que llegaron al vagón mirador. Había mesas con material de papelería para que los pasajeros pudieran escribir cartas a la familia, sillones confortables y ventanas panorámicas que ofrecían una vista excelente de las vías alejándose. En el vagón mirador, que funcionaba a modo de salón, servían bebidas y tentempiés, aunque en aquel momento no había servicio y apenas estaba concurrido. Todo el mundo debía de estar comiendo formalmente en el vagón restaurante o durmiendo una siesta en su compartimento. Pasar la tarde durmiendo tenía sentido.

Casiopea tomó asiento y Hun-Kamé se sentó a su lado. Por un momento, Casiopea se olvidó de la comida y descansó la cabeza en la ventana.

—Si vamos a estar aquí sentados sin hacer nada, podríamos habernos quedado en el compartimento —dijo Hun-Kamé al cabo de un rato—. ¿Para qué esta excursión?

—No todo necesita una razón de ser. Quería salir de allí —respondió ella—. ¿Quieres que volvamos?

—Creo que no. Tan bueno es un lugar como otro.

El traqueteo de los ejes era muy fuerte. «Clac, clac, clac». Casiopea sonrió.

—Me gusta el tren, pero creo que me enamoraré del automóvil —dijo, moviendo el pie al ritmo del tren.

—¿Por qué?

—Porque esto va en una sola dirección, en un sentido y el otro de la vía. ¿Pero te imaginas un automóvil? Puedes ir en todas las direcciones que quieras, recorrer carreteras con curvas. ¿Los has visto en la ciudad? En uno de esos automóviles puedes hacer lo que te plazca —dijo.

Pensó en los vehículos que había visto pasar ante sus ojos y que proporcionaban un caos excitante a las calles del centro de la Ciudad de México. Junto con nadar de noche y bailar, era uno de sus deseos más profundos y secretos.

—Tú quieres volver a casa —prosiguió—. Pero yo no quiero volver. Ni en mil años… pero aun así, no sé qué voy a hacer si no es cuidar de mi abuelo y hacer el mandado. Nunca le he dado muchas vueltas al tema, la verdad, pero ahora parece que debería hacerlo. O tal vez no, tal vez es demasiado pronto. A lo mejor no tiene sentido estar hablando de automóviles cuando no sé ni siquiera si llegaré a cumplir los diecinueve. Pero sería divertido, ¿verdad? Subir a uno. A lo mejor podría subir contigo.

Hun-Kamé le lanzó una mirada extraña, que ella no le había visto nunca. Tenía todas sus miradas catalogadas y a aquellas alturas creía conocerlas todas. Pero aquella no la reconoció. Le recordó el movimiento de un cerillo cuando roza la caja.

—¿Conmigo?

Se sintió avergonzada e intentó restarle importancia al comentario.

—Estoy, simplemente, soñando despierta.

—Casiopea —dijo él.

Su voz sonó con un retumbo profundo y agradable. Dejó caer la mano sobre la de ella.

Y Casiopea volvió a tener la sensación de que estaba en el vientre de una ballena, balanceándose levemente, como le había sucedido

durante el viaje de la Ciudad de México a El Paso. Recordaba que Jonás había sido arrojado al mar para apaciguar a Dios, y que había quedado atrapado en el interior de la ballena, pero no recordaba, por mucho que se esforzara, cómo había acabado todo.

El pulgar de Hun-Kamé le acarició los nudillos, y entonces se inclinó hacia ella, en lo que ella entendió como un movimiento para besarla. Antes estaba miedoso e inseguro, pero ahora parecía sereno y fue ella la que sintió un escalofrío recorriéndole toda la espalda.

Recordó una historia que había leído u oído —no recordaba dónde— que decía que los hombres se aprovechaban de las mujeres en los trenes, sirviéndose de la privacidad del compartimento como medio para comportarse indebidamente. Debía de haber sido el cura el que lanzó la advertencia en misa, pues era el tipo de tema sobre el que solía sermonear. Viajar a bordo de un tren y encontrarte en compañía de un hombre atrevido y desconocido. Besarlo y, en un abrir y cerrar de ojos, descubrir que empieza a tomarse ciertas libertades contigo. Y en nada, te encuentras en la iglesia con un hijo bastardo que bautizar, con un único apellido detrás de su nombre.

Sí, en un tren los hombres podían ser desvergonzados.

Y también las mujeres, reflexionó. Al fin y al cabo, estaba con él. Buscando aventuras, fantasías. Buscando alguna cosa.

Casiopea sentía una fuerte tensión en la garganta. El sol brillaba con intensidad al otro lado de la ventana, oscureciendo más si cabe el ojo oscuro de Hun-Kamé, como si rechazara la luz y conjurara más sombras. Y como quitar ya se había quitado de encima varias capas de decencia, decidió que una más ya no importaba, y que si él intentaba besarla, se lo permitiría.

—Me gusta cuando sueñas despierta, querida amiga —murmuró Hun-Kamé.

—Jamás había expresado mis sueños en voz alta.

Y era cierto. Había presionado todas sus fantasías como flores secas entre páginas de libros, las había escondido con cuidado para que ni Martín ni Cirilo pudieran verlas. Muy pocas veces, al amparo de la noche, se había permitido pensar en ellas. Si las hubiera declarado en voz alta, habría dejado que echaran raíces en ella, y eso no podía consentirlo. Por eso las había ido puliendo en secreto, fragmentos de vida preciosos, pero no eran más que eso, fragmentos, y no un todo.

Entendía perfectamente la escasez de palabras de Hun-Kamé.

No la besó. Pero se quedó muy cerca de ella, presionando la frente contra la de Casiopea, lo cual era peor que cualquier otra libertad que pudiera haberse tomado, mucho más impetuoso.

—Las palabras son semillas, Casiopea. Con palabras se tejen narraciones, y las narraciones engendran mitos, y el mito tiene poder. Sí, las cosas que pronuncias en voz alta tienen poder —dijo.

Casiopea cerró las manos con fuerza, y su corazón se comprimió también. Asintió con solemnidad, y suspiró cuando él, por fin, se apartó de ella.

Se quedaron callados y fueron ingenuos, los dos, pensando que estaban manejándolo con delicadeza y que si conseguían moderar su voz, lograrían detener aquella oleada de emociones. Sí, las cosas que pronuncias en voz alta adquieren poder, pero aquellas que ni siquiera susurras se clavan igualmente en el corazón, lo arrancan a pedazos incluso cuando ni siquiera una sílaba escapa de entre tus labios. El silencio era inútil, en cualquier caso, puesto que al dios se le escapó igualmente una cosa: un suspiro similar al de la muchacha.

Capítulo 24

Vucub-Kamé paseaba por los jardines de su palacio. Pasó de largo estanques llenos de minúsculos peces iridiscentes y llegó a un lago de tamaño considerable. Descansó la mano en una de las ceibas que crecían a orillas del lago, un árbol más grande que todos los demás y cuyas impresionantes raíces se sumergían en el agua. Las ceibas de Xibalbá tenían un matiz plateado, pero aquella en particular era más brillante que el resto, sus hojas más luminosas, casi tornasoladas.

El lago también era especial: sus aguas jamás reflejaban nada. Ni una hoja, ni una rama, ni siquiera la figura del Señor de la Muerte cuando caminaba por su orilla. A pesar de ser limpiamente transparentes, sus aguas parecían no tener fondo y no albergaban ningún pez; solo el Gran Caimán, en sus profundidades, que había navegado por los mares cuando el mundo era joven y bullía con la furia del caos. En aquellas aguas permanecían aún fragmentos de aquel caos, y esa era la razón por la cual rechazaba cualquier reflejo y por la que Vucub-Kamé no podía leer los augurios de sus profundidades. Curiosamente, los augurios funcionan siguiendo los principios del orden.

O no tan curiosamente. Al fin y al cabo, la profecía traza caminos limpios. La habilidad de Vucub-Kamé consistía en visualizar el vector de lo que podía llegar a ser, en distinguir el camino del orden entre lo que otros considerarían simple casualidad. Los hombres también poseían aquel don, pero en su caso, al ser un dios, su poder no tenía parangón. Aunque cuánto más pasaba el tiempo, más desorganizadas se habían vuelto las visiones de su propio futuro.

Vucub-Kamé no había intentado adivinar el futuro desde que salió de casa de Xtabay, pero sí había estado considerando los hechos que conocía, y considerándolos con todo detalle. Y caminando, dando vueltas al lago y preguntándose sobre la fuerza del caos sobre sus planes tan elegantemente elaborados.

Vucub-Kamé estaba solo. Había mandado alejarse a todos sus

sirvientes. Pero en aquel momento se aproximaron al Señor de la Muerte dos hombres, que lo saludaron con profundas reverencias al llegar a su lado. Aníbal y Martín. Los había mandado llamar. Cuando se hubieron humillado lo suficiente, Vucub-Kamé les ordenó levantarse.

—¿Qué te parece mi reino? —le preguntó a Martín. El voluminoso collar de obsidiana que llevaba al cuello acentuaba la dureza de los rasgos de su cara y otorgaba a sus palabras un peso adicional.

—Es muy interesante —murmuró Martín. Se mostró prosaico pues, carente de cualquier anhelo de fantasía, habría preferido mantener los ojos cerrados durante todo el viaje. Mejor respuesta habría obtenido el dios de haberle preguntado a una babosa qué opinaba de la arquitectura de una ciudad.

—¿Crees que podrás recorrer tú solo este camino? —preguntó el dios, consciente ahora de que no había necesidad de formalidades ni de preguntas corteses con el muchacho Leyva, y fastidiado asimismo por ello, puesto que la vanidad de los dioses alcanza también sus construcciones y le habría gustado oír una exaltación prolongada de la belleza de la Ciudad Negra.

—Martín progresa —dijo Aníbal.

—Rápidamente, espero.

Aníbal inclinó la cabeza, un gesto de deferencia. Vucub-Kamé empezó a caminar de nuevo y los hombres se arrastraron detrás de él como perros esperando las migajas de su amo. En los árboles, pájaros negros observaban al trío pero no cantaban. El dios estaba muy irritable últimamente, y por eso se reservaban para sí mismos sus tristes melodías.

—Tu hermano ha muerto, Aníbal —dijo con frialdad Vucub-Kamé —. El problema de esa cabra vieja es que siempre infravalora la dificultad de determinadas tareas.

Vucub-Kamé volteó para mirar a los ojos a Zalazar. El dios no parecía insatisfecho, pero el viento que había estado alborotando su pelo claro cesó, volviéndose tímido.

—Escúchenme con atención. Hun-Kamé y la muchacha llegarán pronto a Tijuana. Tú, Leyva, te reunirás con ellos allí.

—¿Yo? —dijo Martín—. ¿Por qué?

—Porque yo he establecido las pautas desde el primer momento y

porque quiero ofrecerle cierto acuerdo a tu prima.

—¿Qué acuerdo?

—Los detalles no te conciernen. Te reunirás con ellos y los acompañarás amablemente a Tierra Blanca. Y tú, Aníbal, también te mostrarás cortés. Nada de rechinar los dientes ni venganzas estúpidas.

—Han matado a mi hermano —replicó Aníbal.

—Como si eso no fuera otra cosa que una condición temporal.

—Es cuestión de principios, mi señor, y sabes muy bien cómo…

—Sé perfectamente bien lo idiota que puedes llegar a ser a veces —replicó Vucub-Kamé con dureza—. Pero no me interesan en absoluto ni tus estúpidas exhibiciones de pirotecnia ni la magia burda que puedas realizar. Hun-Kamé y la muchacha serán recibidos como huéspedes de honor. Muy en especial, la muchacha.

Aníbal Zavala había ayudado a Vucub-Kamé con la supervisión de la estructura de Tierra Blanca, así como con la fabricación del hacha que le había robado la cabeza a Hun-Kamé. Pero eso no significaba que el dios fuera a tratarlo con amabilidad si se le ocurría desobedecerlo.

—¿Casiopea? —dijo en tono burlón Martín.

—Muérdete esa lengua. Habla solo si yo te pregunto.

Los ojos de Vucub-Kamé eran del color de las cenizas que permanecen en la hoguera mucho tiempo, desprovistas de cualquier indicio de calor. De haber prestado Martín más atención, se habría dado cuenta de ello antes de hablar, pero no era hombre de sutilezas. Y aquellos ojos se habían enfriado más aún. Martín cerró la boca de golpe.

—Tu prima será como una estimada amiga y se le ofrecerán exquisiteces y regalos. Te dirigirás a ella con amabilidad e intentarás, una vez más, que vea que todo sería mucho más fácil si estuviera de mi lado. ¿Lo has entendido, muchacho?

—Sí —dijo Martín.

—Asegúrate de que estos avances que mencionas se convierten en algo real —dijo Vucub-Kamé, volviendo la mirada hacia Aníbal.

Ni siquiera se tomó la molestia de ordenarles que se marcharan. Los hombres inclinaron la cabeza y desaparecieron sin más palabras, con la impaciencia del señor animándoles a huir como gavilanes asustados.

Vucub-Kamé se quedó junto al lago, solo, sopesando sus

preocupaciones. Acababa de ocurrírsele que había descubierto lo que obstaculizaba sus planes: Casiopea Tun.

La muchacha era la semilla de todo aquel problema, desde el momento en que había abierto el baúl. A pesar de ello, Vucub-Kamé la había considerado hasta el momento una pieza menor del juego, al fin y al cabo, alguien tenía que abrir el baúl, daba igual quién y cuándo.

Pero Vucub-Kamé empezaba a preocuparse por el valor exacto de aquella mortal.

Los símbolos son importantes tanto para los hechiceros como para los dioses, y Vucub-Kamé debería haber identificado antes aquel símbolo. Casiopea, igual que algunas de esas ranas minúsculas y coloridas que pululaban por la selva, era más peligrosa de lo que cabía imaginar de entrada.

Era, al fin y al cabo, la doncella, un símbolo con poder. En una ocasión, los Señores de Xibalbá ejecutaron a dos mortales que los retaron a un juego de pelota. Los cuerpos de los mortales fueron enterrados debajo del campo de pelota de Xibalbá, aunque la cabeza de uno de ellos se colocó en lo alto de un árbol. Una doncella se acercó al árbol, y cuando quiso tocarlo, la cabeza del hombre muerto le escupió en la mano. Embarazada como resultado de aquel acto mágico, la doncella dio a luz a los Héroes Gemelos, que regresaron para vengar la muerte de su padre y al final consiguieron devolverle la vida.

Pese a que los mortales confundían el relato de aquella historia —puesto que en su caso concluía con la derrota de los Señores de Xibalbá y sin embargo los dioses de la muerte continuaban existiendo —, el mito tenía una pizca de verdad. Pero lo importante no era la veracidad de la historia, sino su poder. El símbolo. El significado oculto. Una mujer, el renacimiento y la restauración de lo perdido. Un receptáculo, un medio a través del cual todo empezaba de nuevo.

Y ahí estaba, la muchacha, acompañando a Hun-Kamé, y podía ser que no fuera nada, que fuera pura y simplemente una muchacha vulgar con pensamientos vulgares y dotada de la carne débil que comparten todas las cosas que acaban muriendo. Pero también podía ser otra cosa. Adivinarlo era imposible, carecía de pistas. En el ambiente había magia, la danza del caos y el destino, y el descontento de Vucub-Kamé no hizo más que aumentar. No podía parar de preguntarse cómo quitarse de encima aquel grano de arena que se le

había metido en los ojos y que tanto le fastidiaba.

La muchacha.

De haber podido matar a Casiopea, lo habría hecho sin dudarlo un instante. Pero era imposible puesto que su cuerpo humano estaba protegido por la fortaleza de un dios.

Se planteó sobornar a la muchacha. Por eso había enviado a Martín a la Ciudad de México, para que se reuniese con ella, confiando en que pudiera convencerla de que se cambiase de bando. Podía ofrecerle el tesoro de los mares, collares de perlas y joyas de la tierra, ese tipo de promesas que vuelven locos a los hombres. O un acuerdo con la magia, la capacidad de tejer hechizos nigrománticos y hacer que los muertos hablen. También poder, sobre una ciudad entera, sobre la totalidad de una costa… e incluso podía llegar a cumplir su parte del trato.

Vucub-Kamé podía intentar ponerla de su lado, pero sospechaba que rechazaría todas sus ofertas.

¿Qué hacer, entonces?

La lechuza de Vucub-Kamé acababa de entregarle un chismorreo interesante. Antes, ya había capturado la risa de Hun-Kamé dentro de una concha blanca. Pero esta vez le había traído dos conchas. El interior de una concha negra de caracol guardaba un suspiro de Casiopea. Un objeto delicado, como una mariposa nocturna. Y bello, además. Con pinceladas de carmesí y azul, describía la imagen de un enamoramiento exquisito.

Mentalmente, Vucub-Kamé había conseguido recrear el pensamiento de la mujer que había exhalado aquel suspiro. No podía saberlo todo, pero sí extraer conclusiones, y eran concretas y rigurosas pues, al fin y al cabo, era un contador del tiempo y estaba acostumbrado a sonsacar historias incluso de la hoja más minúscula o de la piedrecita más insignificante que encontrara en el camino.

Conjeturó, pues, que Casiopea Tun, más que sentirse atraída por tesoros y exhibiciones de poder, estaba enamorada de su hermano. El premio que anhelaba no era otro que Hun-Kamé.

Vucub-Kamé sabía que debía jugar sobre aquel punto débil, pero aún no había decidido cómo hacerlo. Pero en aquel momento, observando las aguas del lago, sus ideas fueron cobrando consistencia.

Si era Hun-Kamé lo que ella quería, él podía concederle a Hun-Kamé, en cierto sentido. No había otra manera de que pudieran estar

juntos pues, de hacerlo de otro modo, el ejercicio quedaría condenado de inmediato al fracaso.

¿Y Hun-Kamé? ¿No se opondría a aquel plan en caso de conocerlo?

Pero, ah, estaba el tema de la segunda concha. La amarilla. Su interior contenía otro suspiro. Aunque en este caso, Vucub-Kamé no podía recrear los pensamientos de su emisor con la pulcritud con lo que lo había hecho con los de Casiopea: era el suspiro de Hun-Kamé y la esencia inmortal de Xibalbá protegía como un escudo sus ideas y sus deseos. Sin embargo, el elemento mortal era lo suficientemente audible como para que Vucub-Kamé, de forma entrecortada, pudiera dibujar una imagen. No de construcción exquisita, no tan clara como la de Casiopea, pero sí primitiva, como una escultura inacabada. El boceto de un hombre contenido en aquel suspiro.

La mortalidad estaba aquejando a Hun-Kamé y Vucub-Kamé había dado por sentado que aquello les conduciría a una disputa y una decapitación. Pero estaba empezando a visualizar otra ruta, más contenida pero menos onerosa. El camino se bifurcaba hacia la izquierda o hacia la derecha, ¿qué importancia tenía la dirección que Vucub-Kamé tomara si al final acababa obteniendo su corona?

Porque el suspiro de Hun-Kamé dejaba una cosa muy clara. Que, increíblemente, la inmortalidad pesaba sobre él, lo irritaba, luchaba contra ella.

¿Había alguna vez un dios abdicado de su eternidad por estar con una mujer? No. Nadie podía esperar una idiotez como aquella por parte de un ser inmortal. Pero los mortales caían a menudo en paroxismos. ¿Y qué era Hun-Kamé ahora sino un tonto, con aquella voz tan joven, con un único ojo prácticamente desprovisto de sombras? Suspiraba y deseaba, y en aquel deseo residía un punto débil que poder explotar.

Eran un par de muñecos estúpidos de carne inofensiva.

Vucub-Kamé arrojó las conchas al agua. Provocaron un pequeño oleaje, pero en aquellas aguas no podía ver el futuro, aunque tampoco era esa su intención. Fue un gesto de desafío dirigido al caos que parecía querer conspirar contra él.

—Este es mi reino, para mí solo, y en mis manos quedará —le dijo a las aguas.

Con ojos plateados y una sonrisa similar a un mar voraz, Vucub-

Kamé dio media vuelta y regresó a su palacio.

Capítulo 25

Las vías cambiaron en Mexicali. El ancho de vía disminuyó, cambiaron a un tren más pequeño que traqueteaba penosamente y llegaron por fin a Tijuana. El calor era increíble: si la carretera del sur de Tijuana era conocida como la «carretera al infierno» sería por alguna razón. Ni siquiera la sombra de la cabaña encalada que hacía las veces de «estación» de tren, y que albergaba unos cuantos bancos y poca cosa más, ofrecía un mínimo consuelo. Hun-Kamé y Casiopea se abanicaron con sus respectivos sombreros y contemplaron la ciudad fronteriza.

Las prohibiciones habían sido muy beneficiosas para Tijuana. La avenida Revolución, la arteria de la ciudad, estaba abarrotada de hoteles y tiendas que ofrecían curiosidades a los turistas. Había numerosos locales donde poder comer, muchos de ellos con publicidad en inglés. Los vendedores ambulantes paseaban por las calles intentando engatusar a los recién llegados con su mercancía. En una esquina, un hombre con un asno pintado como una cebra, ofrecía a los niños, a cambio de unas monedas, tomarse fotografías montados en el animal.

Los locales de ocio se habían duplicado en pocos años. Las casas de apuestas brotaban como hongos: Monte Carlo, el Tivoli Bar, el Foreign Club. Establecimientos obscenos se combinaban con otros que prometían un destello del «viejo México», una recreación falsa más romántica que cualquier película de Hollywood. ¿Pero qué iban a saber los turistas? Los americanos entraban en tropel en México, ansiosos por construirse un nuevo parque de atracciones, para beber el alcohol que estaba prohibido en Los Ángeles, San Diego y San Francisco y corría en abundancia al otro lado de la frontera. La moderación no tenía cabida allí. El bar más grande del mundo estaba en Tijuana y dispensaban cervezas a quince centavos. Incluso en un lugar tan lejano como Nueva York, la gente hablaba de casinos como el Sunset Inn, donde era posible ganar o perder una fortuna jugando al faro y al monte. Y había también música. Bailarinas e incluso magos

que sacaban conejos de sus sombreros.

Todo el mundo visitaba Tijuana y abarrotaba los cruces de Calexico y San Isidro. Gloria Swanson, Buster Keaton, Charlie Chaplin, todos pasaban por allí. Hombres ricos del Este, vestidos con trajes de franela, muy formales, se desataban en la pista de baile. Tipos salvajes locos por el jazz se abrían paso por la ciudad. Criminales, prostitutas, traficantes de licor y la flor y nata llenaban locales, fumaban tabaco, tomaban tequila y gastaban billetes de dólar.

Casiopea y Hun-Kamé se abrieron paso en aquel refugio del hedonismo y entraron en uno de sus hoteles, donde hablaron con un empleado que les informó que para llegar a Tierra Blanca debían alquilar un automóvil.

—Es el mejor hotel y casino de todo el estado. Tienen que dirigirse hacia la costa, pasar Rosarito —les explicó el empleado—. De día encontrarán coches dispuestos a llevarlos hasta allí, aunque temen realizar el recorrido de noche.

Y puesto que era de noche, y puesto que los dos estaban cansados de su aventura en El Paso —aunque, sin motivo alguno, Casiopea siempre estaba cansada últimamente—, Hun-Kamé reservó dos habitaciones. El empleado les aseguró que por la mañana se encargaría de buscarles un automóvil.

Casiopea no perdió el tiempo, se puso rápidamente el camisón y se dejó caer en la cama. La habitación era recargada y hacía un calor sofocante. Había tantos cojines que los tiró todos al suelo.

Las noches anteriores había conseguido no soñar con Xibalbá, pero la pesadilla volvió. Vio el Camino Negro, el paisaje gris y las plantas extrañas. Y en el sueño, tenía la sensación de que no estaba sola, mientras que el murmullo de un aleteo le alertaba de que en el ambiente había algo raro. Llegó de nuevo a un lago de aguas azules y brillantes y de pronto, sus muñecas volvieron a sangrar. La sangre le empapaba el cuerpo, la piel se despegaba de los huesos, dejándola en carne viva, y aves con malévolos picos la picoteaban y le arrancaban la carne a pedazos. La picoteaban hasta dejar solo los huesos y luego, los huesos iban a parar debajo del trono de obsidiana, donde estaba sentado Vucub-Kamé, que llevaban un collar hecho de calaveras humanas.

Se despertó gritando. Las habitaciones estaban conectadas y Hun-Kamé debió de oírla, puesto que apareció corriendo, sorprendido.

Casiopea no dijo nada de entrada. Se sentía terriblemente avergonzada. Había despertado a Hun-Kamé, que no sabía qué hacer, si decirle algo o marcharse enseguida.

—¿Qué pasa?

—He muerto —dijo Casiopea, temblando.

Aunque lo que quería haber dicho era «He tenido una pesadilla, enseguida volveré a dormirme». Pero el sueño parecía haberla seguido; en la habitación reinaba un silencio tenebroso y las sombras eran excesivamente oscuras. En el suelo, uno de los cojines podría haber sido perfectamente una criatura salvaje dispuesta a saltar sobre ella, y el papel pintado de las paredes era como el follaje de una selva remota.

—Estaba en Xibalbá.

El nombre, suave como el ala de un insecto, y la cara de él, al oírlo, tensa, insegura. Casiopea apartó las sábanas y se levantó.

—¿Y qué ha pasado?

Casiopea sacudió la cabeza.

—Había sangre, mi sangre. El camino se volvía entonces de color granate. No quiero seguir hablando; me dijiste que era mejor no decir en voz alta ciertas cosas.

Se rascó la mano izquierda, que tenía dolorida, y miró el suelo, intentando evitar las sombras excesivamente oscuras de los rincones, que parecían espectros negros. Sabía que, si las miraba, cambiarían de forma y le sonreirían. El recuerdo de la muerte seguía presente en la oscuridad, de una muerte de sueño, pero que por tener un carácter onírico no era precisamente más falsa.

—¿Te vuelve a doler? —preguntó Hun-Kamé.

—Sí —respondió ella.

Y no le dolía solo la mano. Sino también la cabeza, el cuerpo, como si una corriente de dolor la recorriese por entero. Sentía punzadas, agujas en brazos y piernas, un sabor amargo en la boca. El dolor iba y venía, pero nunca acababa.

Hun-Kamé le tomó la mano. El dolor disminuyó y a continuación la soltó. Casiopea se quedó mirándolo.

—Te pido disculpas por el malestar que pueda causarte Xibalbá, tanto como dolor físico como el que pueda provocarte su contemplación —dijo—. Sé que ver mi reino, hecho de tierra y de humo, no es sencillo para un mortal.

—«Fue sueño ayer, mañana será tierra. Poco antes, nada; poco después, humo» —replicó Casiopea.

Fue un reflejo automático. En su deseo de tranquilizarse, había ejercitado la mente en busca de algo que le resultara familiar, y había acabado encontrando el viejo libro de sonetos de Quevedo. Una mala elección, hecha con prisas.

—Bellas palabras. ¿Qué significan?

—Es un poema, de uno de los libros de mi padre. Se titulaba «Significase la propia brevedad de la vida, y con padecer, salteada de la muerte». Creo que no me importaría que la vida fuese breve si pudiera…

—¿Si pudieras qué? —dijo él, presionándola al ver que dejaba de hablar.

—Te reirías.

—Nunca me rio de ti.

En condiciones normales, no le habría dicho palabra, ni a él ni a nadie, pero el miedo se aferraba a ella como una telaraña y, en su intento de librarse de ella, olvidó que debería darle vergüenza hablar de aquella manera. Balbucear, en verdad. Pero al final, ¿qué más daba? ¿Y acaso no le había contado ya muchísimas cosas?

—Me gustaría bailar. Los bailes que no podíamos bailar en Uukumil. Mi madre decía que en sus tiempos se bailaba el vals pero que había oído decir que ahora se bailaba demasiado rápido. Pero me gustaría bailar rápido.

No sabría ni por dónde empezar, ni siquiera se imaginaba cómo se bailaba el charlestón, pero se murmuraban cosas, incluso en pueblos como Uukumil, sobre aquellos bailes y sobre los zapatos y los vestidos que llevaban las muchachas. Lo suficiente para sembrar la idea en su cabeza, para permitir que echara raíces.

—¿Y qué más?

—Nadar de noche, en el Pacífico. Saborear el mar, saborear la sal. Ver si sabe distinto al mar del Yucatán.

Hun-Kamé rio.

—¡Has dicho que no te reirías! —exclamó ella, regañándolo.

Y al decir aquello, los sonidos de la ciudad reaparecieron. La nota lejana y estridente de una trompeta en plena noche, las risas de la gente que transitaba por las calles y rebotaban contra la ventana. La habitación volvió a ser un espacio común y corriente: la cabecera de

madera lacada, los cojines por el suelo se transformaron de nuevo en un montón de algodón y el papel pintado de la pared recuperó el motivo romboidal. Casiopea y Hun-Kamé también eran normales, y estaban sentados en la cama, en la penumbra de una noche de primavera sin nada excepcional. Habían logrado ahuyentar las sombras extrañas que antes los envolvían.

—No río por malicia. Como ya te dije, me gusta cuando sueñas despierta. Y voy a prometerte que, cuando todo esto haya acabado, te daré tantos regalos que podrás ir a bailar y a nadar cuando te apetezca —declaró Hun-Kamé, y realizó un movimiento con la mano que hizo que el suelo se llenara de docenas de perlas, que empezaron a rodar hacia debajo de la cama, de la silla.

Casiopea consiguió pillar una, que se disolvió entre sus dedos para quedarse en nada. Era una ilusión, como tantas que Hun-Kamé había puesto en práctica. Ahora fue Casiopea la que rio con ganas.

—No son reales. Me regalas perlas falsas. Es como si me dieras un trozo de pastel y me lo robaras.

—No es más que una diversión, por el momento. Pero te recompensaré cuando todo esto haya acabado.

—Cuando todo esto haya acabado —repitió Casiopea, sin poder evitar que su voz sonara insegura.

El Camino Negro, las manos llenas de sangre, ya no estaba allí, pero no lo había olvidado. Le dolía la mano donde tenía clavado el fragmento de hueso, la muerte, y recordó una vez más lo minúscula y mortal que era.

—No quiero mentirte —dijo entonces él—. No sé qué nos aguarda en Tierra Blanca. Mi hermano sí que es mentiroso, y traidor, además, y si ya me cortó la cabeza una vez, no me cabe la menor duda de que volverá a intentarlo. Has sido muy valiente, pero aun tendrás que serlo más.

—Nada me detendrá, ahora que ya estamos casi allí —replicó ella. No quería que Hun-Kamé asumiera que sus preocupaciones implicaban que estaba titubeando—. Y después, cuando seas un dios, nos reiremos de todos los malos ratos que hemos pasado. Tal vez incluso se cuenten historias sobre nosotros, como con los Héroes Gemelos.

Casiopea sonrió. Imaginaba que sus palabras lo tranquilizarían, pero todo lo contrario, lo único que consiguieron fue ponerlo

nervioso. Hun-Kamé miró hacia el otro lado. Antes estaba ella asustada, pero ahora era él quien estaba ansioso. Casiopea percibía su miedo, como si estuviera arañándole la piel, aunque era un miedo distinto. A ella le daba miedo la muerte, Xibalbá, el hueso que tenía clavado en la mano. Pero a él le daba miedo otra cosa.

—Escúchame, quedan pocas horas de noche. Y muy pronto, todo cambiará —dijo Hun-Kamé apresuradamente, como si estuvieran persiguiéndolo. Y como si quisiera subrayar aquella impresión, empezó a deambular de un lado a otro de la habitación—. Mañana, igual soy otro. Recuperaré el trono. Cambiaré. Seis horas, dieciséis horas, tal vez no sea mañana, tal vez pasen aún sesenta horas, pero da igual, será pronto. Te miraré con otros ojos. Y ahora, cuando te hablo, debes confiar en mí. ¿Lo harás?

Siguió hablando, incapaz de darle a ella tiempo para alzar la voz. Sus palabras sonaron con urgencia.

—Soy comerciante de ilusiones. Es mi don. Pero esto no es una ilusión. El que está en este momento contigo. ¿Me explico? No sé expresarlo mejor. Recuérdame así, si acaso decides recordarme.

—Pero tú me olvidarás —dijo ella.

En aquel instante se le hizo evidente a Casiopea adónde quería llegar, a la falibilidad de la memoria de un dios. Hun-Kamé se quedó quieto por fin.

—No, no te olvidaré… pero no será este yo el que te recuerde y no… Mira, aquí dentro hay un corazón —dijo, llevándose una mano al pecho—. Pero este no es mi cuerpo, Casiopea. Es como el traje que llevo, solo por una temporada, y esta temporada acabará. Y cuando esto suceda…

—Serás para mí como un desconocido —dijo ella, rematando la frase, y su corazón, un órgano problemático, falló un latido.

—Sí.

—El «después» no existe —musitó Casiopea.

No era justo. Aunque en los relatos tampoco había nunca un «después», ¿verdad? Simplemente caía el telón. En cualquier caso, aquello no era un cuento de hadas. ¿Qué «después» esperaba que hubiera? ¿Qué él le enviara postales desde el Reino de la Muerte? ¿Qué siguieran su amistad por correspondencia? Tal vez, al final, ella tendría que volver como pudiese a su pueblo y acabaría sus días trapeando en casa de su abuelo, sin nada que demostrase todo el

esfuerzo que había hecho. Tal vez acabaría volviendo a la casilla de salida. Eso, siempre y cuando no acababa muerta en las horas siguientes, si los buitres no le arrancaban la carne a pedazos.

—Tendrás tus perlas negras. Todo lo que anhele tu corazón —dijo Hun-Kamé.

Su tono de voz sonó caritativo y, por una vez, Casiopea odió su buena educación. Habría sido mejor que no le hubiese ofrecido nada.

Rio al oírlo. Ella nunca había deseado perlas. No la conocía, pensó. No la conocía en absoluto.

Capítulo 26

Se despertó con un dolor de huesos tan intenso y con una tristeza tan impresionante, que pensó que sería incapaz de levantarse de la cama. El mundo exterior parecía apagado y gris, de lo más adecuado. ¿Acaso no había sido gris para ella siempre, desde que nació? La anomalía era la explosión de color que había experimentado los últimos días.

El espejo le reveló la cara de una muchacha enfermiza, con la mirada agotada.

«Una muchacha moribunda», pensó Casiopea. Se examinó la mano izquierda e intentó localizar el punto donde estaba alojado el fragmento de hueso.

Pero entonces llamaron a la puerta del baño. Y Hun-Kamé dijo que tenían que irse pronto.

Casiopea levantó la barbilla y se puso un vestido amarillo de manga corta con un pequeño ramillete de flores sujeto con alfileres a la cintura.

Cuando salieron del hotel, Martín estaba esperándolos. Casiopea se quedó tan sorprendida, que a punto estuvo de soltar la maleta de golpe. Pero a Hun-Kamé no pareció importunarle la repentina aparición de su primo, que estaba apoyado en un elegante automóvil de color negro. Y junto a Martín, un chofer con un primoroso uniforme blanco.

—Buenos días. Nos envían a recogerlos. El señor Vucub-Kamé quiere hablar con ustedes —dijo Martín, doblando el periódico que estaba leyendo.

—Qué amable por su parte —replicó Hun-Kamé—. Podríamos haber ido perfectamente por nuestra cuenta.

—No había necesidad. Suban, por favor.

El chofer abrió la puerta.

—¿Vamos? —preguntó Casiopea, dándole el brazo a Hun-Kamé.

—Da igual ir con ellos o con cualquier otro —replicó él.

Se sentaron en el asiento de atrás y Martín ocupó el del acompañante. No hablaron. El primo de Casiopea se abanicó con el periódico durante todo el rato que el coche circuló por la ciudad y se incorporó a la carretera hacia el sur. Hacía ya calor, incluso siendo tan temprano.

El sol blanqueaba el paisaje y exprimía la vida de Casiopea, que permanecía apática en el asiento de atrás, pasándose de vez en cuando la mano por el pelo.

Estaba muy cansada y no tenía fuerzas ni para tratar de comprender el significado de todo aquello. Intentó no prestar atención al dolor que sentía en la mano, que presionó contra el vidrio de la ventanilla.

Apareció entonces un edificio blanco rodeado por un verdor que desafiaba el calor del desierto. Hileras de palmeras flanqueaban el camino de acceso. Un oasis, eso era. Casiopea parpadeó, cegada por la blancura del edificio.

Era una estructura sólida, poderosa. Se habían alojado en hoteles buenos y elegantes, pero aquello era mucho más que elegante. Parecía… parecía casi un templo, un palacio como los antiguos palacios de Yucatán, aunque no había nada en él que imitara completamente los edificios mayas que conocía. No del todo. El parecido estaba en el atrevimiento del edificio de tres pisos o en la blancura de sus paredes, que le recordaron a Casiopea la piedra caliza o la sal. Cuando el automóvil se detuvo delante de la entrada principal, pudo observar con detalle los relieves que decoraban el exterior: peces, estrellas de mar, tortugas marinas, plantas acuáticas. Las dobles puertas, custodiadas por un portero, eran de metal, una celosía de nenúfares.

El vestíbulo estaba decorado también con temática marina. Los techos eran extremadamente altos, como si gigantes, y no hombres, fueran los que iban a alojarse allí. El suelo era de mosaicos azul y blanco, con potentes motivos de estilo art decó repartidos por todos lados: en las lámparas, en las líneas del mobiliario, en el cuadro de detrás del mostrador de recepción. Los ascensores estaban flanqueados por estilizados caimanes de piedra. Repartidos por el vestíbulo había espejos de cuerpo entero que duplicaban el tamaño del espacio, magnificándolo, y ventanas con vidrios azul celeste que cambiaban la luz que se filtraba por ellas; era como si estuvieran mirando hacia el

cielo desde el fondo de un pozo.

Había frescos, las paredes pintadas con aquella tonalidad intensa conocida como «azul maya», el azul más sincero que podías ver en la vida. Y en dichas paredes se representaban océanos repletos de criaturas marinas, flora y fauna pintada en vivos rojos y amarillos potentes, enmarcado todo con cenefas de formas geométricas. Arriba, el techo era plateado y dorado, con las formas jeroglíficas que representaban la tierra y el agua repitiéndose eternamente.

Era como entrar de repente en otro mundo, donde las distintas texturas que se exhibían —piedra, cristal, madera— se unían en una combinación tan vertiginosa que era imposible no quedarse boquiabierto contemplándolo.

—Vamos —dijo Martín—. No es necesario pasar por recepción, está todo arreglado.

—¿Qué es lo que está arreglado? —preguntó Casiopea, recuperando el habla.

—Su estancia.

Entraron en un ascensor de metal reluciente —donde se repetían las formas jeroglíficas— que se detuvo en la tercera planta. El portero se había sumado a ellos y se encargó del equipaje. Al llegar al final de un pasillo, Martín abrió las puertas y les indicó que pasaran.

Accedieron a un vestíbulo con sofás amarillos y paredes azules. Una mesa de centro con un jarrón con lirios. Y una puerta a cada lado. Martín abrió primero una, luego la otra.

—Sus habitaciones —dijo.

Casiopea entró con recelo en uno de los dormitorios. El patrón amarillo y azul también dominaba el espacio. Las ventanas eran enormes y daban a un balcón. Si salía, seguro que olería el océano, la sal. Estaban muy lejos. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de la magnitud de aquel viaje, de todos los estados que habían atravesado, de todas las ciudades que había visto desfilar por el otro lado de la ventanilla hasta llegar a aquel lugar, a orillas del mar.

Sintió alegría. Era una de las cosas en las que siempre había soñado. Un océano rindiéndose ante ella. Era la postal de la vieja lata de galletas, era aquel sentimiento contenido que había llevado tanto tiempo escondido en el corazón. Salió al balcón y se agarró con ambas manos a la barandilla. Desde donde estaba, podía oírlos hablar.

—Esta noche tienen cena con Zavala, a las ocho —dijo Martín—.

Me ha dicho que elijan lo que quieran de las tiendas de la planta baja. Zavala cena en el salón de baile principal. Los trajes de viaje y vestidos corrientes no sirven.

—Muy bien. ¿Y mi hermano? ¿Me obsequiará con su presencia en la cena de esta noche? —preguntó Hun-Kamé.

—No lo sé. Nos vemos a las ocho. Si necesitan cualquier cosa, llamen a recepción —dijo Martín. Y se marchó.

Casiopea entró de nuevo en la habitación. Se apoyó en la puerta del balcón y miró a Hun-Kamé, que estaba examinando el espacio, mirando el techo, inspeccionando las ventanas, todos los detalles elegantes. Caminaba con las manos unidas en la espalda y con una sonrisa.

—Vucub-Kamé y sus jueguitos. Es muy, pero muy inteligente, mi hermano.

—No te entiendo.

Hun-Kamé continuó con su inspección, recorriendo la pared con las manos, rascando con una uña la pintura azul. Casiopea estaba asimilando la cara y sofisticada decoración, pero era evidente que Hun-Kamé había encontrado algo fuera de lo normal en todo aquel montaje.

—Te hablé sobre el chu'lel, ¿lo recuerdas? Vucub-Kamé quería conectar dos puntos de poder. Y mira este lugar. Mira los jeroglíficos, su forma… todas las paredes, todos los ángulos, rebosan magia. Esto no es un hotel común y corriente.

Casiopea ladeó la cabeza para mirar bien los motivos que cubrían el techo y las paredes. Le recordaban imágenes que había visto en libros de historia, dibujos de templos escondidos en medio de la selva y de las ruinas que salpicaban la península donde se había criado.

—Es una pirámide sin ser una pirámide —sugirió.

—Exactamente —dijo Hun-Kamé, muy satisfecho, aunque Casiopea no entendía muy bien por qué estaba tan feliz.

—Pero dijiste que no había conectado esos puntos de poder.

—No, no los ha conectado. Pero este lugar rebosa potencial, es una bestia dormida. Es como uno de esos motores antes de ponerse en marcha.

En sus sueños, Casiopea había visto un trono de obsidiana, con el Señor de Xibalbá sentado en él. Y de pronto recordó otros detalles: montañas de huesos altas como casas, paredes hechas con cráneos,

sangre derramada sobre la tierra. Sí, había visto algo que no era, pero que muy bien podría ser.

—¿Y por qué no se ha puesto en marcha? —preguntó.

—¿No es evidente? —replicó Hun-Kamé—. En algún lugar tiene que haber una cámara mortuoria. Pretende matarme y gobernar sobre esta gran extensión de territorio; mi sangre está destinada a ser la última piedra. Lo percibo.

—¿Y por qué no tienes miedo?

La sonrisa de Hun-Kamé se acentuó, como si ella acabara de contarle un buen chiste.

—Porque resulta, Casiopea Tun, que aún no me ha matado, ¿no te parece?

—Pero podría entrar hecho una tromba ahora mismo por esa puerta, dispuesto a luchar contigo —dijo ella, señalando hacia allí. Era poco probable, pero rechazar esa posibilidad no tenía sentido.

—Los dioses no luchan entre ellos con escudos y espadas. No sería digno.

—Bien que te cortó la cabeza.

—Lo sé. Cuando acabe con él, haré que desmonten este lugar pieza a pieza y que lo arrojen al mar, que no quede ni una migaja en pie. Será glorioso. El dolor de su lamento cuando entienda que va a pasar unos cuantos siglos en el interior de una caja, y el dolor adicional de ver su creación reducida a nada.

—Entonces, ese es tu plan. Piensas hacer exactamente lo mismo que él hizo contigo —dijo Casiopea, sorprendida por la dureza de aquellas palabras—. No me parece correcto.

—El plan siempre ha sido ese.

Casiopea, tocándose el brazo izquierdo, se apartó de Hun-Kamé. El dolor le llegaba más allá de la muñeca, una molestia leve pero constante, y que era mucho peor en la mano en sí.

—Entonces resulta que los dioses no luchan con espadas pero pueden llegar a ser tan mezquinos como los hombres —reflexionó.

—No me reprendas. Llevo mucho tiempo esperando esta venganza, y mi intención es disfrutarla.

—Me parece innecesariamente cruel.

—Entonces, ¿qué te parece si le doy un reglazo? —contratacó Hun-Kamé—. ¿Qué te gustaría que hiciera, eh?

—No lo sé —reconoció ella.

Casiopea no podía ni imaginarse cómo se resolvían los conflictos entre divinidades, pero no le había gustado en absoluto ser testigo de la decapitación del Uay Chivo, por mucho que después hubiera vuelto a levantarse en forma de aquella extraña nube de humo que les había hablado. Y estaba segura de que tampoco deseaba presenciar la decapitación del hermano de Hun-Kamé.

Hun-Kamé se sentó en un sillón tapizado en color amarillo intenso y se cruzó de brazos. Aparentaba poco más de veinte años y parecía un muchacho enfadado, nada más. Casiopea, preocupada, tomó asiento delante de él.

—Nunca me has contado cómo era tu hermano, antes de que se pelearan —dijo.

No se lo había preguntado, la verdad. Probablemente porque deseaba imaginarse a Hun-Kamé como un ser único, con nadie similar a él, por mucho que fuera un razonamiento ilógico, ya que la existencia de su hermano demostraba que se trataba de un concepto equivocado.

—¿Qué? —replicó Hun-Kamé.

—No creo que tu hermano y tú se hayan odiado siempre.

Hun-Kamé frunció el ceño.

—Somos principios distintos de la misma cosa. Era imposible existir en una situación de odio constante, igual que la luna no puede odiar a las estrellas.

Casiopea miró a Hun-Kamé y pensó en su familia, en Martín. ¿La habría odiado siempre Martín? ¿Lo odiaba ella realmente? La rabia tan inmensa que sentía en Yucatán se había ido enfriando a lo largo del viaje.

—Mi hermano quería más —dijo Hun-Kamé—. La eternidad conlleva estancamiento, inmovilidad, pero él no… Yo soy el mayor de los dos, el gobernante de la noche. Mi hermano me cuestionaba, hablaba cuando no debía, no mostraba la deferencia debida. Estaba siempre presente su resentimiento. Que no es lo mismo que odio.

—¿Y no lo hablaron entre ustedes?

Hun-Kamé soltó una carcajada burlona y Casiopea pensó de nuevo en Martín. ¿No era también eso lo que Martín quería? ¿Qué ella le mostrase deferencia, que permaneciera siempre callada? ¿Acaso su propio resentimiento, cuando vivía en Yucatán, no había ido creciendo, no había ido formándole un nudo que había acabado

envenenándole las entrañas? Sorprendida, se dio cuenta de que podía tener mucho más en común con Vucub-Kamé que con su hermano.

—¿Qué pasa? —dijo Hun-Kamé, mirándola con preocupación.

Casiopea levantó la cabeza y lo miró, pensando que había sido él quien la había arrastrado lejos de todo aquello. Sin que fuera esa su intención, claro, pero Hun-Kamé le había proporcionado la distancia que necesitaba para sentirse lejos de Uukumil, de Martín y de todo aquel mundo. Pero a Vucub-Kamé no le quedaba otra alternativa que vivir eternamente en Xibalbá, al lado de su hermano, con la rabia consumiéndole silenciosamente.

—A lo mejor para él resultaba doloroso —dijo Casiopea—. Ver que tú siempre tenías la última palabra, ver que siempre tenía que acatar tus órdenes.

—¿Estás insinuando que lo que me hizo fue correcto? —cuestionó Hun-Kamé, levantándose del sillón y señalándose la cara, señalando el parche que escondía la cuenca vacía de su ojo.

Ella se levantó también, imitándolo.

—No estuvo bien. Pero tengo la sensación de que eras un dios cruel. De que quien eres ahora no refleja quién eras antes.

—Cualquiera que espere recibir dulzura en la tumba es un imbécil —declaró Hun-Kamé.

—No me refiero a dulzura. Pero… no sé, amabilidad. Es extraño, pero tal vez sea porque me estoy muriendo que no quiero que los demás mueran. Quiero que todo siga con vida.

Y era verdad. En el exterior se oían las gaviotas, las olas rompiendo contra las rocas, y el sol que se filtraba a través de las ventanas brillaba más que nunca. Lo que la hacía feliz era el recuerdo de aquella vieja postal, de aquella alegría infantil; la revivía, y su rostro no estaba ni apagado ni gris.

Hun-Kamé se quedó mirándola con una expresión fría como el hielo. No le permitió entrever nada, pero al poco su rostro se suavizó, su oportunidad de imitarla.

—Te he explicado que las palabras que se pronuncian tienen poder, pero aun así veo que no pareces comprenderlo, ¿verdad?

Casiopea negó lentamente con la cabeza. Lo tenía delante, tan cerca que podría rozarle el torso con la punta de los dedos. ¿Era él quien se había acercado a ella o había sido ella quien había reducido el espacio entre los dos?

—Cuando estamos juntos soy otro. Soy más amable… quiero ser más amable —dijo Hun-Kamé. Parecía incómodo hablando, como si se hubiese transformado en un ser casi inocente—. ¿Fui cruel? Entonces era un dios… podrías preguntarle al río si es siempre gentil a lo largo de su curso, o al granizo si le provoca dolor al suelo cuando choca contra él. A veces, apenas puedo recordarlo.

Y no mentía. Mirándolo a la cara nadie adivinaría que aquel era el rostro de un ser que llevaba siglos y siglos existiendo bajo tierra. Mirándolo a la cara, cualquiera habría dicho «¿Y quién es ese tonto que tan confuso parece?», y habría pasado de largo de él. Incluso su belleza se había atemperado; ya no era la hermosura de un dios que le había roto el corazón tan cruelmente al verlo por primera vez, sino la apostura de un hombre joven que podrías encontrar en muchas ciudades, en muchas calles.

—Y es por la magia que tú generas, ¿no lo ves? —continuó Hun-Kamé, bajando la voz.

Estaba hablando sin mirarla. Y por su expresión, Casiopea intuyó que estaba viendo Xibalbá. El recuerdo de Xibalbá, el reino de las sombras que resplandecía en su mente y que era imposible negar.

Xibalbá le atraía. Xibalbá era él.

Acercar la mano a su pecho no tenía sentido.

—Mi hermano intentará tendernos una trampa —dijo Hun-Kamé, cambiando el tono de voz—. Se aprovechará de nuestros puntos débiles. No debemos permitir que nos venza. No creas nada de lo que te prometa. Es un ladrón, un embaucador y un mentiroso. Permanece a mi lado, por mucho que él te amenace o te adule.

Casiopea notó la punzada del fragmento de hueso que tenía clavado en la mano y se apartó de él, asintiendo.

Capítulo 27

Tierra Blanca tenía todas las comodidades que uno podía desear. Una peluquería, un spa, una piscina y una gran cantidad de tiendas que ofrecían estolas de piel, perfumes y colonias, pipas, objetos tallados en cristal, ropa, revistas… cualquier cosa pensada para el uso y disfrute de los huéspedes adinerados. Allí era posible gastar cantidades astronómicas de dinero en kimonos japoneses auténticos y prendas de seda fabricadas en Francia, en sacos de tweed y blusas bordadas. La idea era que al huésped no le faltara nunca nada, que no tuviera necesidad de abandonar el recinto, que el mundo viniera a Tierra Blanca.

Martín nunca había estado expuesto a aquel nivel de lujo y gustos palaciegos, y se sentía rígido e incómodo mientras esperaba a que Casiopea saliera de la tienda de ropa en la que había entrado. Fue un alivio cuando la vio salir, cargada con un par de bolsas.

—Deja que te ayude —le dijo, tendiéndole la mano.

Pero Casiopea se paró en seco y lo miró con recelo.

—¿Pero qué haces?

—¿Piensas volver a tu habitación?

—Voy a ir a la peluquería —respondió ella—. ¿Y a ti qué te importa?

—Quiero hablar un momento contigo. Por favor.

Casiopea no pareció muy entusiasmada con la idea, pero asintió de todos modos y se desplazaron hacia el otro lado de la entrada de la tienda.

—¿Y ahora qué quieres?

—Tengo un telegrama para ti. Ten, léelo —dijo Martín, mostrándoselo.

Casiopea tomó el papel y lo desplegó. La misiva era de su madre. La expresión de Casiopea se volvió de preocupación.

—¿Se lo hiciste escribir tú? —preguntó Casiopea cuando lo terminó de leer.

—No. Le envié un telegrama al abuelo para informarle de cómo iba todo y fue ella quien decidió enviar el mensaje. Está preocupada por ti. Por lo que a ella le consta, te marchaste con un hombre y el abuelo me ha enviado a buscarte.

—¿Se supone que todo esto es para que yo me sienta culpable?

El telegrama había sido un hecho espontáneo, tal y como acababa de explicarle a Casiopea, aunque, por otro lado, Martín también había pensado que le beneficiaría. Martín se encogió de hombros, aun sabiendo que había generado la reacción que estaba buscando. Casiopea estaba alterada.

—Si te sientes culpable, deberías haberme hecho caso en la Ciudad de México.

—De acuerdo. Pero ahora, lo siento, no quiero seguir hablando contigo.

—Relájate. Me he limitado simplemente a entregarte este telegrama. ¿Habrías preferido que lo tirarse a la basura?

Casiopea retorció las asas de las bolsas que llevaba en la mano. Se quedó callada.

—Vucub-Kamé quería platicar contigo en la Ciudad de México, sí, y tal vez me habrías ahorrado este viaje si hubieras hablado con él entonces. Pero ahora tienes otra oportunidad —dijo Martín, y levantó una mano—. Y ahora, espera un momento antes de empezar a decir que no quieres oír nada más, porque si te digo esto es por el bien de los dos, ¿entendido?

—Anda que voy a creerme que tú vas a hacer algo por mi bien —contratacó ella.

—Por el bien de los dos, he dicho. Si no quieres creer en mis buenas intenciones, cree, al menos, en mi egoísmo. Mira, a esos dioses les importamos un comino. Lo único que pretendo es mantener mi cabeza en su debido lugar. ¿Piensas escuchar lo que voy a decirte?

Casiopea dudó y asintió con inseguridad. Martin tomó a su prima del brazo y la dirigió por el pasillo. No quería seguir por la zona de tiendas ni hablar con ella a la sombra de los maniquíes. El casino tenía pistas de tenis, bonitos jardines y, si descendías una serie de peldaños hacia la playa, una vista magnífica del océano. Martín la guio hacia los jardines, siguiendo un camino flanqueado por palmeras. No había cactus, sino que los recibió una profusión de flores y de verdor; todo estaba pensado para que los clientes se olvidaran del desierto

implacable que acechaba poco más allá de los árboles perfectos dispuestos en hilera.

—Zavala propondrá esta noche una competencia. Vucub-Kamé quiere reunirse contigo antes y hacerte una oferta, una especie de trato —dijo. Martín se había planteado cómo hablar con ella esta segunda vez y había decidido ser directo, no ir ni con medias mentiras ni con trucos. Con lo mínimo para alcanzar su objetivo.

—¿Qué oferta? —preguntó Casiopea.

—Desconozco los términos, no quiere contármelos, pero Vucub-Kamé será generoso contigo. Pienso que lo mejor sería que aceptases su oferta, puesto que la otra opción, esa primera, no es buena.

—¿Por qué no?

—Ya sabes que hay un camino, ¿no? El Camino Negro que atraviesa Xibalbá. Nos harán recorrerlo.

—¿A ti y a mí?

—Sí. Una competencia.

Se detuvieron al llegar a una fuente coronada por una rana de piedra por cuya boca salía agua. Aquel rincón evocó a Martín su casa, su patio, el loro en su jaula. Su único deseo era volver a Uukumil. Nunca había deseado conocer mundo; era Casiopea la que tenía esos anhelos.

—Mira, Casiopea, yo no quiero… sea cuál sea esa mierda de competencia que tienen planeada para nosotros, la verdad es que estoy asustado. Así que si por una vez en la vida hicieras lo que te digo y… lo que quiero decir es que ese cabrón con el que andas, ese tipo no…

—¿Pero qué dices? Yo siempre he hecho lo que me han dicho —dijo Casiopea, interrumpiéndolo.

—No, no es verdad. Si acababas haciéndolo era siempre protestando —replicó Martín.

Y era cierto. Casiopea era obstinada; debajo de los «sí» que murmuraba se escondían dagas y las miradas que clavaba en él eran resbaladizas como el aceite. Como en aquel momento: la expresión de su boca era la pura imagen del desafío a pesar de no pronunciar ni una sola palabra.

—¿Es por eso que me odias? —preguntó por fin.

—¿Y eso qué importancia tiene? —replicó él.

Martín pensó en la niña morena que había llegado una tarde a

Uukumil, que se había bajado del tranvía con el pelo recogido en una cola de caballo en compañía de su hermosa madre. Por aquel entonces, Martín sentía curiosidad, no hostilidad. La niña era una pariente pobre y él no sabía cómo dirigirse a ella, si era correcto jugar juntos, y por eso había mantenido una distancia cautelosa. Esa cortesía acabó convirtiéndose en hielo una primavera.

—¿Te acuerdas del día que volví del colegio, cuando me expulsaron? —dijo Martín, un recuerdo que le soltó la lengua—. Fui a hablar con el abuelo, que estaba en su habitación, claro, y tú estabas allí, leyéndole el periódico.

Sentada con su sencillo vestido azul marino y con una cola de caballo que le llegaba a la cintura. Martín se había sentido miserable cuando entró en la habitación y se dio cuenta de que no le quedaría otro remedio que dar explicaciones delante de su prima, lo que incrementaba la humillación que ya sentía. Su abuelo le había ordenado hablar también y no había tenido el detalle de pedirle a la muchacha que se marchara.

—Estaba asustado, pero tuve que contarle todo lo que había pasado. Pensé que me pegaría con el bastón, pero se limitó a suspirar y entonces, se volvió hacia ti y dijo: «¿Por qué no podrías haber sido un muchacho?». Y entonces supe lo que el abuelo pensaba exactamente de mí.

—No fue culpa mía —dijo Casiopea.

—Lo fue. Da igual que fuera lo que tú pretendieras o no, pero a partir de aquel momento fuimos enemigos.

Casiopea, con pelo corto y vestido amarillo, estaba casi irreconocible, completamente apartada de la muchacha de ojos grandes sentada en la silla, aunque algo de aquella niña seguía allí, dolida por una de las muchas bromas de Martín.

—Yo quería que fueses mi amigo —reconoció Casiopea.

—Lo siento —replicó Martín, una frase que fue lo más sincero que le había dicho a Casiopea en su vida, y seguramente también, lo más amable.

Aunque… si forzaba la memoria, había habido una tarde, poco después de que ella llegara a Uukumil, en la que habían ido los dos a cazar bichos detrás de la casa. A escarbar el suelo con palos y ensuciarse las uñas con tierra. Hasta que había salido la madre de Martín y lo había obligado a entrar en casa después de darle una

reprimenda.

Parientes pobres. Relacionarse con ellos no tenía sentido, sobre todo teniendo en cuenta que aquella pariente en concreto guardaba un gran parecido con la servidumbre. «Mírala —decía la madre de Martín —, podría pasar perfectamente por una muchacha india sino supiéramos de quién es hija. Es una vergüenza». Y a Martín no le quedaba más remedio que darle la razón a su madre.

—Y ahora, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Hincar la rodilla delante de Vucub-Kamé porque ahora dices que lo sientes? —preguntó Casiopea en un tono tan cortante que obligó a Martín a levantar la cabeza.

—Sería lo más inteligente, ¿no crees? —replicó él.

—Ni siquiera me has contado qué tiene planeado Vucub-Kamé.

—Tampoco me lo han contado a mí. Siempre andan con evasivas. Y no me extraña. El abuelo nunca me contó nada, ni una sola palabra sobre Xibalbá ni sobre el Camino Negro.

—Pero sí sabes que habrá una competencia.

—Algo así. Mira, Casiopea, ni tú ni yo tendríamos que ir al Reino de la Muerte. Acepta lo que te ofrezca, ¿entendido? ¿Qué pasa? ¿Acaso no quieres volver a casa? Piensa en tu madre, si es que no quieres pensar en nada más.

Martín se palpó el saco y encendió un cigarro. Gestos como aquel le ayudaban a sentirse más seguro; le recordaban que seguía vivo, lo cual, después de haber visto Xibalbá, era últimamente su mayor preocupación. Era imposible permanecer tranquilo después de haber estado en el Lugar del Miedo.

—Quiero salir de esto sin más problemas —dijo Martín—. Quiero volver a casa.

Era él quien había retrocedido esta vez, quien volvía a ser el niño que entró aquel día en la habitación del abuelo, llorando y temeroso de la ira de sus mayores, jugando con nerviosismo con los puños de la camisa. Y ahora, jugando con los puños de la camisa, sus dedos acariciaron el anillo del Señor de la Muerte y se produjo un cambio. Soltó el cigarro.

Y entonces notó que, sin previo aviso, una voz le recorría por entero el cuerpo. No la oía, sino que estaba simplemente allí, dentro de él, como si él fuera un instrumento y alguien estuviera tocándolo. El hielo corrió por sus venas y sus ojos brillaron como piedras pulidas.

—Cuando ya no te necesite, Hun-Kamé te dejará tirada en cualquier zanja —dijo Martín, con una voz que no era la suya sino que era mucho más intensa, mucho más amarga. No era en absoluto Martín, aunque fuera él quien hablaba. Era Vucub-Kamé—. Te dará cenizas y vinagre, puesto que no es generoso. Te habrás enfrentado a enemigos y pruebas, pero te quedarás sin nada.

—Si estoy ayudándolo no es a cambio de una recompensa —replicó Casiopea.

—Lo cual no es justo, ¿verdad? Tu familia perderá todo lo que tiene y tú volverás a casa con las manos vacías. Si acaso encuentras el camino de vuelta. Si acaso sobrevives a esto. Lo único que Hun-Kamé hace es robar. Robar y seguir robándote, ¿verdad?

Martín levantó un dedo, se lo llevó a los labios y esbozó una mueca de desdén.

—No lo niegues. Te está robando la vida, la sangre. ¿Por qué no le robas tú algo, para variar?

Casiopea debió de percatarse del cambio, del brillo distinto en la mirada de Martín.

—Vucub-Kamé… está aquí, ¿verdad? —musitó.

—Sí, está aquí —murmuró Martín.

Casiopea giró sobre sí misma, en un intento de localizar al Señor de la Muerte, pero, por supuesto, Vucub-Kamé no estaba en ningún lugar visible. Martín inclinó la cabeza y acercó las manos a las sienes de Casiopea.

De pronto, envolvió a Martín una niebla que le nubló la vista y le anegó el cerebro. Estaba allí y no estaba. Cuando tocó a Casiopea, la niebla se levantó por un instante y miles de colores bailaron delante de los ojos de Martín. Azul y morado, amarillo y blanco. En aquel momento, en aquel torbellino de color, la vio muerta a orillas de un lago. Y acto seguido llegó otra visión, no menos horripilante: un monstruo con alas de murciélago arrancándole a Casiopea la cabeza. Y seguían a aquella, muchas más muertes tenebrosas. La última visión fue la del propio Martín hundiéndole a Casiopea un cuchillo en el costado. Y durante todo aquel rato, Vucub-Kamé permanecía sentado en su trono de obsidiana, sin parpadear, una figura superpuesta, una sombra en el borde de la visión. Allí. Triunfante. Siempre.

Casiopea contuvo un grito. Martín comprendió que ella también lo estaba viendo. Y comprendió asimismo que estaban viendo cosas

que podían llegar a hacerse realidad.

—Pon un precio y te será concedido. Independientemente de que quieras gloria u oro, el Señor de Xibalbá te lo dará. No pienses solo en los beneficios que pudieras obtener de esta prórroga, sino que te pido que te pongas a pensar en los peligros que conlleva tu desafío.

Soltó a Casiopea, que se quedó tambaleante, con los ojos llenos de lágrimas y muy oscuros.

—Besa el anillo del señor y serás su cortesana favorita —dijo Martín con esa voz que no era la suya. Levantó la mano para mostrarle el anillo.

Casiopea se quedó mirándolo, asustada, como cuando eran pequeños y él era cruel con ella, y Martín no sabía por qué se sentía avergonzado. De quién había sido, de quién era. Pero no había tiempo para pensar en nada de todo eso, porque vio que ella estaba haciendo un gesto de negación con la cabeza.

—No —dijo, con aquella terquedad de su infancia.

Un dolor terrible se apoderó de Martín. Ascendió desde la base de su columna vertebral hasta el cráneo. Esbozó una mueca de agonía, apretando los dientes. Vucub-Kamé solo podía pronunciar una cantidad determinada de palabras a través de su intermediario, y el pobre Martín empezó a temblar cuando la abrumadora presencia que lo había invadido se alejó de él.

—¿Martín? —dijo Casiopea.

—Ya ha pasado —murmuró Martín.

Casiopea vio que cerca había un banco de piedra. Intentó llevarlo hasta allí, pero Martín no podía ni moverse. Le fallaban las piernas y un sollozo se alojó en su garganta.

—No, no… Casiopea, ¿no podríamos irnos de aquí y ya está? ¿Simplemente marcharnos? —le suplicó—. ¿No podrías llevarme a casa?

Era lo que más deseaba del mundo. Volver a casa, sin monstruos ni dioses ni viajes.

—Oh, Martín —dijo Casiopea.

Casiopea le posó una mano en el hombro. Por un momento, Martín pensó que su prima iba a aceptar que él tenía razón, que tenía que someterse a Vucub-Kamé, pero entonces se dio cuenta de que su compasión no era un signo de debilidad.

—No —dijo Casiopea, pero con amabilidad.

—Dios. ¡Deja de ser tan terca! —gritó Martín, apartándole el brazo, más furioso por aquella muestra de cariño que por la negativa —. ¡Es lo que acabo de decirte, estás cometiendo una estupidez! ¡Nunca haces lo que yo digo!

Casiopea se apartó de él, aunque no parecía preocupada por aquel ataque de ira.

—Soy un hombre —continuó Martín, señalándose el pecho con el pulgar—. Y mayor que tú. Voy a ser el líder de la familia. ¿Y tú qué eres? ¿Qué te piensas que eres?

—Nunca he sido nadie —replicó Casiopea.

—¡Te matará! —gritó Martín—. ¡Y a lo mejor nos mata a los dos! ¿Es eso lo que quieres?

Casiopea no le respondió, sino que entró corriendo en el edificio y él no la siguió. Martín se quedó junto a la fuente, prestando atención al gorgoteo de la rana de piedra. Intentando convencerse de que Casiopea era tonta, de que si tenían que competir, ella con toda seguridad perdería. De que él jugaba con ventaja, puesto que ya había visto Xibalbá y había andado por su camino. De que Vucub-Kamé ganaría sin lugar a dudas aquel encuentro y de que entonces él sería devuelto a casa y recompensado como un príncipe. Intentó calcular las piedras preciosas y el oro que obtendría. Lo había intentado y había hecho un buen trabajo, por mucho que le temblaran las manos.

Capítulo 28

Les habían dicho que no se podía acceder al salón de baile principal sin esmoquin y vestido de noche. Que vestir de etiqueta era obligatorio. Y Casiopea y Hun-Kamé se pusieron presentables para rendir honores al propietario de Tierra Blanca, que había ordenado que los tratasen con sumo cuidado.

Casiopea se decidió por un vestido de color crema pálido, de gasa transparente con un diseño floral, pedrería y bisutería plateada en la parte delantera del corpiño. La espalda era escandalosamente baja; era uno de esos vestidos que las damas de la alta sociedad y las estrellas de cine lucían cuando aparecían fotografiadas en los periódicos. A Casiopea nunca se le había pasado por la cabeza que alguien quisiera fotografiarla. ¡Pero ahora! Ahora no podía parar de dar vueltas delante del espejo y observar cómo todos los apliques del vestido brillaban como diminutas estrellas.

En la peluquería, le lavaron el pelo y le peinaron sus cortos mechones; le aplicaron también un poco de rubor en las mejillas. Cuando se reunió con Hun-Kamé, con el cabello brillante como el charol y los ojos con delineador, estaba tan elegante como cualquiera de las celebridades que abarrotaban el casino. Él estaba también magnífico, con el esmoquin y la pajarita dándole un aire serio y a la vez atractivo, y ella se imaginó que, sentado en su salón del trono, debía de transmitir la misma sensación: una piedra preciosa, tallada y pulida hasta la perfección.

Hun-Kamé la recibió con un gesto de asentimiento, aparentemente complacido, y le ofreció el brazo.

Cuando entraron en el salón de baile se volvieron unas cuantas cabezas con curiosidad, preguntándose quiénes serían esos dos. ¿Gente del cine, vendrían de la Ciudad de México? Los cazadores de fortunas tomaron buena nota de ellos al ver que eran conducidos hasta donde estaba Zavala. Cruzaron el inmenso comedor, que parecía incluso más grande de lo que en realidad era gracias a la profusión de espejos con

marco dorado que iban desde el suelo hasta el techo y separaban los ventanales que daban a uno de los jardines.

Grandes candelabros de aspecto orgánico, emulando ramas de árboles, iluminaban a los clientes. El piso era de madera de roble, perfecto para el baile, y las paredes estaban pintadas con aquel tono azul intenso que Casiopea asociaba con Yucatán, aunque las columnas que soportaban el techo, grabadas con figuras de inspiración prehispánica, eran completamente blancas. Era realmente un palacio y Casiopea se sintió como una dama que iba a ser presentada por vez primera en la corte.

En una tarima con forma de concha marina, estaba tocando una banda, con todos sus integrantes vestidos de blanco.

Y no muy lejos de la banda de música estaba la mesa ocupada por Martín y un señor mayor. El hombre, que tenía un aspecto aburrido y decadente, estaba fumando tranquilamente un puro y parecía ignorar por completo tanto la música como la gente, aunque al verlos llegar, se levantó para saludarlos. Martín siguió al instante su ejemplo.

No podía ser otro que Zavala. El parecido con el Uay Chivo era evidente e hizo sentirse incómoda a Casiopea, que recordó su muerte sin poder evitarlo. Tomaron asiento. Enseguida se acercó un mesero y les sirvió champaña en copas aflautadas.

—Hun-Kamé y Casiopea Tun. Muchas gracias por haber accedido a este encuentro. ¿Las habitaciones fueron de su agrado? —preguntó Zavala—. Espero que lo estén pasando en grande. Este vestido es encantador, querida.

Zavala hablaba con la amabilidad de un abuelo que mima a sus nietos, con voz temperada, pero Casiopea, que había pasado la infancia al lado de un tirano, detectó al instante la repulsión del hechicero, como el humo de tabaco que se adhiere a un saco.

—Gracias —dijo.

—Las cosas elegantes le sientan bien, ¿verdad, Martín? —preguntó Zavala, aunque no volteó hacia el primo de Casiopea, que no se había ni dignado a pronunciar palabra para saludarla—. ¿Y tú? ¿Qué te parece este lugar, Hun-Kamé?

—Muy vulgar —respondió.

—No podíamos construir una pirámide, como bien te imaginarás. Se trata de una adaptación moderna.

—¿Lo llamas eso?

—El poder fluye por todo el edificio y más poder fluirá todavía a través de todos sus azulejos, de todas sus paredes, un poder que se extenderá por el territorio y devolverá el señorío a Xibalbá. El nombre del Señor Supremo estará en boca de todos los hombres, que se cortarán la lengua y ofrecerán su sangre a Vucub-Kamé —dijo Zavala, despojándose de la máscara de patriarca bondadoso y dejando al descubierto al mago, al sacerdote.

—No mientras yo siga existiendo —replicó Hun-Kamé.

—Eso ya lo veremos.

Hun-Kamé tomó una copa y bebió un poco. Casiopea siguió su ejemplo, aunque bebió demasiado rápido, saboreando de todos modos la dulzura desconocida del champaña. Martín se quedó mirándola y ella estuvo a punto de disculparse, las viejas costumbres, antes de recordar que su mirada de desaprobación le tenía sin cuidado.

—¿Resulta ahora que hemos venido hasta aquí para escuchar las mismas palabras vanas que llevas décadas pronunciando? —dijo Hun-Kamé, dejando la copa.

—Si fueras inteligente, me habrías dejado ayudarte y habrías supervisado el diseño de este fabuloso palacio. Pero eres terco —dijo Zavala, hablando de nuevo como un padre amable que reprende a un hijo rebelde. Pero el tono no tuvo efecto alguno sobre Hun-Kamé, que mantuvo una expresión pétrea.

—Y tú no eres más que un hechicero advenedizo tan equivocado como mi hermano. Dime por qué estamos aquí.

Zavala sujetó su puro entre el pulgar y el índice y se quedó mirándolos con una sonrisa que dejaba expuesta una hilera de dientes amarillentos. Su cara, observada con atención, tenía una tonalidad levemente ictérica. Decían que cuando Montejo intentó conquistar Yucatán, capturó muchos indios y los arrojó a su jauría de perros, para que fueran devorados. Y eso era lo que Zavala le evocaba a Casiopea. Un tipo que devoraba personas.

—Estamos aquí para discutir los términos del acuerdo —dijo Zavala.

—¿Ah, sí?

—No estarás esperando que tu hermano llegue para que tú lo atravieses con una espada, ¿no? Los conflictos entre dioses no suelen desarrollarse así. Al menos actualmente, y mucho menos en el estado

en que estás. Se te ve… disminuido.

Hun-Kamé irguió la espalda y siguió sentado, orgulloso y digno. No protestó las palabras de Zavala, tal vez porque eran ciertas, aunque más probablemente porque consideró que responder a aquel ataque no correspondía a un dios.

—El Señor Supremo propone una competencia en la que la muchacha actúe como tu representante y este joven como el de Vucub-Kamé —dijo Zavala.

Le dio una palmada en la espalda a Martín. El primo de Casiopea no se mostró en absoluto satisfecho con aquel contacto físico y esbozó una mueca de repulsión.

—¿Qué tipo de competencia? —preguntó Casiopea.

—En la antigüedad, habríamos hecho que dos mortales se enfrentasen con escudo y armas blancas. O tal vez que jugaran a la pelota y que el perdedor fuera sacrificado ante la corte sagrada. Pero, por desgracia, no creo que sea adecuado, puesto que no son ni jugadores de pelota ni tampoco guerreros.

Casiopea casi se echa a reír. Martín sabía montar a caballo, pero poca cosa más. Los deportes no le interesaban, y mientras que, de pequeños, los niños del pueblo disfrutaban persiguiendo una pelota por la calle, Martín no hacía nada de eso. Casiopea, como mínimo, estaba fuerte de tanto correr de un lado a otro de la casa y de trapear; andar cargada con cajas llenas de fruta y verdura le habían desarrollado los músculos, por mucho que últimamente se sintiera agotada.

—El Señor Supremo sugiere un juego más adecuado. El que recorra el Camino Negro y llegue antes al Árbol de la Vida, el corazón de Xibalbá, se proclamará vencedor. Es elegantemente sencillo.

Sonaba sencillo, y si Casiopea no hubiese visto el Camino Negro en sueños, se habría mostrado de acuerdo sin problemas, pero aquellas imágenes de sangre y de muerte le hicieron cerrar las manos sobre el regazo, estrujar el tejido del vestido entre sus dedos. Recordó el encuentro con su primo, las visiones que había tenido en el jardín. No podía engañarse pensando que habían sido meros sueños. Porque había sentido el contacto de la magia, había visto un augurio.

Vucub-Kamé estaba alertándola. O amenazándola. Y por mucho que intentara ignorar todo aquello y considerarlo simplemente un truco, un intento ridículo de intimidarla, Casiopea sabía que las

palabras que había pronunciado y las cosas que les había mostrado contenían algo de verdad.

—Las reglas son las siguientes —dijo Zavala—. En primer lugar, la magia de Hun-Kamé no te protegerá en Xibalbá. Serás vulnerable a los elementos y al beso lacerante del puñal. Y lo mismo aplica en tu caso, Martín: serás vulnerable. No se les proporcionará asistencia. Recorrerán el camino con la única compañía de un cuchillo de obsidiana. Somos justos, evidentemente.

—¿Y qué pasará si llego en primer lugar? —preguntó Casiopea.

—Pasará que el Señor Vucub-Kamé se arrodillará delante de Hun-Kamé y le permitirá que le corte la cabeza por su intransigencia. Pero si pierdes, mi querida muchacha, será la cabeza de Hun-Kamé la que rodará y tú te enfrentarás a una vida desagradable y a una vida en el más allá más desagradable si cabe, puesto que quedarás encadenada en el interior de la Casa de los Cuchillos.

Casiopea recordó la historia de los Héroes Gemelos y su viaje por las casas de Xibalbá. La Casa de los Cuchillos estaba, como su nombre indicaba, repleta de cuchillos voladores que atravesaban a todo aquel que transitaba por su interior, pero los gemelos habían ofrecido a los cuchillos cuerpos de animales. Y gracias a ello, los cuchillos no los habían atravesado. Pero aquello no era más que un cuento, pensado con seguridad para el consuelo de los mortales, y Casiopea no creía que a ella fuera a serle concedido aquel alivio.

—Te veo turbada, querida —dijo Zavala, con un tono de burlona amabilidad—. ¿Quieres más champaña?

—Estoy bien, gracias.

Pero Zavala ignoró su respuesta y volvió a llenarle la copa hasta el borde. Casiopea ni la tocó, pero vio que su primo apuraba la suya y se secaba con nerviosismo con la servilleta.

—Siempre hay que apostar por ganar el juego, y este es un juego importante, Casiopea. Ser el adalid de un dios no es tarea sencilla. Ahora bien, no es necesario que acepten la propuesta en este mismo instante. Vucub-Kamé desea hablar con ustedes. Tiene una idea más magnánima.

—Lo que tiene es alguna trampa con la que aspira a cazarnos —replicó Hun-Kamé—. Alguno de sus trucos.

—Trucos, trucos, que palabra más desagradable. A lo mejor desea arreglar las cosas, ¿no te parece? —dijo Zavala—. Sea lo que sea lo

que quiere, no puede dirigirse directamente a ustedes a menos que tú se lo permitas, Hun-Kamé. ¿Querrás hablar, por lo tanto, con él? Si estás de acuerdo, te hará una visita.

—Lo dices como si tuviera otra alternativa.

—Tienes una alternativa. Ahí está la gracia —replicó Zavala.

—Y si dijera que no, ¿qué haría? ¿Pasarme notas por debajo de la puerta? —preguntó Hun-Kamé—. Hemos llegado al final de este viaje, al fin y al cabo, y ahora tenemos que vernos. Que enseñe la cara, si lo desea.

—Entiendo, pues, que queda aceptado y dispuesto. Vuelvan a sus habitaciones. Él estará allí.

Y aunque habían hablado con palabras sencillas y mundanas, Casiopea comprendió que todas las frases que acababa de oír contenían, sin duda, significados ocultos y mágicos.

Zavala levantó la copa, como si brindara con ellos, y le sonrió a Casiopea.

—Debes saber, mi querida muchacha, que Vucub-Kamé puede ser amable. Hasta cierto punto. Pero que si tensas la cuerda… se expone ante ustedes el Camino Negro. Y ahora dime una cosa, sinceramente, ¿temes a la muerte?

Casiopea desvió la vista y, en un movimiento rápido, tomó la mano de Hun-Kamé y se levantó con la velocidad de una flecha.

—Se me antoja bailar —dijo. Fue lo primero que se le pasó por la cabeza, la excusa adecuada para no tener que responder a la pregunta.

Casiopea guio a Hun-Kamé hacia la pista de baile sin lanzarle ni una sola mirada a Zavala. Y su convicción titubeó cuando él le posó la mano en la cintura. No conocía los pasos para aquella canción, que era dulce y lenta, como un jarabe. Le habría gustado poder mirarse los pies para asegurarse de que se movían con un mínimo de coordinación, pero sabía que de hacerlo parecería torpe. Tampoco es que él estuviera mirándola, puesto que Hun-Kamé bailaba con la cabeza muy alta, como si quisiera ver por encima del hombro de ella.

—Tu hermano me ha hecho antes una oferta —dijo por fin, cuando le pareció que encontraba el ritmo—. Me ha hablado a través de mi primo y me ha prometido gloria y oro. Y me ha mostrado también lo que podría pasarme. Me ha mostrado la muerte y Xibalbá.

—Mi hermano posee el don de la profecía, pero no todas sus visiones se hacen realidad —dijo Hun-Kamé.

—Pero yo ya había soñado con eso, durante el viaje.

Hun-Kamé no se había mostrado preocupado antes por eso, pero en aquel momento, una arruga atravesó su frente. Su expresión se volvió tensa.

—Tengo miedo —dijo Casiopea—. Tenías razón, si fuese una heroína, sabría que estas cosas funcionan así. No tendría dudas en cuanto a poner mi vida en peligro para salvar esta tierra, para salvarte a ti. Seguiría adelante. Pero estoy asustada, y si subimos esa escalera… a lo mejor soy incapaz de rechazarlo una tercera vez. Y… y por eso lo que más me gustaría es poder seguir bailando y nada más.

Hun-Kamé no dijo nada y se sumió en uno de sus duros silencios. Casiopea se habría sumergido en la preocupación de no haber sido tan divina la música y tan lánguido el balanceo al ritmo de la melodía. ¿Acaso no deseaba bailar? No exactamente aquella canción, no exactamente en aquel salón de baile rodeada por mujeres vestidas con sedas y con diamantes adornándoles el pelo, no exactamente rodeada por hombres con pajarita y perfectos esmóquines; aquello eran elementos incorporados de forma inesperada a su fantasía. Naturalmente, cuando casualmente había pensado alguna vez en bailes, nunca se había imaginado cuál sería su pareja. Siempre había ahuyentado rápidamente la idea y su pareja había quedado reducida a una figura amorfa. Y aun en el caso de haber sido capaz de visualizar un muchacho, nunca se habría parecido, ni de lejos, al hombre que ahora la estaba guiando.

Por lo tanto, bailó, bailó porque deseaba bailar y porque si paraba, empezaría a formularse preguntas. «¿Temes a la muerte?». Sí, la temía.

Hun-Kamé bailaba, pensó Casiopea, para distraerla. O sino, para mostrarles a todos —a Vucub-Kamé, a Zavala, a Martín— su desdén, su indiferencia. Pero cuando Casiopea tuvo oportunidad de mirar hacia un lado y ver de refilón su imagen reflejada en un espejo, no observó ni desdén ni indiferencia.

Un día, en Uukumil, cuando fue a comprar a la tienda de ultramarinos y se olvidó de llevarse un rebozo para cubrirse el pelo, sorprendió a uno de los muchachos que trabajaba allí mirándola. Era el ayudante del tendero, y aquel día de verano andaba cargando un pesado saco de harina. Cuando ella entró en la tienda y empezó a leer la lista de cosas que necesitaba, el muchacho soltó sin querer el saco y

derramó toda la harina en el suelo. Casiopea recordaba perfectamente las risillas de tres niños, que estaban también en la tienda, y que ella se ruborizó, puesto que el muchacho se había despistado porque estaba mirándola. No una mirada normal, si acaso eso existía, sino una sorprendente mirada de deseo.

Casiopea reconoció aquella mirada en el rostro de Hun-Kamé: era exactamente la misma, más cautivada incluso, más intensa que la breve ojeada que la había sorprendido en Uukumil antes de murmurar una disculpa y salir de la tienda.

La mirada penetró en la cabeza de Casiopea, más fuerte que la champaña, y no le quedó otro remedio que sujetarse con fuerza a la mano de Hun-Kamé, consciente de que habría tropezado de no haberlo hecho.

—A mí también me gustaría poder seguir bailando —dijo Hun-Kamé.

Capítulo 29

Subieron las escaleras del hotel, esquivando un grupo de clientes borrachos que, entre risas y empujones, bajaban por la escalinata. El recorrido fue una marcha sombría para Casiopea y Hun-Kamé, casi funeraria. Cuando Hun-Kamé introdujo la llave en la cerradura de la puerta, Casiopea pensó en dar media vuelta.

Pero habían bailado, y estaban allí y necesitaban seguir adelante.

Hun-Kamé abrió la puerta.

Las sombras habían invadido el vestíbulo. Hun-Kamé y Casiopea entraron en una de las habitaciones y descubrieron zonas de oscuridad tan intensas que parecían líquidas, como si hubieran dejado la ventana abierta y la noche hubiera empapado el papel pintado de las paredes y el elegante mobiliario y oscurecido, además, los focos de todas las lámparas.

Una perezosa columna de humo oscuro apareció de repente en el centro de la habitación y de su interior emergió un hombre cubierto con una capa blanca. Se parecía a Hun-Kamé en el tono oscuro de su piel, en la expresión orgullosa de su rostro. Pero tenía el pelo claro, del color de esa frágil costra de sal que se forma por encima del agua de mar cuando se evapora. Sus ojos carecían prácticamente de color y no eran oscuros como los de Hun-Kamé, sino de un tono gris sedoso. Los hermanos eran, y no, un mutuo reflejo.

—Cuánto tiempo, desde nuestra separación —dijo Vucub-Kamé con una voz también sedosa y esbozando un gesto raro, similar a una sonrisa pero sin serlo.

Hun-Kamé no dijo nada, pero Casiopea sintió su rabia creciendo, caliente como carbón al rojo vivo. Estaba segura de que si intentara tocarlo, le quemaría la mano.

—El suficiente como para que hayas podido construir esta monstruosidad —replicó Hun-Kamé por fin.

—¿Monstruosidad? Hun-Kamé, me parece que te has quedado atrapado en el pasado. —Y ahora, la sonrisa de Vucub-Kamé fue

completa, aunque sin alcanzarle los ojos—. ¿Crees que en medio de Baja California podría construir un templo? Han prohibido las iglesias cristianas, lo cual me tiene sin cuidado, y ahora rezan a ídolos de aluminio y baquelita. Necesitamos nuevos atractivos, nuevos acólitos. Y sangre, por supuesto.

—Por lo tanto, no todo es nuevo.

—La sangre es la moneda más antigua que existe. La sangre permanece.

Hun-Kamé avanzó unos pasos hasta quedarse delante de su hermano. Eran de la misma altura, y se miraron a los ojos.

—Te dije que nunca desafiaras la sabiduría de la eternidad. Tu plan es innoble. Si algún día Xibalbá se levanta de nuevo, se levantará porque el destino así lo habrá querido, no como resultado de hechicería barata —dijo Hun-Kamé—. Pagarás por tu traición.

—Pagué hace mucho tiempo, teniéndome que tragar todas y cada una de tus ofensas.

—Los dos jugamos nuestro papel —replicó Hun-Kamé—. Y mi papel consistía en reinar en Xibalbá.

—En Xibalbá, pero no sobre mí. No nací para ser tu esclavo.

—Basta ya de tonterías.

—Esperabas que comiera de tus migajas, que bebiera tu vino rancio. Antes éramos dioses, no sombras. Hasta que ellos, los gemelos…

—Los Héroes Gemelos nos derrotaron y fuimos humillados, y teníamos que ser humillados porque nuestro orgullo era excesivo —declaró Hun-Kamé.

—¡Pues construiré grandes templos y los pintaré con sangre hasta que nuestra derrota quede anulada! ¡Hasta que dejemos de ser humillados!

—Ya basta, he dicho.

La voz de Hun-Kamé sonó con un tono imperativo perfectamente ensayado. Casiopea imaginó que no era la primera vez que mantenían aquel tipo de conversación. Por el tono utilizado por Hun-Kamé, imaginó asimismo que dichas conversaciones debían de terminar con el ácido silencio de Vucub-Kamé. Aunque no en esta ocasión.

—¿Te ha contado cómo era? —preguntó Vucub-Kamé, volviéndose hacia Casiopea y avanzando a continuación hacia ella. Casiopea se dio cuenta de que Hun-Kamé cambiaba de postura,

incómodo, pero después, Vucub-Kamé le tapó la visión con su cuerpo —. La quema de incienso de la mejor calidad, la dulce sangre de los sacerdotes, los sacrificios en cenotes repletos de piedras preciosas, el juego de pelota que terminaba siempre con una gloriosa decapitación…

Fue como si Casiopea lo estuviese viendo, saboreándolo. Los cielos nocturnos con una oscuridad aterciopelada puntuada por las estrellas, los murales de los palacios, pozas de agua tan azul que cualquiera pensaría que estaba teñida con las hojas del añil, y la devoción de los hombres, como una ola, un sonido tan potente que estremecía la tierra. La adoración de los mortales llenando los pulmones. Y luego, aquella adoración en receso, el vacío que dejó, el azul adherido todavía en los muros de los templos, soportando el ataque del tiempo, pero todo lo demás apagado, hasta que te domina la sensación de que tú también te estás apagando.

—Por aquel entonces el mundo era joven, olía a cobre y salmuera —dijo Vucub-Kamé, casi pensativo, y Casiopea se dio cuenta de que aun teniéndolo delante, no estaba allí, tenía la mirada perdida, vislumbrando la tierra de sus recuerdos.

Y entonces la miró, despacio, y le ladeó la cabeza como aquel que está examinando los productos en el mercado. Casiopea pensó, curiosamente, en el carnicero del pueblo, cuando la miraba fijamente mientras intentaba hacerle trampas con la balanza. Aunque el dios estaba pesando su carne en una balanza distinta.

—Joven, igual que tú eres joven. Basta mirarte, eres como el amanecer —dijo—. Ahora no puedes entenderlo, por supuesto, pero llegará un día en que querrás volver a ser nueva. En el que desearás regresar a este momento de perfección en el que eras la personificación de todas las promesas.

Vucub-Kamé tomó entre sus dedos un mechón de pelo de Casiopea. Lo tenía tan cerca, que vio entonces que sus ojos no eran grises, sino más claros, de la tonalidad que adquieren los huesos después de ser picoteados por animales salvajes.

—Me has rechazado dos veces. Me pregunto si lo harás una tercera, arriesgándote con ello a ser víctima de mi ira. El tres es un número especial, el número que representa a las mujeres, y te pregunto, pues, ¿qué pretendes representar? ¿Serás quizás la fruta, arrancada demasiado pronto del árbol para acabar pudriéndose en el

suelo? Eres muy joven, ya te lo he dicho.

Su mirada era el reflejo de Xibalbá, la promesa de la muerte. Y en lo más profundo de sus ojos, vio los huesos de los hombres que llenarían el Mundo Intermedio si sus planes daban sus frutos, vio las piedras salpicadas con sangre, sintió el miedo y el dolor de los mortales.

Casiopea apartó la vista.

—Deja ya de decir tonterías —dijo Hun-Kamé.

Avanzó hasta quedarse a la altura de Casiopea. Sus brazos se rozaron, los dedos de él presionaron los nudillos de ella.

—¿Yo? ¿Tonterías? Vas a enfrentarla al Camino Negro, hermano —dijo Vucub-Kamé.

—Este desafío no lo he concebido yo —replicó Hun-Kamé en tono desagradable, muy tenso.

—Eso da igual. De un modo u otro, estás matándola antes de tiempo. Es una crueldad.

Vucub-Kamé habló en un tono burlón tan exquisito que Hun-Kamé decidió replicar con un arrogante silencio.

—No tiene por qué ser así. Podríamos ser amigos, todos —dijo Vucub-Kamé, mirando de nuevo a Casiopea con la atención que le había prestado en el anterior encuentro. Y ella se sintió como si estuviera poniéndola otra vez en la balanza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cautela.

—Que me gustaría ofrecerte vida en vez de muerte —respondió Vucub-Kamé, tomando una manzana del frutero que había junto a la ventana—. Es muy simple: tienes que amputarte la mano izquierda.

—Vaya que sé cómo termina eso —dijo Casiopea—. Si me la amputo, cortaré el vínculo que existe entre Hun-Kamé y yo y entonces, él quedará tan debilitado que no podrá luchar contra ti y tú habrás ganado.

—Reconozco que se me ha pasado por la cabeza. Pero estoy pensando en algo más complicado, aunque beneficioso para todas las partes. No te amputas solo la mano. Sino que te matas.

Hizo entonces una pausa, para que ella entendiera a la perfección el significado de sus palabras. Casiopea soltó una risotada. ¿La tomaba por loca? ¿O imaginaba, tal vez, que estaba tan agotada que admitiría la derrota? Estaba cansada, tenía el cuerpo entero dolorido, en especial le dolía la mano, y su ánimo estaba también debilitado, como

si estuviese consumiéndose poco a poco, pero no estaba aún tan cansada como para rendirse en ese punto.

—Quítate la vida y mientras mueres, ofrécete a mí en sacrificio —prosiguió Vucub-Kamé, lanzando la manzana por los aires y capturándola con facilidad—. Los que se ofrecen al Señor de Xibalbá están invitados a habitar a la sombra del Árbol de la Vida.

—No entiendo qué ventaja tendría esto para mí —dijo Casiopea —. De hacerlo, yo estaría muerta y tú podrías hacerle igualmente daño a Hun-Kamé.

—Oh, claro, luego se ofrecerá también Hun-Kamé; prometiéndome su lealtad. Se arrodillará y yo le cortaré la cabeza con mi hacha. Y a continuación, su sangre se derramará en el suelo y yo la recogeré para utilizarla en el mortero y completar mis hechizos. Pero como después de tu muerte estará muy debilitado, y con lo cambiado que está además mi hermano, el Hun-Kamé que entré en Xibalbá será muy similar a un hombre mortal.

Vucub-Kamé presionó la fruta, que se encogió, se ennegreció y se pudrió en un abrir y cerrar de ojos, hasta que en su mano no hubo más que cenizas, que mostró acto seguido a Casiopea.

—Tengo el poder de restaurar la vida a los mortales que me veneran —dijo Vucub-Kamé.

Y mientras hablaba, las cenizas se transformaron de nuevo en una manzana, tan crujiente y tan roja como segundos antes. Sin la más mínima magulladura.

—Los dioses no… no se vuelven mortales —dijo Casiopea—. No mueren.

—En este mismo instante, en el cuerpo de mi hermano hay dos esencias enfrentadas. Se separa su elixir inmortal de la sustancia mortal que recorre su cuerpo, ¿y por qué no? Le corto la cabeza, resucita. Abre los ojos y es un hombre —dijo Vucub-Kamé—. Libre para caminar por el Mundo Intermedio, para soñar los sueños que sueñan los hombres. Y tú también, Casiopea, viva de nuevo. Estoy ofreciéndote lo que nadie más puede ofrecer. Abandona esta cruzada. Y tú, hermano mío, abandona tus reivindicaciones. Entrégate a mí y, al entregarte, dame todo lo que eres.

Vucub-Kamé dio media docena de pasos y devolvió la manzana al frutero.

—Estoy ofreciéndote tu deseo secreto —dijo simplemente.

Casiopea tenía la sensación de haberse tragado un pez de colores entero y de notarlo nadando en su estómago. Se llevó la mano al vientre, pensando que eso la calmaría, pero no sirvió de nada, puesto que al abrir la boca solo consiguió articular palabras estúpidas, y se vio incapaz de controlar el temblor de su voz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Él sabe perfectamente qué quiero decir —respondió Vucub-Kamé, con la misma media sonrisa que había esbozado antes. Empezó a dar vueltas en círculo alrededor de los dos—. Y tú sabes qué quiero decir, Casiopea. Lo que quiero decir es que les ofrezco vivir una vida en el Mundo Intermedio, una vida completa, larga y feliz, incluso con amor. ¿No están cansados de tanto negar la verdad?

Vucub-Kamé se quedó entonces inmóvil, observándolos con aquellos ojos extraños e inhumanos, firmes como un peñasco salpicado por la espuma del mar, tan gélidos que Casiopea se estremeció. A su lado, Hun-Kamé le pasó el brazo por los hombros, como si con el gesto quisiera darle calor, evitarle los temblores.

—No tienes capacidad para cumplir todo eso que dices —declaró Hun-Kamé.

—Si toda tu sangre se derrama en este lugar, si llevas a cabo el sacrificio definitivo, todas las piedras y todo el metal de este edificio se sacudirá con el poder de Xibalbá. Inclínate ante mí, hermano. Entrégame tu sangre y olvídate de ti mismo. Si lo haces, así será.

Convicción, símbolos. Casiopea tenía la impresión de que el dios de ojos claros estaba diciendo la verdad; que aquello era posible. Y eso le daba más miedo que cualquier enemigo que hubieran encontrado a lo largo de su viaje.

—Debo preguntarte de nuevo si quieres que Casiopea recorra el Camino Negro, o si tal vez prefieres mi alternativa, mucho más generosa con ella —dijo Vucub-Kamé, en tono taimado.

«No», pensó Casiopea. No estaba del todo segura de por qué Vucub-Kamé estaba ofreciendo aquello, pero ella diría que no. Había visto huesos, ceniza y muerte. Tenía miedo, deseaba vivir, pero no era tonta. No podía acceder a aquello. Abrió la boca para hablar, intentó expresar con palabras sus pensamientos.

—Necesitamos tiempo para reflexionarlo —respondió entonces Hun-Kamé, adelantándose a ella.

Casiopea se quedó tan sorprendida, que le presionó el brazo y se

quedó mirándolo. Pero Hun-Kamé estaba concentrado en su hermano y Vucub-Kamé le devolvió la mirada.

—El tiempo es precioso. ¿Cuánto tiempo crees que le queda a esta preciosa niña? ¿Cuánta muerte envenena ya sus venas? Respóndeme ahora.

—Concédeme una hora —dijo Casiopea.

Y vio un brillo en los ojos de Vucub-Kamé, un destello intenso y frío, como el filo de un cuchillo, dirigido hacia ella.

—Solo una hora —insistió—. No me cabe duda de que un gran señor puede conceder una hora.

Si las palabras tenían poder, las peticiones que se hiciera con ellas debían de tener también poder, supuso Casiopea, y supuso bien. Vucub-Kamé asintió, aunque a regañadientes.

—Una hora, pues —aceptó—. Piénsalo bien. Si me rechazas, te enfrentarás al Camino Negro. Y dudo que sea eso lo que quieras.

Vucub-Kamé invocó las sombras, y las sombras lo envolvieron con la misma calidez que la capa que llevaba, se extendieron por el suelo, el dios desapareció y la oscuridad que había infectado toda la estancia se esfumó. Las luces volvieron a ser brillantes, la habitación común y corriente.

—Vamos, ven conmigo a orillas del mar —dijo Hun-Kamé, tomándole la mano a Casiopea.

—¿Por qué? —cuestionó ella.

—Porque estoy seguro de que mi hermano puede espiarnos aquí. Sin embargo, no tiene dominio sobre el mar. El mar pertenece a otros. Vamos —insistió.

Capítulo 30

Poca gente bajaba a la playa, a pesar de la ancha escalera de piedra que conducía hasta ella. La mayoría de huéspedes prefería la comodidad de la alberca, la sombra de sus sombrillas y los meseros sirviendo copas en charola. De noche, la playa estaba completamente desierta. La luna llena brillaba en una esquina del cielo, guiando su camino, pero una nube cubrió entonces su superficie, amortiguando la luz. Extrañamente, aquella iluminación recordaba el sol nocturno del Inframundo, que lo dejaba todo medio escondido, incrementando la sensación de secretismo.

Aun sin buena luz, Casiopea vislumbraba con claridad el rostro de Hun-Kamé. Si acaso, su visión se había agudizado desde que compartía parte de la esencia del dios, revelando secretos ocultos en la oscuridad, aunque también podía ser que se hubiese acostumbrado tanto a Hun-Kamé que fuera capaz de conjurar sus facciones con suma facilidad.

—Vamos al agua —dijo Hun-Kamé.

—Echaremos a perder la ropa —dijo Casiopea, que ya se había descalzado y llevaba los zapatos en la mano.

—Es necesario —replicó él, con el agua rozándole ya los tobillos —. Podemos recorrer los cenotes, pero el océano, con sus corrientes y sus mareas, nunca fue nuestro. La sal conservará nuestros secretos. Aquí, mi hermano no puede oírnos.

Casiopea dejó los zapatos sobre una roca y entró en el agua. Estaba fría y las olas golpeaban la orilla con cruel precisión, casi con violencia. El mar, a luz del día, tenía una preciosa tonalidad verde azulada, pero ahora se había vuelto gris y Casiopea se adentró en unas aguas plomizas.

—Tienes un plan, ¿no? —preguntó—. ¿Alguna manera de vencerle?

—No tengo nada que vaya más allá de las dos opciones que nos ha ofrecido —respondió Hun-Kamé con solemnidad.

—Pero entonces…

Casiopea había dado por hecho que Hun-Kamé iba a revelarle algún tipo de maniobra, alguna estrategia que pudieran desarrollar, como los Héroes Gemelos, que quemaron las plumas de un guacamayo para evitar el peligro de la Casa de la Oscuridad y echaron huesos viejos a los jaguares para no ser devorados. Las leyendas eran así.

—¿Cómo crees que me llamo? —preguntó de pronto Hun-Kamé.

Se estaba levantando el viento, que agitó el caro vestido de Casiopea. El mar rugía y las luces del casino parecían lejanas. Casiopea movió la cabeza, sin entender nada.

—Ya sé cómo te llamas —dijo.

—No. No me refiero al nombre que te he dicho. Si me vieras en la calle, si te hubieras cruzado conmigo caminando por la ciudad y me hubieras mirado por encima del hombro, ¿qué nombre me habrías puesto?

—¿Estamos jugando a algo? —preguntó ella, exasperada.

—Ya te expliqué que todos tenemos distintos nombres. Tú eres la dama Tun, eres Casiopea, eres la Doncella de Piedra y, en el fondo de tu corazón, tienes también un nombre secreto. Ponme un nombre y será solo tuyo y mío.

—Yo no…

Estaba cerca de ella, pero se acercó aún más, y Casiopea lo miró fijamente.

—Podría ser otra persona. Si me dieras un nombre, ¿quién podría decir que no es el mío? Si tuviera un nombre común y corriente, podría tener una historia común y corriente —dijo—. Podría jurar que te vi por primera vez en Mérida, por la calle.

Hacía mucho frío y ella, sin abrigo, empezaba a notar un hormigueo en la punta de los dedos. Quería frotarse un poco los brazos, para entrar en calor, pero no se movió.

—Todos son símbolos, las historias que contamos; si me dieras un nombre, podría morir y podría abrir los ojos de nuevo y recordaría ese nombre.

Habló con determinación y seriedad y con otra cosa, algo que Casiopea no consiguió reconocer, pero entonces, su rostro se suavizó.

—No sería un dios… ya te lo expliqué. A veces, casi ni recuerdo quién soy. Podría olvidarlo todo.

«Pero ya hemos llegado tan lejos», protestó la mente de Casiopea. Pero su lengua no se mostró dispuesta a expresar aquel pensamiento. Su boca enjauló las palabras.

—Los dioses no mueren pero a veces, sentado a tu lado, he pensado que me moría, he sentido un dolor en el pecho que me cuesta comprender, y eres tú, atrapada ahí dentro —continuó Hun-Kamé, perplejo, tan bajito que las olas prácticamente ahogaban su voz—. ¿Has sentido alguna vez una cosa así?

La respiración de Casiopea era como brasas ardientes. No respondió, pero levantó con cuidado la mano izquierda, la que albergaba el fragmento de hueso, para apartarle a Hun-Kamé un mechón de pelo que le caía en la frente.

—Sí —dijo por fin.

Hun-Kamé se inclinó hacia ella, le acercó los labios al cuello y luego le sujetó la cara para besarla en la boca.

Era novato, torpe, peor que Casiopea. Ella, al menos, había leído acerca de besos en los libros. Pero fue agradable, el beso, y él era el hombre más guapo que había visto en la vida. Y la deseaba. Jamás había pensado… no se había permitido pensar que pudiera ser deseada de aquel modo.

¡Pero aquel plan! ¡Convertirse en mortal!

Era una locura. Se había vuelto loco.

¿Pero quién podría decir que no lo había conocido en Mérida? ¿Qué la historia que Martín había contado a la familia no era la verdad? ¿Quién miraría a Hun-Kamé, desprovisto de su resplandor sobrenatural, y pensaría «Ahí va un hombre que fue un dios»? La gente se limitaría a decir: «Mira, mira que pareja más bonita, mira cómo le da él la mano y como lo besa ella. Como si el uno fuera el aire que el otro respira».

Con la boca de él pegada a la suya, con la huella de su sonrisa impresa en la mejilla, Casiopea comprendió que no quería nada más en el mundo que aquel hombre. No el dios, sino el hombre, con sus cejas oscuras, su nariz larga, con aquellas manos finas que descansaban en su espalda. Ya había elegido un nombre para él —Francisco, como el del poeta que escribió sobre la vida, la muerte y el amor—, y lo habría pronunciado en aquel mismo instante, sellando de ese modo el acuerdo, de no ser porque entonces le llamó la atención un detalle que le obligó a abrir los ojos y mirarlo. El parche, el ojo que

faltaba, esa parte de él que no estaba allí y que la golpeó igual que las olas golpeaban la orilla.

Casiopea comprendía a la perfección la fuerza de la narrativa y las reglas estrictas que rigen un soneto. El esquema constante de la rima, como la marea. La forma de ser de las cosas. Y tiempo atrás, mucho tiempo atrás, escuchó una palabra: *patan*. Y eso fue lo que la detuvo.

—Me dijiste que no debemos dejarle vencer —le recordó a Hun-Kamé—. ¿Qué pasará en el Mundo Intermedio si tu hermano se vuelve todopoderoso? Sangre, sacrificios y…

Hun-Kamé negó con la cabeza.

—Él desea la gloria. Y el resto, ¿qué importa? —dijo—. No importa mientras estemos tú y yo.

Ojalá ella pudiera repetir esas palabras, como el loro de la jaula de Uukumil. Pero recordó lo que él le había contado: que los cenotes se llenarían de cadáveres, que los hombres morirían atravesados con flechas. Y ella lo había visto, no era una ilusión, y no podía hacerse a la idea, no podía despreocuparse de todo aquello, por mucho que su determinación estuviera desmoronándose.

—Vucub-Kamé cometería maldades en todo el territorio, y habría dolor, pero nosotros estaríamos juntos y podríamos marchar muy lejos. El mundo es enorme. ¿Qué importa lo que suceda en una pequeña parte de él?

—Pero…

—Mi hermano puede quedarse con los salones de Xibalbá y el trono negro —dijo Hun-Kamé—. Nosotros nos tenemos el uno al otro.

Volvió a besarla, un beso que se hizo eterno. Cuando se separaron, Casiopea pensó que si él se marchaba no quedaría nada de ella, que no sería él el que quedaría borrado y viviría con una nueva identidad. Y cuando le acarició el pelo, estuvo segura de que lo único que importaba era el amor, que en aquel lugar junto al mar solo estaban ellos dos.

—De lo contrario, me perderás —murmuró Hun-Kamé.

—Quiero que te quedes conmigo.

—Pues haz entonces que me quede.

Casiopea estaba aturdida y sin aliento. Se acercó a la caricia de sus manos, consciente de que lo más fácil del mundo sería simplemente susurrarle un nuevo nombre. Un nombre que cobraba

peso en la punta de su lengua.

«Francisco»

Él estaba allí, corría por sus venas, y no veía manera de negarlo.

—Quiero bailar contigo, al ritmo de la música más rápida posible. Quiero aprender los nombres de las estrellas. Quiero nadar en este océano de noche. Quiero conducir a tu lado en uno de esos automóviles y ver a dónde van las carreteras —dijo Hun-Kamé, riendo, sujetando la cara de ella entre sus manos.

Se abrazó a él, notó el repiqueteo de su corazón bajo la palma de la mano. El latido era real, él era real, todo aquello era real, y el resto no eran más que… leyendas. O cuentos de niños. La magia no existía, ni los dioses, ni las competencias. Si conseguía llegar a convencerse de que todo habían sido imaginaciones suyas, así sería. La quimera de una pesadilla y la realidad de ellos.

Pero… las leyendas. Casiopea conocía poemas y conocía leyendas. Sabía reconocer las formas que trazaban las estrellas mientras que hombres muy instruidos eran incapaces de vislumbrar las constelaciones. Conocía aquella leyenda y debía tener un final distinto. La creación de los mitos. Y fue el peso traicionero de la creación de los mitos, del *patan*, lo que tiró de ella, lo que la obligó a apartarse de él.

—No sería justo —dijo.

Las palabras fueron como un cuchillo: le hicieron daño. Hun-Kamé levantó las manos y la miró fijamente.

—¿Justo? Nada en el universo es justo.

—Pero yo quiero que sea justo. No quiero que triunfe la maldad, que tu hermano masacre inocentes. No quiero dar la espalda a todo esto.

—No seas tonta. Los finales felices perfectos no existen —dijo él, con tiento.

—Pero, Xibalbá…

—Xibalbá no me importa.

Casiopea se quedó mirándolo. La mirada de Hun-Kamé era la de un joven ingenuo, pero detrás de ella seguía brillando la oscuridad de Xibalbá, por mucho que él intentara negárselo y la besara por tercera vez. Casiopea volteó.

—Eres el Señor Hun-Kamé y Xibalbá sí te importa. Y tal vez la vida no sea justa, pero yo sí debo ser justa. No puedo darle la espalda

a todo esto —dijo.

Las palabras fueron para él como una cachetada. Una luz se amortiguó en su interior y su rostro ingenuo y joven dejó de ser tan ingenuo. Era de nuevo el Señor de Xibalbá, antiguo como las piedras de los templos de la selva.

—Me gustaría que fueses una cobarde en vez de una heroína —dijo con amargura, como un tronco de madera que cruje cuando se parte en dos. Casiopea se encogió de dolor.

—No me considero ninguna heroína.

—Pero aun así lo eres.

Su mirada se volvió más profunda y cuando le levantó un poco la cabeza a Casiopea para que lo mirara, adquirió una tonalidad negra aterciopelada. Ella pensó que volvería a besarla. Pero no lo hizo.

Echó a andar, para adentrarse en el agua. En cuanto vio que le llegaba ya a la altura de las rodillas, ella lo siguió, preguntándose qué estaría haciendo, dónde pretendía ir. Entonces, Hun-Kamé se volvió de forma abrupta y Casiopea comprendió que no sabía dónde iba, que simplemente se estaba dejando llevar por el mar, preocupado y a la deriva.

—En Xibalbá no puedo protegerte —dijo, con voz angustiada—. ¿Cómo pretendes que te permita ir allí?

—¿Tengo alguna posibilidad? —preguntó Casiopea—. ¿Alguna posibilidad real?

—No puedo asegurarte la victoria. El Camino Negro es peligroso. Estarás sola, probablemente te sentirás perdida, pero el camino sigue las órdenes de la persona que transita por él, y te escuchará, puesto que eres también parte de mí.

—¿Cómo puedo hablarle al Camino?

—Dale órdenes igual que le darías órdenes a un perro, y estate en todo momento muy atenta. El camino puede parecer una única línea, muy sólida, pero cuando la oscuridad se intensifica, hay sombras. Puedes saltar a través de las sombras. No debes tener miedo. El miedo lo complica todo. Y, sobre todo, en ningún momento te apartes del camino.

Casiopea asintió y respiró hondo.

—No lo haré —prometió.

—El mayor peligro está en tu propio corazón. Si te concentras, si permaneces firme, encontrarás la ruta hasta la ciudad. Visualiza mi

palacio y llegarás a sus puertas.

—Nunca he visto tu palacio.

—Lo has visto, debes de haberlo visto en mi mirada.

Casiopea recordó todas las veces que habían hablado de Xibalbá. Hun-Kamé le había contado que su palacio era como una piedra preciosa, y había mencionado que estaba rodeado de estanques.

—A su alrededor hay árboles plateados —dijo, tentativamente—. Y estanques con peces extraños.

—Sí, brillan como luciérnagas.

—Y el palacio tiene muchas habitaciones.

—Tantas como días tiene el año.

—Está pintado de amarillo y azul —continuó Casiopea.

—Y luego está mi salón del trono. Y mi trono, construido con la obsidiana más negra que puedas imaginar.

—Y tú ocupas ese trono. Luces en la cabeza una diadema de ónice y jade.

La imagen fantasma que construyeron del palacio no era más que eso, una creación frágil de la imaginación, pero aun así era sólida. Casiopea visualizó el palacio y supo que, a pesar de no haber recorrido jamás sus pasillos, el parecido era exacto.

Respiró hondo.

—Puedo hacerlo —dijo.

—Pues ya está todo hablado —dijo Hun-Kamé, concluyente. Su voz había recuperado su habitual frialdad—. Has tomado tu decisión.

—Sí, está todo hablado.

Hun-Kamé asintió y, con el pantalón empapado, volvió hacia la arena. Los labios de Casiopea sabían a sal, tenía la garganta seca. Y habló antes de que él pisara terreno seco.

—Espera unos minutos más —dijo—. No nos echarán de menos si tardamos un poco más, y esta es la última vez que te veo, ¿no? Pase lo que pase.

—Sí —respondió él—. Volveré a ser un dios, o estaré muerto.

—Pues, entonces, espera unos minutos más.

Sabía que era una estupidez intentar prolongar aquel rato, que no era bueno para ninguno de los dos. Y además, ella acababa de rechazarlo. Pero aun así…

Casiopea levantó la cabeza hacia el cielo, hacia su infinidad de estrellas. Y luego lo miró a él. Estaba de perfil. Hun-Kamé intuyó su

mirada, volteó hacia ella y esbozó una sonrisa ladeada. La atrajo hacia él y levantó también la cabeza para mirar las estrellas que jamás se había tomado la molestia de observar.

Capítulo 31

Se quedaron así, junto al mar, con las olas rompiendo contra sus piernas, intentando estirar los minutos, hasta agotar por completo el tiempo. Un empleado del hotel los estaba esperando en lo alto de las escaleras que conducían al edificio. Les informó de que Zavala quería hablar con ellos.

Casiopea y Hun-Kamé fueron escoltados hasta una sala sin ventanas y decorada con grabados intrincados. Las paredes eran de color blanco hueso, pero el suelo era negro y estaba pulido con tanta intensidad que reflejaba las columnas, el friso y las paredes; era como caminar por encima de un océano de tinta. Y a pesar de que tal vez se utilizara para alguna actividad del casino —un baile, una fiesta lujosa —, el ambiente de aquel espacio era similar al de un templo.

Y como para reforzar aquella impresión, en el centro de la sala había dos robustas sillas de madera con respaldo alto, adecuadas para sacerdotes o reyes, o para ambos. Entre las dos, un pedestal de piedra sin pulir, sobre el cual descansaba un hacha enorme.

Vucub-Kamé estaba sentado en la silla de la derecha, pero se levantó en cuanto entraron y, con su capa arrastrándose a sus espaldas, se dirigió hacia ellos. La capa era una creación curiosa: estaba confeccionada con huesos y plumas de lechuza, cosida con la seda de las mariposas nocturnas, y se mantenía rígida y fuerte a pesar de la delicadeza de sus componentes. Cuando se movía, los huesos tintineaban y reían.

Detrás de Vucub-Kamé estaba Zavala —más amarillento que antes y vestido de blanco, un contraste malévolo con su rostro ictérico — y Martín, que vestía también de blanco.

—Su tiempo se ha acabado —dijo Vucub-Kamé—. ¿Demostrarán su inteligencia y aceptarán mi oferta, o son tan estúpidos que piensan rechazarla?

—Recorreré el Camino Negro —anunció Casiopea.

Vucub-Kamé no se mostró ni sorprendido ni enojado por la

respuesta. Sino que se quedó mirándola con aquellos ojos tan claros, impasible.

—Me rechazas cada vez —dijo—. Pues muy bien. Te enseñaré lo que es la humildad.

Casiopea no dijo nada y decidió devolverle la mirada en vez de obsequiarle con una exhibición del miedo que sentía.

—Tendrás un cuchillo y una cantimplora con agua para el viaje, pero nada más —declaró Vucub-Kamé.

Casiopea vio que había dos mesas preparadas con aquellos objetos, el cuchillo de obsidiana y una jícara. Iba con vestido de noche, una prenda en absoluto apta para viajar, pero cuando tomó el cuchillo, la ropa se transformó de repente: la gasa de color beige se convirtió en sencillo algodón y el vestido, en una blusa negra, una falda larga también negra y un rebozo negro, prendas que habría podido vestir perfectamente en su casa. En la cintura apareció un cinturón con una funda que contenía el cuchillo. La cantimplora tenía una cuerda, que podía pasarse por el cuello o bien atar al cinturón, pero cuando la tomó, su mano sufrió una sacudida, seguida por una punzada de dolor, como si el fragmento de hueso se le hubiera hundido más en la carne.

—Deja que te ayude —dijo Hun-Kamé, atando la cuerda al cinturón. Cuando hubo acabado, le tomó la mano—. Podríamos…

Casiopea creyó que iba a desmayarse, pero hizo un firme gesto de negación con la cabeza.

—Pasará, siempre acaba pasando —dijo, e intentó representar el papel de heroína valiente, por mucho que estuviera segura de que el papel le quedaba grande.

La actuación debió de ser aceptable, puesto que Hun-Kamé asintió.

—No perdamos más tiempo —dijo Vucub-Kamé, aunque dio la impresión más de estar aburrido que de ansioso por empezar el juego —. Tu adalid parece estar ya preparada.

—Un minuto —replicó Hun-Kamé.

Le presionó más la mano, y Casiopea pensó que iba a despedirse de ella, a besarla por última vez. Hun-Kamé se inclinó hacia delante.

—Xibalbá intentará confundirte —le dijo Hun-Kamé en voz baja —. Pero no debes permitirlo. El camino te escucha, pero tú no debes escucharlo a él.

La soltó. Aquella fue su despedida. Casiopea no pudo evitar sentirse decepcionada, por mucho que antes, a orillas del mar, se hubiesen despedido ya a todos los efectos.

Hun-Kamé tomó asiento en la silla situada a la izquierda. Vucub-Kamé, acompañado por el tintineo de su capa de huesos y con mirada indolente, lo hizo en la silla gemela. Casiopea se imaginó a los hermanos en Xibalbá, sentados el uno al lado del otro en un fabuloso salón subterráneo del trono.

—¿Empezamos? —dijo Vucub-Kamé, con una mirada vacía fija en el frente.

—Empecemos —replicó Hun-Kamé, mirando también al frente, pero con su único ojo fijo en ella.

Zavala encendió un puro y se situó delante de los dioses gemelos. Aspiró. Casiopea miró de reojo a su primo, que le respondió con una mirada de cautela. No hubo, sin embargo, intercambio de palabras. ¿Qué decir en aquellas circunstancias?

Zavala abrió la boca y escupió una violenta nube de humo y ceniza, que envolvió a Casiopea y a Martín.

El humo era abundante y el salón se oscureció, pero era un humo que no producía ninguna sensación de malestar y que no obligó a Casiopea a toser. A medida que el humo se fue espesando, borró los límites de la estancia, los contornos de las caras de los hermanos, la silueta de Martín, los grabados de las paredes. E incluso borró por completo el suelo. Casiopea estaba parada sobre una superficie y, a la vez, era como si no estuviera parada en nada, como si estuviera flotando, sin ángulo alguno que guiara la dirección de su mirada o le diera un mínimo sentido de perspectiva.

El mundo recuperó poco a poco sus contornos y Casiopea se encontró de repente en un camino solitario. Por encima de su cabeza había un cielo extraño, desprovisto de estrellas, y a su alrededor se extendía un paisaje gris y desolado. Acababa de descender a Xibalbá.

Inspiró hondo e inició su viaje. Caminó durante muchos minutos, pero siempre que miraba hacia delante, el paisaje era exactamente el mismo y si miraba a sus espaldas, solo se veía el camino, la gris desolación. Hun-Kamé le había dicho que era imposible saber cuánto tiempo le llevaría llegar a la ciudad. Que el tiempo y las distancias no eran los mismos que en el Mundo Intermedio. Comprendió entonces a qué se refería, puesto que había avanzado muy poco; era como si

hubiera andado tres pasos en una hora. Peor aún, era incapaz de ver los agujeros que Hun-Kamé le había mencionado.

Casiopea se llevó la cantimplora a los labios y bebió un trago. Siguió caminando despacio, con la mirada fija en el camino, intentando adivinar si había alguna cosa distinta en el suelo, pero solo se veía una negrura intensa, como obsidiana.

Y mientras avanzaba cayó en la cuenta de que aquel mundo era estremecedoramente silencioso. No había viento y la arena gris de los bordes del camino permanecía inmóvil. Reinaba tanto silencio que empezó incluso a oír el latido de su propio corazón, el movimiento de la sangre en sus venas; cada paso era como la pisada de un elefante. Pero aquel era el único sonido: todo venía de su interior y tenía un efecto desorientador. Se detuvo un par de veces a beber de la cantimplora y, en aquel desierto de silencio, el borboteo del agua sonó tan fuerte como los rápidos de un río.

Oía sus pulmones, el aire que respiraba, y empezó a caminar más rápido, esperando encontrar algún ruido, algo que pusiera fin al silencio. Pero el camino seguía siendo el mismo, sin ningún cambio, y tampoco se alteró el silencio de aquel territorio. Era como estar encerrada en ámbar.

Casiopea aceleró el ritmo, luego echó a correr. El corazón le retumbaba en el pecho y se vio obligada a parar, sin aliento, y el sonido de su respiración se hizo tan potente como el de un huracán.

En cuanto se hubo recuperado, la envolvió de nuevo el silencio y se dio cuenta de que estaba en un cruce. Giró sobre sí misma, intentando determinar qué dirección tomar, pero mirara donde mirara, el desierto gris seguía siendo igual y los caminos parecían no tener fin. No había curvas, eran cuatro líneas rectas. Hun-Kamé no le había mencionado nada al respecto.

En las historias de los Héroes Gemelos también aparecía un cruce con cuatro caminos, pero eran todos de distintos colores —verde, rojo, blanco y negro— y se dirigían hacia las cuatro esquinas del mundo. Pero aquí no era el caso, y cada uno de aquellos caminos podía conducirla tanto hacia su objetivo como hacia su perdición.

—En el este está la respuesta —le dijo uno de los caminos.

—La ciudad está hacia el oeste —replicó otro camino.

—Deberías ir hacia el norte —declaró el tercero.

—Da media vuelta, vas en dirección contraria —afirmó el cuarto.

Casiopea no tenía ni idea de cómo hablaban los caminos, pero hablaban, utilizando un murmullo insidioso, un zumbido molesto, que la forzó a esbozar una mueca de repulsión. Las voces venían también del interior de su cabeza, como todos los demás sonidos. Forzó la vista para intentar discernir cuál era el camino correcto. Los caminos volvieron a hablar.

—Oigo su corazón latiendo de miedo —dijo un camino.

—Oigo la sangre corriendo en sus venas, gélida como consecuencia de la locura que está atacándola —dijo otro.

—Oigo su respiración asfixiándole la garganta.

Las voces eran como una gota de agua tras otra cayendo a un ritmo regular sobre su cabeza, una forma ingeniosa de tortura, terriblemente molesta. Cuando hablaban, era imposible concentrarse, pero era incluso peor cuando se quedaban calladas, puesto que el silencio era como golpearse contra una pared.

—En esta tierra hay monstruos.

—Hay lugares esculpidos con el dolor de los hombres.

—Hay trampas hechas con sangre y huesos.

Se tapó los oídos con las manos, pero las voces estaban en su interior y se reían de ella, hacían chistes e insistían en que las siguiera.

Dio vueltas en círculo hasta que cayó de rodillas, cansada y abrumada. Volvía a dolerle la mano izquierda. Tocó el punto donde estaba incrustado el fragmento de hueso y la pulsera de plata que le había regalado Hun-Kamé tintineó en su muñeca, un ruido leve pero que en el silencio de aquel mundo era como la nota de un címbalo. Recordó entonces lo que le había dicho: «El camino te escucha».

Se incorporó muy despacio y se sacudió la ropa. El murmullo de la tela fue como un puñal arañando la tierra y los caminos rieron con ganas, provocando ecos en su cabeza.

Casiopea apretó los dientes y luego abrió la boca para hablar.

—Voy al Palacio de Jade —explicó a los caminos—. Y me mostrarán cómo llegar hasta allí.

Los caminos no se mostraron dispuestos a obedecer y respondieron gritándole maldiciones abominables, prometiéndole devorarle los huesos y escupirlos luego, pero entonces, Casiopea levantó la mano izquierda y recordó cómo hablaba Hun-Kamé, siempre seguro de sí mismo, y su boca reprodujo aquel tono férreo.

—Muéstrenme el camino —les ordenó.

Los caminos titubearon y temblaron, físicamente, hasta tal punto que Casiopea casi pierde el equilibrio. Se agitaron como lenguas y luego, todos al mismo tiempo, se quedaron inmóviles.

Casiopea vio entonces que el camino que se extendía a su derecha presentaba una sección con una tonalidad levemente distinta, no tan negra como la obsidiana. Sino que era negra como el hueso carbonizado, una textura más aterciopelada que sedosa.

Casiopea se dirigió hacia aquella sección del camino y, sin saber qué otra cosa decir, se limitó a repetir su destino.

—El Palacio de Jade —dijo, y avanzó un paso.

Durante un segundo, quedó engullida por un agujero de sombras, en un mundo negro arriba y abajo, y después volvió a emerger en el camino, flanqueado ahora por montículos de tierra. A lo lejos se veían más montículos de aspecto similar. El paisaje había cambiado y ya no era aquella llanura gris por la que llevaba tanto rato andando. El silencio también se había roto. En el borde del camino crecían malas hierbas y había animales, grillos y caracoles que hacían crujir las plantas secas.

Encontró entonces otro agujero de sombras, y luego otro, y fue entrando en ellos, y a cada paso que daba, el paisaje cambiaba. Y así fue avanzando en su viaje hasta que pasó junto a unos pilares de piedra clara, muchos de ellos en pie, altos y orgullosos, aunque en su mayoría caídos en el suelo, rotos en dos o tres pedazos, algunos prácticamente en ruinas, otros casi intactos.

Los pilares tenían caras, y se detuvo a observarlas, creyendo que representaban guerreros. Pero era una suposición arriesgada. Debía de haber un centenar o un millar de pilares flanqueando el camino. Al final, se sentó junto a uno de ellos para beber un poco y masajearse los pies, pero no se demoró mucho tiempo allí.

El camino se hundió de repente. Y en el medio se alzó un pilar, aunque este era de piedra oscura, y cuando lo miró con más atención vio que… respiraba. Estaba vivo. Aquello no era un pilar.

Martín, gracias a su experiencia anterior en el Inframundo, estaba recorriendo el Camino Negro con más facilidad que su prima. Aunque sus anteriores viajes habían sido en compañía de Zavala. Solo, el viaje

resultaba más agotador. Había empezado la competencia caminando a paso ligero, pero se había cansado y había acabado bajando el ritmo. En el camino que seguía, el ambiente era pegajoso y cálido. No dejaba de sudar y de maldecir para sus adentros.

El paisaje que lo rodeaba era desalentador. El camino atravesaba una selva frondosa con árboles con hojas de color verde jade. Pero los pájaros que poblaban los árboles estaban descarnados, eran criaturas sin ojos que graznaban con rabia. Entre el follaje se removían otros animales, y cuanto más se adentraba Martín en la selva, más inquieto se sentía y más temía que apareciera un jaguar en la oscuridad y se abalanzara sobre él para devorarlo.

El camino era como alquitrán caliente que se adhería a sus zapatos, que lo retenía, hasta que llegó un momento en que apenas podía dar tres pasos sin sentirse agotado.

—Llévame al Palacio de Jade —le dijo al camino—. Llévame rápidamente al Palacio de Jade.

Pero el camino, malicioso, se rio de él con desprecio. El sudor le estaba empapando el cuello de la camisa e intentó seguir avanzando, pero lo hacía con enorme lentitud.

Le sorprendió entonces un sonoro murmullo entre las hojas. Martín desenfundó el cuchillo.

Y cuando levantó la vista vio un mono, mirándolo.

—Bicho idiota —dijo entre dientes, guardando de nuevo el cuchillo—. ¡Lárgate!

Apareció entonces un segundo mono, y luego un tercero. De pronto, una docena de ojos brillantes y amarillos miraba fijamente a Martín. Empezó a alejarse, muy despacio, ya que el camino seguía pareciéndole alquitrán caliente.

Entonces, uno de los monos le lanzó una piedra. Y otra. Martín gritó, levantó los brazos e intentó protegerse de la lluvia de piedras. Una de ellas le hizo un corte en la mejilla y otra le impactó en el omoplato. Los monos chillaron, felices.

—¡Voy al Palacio de Jade! —vociferó Martín—. ¡Me dirijo allí cumpliendo el deseo expreso de Vucub-Kamé!

Los monos siguieron lanzándole piedras, pero el camino liberó a su manera a Martín, que pudo echar finalmente a correr y huir de las escandalosas criaturas.

En el Mundo Intermedio, Vucub-Kamé descansó la barbilla en la mano y observó el movimiento de las cenizas en el suelo. Las cenizas se levantaron y trazaron el contorno del Camino Negro, permitiéndoles ver el avance de sus dos adalides. Casiopea iba rezagada con respecto a su primo, pero empezaba a avanzar a buena velocidad. Sin embargo, había encontrado un obstáculo importante.

Hun-Kamé se revolvió en su asiento y se inclinó hacia delante, como si con el cambio de postura fuera a ver mejor la escena que se desplegaba abajo. Estaba preocupado. Y debía estarlo. En un golpe de suerte, Casiopea había averiguado uno de los secretos del Camino Negro y había aprendido a circular por él, pero la suerte se le había acabado.

Xibalbá contaba con criaturas espantosas, obstáculos y trampas. Casiopea acababa de cruzarse por casualidad con una de las más imponentes, y se puso a temblar.

—Deberías haber aceptado mi oferta —le dijo Vucub-Kamé a su hermano—. No es tu campeona, sino simplemente una muchacha asustada.

Los ojos de Vucub-Kamé se habían vuelto transparentes, como el sastún, porque en las cenizas acababa de adivinar su futuro y su triunfo.

Capítulo 32

No era un pilar de piedra. Era un murciélago. Doblaba en tamaño a Casiopea y tenía las alas replegadas sobre un cuerpo huesudo. Su piel era muy oscura, brillante, como si hubiera sido esculpido a partir de un único bloque de piedra. La cara del murciélago era rudimentaria, hecha a partir de miedos primitivos, a medio formar, y tenía los ojos cerrados. No soñaba, puesto que ningún ser de Xibalbá sueña, pero estaba en un trance similar al sueño, a la espera de la aparición de peregrinos desprevenidos. Últimamente no había muchos y el camino estaba polvoriento por falta de uso, pero en los siglos pasados, el murciélago había vivido momentos de gloria persiguiendo hombres por las tierras oscuras y, en alguna ocasión, incluso había volado hasta el Mundo Intermedio para beber de las axilas y los pechos de los mortales.

Y ahora vagaba por Xibalbá y esperaba. Era Kamazotz, el murciélago de la muerte que marchita los cultivos.

Esquivar aquella criatura era imposible. Bloqueaba por completo el estrecho camino que Casiopea estaba siguiendo. Si seguía adelante, acabaría a su lado, y no creía que fuera buena idea acercarse al monstruoso murciélago. En la historia de los Héroes Gemelos, un dios murciélago le había arrancado la cabeza a uno de ellos. Y no le interesaba en absoluto averiguar si aquel tenía también esa afición.

Observó al murciélago, que seguía durmiendo, observó su cuerpo, tambaleándose con la respiración. Avanzó un paso.

—Si te acercas te oirá, y te atacará —dijo una voz—. Está ciego, pero tus movimientos le alertarán de tu presencia.

Casiopea bajó la vista, sorprendida, y vio una serpiente de color verde intenso. Tenía dos cabezas y cuatro ojos, clavados en ella. No creía que fuera venenosa; había visto ejemplares similares en su mundo, aunque sin dos cabezas, claro. Se acuclilló a su lado y frunció el ceño:

—¿Quién eres? —le preguntó en voz baja.

—No soy más que una serpiente —respondió una de las cabezas.

—Oh —dijo Casiopea—. ¿Y cómo es que pareces… distinta a las demás serpientes que conozco? Y hablas, además…

—Hablo porque estamos en Xibalbá y porque tú no eres una mujer normal. Te he reconocido. Llevas el sello de Hun-Kamé en los ojos —dijo la otra cabeza de la serpiente.

—¿Lo conoces?

La pregunta ofendió a la serpiente, que levantó con orgullo sus dos cabezas planas.

—Era nuestro señor, y fue traicionado. Vucub-Kamé ha traído el desequilibrio a Xibalbá y solo el retorno de Hun-Kamé podrá restaurar la balanza de la dualidad. Si tú estás aquí, portando su estandarte invisible, es que el señor está cerca.

—Tengo una misión.

—Como debe ser —dijo la serpiente, muy educada. Al fin y al cabo, las serpientes tienen un gran sentido del decoro y el orden.

Casiopea miró de reojo el murciélago que bloqueaba el paso. Hun-Kamé le había dicho que no se apartara del camino y por eso no se atrevía a hacerlo. Además, aun en el caso de que intentara apartarse mínimamente del camino, lo más probable era que el murciélago la oyera.

—No tendrás alguna idea sobre cómo pasar por aquí, ¿verdad? —le preguntó a la serpiente—. Debo llegar al Árbol de la Vida.

La serpiente se quedó un minuto pensando.

—Mis hermanas y yo podríamos distraerlo. Pero tendrías que ser rápida.

—¿Me ayudarías? —dijo Casiopea—. Es muy generoso de tu parte.

—Sí, ambas somos hijas de la Tierra —dijo con arrogancia la serpiente—. Además, me gusta esa pulsera de plata que llevas. Podrías dárnosla, para cerrar el trato. Al fin y al cabo, en misiones como esta, siempre hay que dar algo.

Casiopea se acarició la muñeca y miró el aro de plata que llevaba. Era un regalo de Hun-Kamé, la única joya que había tenido en su vida y el único objeto que esperaba conservar, un recuerdo de su viaje. Y de él. Se mordió el labio.

—Ten, pues.

Casiopea dejó la pulsera en el suelo, al lado de la serpiente.

La serpiente estaba feliz. Parpadeó y acarició con ambas cabezas la mano de Casiopea, como un gatito. Y entonces llamó a sus hermanas. Eran tres, de color verde jade, todas con dos cabezas también, y cuando vieron la pulsera de plata, quedaron satisfechas, pues a todas las serpientes les gustan las joyas, los metales preciosos y los espejos. Su vanidad hace que dediquen mucho tiempo a perseguir su propio reflejo en las superficies de esos objetos, pero no se debe pensar mal de las serpientes por esta razón, ya que son criaturas bondadosas e inteligentes.

Cuando acabaron de examinar la pulsera, volcaron su atención en Casiopea y cuchichearon entre ellas.

—Nos dispersaremos en distintas direcciones —le explicó la serpiente—, y cuando el camino quede despejado, corre. Pero tendrás que correr.

—No se me antoja en absoluto quedarme aquí —dijo Casiopea—. Gracias.

Se incorporó y se preparó. Las serpientes se marcharon, siguiendo el camino. De entrada, el murciélago no les prestó atención. Siguió durmiendo, con los brazos descansando sobre el torso y los ojos cerrados. Pero cuando las serpientes empezaron a remover arena y polvo, haciendo que la hierba que flanqueaba el camino se estremeciera, el murciélago se desperezó. Levantó la cabeza y extendió las alas con un movimiento estruendoso que a Casiopea le recordó el sonido de un látigo y se impulsó hacia arriba, agitó las alas e intentó localizar el origen del ruido.

Volando parecía aún más grande y Casiopea se quedó tan sobrecogida, que durante unas milésimas de segundo no se movió. Pero entonces, recuperando el sentido, se puso en marcha.

Corrió e intentó localizar agujeros de sombra en el camino, pero no había ninguno. El Camino Negro no tenía interrupciones, por mucho que buscara.

El murciélago, que estaba persiguiendo una de las serpientes, volvió su impresionante cabeza, cambió de idea y decidió seguir un nuevo sonido. Agitó las alas, cobrando velocidad, y Casiopea intentó correr más rápido. En su casa se pasaba el día subiendo y bajando escaleras, corriendo de un lado a otro, y por ello era una joven ágil, pero el murciélago se estaba aproximando con mucha celeridad.

Casiopea empezó a correr en zigzag con la esperanza de que la

criatura se diera por vencida. Había visto mariposas nocturnas haciéndolo cuando oscurecía para de este modo engañar a los murciélagos y no acabar convirtiéndose en su cena, pero a pesar de que le sirvió para ganar un poco de tiempo, Kamazotz se cernió sobre ella. Casiopea se fijó entonces en dos columnas que se habían derrumbado y formaban un ángulo en el suelo, dejando un espacio por debajo de ellas. Se lanzó hacia allí y gateó por debajo de las columnas.

El murciélago voló en picada e intentó arrancarle la cabeza, igual que había arrancado la cabeza de muchos héroes en el pasado, pero chocó irremediablemente contra una columna. Sus garras golpearon la columna con tanta fuerza que dejaron surcos en la piedra. Voló arriba y abajo, chocando con la columna una y otra vez. En su escondite, Casiopea notaba que la piedra se estremecía con los golpes. Se apresuró entonces a deshacer el nudo de la cuerda que sujetaba la cantimplora a su cintura y esperó a que el murciélago levantara el vuelo y se abalanzara de nuevo hacia la columna. Lanzó la cantimplora con todas sus fuerzas. Esta cayó rodando por el camino y el agua de su interior se derramó. El murciélago, atraído por el sonido, cambió de dirección.

Casiopea aprovechó para incorporarse de nuevo y echar a correr. El sonido de los zapatos en el camino hizo que el murciélago girara sobre sí mismo para localizarla. Y en nada, la encontró.

El Camino Negro se extendía recto sólido delante de Casiopea, sin la más mínima abertura, y detrás de ella, por encima de ella, el murciélago batía sus alas, preparándose para arrancarle la cabeza con sus garras afiladas.

«Moriré —pensó—. Y será una muerte horrible.»

Pero negó con la cabeza, alejó aquel pensamiento.

Y entonces la vio, titubeante, la sombra que indicaba la presencia de un agujero, y saltó hacia allí.

No pronunció el nombre de su destino —no había tiempo para que saliera de su garganta el más mínimo sonido— y se adentró en una oscuridad completa para emerger de nuevo en el Camino Negro.

Levantó la cabeza, pero por encima de ella no había más que aquel extraño no cielo del Inframundo. A sus espaldas, el camino estaba tranquilo. No se veían columnas, ni rotas ni intactas, flanqueando la ruta. Había conseguido dejar atrás al murciélago.

Casiopea se recostó en el suelo hasta que el corazón recuperó su

ritmo regular. Y entonces se levantó y reemprendió la marcha.

Martín llegó a un río lleno de sangre. Verlo le produjo náuseas y se vio obligado a dar media vuelta, localizar otro agujero en el camino y volver a saltar, porque en Xibalbá el truco consistía en que, a pesar de que el camino parecía una línea recta, se bifurcaba y se movía. Cambiaba constantemente. Sin embargo, cuando Martín volvió a saltar, se encontró con un río de pus, infranqueable.

—¡Maldita sea! —gritó.

Dio media vuelta una tercera vez y finalmente pudo seguir avanzando. En aquel punto, el camino ya no estaba pegajoso y podía caminar con más facilidad, pero tenía moretones en los brazos de las pedradas de los monos y, a pesar de que la mejilla había dejado de sangrarle, le dolía terriblemente. Y más que eso, su orgullo había resultado herido y estaba desaliñado; debía de parecer un delincuente recorriendo a trompicones el Camino Negro.

Los huesos sobresalían de la tierra, como dientes rotos. Los había blancos, algunos amarillos, otros estaban podridos y eran negros, muchos con hilillos de carne rosa o rojiza colgando de ellos. Variaban en tamaño y podían ser tan pequeños como un grupillo de margaritas o altos como una persona. Y todos apestaban de tal manera que Casiopea se vio obligada a cubrirse la cara con el rebozo.

El hedor atraía a los buitres negros, que permanecían posados sobre los huesos. Sus cabezas, arrugadas y desprovistas de plumas, voltearon hacia Casiopea y sus ojos, hechos de ópalo, reflejaron la imagen de la joven, pero la dejaron tranquila y no intentaron cortarle el paso. Más desagradables fueron las moscas, que revoloteaban alrededor de los huesos. Eran de distintas tonalidades de verde, desde el verde delicado del cristal de botellas y vasos, hasta el verde lechoso del jade, pasando por el verde oscuro de la selva. Nubes y nubes de moscas volaban por todos lados, zumbando nocivamente. Casiopea, sin separar el rebozo de la cara, contuvo la respiración. El hedor a carroña era tan intenso que incluso le lloraron los ojos. Las moscas se apiñaban como una nube sobre los huesos. Pero luego, muy despacio, tanto las moscas como el hedor fueron amortiguándose.

Los huesos que Casiopea encontró a partir de allí estaban limpios,

blancos, desnudos y sobresalían del suelo. Ya no se apiñaban como minúsculas margaritas; los huesos más pequeños le llegaban a la altura del hombro y los más altos eran como árboles, y mientras que antes flanqueaban el camino, ahora surgían en medio del recorrido negro que estaba siguiendo. Primero fue solo un par de huesos, luego pasó entre cuatro, después cinco, todos en fila.

Casiopea se apartó el rebozo de la cara y miró al frente. Tenía ante ella un muro de huesos. Brillaban bajo el cielo sin sol de Xibalbá. Y aunque era alta, la pared no parecía infranqueable. Había huecos entre los huesos, lo bastante grandes como para permitir el paso entre ellos.

Y posados sobre los huesos, la observaban unos cuantos buitres negros.

—Muy bien —dijo Casiopea, con un suspiro.

Pasó entre los huecos. A veces tuvo que agachar la cabeza y avanzar despacio. Pero por lo demás, no fue complicado. Hasta que los buitres empezaron a graznar de repente y alzaron el vuelo. Casiopea levantó la cabeza. Desde donde estaba era imposible ver nada, pues los huesos formaban un espesor tupido como las copas de los árboles.

Siguió caminando. Pero entonces lo oyó: el sonido de un fuerte arañazo y luego un retumbo que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Los huesos se estaban moviendo. Los huecos que se abrían entre ellos estaban desapareciendo.

Casiopea gateó con rapidez para tratar de escapar de aquella trampa. Los huesos chocaron los unos contra los otros y Casiopea decidió empujar una hilera, que parecía una costilla gigante, y consiguió que se balanceara ligeramente hacia la izquierda, permitiéndole el paso. Los huesos crujieron con más fuerza y se cerraron como una boca. Vio entonces un agujero, pequeño pero suficiente para salir por él si conseguía ponerse de rodillas, y así lo hizo. El suelo era rasposo y sufrió rasguños en las rodillas, pero Casiopea se dio prisa. Los huesos descendieron, aparentemente dispuestos a aplastarla por completo, en el momento en que salía de aquellas fauces. El rebozo se le enredó entre los huesos, pero se lo quitó de los hombros y lo dejó allí. Saltó y cayó de espaldas al suelo, de cara hacia el cielo.

La pared de huesos ya no mostraba huecos. Y después de que los

crujidos cesaran, se alzaba blanca y silenciosa. El rebozo, atrapado entre dos huesos, se agitó a merced del viento, como una bandera, antes de que los huesos tiraran de él hacia el interior y se tragaran la tela.

«Mejor el rebozo que yo», pensó Casiopea.

Se incorporó, se limpió las manos con la falda y se alejó de la pared de huesos. Había perdido la pulsera, la cantimplora y el rebozo, y solo le quedaba el cuchillo. Pensó que no pintaba bien, pero no era vidente, y tampoco tenía una piedra de la adivinación ni dieciocho granos de maíz para vislumbrar el futuro.

Un buitre negro aterrizó en el camino al lado de Casiopea y la miró con curiosidad.

—Voy al Palacio de Jade —le dijo al ave.

Sabía que tenía que seguir adelante. Que no podía hacer otra cosa. Un pie detrás de otro, y el Camino Negro empezó a parecerle alquitrán fresco.

Los dioses permanecían sentados en sus sillas. En el suelo, las cenizas seguían cambiando y dando nueva forma a la escena que los gemelos observaban, la de los dos viajeros. Martín, ayudado por su experiencia previa en el Camino Negro, avanzaba de forma eficiente entre las sombras y estaba incrementando su velocidad.

Las cenizas del suelo se levantaron y dibujaron la imagen de Casiopea. Lo había pasado mal, pero había conseguido superar al monstruoso Kamazotz y también la mandíbula de huesos. Si Vucub-Kamé hubiera sido aficionado a las apuestas, habría apostado en contra de aquel resultado.

Vucub-Kamé clavó las uñas en la madera de la silla, haciéndola crujir. Volvió rápidamente la cabeza hacia su hermano de pelo oscuro, que estaba tremendamente preocupado por el avance de la joven de ceniza por el territorio.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó Vucub-Kamé, levantándose furioso, pero con la ira gélida de un Señor de la Muerte pronunciando palabras de hielo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo lo hace?

—No hay ningún truco, si eso es lo que pretendes insinuar. No he

hecho trampas —respondió Hun-Kamé.

Por supuesto que no. No podría haberlas hecho. Al principio, la joven había avanzado despacio, con torpeza, pero estaba cobrando velocidad y tal vez pronto adelantaría a Martín. Pero era por méritos propios, por la firmeza de su determinación, y Vucub-Kamé empezó a pensar de nuevo en el significado de los símbolos. La doncella, una promesa entre paréntesis.

—De un modo u otro, debes de estar haciendo trampas —dijo Vucub-Kamé, ofendido—. Es demasiado débil para arreglárselas sola.

—Juzgas siempre mal a los demás —replicó Hun-Kamé y miró a su hermano con su único ojo, negro como la tinta.

¡Bah! ¿Pero acaso no le habían fallado todos a Vucub-Kamé? El viejo Cirilo, los hermanos Zavala con sus hechicerías nocturnas. Ahora todas sus esperanzas estaban depositadas en Martín. El joven no era ni mucho menos la espada afilada que le habría gustado empuñar a un dios, sino un arma tosca, una maza pesada. ¿Y qué más daba?

—La veré muerta —dijo Vucub-Kamé a las cenizas, y su fría ira se quedó congelada en una flecha de hielo invisible y cuando respiró, la flecha emergió de entre sus labios para ir directa al cerebro de Martín, que estaba sentado sobre el tronco de un árbol caído junto al camino.

El joven se estaba secando la frente con un pañuelo, agotado por el viaje y deprimido por el paisaje de Xibalbá. Humedeció con un poco de agua la tela y se la aplicó a golpecitos en la mejilla, adolorida por el golpe. A su alrededor había árboles negros, sin hojas, con ramas desnudas extendiéndose hacia el cielo y, en el suelo, troncos podridos como el que estaba sirviéndole de asiento en aquellos momentos.

Martín se llevó la mano a la cabeza y el anillo que llevaba le dio una punzada, clavándose en la piel.

El pensamiento de Vucub-Kamé le llegó de repente, como si fuese propio. Resonó en el interior de su cráneo.

«Mátala», dijo Vucub-Kamé.

—Mátala —repitió Martín, con una voz incolora; con una voz lóbrega, enérgica y antigua.

El eco desapareció y Martin retorció el pañuelo entre ambas manos.

—Señor, por favor —dijo, pero la presencia lo había abandonado.

Estaba solo, con árboles muertos como única compañía. Las instrucciones habían sido claras.

Aun sin entender por qué la percibía, sabía que su prima se estaba acercando. De un modo u otro, Vucub-Kamé debía de haber diseñado su llegada, debía de haberla apartado de su trayectoria. O a lo mejor no había sido el Señor de Xibalbá; tal vez el Camino Negro tuviera mentalidad propia.

Daba igual. El caso era que sentía su presencia.

Y era como si fuera un insecto que hace vibrar la seda de una telaraña.

Lo cual, a su vez, convertía a Martín en la araña.

Martín cerró la mano sobre el pañuelo.

Capítulo 33

Árboles, tan pegados los unos a los otros que a veces formaban un enrejado, flanqueaban el camino que recorría Casiopea. Pero eran árboles marchitos, muertos, y sus ramas se alzaban fantasmagóricamente blancas hacia un cielo gris.

El camino era ahora empinado, ascendía hasta lo alto de una colina, y le estaba resultando difícil. Casiopea llegó por fin a un claro. A su derecha había un grupo de árboles pero abajo, a lo lejos, estaba la Ciudad Negra.

Una calzada elevada de aspecto monumental atravesaba el círculo de espinos que rodeaba la ciudad, de un modo similar a las murallas de piedra que envolvían a veces las urbes de los mortales, por mucho que aquella metrópolis no necesitara protegerse de ningún enemigo. Los edificios eran de piedra negra, rindiendo honores con ello al nombre de la ciudad, aunque era un negro brillante que cambiaba de matices y centelleaba. Columnas y estelas de piedra se alzaban en las plazas, ampulosas escalinatas con grabados de estilo jeroglífico conducían a numerosas plataformas. La ciudad era serena, sobria y monocromática. Con la excepción del Palacio de Jade, que ocupaba la zona central, el cual rebosaba de color y no se parecía en nada a cualquier estructura que Casiopea hubiera visto en su vida.

El palacio tenía cuatro niveles, cada uno de ellos retrocediendo ligeramente con respecto al que lo precedía. Las fachadas estaban decoradas con sofisticados motivos geométricos que creaban un ritmo palpable, como los golpes de un tambor. Las terrazas estaban conectadas mediante una imponente escalinata central. Y aunque pareciera increíble, la estructura estaba construida en su totalidad por jade verde y parecía una joya gigantesca, tal y como Hun-Kamé le había contado. Era como el palacio que Casiopea se había imaginado cuando estaban los dos a orillas del mar.

Observó aquella extraña ciudad, esculpida a partir de los sueños perdidos de mortales insomnes, y respiró hondo.

De pronto, captó un movimiento entre el bosquecillo de árboles muertos y volteó, esperando encontrar una serpiente o cualquier otro animal, pero lo que vio fue a su primo. Martín, desaliñado y con aspecto agotado, se había parado también para observar la ciudad. Le dio un trago a la cantimplora que colgaba de su cuello y se secó la boca con el dorso de la mano. Le ofreció agua a Casiopea, que aceptó, con cautela.

—Dios. Tengo la sensación de llevar una eternidad andando —dijo Martín—. ¿Y tú?

—También, más o menos —respondió Casiopea, devolviéndole la cantimplora.

Martín bebió un poco más, pero quedaba poca agua. Fastidiado, se deshizo de la cantimplora, lanzándola lejos. Cayó rodando colina abajo.

—Harías bien en no seguir avanzando, Casiopea —dijo.

—Esto es una competencia. Competimos para ver quien llega primero. No puedo quedarme aquí —replicó ella, imaginando que la intención de su primo era llenarle la cabeza de dudas.

—Sí que puedes, si supieses que seguir no te hará ningún bien. Vucub-Kamé no quiere que te acerques más a la ciudad.

—Me da igual lo que quiera. Tenemos un trato y no pienso abandonar ahora.

Martín no la había mirado en todo aquel rato. Pero entonces, fijó los ojos en ella. Tenía la cara reseca, pero no de sed física, sino espiritual. Era como si estuviese poseído.

—Casiopea, no puedo dejarte continuar. Así que… siéntate aquí y espera —dijo.

Se pasó una mano por el pelo. Lo tenía pegado a la cabeza por el sudor. Tenía un rasguño en la mejilla, iba sucio y despeinado, como si llevara muchos días seguidos andando. El viaje le había abrumado. Ella también estaba cansada y le habría encantado poder sentarse a descansar.

—¿Y qué? ¿Dejarte ganar? —dijo.

—Vucub-Kamé necesita conservar el trono, toda la familia depende de… Dios, toda nuestra familia depende de esto. Si pierdes… sería lo mejor para todos.

—Para ti y para él, quizás.

—Confía en mí. No te gustará lo que te espera. Y hablaré con

Vucub-Kamé, te lo prometo —dijo—. No te matará. Al fin y al cabo, eres una Leyva.

—No me vengas ahora con eso. Nunca he sido una Leyva. Ya te encargaste tú de que lo tuviera muy claro.

—¡Lo siento! ¿De acuerdo? ¡Lo siento! Pero, por el amor de Dios, no te desquites ahora conmigo, con nosotros. Dime, Casiopea, que no vas a seguir.

Casiopea pensaba que Martín cumpliría su palabra, que haría lo que le había prometido cuando hablaron en la Ciudad de México: llamarla «prima», dejarle caminar a su lado. Comprarle incluso vestidos y baratijas, llevarla a los bailes de Mérida igual que hacía con sus hermanas de vez en cuando. Al fin y al cabo, estaba desesperado.

Y aunque en su día todo aquello le habría gustado, no estaba dispuesta a ceder.

—Me dirijo al palacio —dijo, tanto para él como para sí misma.

—Dios. Nunca te rindes, ¿verdad? —vociferó, con una rabia con un matiz peligroso.

Casiopea intentó echar a correr, pero Martín fue muy rápido y se lo impidió. Era imposible luchar contra él y se le cortó la respiración cuando él la inmovilizó contra el suelo. Casiopea intentó empujarlo para quitárselo de encima y empezaron a pelear.

Casiopea llegó a la conclusión de que quería golpearla. Darle una lección, como hacía su abuelo con el bastón, como Martín ya había hecho otras veces. Un par de cachetadas. Pero entonces, Martín sacó el cuchillo y ella levantó las manos para intentar protegerse la cara. Con el movimiento, consiguió mantener el cuchillo alejado, capturarle las muñecas e inmovilizarlo. Pero no podía ni siquiera gritarle: Martín pesaba y estaba aplastándola. De pronto, era como si hubiera olvidado cómo se hacía para respirar. Pensó que moriría en aquel lugar tan extraño, junto a los árboles marchitos, con sus ramas blancas susurrándole al viento.

Con el pelo cayéndole sobre los ojos y con aquella rabia, su primo estaba irreconocible. Era como un monstruo mítico, más aterrador que Kamazotz porque llevaba mucho tiempo teniéndole miedo a Martín, porque temía que la cosa acabara así desde mucho antes de iniciar aquella competencia, que acabara recurriendo a la violencia.

—Martín, por favor —consiguió gimotear, pensando que jamás lograría quitárselo de encima.

Pero de pronto, se levantó y se alejó de ella, temblando, como si hubiese sido él el que hubiera quedado inmovilizado contra el suelo y con un cuchillo a escasa distancia de los ojos. Casiopea parpadeó y se incorporó.

—No puedo —dijo Martín—. ¡Estúpida, eres una estúpida, pero no puedo!

Estaba llorando. Casiopea lo había visto llorar de pequeño, el día que ella le golpeó la cabeza. Había sangrado, había perdido mucha sangre, y había llorado. Y ahora volvía a llorar… por mucho que hubiera sido él quien había intentado hacerle daño a ella. Al notar que Casiopea estaba mirándolo, Martín se volvió rápidamente y Casiopea levantó de nuevo los brazos para protegerse, pensando que intentaría acabar lo que había empezado.

Pero en vez del ataque del cuchillo, fueron sus manos lo que puso sobre ella. La empujó con tanta fuerza que Casiopea cayó rodando colina abajo. Aterrizó sobre unas malas hierbas, ilesa. Allí, el terreno era arcilloso y la pendiente menor. Cerca, se oía el rumor de un arroyo.

—¡Más te vale quedarte ahí! —gritó Martín, como una advertencia, y luego se perdió de vista.

Casiopea se levantó y esperó unos minutos antes de volver a ascender, pero cuando llegó a lo alto de la colina, descubrió que el camino se había esfumado y no había más que una llanura fangosa. Giró en círculo para intentar divisar el camino. No estaba por ningún lado.

Oyó el murmullo de otro arroyo. O tal vez fuera el mismo de antes, aunque era imposible. Pero Xibalbá no respetaba la topografía del Mundo Intermedio, las distancias aquí se expandían y se comprimían.

Del fango emergían árboles, amarillos y podridos. Piñas de barro hacían las veces de nido de unas aves raras que recordaban al flamenco pero que no tenían su color. Eran grises. Pero no del gris de los flamencos cuando eran jóvenes, antes de comer la cantidad necesaria de camarones que les otorgaba su característica tonalidad rosada. Sino de un gris más oscuro, como el hollín.

Sin saber qué hacer, Casiopea empezó a caminar. Con el movimiento, las aves levantaron la cabeza para mirarla y agitaron las alas, emitiendo un sonido que recordaba un siseo, pero no intentaron

acercarse. Casiopea, por si acaso, acercó la mano al cuchillo.

Decidió seguir el curso del riachuelo, aunque cualquier dirección habría sido la misma ahora que había perdido el camino. Tenía sed, y se arrodilló para beber de la corriente.

Cuando las almas de los muertos que viajaban a Xibalbá se apartaban del Camino Negro, acababan olvidándose de su identidad y se perdían, y Casiopea también se estaba perdiendo. Tenía la sensación de llevar semanas caminando, tenía ampollas en los pies, los zapatos llenos de barro, la ropa mal colocada y el pelo despeinado.

Cuando miró por encima del hombro, hacia el lugar de donde venía, no vio más que las piñas de barro y el riachuelo atravesando el terreno. Parpadeó, percatándose de lo curioso que era ver agua corriendo a cielo abierto; nunca había caminado a orillas de un río, porque en el norte de Yucatán siempre eran subterráneos.

Se le hacía muy difícil recordar Yucatán, a pesar de haber pasado toda la vida allí.

E igualmente difícil le resultaba recordar su habitación, los libros que leía, los poemas que había aprendido, los nombres de las estrellas, el rostro de su madre, las historias que le contaba su padre. ¿Llevaría solo horas en Xibalbá? ¿Años? Se miró las manos; eran las manos de una mujer joven, aunque cuanto más las miraba, más viejas le parecían. En el dorso de las manos aparecieron de pronto manchas cafés y empezó a moverse con lentitud, como si tuviera la columna castigada por la edad.

¿Había sido alguna vez joven? Sí, mucho tiempo atrás. Las historias empezaban así, pero, atareada como estaba trapeando, nunca había tenido oportunidad de imaginarse cuentos de hadas. ¿Había sido esa su vida? ¿Ocupada todo el día limpiando la casa, trajinando en la cocina, cargando cajas llenas de fruta y verdura, lustrando los zapatos de su abuelo?

Sí, había sido así. Había crecido, se había hecho mujer. Pero siempre con la misma rutina. Siempre en Uukumil. Trae esto, trae lo otro. El cepillo y el jabón y las manos agrietadas por las labores de la casa. Su madre había muerto y ella había seguido en Uukumil. Martín se había casado, había tenido hijos. Pero Casiopea no, puesto que era la pariente pobre y vivía allí por pura misericordia. En su pelo habían aparecido las canas, luego se había vuelto totalmente blanco. Había muerto de vieja, con mal aliento, con los ojos empañados por las

cataratas.

Jamás había puesto un pie fuera del pueblo. En su juventud, soñaba con bailes rápidos, con el atractivo del automóvil. Pero nunca había logrado ahorrar suficiente dinero, nunca había tenido valor para mudarse a Mérida. Con el tiempo, se había vuelto rencorosa, luego amargada, hasta que lo único que podía saborear era el odio.

Había muerto y había acabado aquí. En un lugar donde aves que carecían de carne y de plumas y que tenían las cuencas de los ojos vacías iban siguiendo su viaje. Se estaba hundiendo en el fango, tenía la falda impregnada de barro.

Aunque, había habido…

¿No había habido algo más? El recuerdo le arañaba el cráneo, con terquedad. Casiopea se rascó la cabeza a modo de respuesta y palpó mechones sueltos de pelo, un cuero cabelludo seco. Entrecerró los ojos, incapaz de centrar la mirada. Era, al fin y al cabo, una vieja.

Pero había…

Había un poema que describía justo lo que estaba sintiendo. Un poema que leyó muchísimo tiempo atrás en un libro mohoso, al que le faltaban páginas.

Y que decía…

—«Significase la propia brevedad de la vida, y con padecer, salteada de la muerte» —musitó Casiopea.

Recordó entonces. Le había hablado de aquel poema a Hun-Kamé cuando estaban en Tijuana. Pero eso no había sido años atrás, sino hacía tan solo unos días. No era vieja. Era una mujer joven, y cuando levantó la mano y la miró, vio la piel que conocía, sin las marcas del paso del tiempo.

Y recordó también la competencia.

Se dirigía al palacio, tenía que encontrar el Árbol de la Vida

Parpadeó. El paisaje a su alrededor era de un blanco cegador y tuvo que protegerse los ojos unos instantes. La llanura fangosa y las aves habían desaparecido. Estaba en una llanura de sal, salpicada con plantas fosforescentes, agitadas levemente por una suave brisa.

Xibalbá y sus trucos, otra vez.

El río había desaparecido y Casiopea empezó a seguir las extrañas plantas fluorescentes. Estaban en fila, encadenadas las unas a las otras. Había también anémonas y plantas que recordaban las orquídeas pero que parecían esculpidas en mármol travertino. Divisó a lo lejos

montañas de coral. Levantó la vista y vio un banco de peces ciegos volando por encima de su cabeza, como si fuesen pájaros, como si hubiesen olvidado que tenía que vivir en las pozas más profundas, debajo del suelo calcáreo.

Le dolía todo el cuerpo, pero lo que más le dolía era la mano, que presionó contra el pecho. Notaba que el tiempo se estaba acabando, era como un corazón gigante que palpitaba en silencio por todo el paisaje.

La sal estaba fresca y resultaba acogedora. Siguió caminando, y cuando los zapatos se le llenaron de sal, se los quitó y continuó descalza. Caminaba sin rumbo, sin ir a ninguna parte, con la esperanza de encontrar el Camino Negro aun sabiendo, en el fondo, que no conseguiría dar con él.

Pasó por delante de impresionantes columnas de conchas, presionadas como si fueran ladrillos, y llegó a un lago. Sus aguas eran de color azul celeste, como en sus sueños.

El viento había secado las lágrimas de Martin, que le dolían más que los golpes que llevaba en el cuerpo, más que la garganta seca. Corrió por la calzada elevada que conducía hasta la Ciudad Negra, pasó de largo los elegantes edificios construidos en ónice. En las ventanas de algunas de aquellas casas había gente con máscaras blancas que lo observaba con curiosidad, y se cruzó, e ignoró, soldados, sacerdotes y ciudadanos que recorrían también el mismo camino, que volteaban con expresión burlona al ver un mortal que se atrevía a deambular por su enrevesada ciudad.

Casiopea se quedó a orillas del lago, con el viento alborotándole el pelo. Por delante de ella, más allá del agua, solo había sal y rodear el perímetro llevaba mucho tiempo. Se vio obligada a sentarse a tomar aire. El cuerpo ya no le dolía, pero sabía que era la señal de que el final se estaba acercando. De que se acababa el tiempo.

Sus fuerzas estaban menguando y a su alrededor, como una vibración, percibía también las pisadas de Martín sobre el Camino Negro, entrando en la ciudad, pasando por delante de casas negras y monumentos negros y aproximándose al Palacio de Jade.

Casiopea se estaba muriendo. El espejismo de su vejez había sido una ilusión, pero aquello era real: la muerte le hormigueaba en los

dedos.

Se hallaba demasiado lejos del Camino Negro y no conseguiría llegar a tiempo al Árbol de la Vida.

Tomó el cuchillo y suspiró. Lo hizo rodar entre sus manos.

Recordó el consejo de Loray. Mutilarse la mano, ponerse al servicio de Vucub-Kamé. Y la oferta de Vucub-Kamé. Morir y ofrecerse a él. La había invitado a vivir a la sombra del Árbol de la Vida. Y Hun-Kamé moriría. Aunque moriría igualmente, y si llevaba a cabo aquel único gesto, Vucub-Kamé la tendría en consideración.

Sería misericordioso con ella.

Al fin y al cabo, llevaba la traición en la sangre. Su abuelo había sido desleal.

Había soñado con aquel momento, con cortarse las muñecas. Era la flecha del destino. Había sido una tonta al creerse capaz de ganar aquel desafío. Pero Casiopea, la desgraciada, la que había nacido sin estrella, no sobreviviría.

Casiopea sujetó el cuchillo con fuerza. Desesperada, asustada, deseosa de acabar con su dolor, se adentró en el lago hasta que el agua le llegó a la altura de los muslos. Seguía con el cuchillo en la mano. La hoja de obsidiana era afilada, sobrenaturalmente perfecta, como un espejo negro. Y vio su imagen reflejada en ella.

El Camino Negro se volvió más tortuoso a medida que Martín fue adentrándose en la ciudad. Lo condujo por callejones sin salida, lo arrastró por delante de templos magníficos y a través de un mercado donde vendían pieles de jaguar y aves sin plumas y con los huesos pintados en docenas de colores distintos. Había jugadores sentados en colchones de lana, tirando los dados, moviendo piedrecitas rojas y azules en un tablero. Reían, mostrando a Martín dentaduras afiladas.

—Mierda —maldijo para sus adentros.

Pero entonces, su ojo derecho captó un destello de verde y, al volverse, vislumbró, no muy lejos, la silueta inequívoca del Palacio de Jade.

Martín sonrió.

Casiopea oyó los pasos de Martín sobre el empedrado de la Ciudad Negra. Oyó también su respiración y, en lo más profundo de su ser,

comprendió que sus últimos instantes de tiempo se estaban marchitando.

Estaba asustada. El miedo era como un manto forrado con plomo y caía con pesadez sobre sus brazos. No le dejaba moverse. Lo llevaba cosido en las entrañas. Vivir, vivir, quería vivir. Quería una salida.

Era lo que le había dicho Hun-Kamé: la vida no era justa. ¿Por qué tendría que ser ella justa? ¿Por qué tenía que sufrir? Aquello ni siquiera era su historia. Aquel tipo de relato, aquella dudosa creación de mitos, era para héroes con espada y armadura, para gemelos de origen divino, para los que habían nacido agraciados por la estrella de la fortuna.

Ella no era más que una muchacha vulgar. Que los héroes salvaran el mundo, que lo salvaran los reyes que querían recuperar su corona. Vivir, vivir, quería vivir, y había una manera de conseguirlo.

¿Y quién decía que ella no podía servir a un señor de la muerte, como había hecho su abuelo? Vucub-Kamé le había prometido convertirla en su cortesana favorita. Podría incluso llegar a ser como Xtabay, con los dedos y las orejas cargados de joyas, admirada y respetada.

¿Por qué no?

—Acato al Señor Supremo de Xibalbá —le dijo con voz temblorosa al cuchillo.

Levantó el brazo. Y vio a Hun-Kamé muerto, con la cabeza separada del cuerpo, y el cuerpo cayendo. Y vio el futuro que Vucub-Kamé había visualizado: su reino ampliado, el mundo rebosante de humo y sangre, la oscuridad cubriendo la Tierra.

Y recordó el largo camino que había recorrido, los obstáculos que había superado y lo que le había dicho Hun-Kamé a orillas del mar. Resonaba en sus oídos con claridad: «Pero aun así lo eres». Recordó también la profundidad que habían adquirido sus ojos, la negrura aterciopelada, aquel tercer beso que no había compartido. Porque no había sido necesario. Hun-Kamé la amaba, lo sabía. Y ella lo amaba también.

No podía traicionarlo. No podía traicionarse a sí misma. No podía traicionar a la historia.

La creación de los mitos. Esta historia es más grande que tú y que yo.

Tal vez no fuera una heroína con escudo y de origen divino, pero

lo importante era el simbolismo. Tomó el cuchillo con fuerza.

—Acato al Señor Supremo de Xibalbá, al Señor Hun-Kamé —dijo, con aplomo esta vez.

Y se clavó el cuchillo en la garganta.

K'up kaal. La garganta cortada. La forma correcta de morir.

La sugerencia de Vucub-Kamé de cortarse las muñecas habría sido incorrecta.

Y correcta o no, el dolor fue desgarrador; rugió por todo su cuerpo y le obligó a abrir los ojos de par en par. La sangre manaba a borbotones. Le empapó la blusa, estaba temblando. Soltó el cuchillo, pero no intentó presionarse la garganta con las manos, no intentó detener el flujo de sangre.

Sino que intentó recordar lo que le había dicho a Hun-Kamé en el hotel: que quería que todo viviese. Y sus labios repitieron aquella petición, no la vida para sí misma, sino para todos los demás.

Casiopea cayó de rodillas, se deslizó hacia el agua, el lago la tragó entera.

El lago estaba perfectamente quieto. Como si ella no hubiese estado nunca allí.

K'up kaal.

En los desiertos de Xibalbá, los hombres vagaban y pedían a gritos misericordia. En los pantanos, graznaban aves esqueléticas. En cuevas que recordaban panales, mortales, que habían olvidado quiénes eran, se arrancaban el pelo a tirones. En la Ciudad Negra, los muertos de la nobleza que habían hecho los preparativos necesarios para habitar el Inframundo, cubriéndose con serpentina y jade y realizando las ofrendas adecuadas, descansaban en sus divanes y bebían un licor negro.

Xibalbá era como había sido siempre.

Pero entonces, las serpientes, los jaguares y los murciélagos voltearon, porque la tierra contuvo de repente la respiración. Los hombres de los desiertos detuvieron sus gritos, las aves esqueléticas cesaron sus graznidos y los mortales perdidos olvidaron su rechinar de dientes y sus tirones, los muertos de la nobleza aferraron con fuerza sus copas.

Martín, que se estaba acercando a la entrada del Palacio de Jade, se tambaleó y se quedó inmóvil. No entendía por qué, solo sabía que debía pararse, que una fuerza superior a sí mismo le exigía quedarse

anclado al suelo y no atreverse siquiera a voltear.

En el Mundo Intermedio, en el casino junto al mar, la tierra tembló. Los candelabros tintinearon. En los espejos y los vidrios de las ventanas del hotel se abrieron rajas enormes. Los huéspedes que estaban jugando a los dados y los empleados que trabajaban su turno contuvieron un grito, pensando que un terremoto atacaba la península.

Los dos Señores de la Muerte, que habían permanecido sentados en sus respectivas sillas de madera, se levantaron y contuvieron la respiración, igual que había hecho la tierra. Aníbal Zavala vio que el mapa de cenizas que mostraba la Tierra de la Muerte temblaba como una hoja, y a pesar que normalmente, con sus artes de hechicería, lo habría obligado a recuperar su forma original, le resultó imposible.

Vucub-Kamé se tambaleó, haciéndose eco del movimiento de Martín, y Hun-Kamé se llevó la mano a la garganta.

En su pedestal, el hacha de hierro que había cortado la cabeza de Hun-Kamé y que ansiaba cortar de nuevo, tembló también. Se estrujó entonces, como si estuviera hecha de papel, y se deshizo en mil pedazos, en fragmentos minúsculos de hierro que salieron proyectados hacia las paredes de la estancia.

Y, al mismo tiempo, el mapa de cenizas se derrumbó contra el suelo.

Era como si la tierra hubiera abierto la boca y hubiera vuelto a respirar, nueva, partiendo totalmente de cero.

Capítulo 34

Estaban a la sombra del Árbol de la Vida. Vucub-Kamé y Hun-Kamé, Zavala y Martín. Por mucho que hubieran querido mantenerse alejados de allí, no lo habrían conseguido. Xibalbá los había atraído y exigía la presencia de todos ellos a orillas del lago.

De entrada, no había nada que ver; fue como acceder a una cámara austera y silenciosa. El Árbol de la Vida se alzaba majestuoso, imposiblemente alto, elevándose a una altura que ningún árbol natural era capaz de alcanzar. Y entonces, sin previo aviso, las aguas formaron una ola y del lago emergió un ser monstruoso. Era muy viejo y su cuerpo tenía un brillo resbaladizo, como el de una noche estrellada, con un torbellino de galaxias y el polvo de muchos soles muertos cubriéndole sus escamas. Era el Gran Caimán, la criatura ciega de las profundidades.

Mucho tiempo atrás, el caimán había sido desmembrado, sacrificado. Pero había resucitado.

La destrucción trae consigo renovación.

Casiopea se había arrojado al agua y el sacrificio se había hecho notar, resonando por todo Xibalbá. Había despertado al caimán, que apenas se alejaba de su morada oscura, una criatura gigantesca y de perfiles toscos, tan sobrecogedora que al verla Zavala cayó de rodillas al suelo. Martín siguió su ejemplo. Vucub-Kamé no se movió ni un centímetro.

—No puede ser –murmuró el dios.

Vucub-Kamé había vaticinado muchos futuros, pero jamás podría haber vaticinado aquel. Se sabía derrotado, pero el alcance de la derrota ardía como la furia del látigo. Era como si el universo hubiera decidido humillarlo conjurando aquella visión, aquel ser. Vucub-Kamé fijó la vista en las palmas de sus manos, quemadas por el hacha que empuñaba. Quemadas sin razón alguna. ¡La situación parecía una broma! No había conseguido nada.

El caimán alcanzó lentamente la orilla. Cada uno de sus pasos

provocaba un temblor de tierra. Abrió la mandíbula y en su boca apareció un bulto envuelto en tela. El caimán depositó el bulto en el suelo y regresó tranquilamente al agua.

Dioses y mortales permanecieron inmóviles, sumidos en el silencio de su partida, hasta que Hun-Kamé dio un paso al frente.

El bulto de tela era de color carmesí, el tipo de paño que se utilizaría para envolver un cadáver. Hun-Kamé se arrodilló y tiró de uno de los extremos de la tela. Y allí, como una flor rota, yacía Casiopea. Su garganta lucía el corte del cuchillo, su ropa estaba empapada en sangre y tenía los ojos cerrados. Su cabello negro estaba adherido a la cabeza.

—Es un truco de ilusionismo —murmuró Vucub-Kamé. Le dolían las palmas de las manos como si acabara de herírselas de nuevo—. Has hecho trampas.

—La victoria es de ella —replicó Hun-Kamé, con tanta rabia que Vucub-Kamé agachó su orgullosa cabeza.

Hun-Kamé miró de nuevo a la joven. La contempló con cariño y con más cariño si cabe la tocó. Acarició con un dedo sus cejas, lo deslizó por las mejillas, le tocó los labios hasta que, finalmente, presionó con la mano entera su cuello. El corte de la garganta se transformó en una línea de cinabrio rojo. Y acto seguido, Hun-Kamé borró aquella línea de polvo rojo y la piel quedó curada.

Casiopea abrió lentamente los ojos, como si estuviera despertándose de un sueño largo y profundo. Hun-Kamé se incorporó y la ayudó a levantarse, y cuando lo hizo, sus maltrechas prendas quedaron sustituidas por un vestido de color guinda intenso con flecos negros que le llegaban hasta la altura de los tobillos y un cinturón negro adornándole la cintura. A su vez, las prendas de él también cambiaron; el saco y el pantalón del Mundo Intermedio desaparecieron y quedaron sustituidos por un taparrabos negro, una capa confeccionada con plumas de mariposas negras y el collar de jade verde descansando sobre su pecho.

Casiopea parpadeó, se balanceó de un lado a otro por un instante, y contempló a Hun-Kamé, ornado con la magnificencia de un dios. Cuando habló, lo hizo con un murmullo.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Has ganado la competencia —respondió Hun-Kamé—. Y me has salvado.

—Sé que he muerto —musitó Casiopea, llevándose la mano al cuello. Miró a su alrededor y luego miró de nuevo a Hun-Kamé—. ¿Llegué aquí en primer lugar?

—Eso nadie puede negarlo —dijo Hun-Kamé, y volteó hacia su hermano.

Vucub-Kamé seguía sin levantar la cabeza, pero entonces extendió una mano y sobre la palma de esa mano se materializó una caja negra decorada con calaveras. Le ofreció la caja a Hun-Kamé. No lo hizo con alegría, pero incluso un dios está obligado a acatar las reglas y Vucub-Kamé sabía que no podía continuar en el trono.

—No, es imposible negarlo. Ha llegado en primer lugar al Árbol de la Vida, y el Gran Caimán ha sido testigo de ello. Tu reino está asegurado. Te ofrezco lo que te quité —dijo.

Hun-Kamé tomó la caja y la abrió. Contenía el ojo que le faltaba, una piedra preciosa sobre terciopelo. Debía reintegrarlo a su cuerpo y completar de este modo el proceso que había iniciado en Yucatán. Pero antes de hacerlo, se dirigió a Casiopea.

—Te debo mi reino y mi gratitud —dijo—. Te prometí todo lo que deseara tu corazón y podrás tener todo lo que desees. Si me pides todas las joyas de la tierra, te las proporcionaré. Si deseas venganza contra tu primo traidor, su sangre será derramada.

Casiopea miró fijamente a Martín, que seguía arrodillado y con la frente pegada a la tierra. Igual que Zavala. Casiopea negó con la cabeza.

—Nunca quise ninguna joya —dijo—. Y me gustaría que Martín pudiese volver a casa.

—Muy bien —dijo Hun-Kamé—. Y en cuanto a ti, hermano…

—Me someto a ti —dijo Vucub-Kamé, levantando hacia el cielo las palmas quemadas de las manos—. Véngate de mí como proceda. Te lo has ganado.

Y bajo la sombra del Árbol de la Vida, Vucub-Kamé se arrodilló e inclinó la cabeza, como un prisionero de guerra. No ofreció resistencia. Era como si su carácter desafiante se hubiera agotado y como si el color hubiera desaparecido por completo de sus ojos. Eran claros como dos perlas y sus ropajes, imitando su desolado estado de ánimo, se habían marchitado y transformado en harapos consumidos por la polilla, dignos de un mendigo.

Hun-Kamé miró a Vucub-Kamé con expresión pétrea y acercó el

filo del cuchillo a su yugular, pero cuando se inclinó, fue para agarrar el hombro de su hermano.

—No he deseado otra cosa que tu muerte —dijo—, pero ahora descubro que no es necesaria. Fui poco amable contigo y tú me respondiste con la misma falta de amabilidad, pero no puedo perpetuar este ciclo de dolor.

Al oír aquello, Vucub-Kamé levantó la cabeza. Intentó leer el engaño en el tono de voz de su hermano, pero le resultó imposible.

—Lo que te lleva a comportarte así es la mortalidad que corre aún por tus venas —replicó, con cautela.

—Tal vez. O quizás la sabiduría de comprender que el orden de dualidad nunca debe desafiarse —dijo Hun-Kamé y a continuación, en voz baja—: O el hecho de que, a pesar de tanta amargura, eres mi hermano.

Hun-Kamé bajó la vista hacia las manos abrasadas de su hermano y Vucub-Kamé observó el rostro de Hun-Kamé, la cuenca vacía del ojo.

El odio es de naturaleza misteriosa. Puede capturar un corazón durante un eón entero y luego, cuando se espera que seguirá tan inmóvil como una montaña, desaparecer de repente. Pero incluso las montañas sufren erosión. El odio de Hun-Kamé había sido tan alto como diez montañas y el de Vucub-Kamé tan profundo como diez océanos. Y en aquel momento final, enfrentados el uno al otro, cuando Hun-Kamé debería de haber dejado que el odio lo tragara, decidió desterrarlo y Vucub-Kamé, a modo de respuesta, se despojó también de su manto de odio.

Casiopea se había entregado, y Hun-Kamé debía hacerlo también.

Hun-Kamé le devolvió a Vucub-Kamé la caja y Vucub-Kamé dudó por un momento antes de tomar con cuidado el ojo y colocarlo en la cuenca vacía de su hermano. Entonces, Vucub-Kamé levantó las manos y entre ellas se entretejió una corona, la diadema real de ónice y jade. La colocó sobre la cabeza de Hun-Kamé. Y alrededor de la cintura de Hun-Kamé apareció un cinturón de cuero decorado con incrustaciones, también de ónice y jade.

Los hermanos eran de la misma altura y cuando se miraron, sus ojos estaban al mismo nivel, un par oscuros y el otro claros. Eran eternos, inalterables, y aun así, habían cambiado.

—Bienvenido a tu morada, Supremo Señor de Xibalbá —dijo Vucub-Kamé.

El viento, que susurraba entre las ramas del Árbol de la Vida, repitió aquellas palabras.

Coronado de nuevo, Hun-Kamé podría haber hecho su entrada triunfante en palacio y disfrutado de nuevo de la gloria de su reinado. Los cortesanos habían empezado a llenar copas hasta el borde con licor, los quemadores de incienso perfumaban ya el salón del trono. Un centenar de cánticos de exaltación estaban a la espera de ser entonados.

Pero todo aquello tendría que esperar un poco más.

Hun-Kamé se acercó a la joven.

—Ven —le dijo a Casiopea.

La tomó de la mano. Recuperado su poder, Hun-Kamé no necesitaba el Camino Negro para caminar entre las sombras, como Casiopea había hecho, y simplemente se adentró en aquel espacio entre espacios y emergió en una esquina remota de su reino.

Era el desierto gris. Allí no crecía absolutamente nada. Era el confín de Xibalbá, donde empezaba el Camino Negro, por mucho que los límites de Xibalbá estuvieran en constante cambio y ningún cartógrafo pudiera dibujar un mapa exacto del territorio. Pero aun así, estaban en los límites del reino.

—Pronto deberás volver al Mundo Intermedio —dijo Hun-Kamé —. Y yo convertirme de nuevo en dios.

—¿No eres todavía un dios? —preguntó Casiopea.

Hun-Kamé respondió con un gesto negativo.

—Queda todavía una cosa pendiente —dijo.

Le tomó la mano, y Casiopea comprendió que se refería al fragmento de hueso que los unía, el detalle que vinculaba la muerte a la vida. Seguía allí.

—Después de todo esto… ¿no hay ninguna manera de que pueda quedarme? —dijo Casiopea.

—Estás viva —respondió él con seriedad.

—He muerto, hace apenas unos momentos —contratacó ella.

—Sí, y te he devuelto la vida. Ningún ser viviente puede permanecer mucho tiempo en el Reino de los Muertos. Acabaría marchitándose.

—Y tú no puedes existir en el mundo de los vivos.

—No. Te olvidas, además, de que mi mortalidad toca a su fin. Y con ello, mi corazón.

Casiopea asintió. Lo entendía, y si las lágrimas amenazaban con empezar a escocerle en los ojos, las secaría rápidamente. Hun-Kamé, como queriendo consolarla, siguió hablando.

—No me has pedido nada, pero deseo colocar ante ti los siguientes regalos. Permíteme que te otorgue el poder de hablar todos los idiomas de la tierra, puesto que la muerte conoce todos los idiomas —dijo—. Y permíteme asimismo otorgarte el don de conversar con los fantasmas que vagan por el Mundo Intermedio. Esta necromancia podría resultarte valiosa.

Sus palabras no fueron acompañadas por ninguna muestra de poder, y después de pronunciar aquellas palabras, ya no les quedó nada más que despedirse. Hun-Kamé la taladró con su mirada, pero su rostro se suavizó al mirarla y adquirió la expresión del hombre que está aún soñando. Sonrió.

Tomó la cara de ella entre ambas manos y tiró de ella hasta tenerla muy cerca. Casiopea posó la mano sobre su torso, allí donde residía el corazón del que acababa de hablarle.

Se puso de puntillas y lo besó, deseosa de que la recordara. Sabía que era imposible, que era como pedirle al océano que quedara contenido en la palma de una mano, pero él seguía siendo un poco mortal. Era, a pesar de sus resplandecientes ropajes y de la restitución de su poder, más mortal de lo que lo había sido nunca, y le devolvió el beso con la fe absoluta en el amor que solo los jóvenes poseen.

Hun-Kamé le besó los nudillos de la mano y cerró los ojos. Descansó entonces la mano en el cuello de ella. No quedaba la menor marca de la herida que se había infligido, pero él recorrió igualmente aquella línea invisible, antes de abrir de nuevo los ojos y mirar a Casiopea.

Y entonces extrajo el fragmento de hueso clavado en su piel, la última pieza del rompecabezas de su inmortalidad.

El hilo oscuro que los unía se rompió. Hun-Kamé se llevó la mano al pecho y contuvo un grito. Su corazón se estaba transformando en polvo bajo la palma de su mano y, a pesar de que dolía verlo, Casiopea no apartó la mirada.

Y cuando solo quedaba de su corazón una mota de polvo gris, Hun-Kamé se inclinó para volver a besarla, brevemente, una leve caricia en sus labios. Una mota de polvo podía contener en su interior un universo entero, y para Hun-Kamé era eso. Dentro de aquella mota

de polvo vivía todo su amor y se lo entregó a Casiopea, para que ella lo viera. Se había enamorado de ella despacio, sin hacer ruido, un amor silencioso, lleno de frases jamás pronunciadas, entretejido con sueños. Se había imaginado como un hombre para ella, le había permitido ver hasta donde llegaba aquel hombre, y ahora le había regalado aquella motita de su corazón, que era de hombre, para que pudiera retenerlo unos instantes antes de recuperarlo el segundo antes de que se evaporara.

Y cuando Hun-Kamé se enderezó y sus ojos se volvieron totalmente oscuros, sucedió algo curioso. La mota no se evaporó, sino que adquirió un tono bermellón y se alojó detrás de aquellos ojos oscuros, invisible. Pero Xibalbá, tan íntimamente conectada a su señor, debió de verlo, debió de saberlo. Xibalbá intuyó el eco de aquella despedida silenciosa.

Los habitantes del reino, que se habían quedado sorprendidos cuando la tierra contuvo la respiración, tuvieron ahora una segunda oportunidad de verse sorprendidos. Xibalbá era un lugar oscuro, construido con pesadillas amargas y sueños enfebrecidos, con piedras de dolor, una tierra donde las almas perdidas nunca lograban encontrar el camino adecuado. Pero el Señor Hun-Kamé había soñado un sueño distinto, y aquel sueño, que había quedado reducido a poco más que una mota, transformó sutilmente el reino.

En Xibalbá no había flores. Árboles, malas hierbas y aquellas orquídeas extrañas que no eran orquídeas, salpicaban el Inframundo; anemonas de desierto crecían en sus blancas llanuras, pero ni en sus selvas, ni en sus pantanos, ni en sus montañas había flores. Pero de pronto, empezaron a brotar flores en el lugar más asombroso, en el desierto gris. Flores rojas, diminutas, ansiosas de demostrar por Hun-Kamé lo que él ya no podía demostrar, para que Casiopea, en vez de observar el rostro gélido de un desconocido, tal y como él le había advertido que sucedería, visualizara las flores rojas, como tinta de una carta de amor. Las estrellas, unidas por el ojo humano, formaban constelaciones, y las flores, unidas entre sí, le hablaron. Y le dijeron: «Amor mío».

Hun-Kamé inclinó la cabeza hacia ella, como lo haría un hombre, no un dios.

Y entonces tomó de nuevo la mano de Casiopea y la envolvió en su manto por un segundo. Fue como sumirse en una negrura absoluta,

pues la oscuridad de la capa hizo desaparecer Xibalbá, y un segundo más tarde, se encontró en la habitación del hotel. Sola.

Capítulo 35

Llegó la tristeza, ansiosa por hacerle compañía, y Casiopea entrelazó las manos y las acercó a sus labios, sin levantar la cabeza. Y a pesar de encontrarse en aquel estado, no pudo dedicar mucho tiempo a su corazón roto porque de pronto llegó a sus oídos el sonido de un llanto, sorprendiéndola. Era como si alguien estuviese dando voz a su infelicidad. Con cautela, se acercó a la puerta de la habitación que había ocupado Hun-Kamé y descubrió a Martín sentado en el suelo. Su primo estaba llorando.

Casiopea se agachó a su lado, despacio, con la prudencia con la que se habría acercado a un niño asustado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El abuelo me matará en cuanto llegue a Uukumil —dijo Martín, sorbiendo por la nariz—. Habría sido mejor que le hubieses dicho a Hun-Kamé que me cortara la cabeza.

—El abuelo no te matará —respondió Casiopea, y suspiró.

—¿Por qué no le pediste que me asesinara?

—Tampoco tú me mataste a mí —replicó Casiopea.

Martín dejó caer los hombros. Tenía la ropa sucia, el pelo despeinado. Casiopea recordó lo orgulloso que se sentía su primo de sus trajes elegantes, de sus botas recién lustradas. Ella le había lustrado mil veces aquellas botas, tragándose las lágrimas mientras él le decía cosas crueles. Y ahora le había llegado a él el turno de pasarlo mal. Pero por mucho que se hubiera imaginado una escena como aquella cuando Martín le decía cosas desagradables, no le gustaba presenciarla personalmente.

—Sí… bueno… no soy un asesino —murmuró Martín.

—Tampoco yo.

Casiopea entró en el baño y salió con una toalla. Se la ofreció a su primo y se sentó delante de él. Martín dudó unos instantes, pero aceptó la toalla y se limpió un poco la cara.

—He sido horrible contigo —dijo, cuando hubo acabado—. Soy

una persona espantosa.

—Pues a lo mejor podrías dejar de serlo.

Martín arrugó la toalla y la sujetó con fuerza. Pestañeó para impedir que le cayeran más lágrimas.

—Te… te estoy muy agradecido, de verdad. Por haberle pedido que me devuelva a este mundo. Y lo siento. Lo siento mucho todo. ¿Aceptas mis disculpas?

Estaba destrozado y su voz estaba cargada de vergüenza. Casiopea pensó que hablaba en serio. Pero no era tan sencillo. Le había dejado cicatrices. No se fiaba de él. Aunque tampoco deseaba odiarlo. Ahora, no tenía sentido.

—No puedo perdonarte en un instante —replicó.

—A lo mejor… algún día, cuando haya pasado un tiempo. Cuando estemos de vuelta en Uukumil. No quiero volver a Uukumil, pero debo hacerlo. El viejo estará muy enfadado con nosotros —murmuró Martín.

—Si no quieres volver, tal vez no tendrías por qué hacerlo.

—¿Y dónde quieres que vaya? —preguntó Martín, sorprendido.

Casiopea se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero a lo mejor podrías encontrar el perdón de camino hacia allí.

Martín guardó silencio. Casiopea se levantó y él, con los ojos aún enrojecidos, se apartó el pelo de la cara.

—No piensas volver, ¿verdad? —preguntó.

—No, todavía no.

—En este caso, imagino que esto es una despedida.

—Sí. Hasta luego, Martín —dijo Casiopea.

Al final, Casiopea llegó a la conclusión de que «Hasta luego, Martín» era la frase que había deseado pronunciar todo aquel tiempo y que aquellas palabras contenían más satisfacción que cualquier fantasía sofisticada de venganza que pudiese haber imaginado. A partir de aquel momento, tomaban rumbos distintos, y con ello era suficiente.

Casiopea volvió a la habitación y se acurrucó en la cama sin retirar ni siquiera la colcha. Estaba cansada, y no era solo agotamiento físico por haber recorrido el camino, sino también cansancio espiritual. Cuando se despertó, ya era de día y Martín se había marchado. Le había dejado escrita una nota, diciendo que

probablemente iría a Guadalajara. Y junto a la nota, había dinero, su disculpa final. Casiopea guardó los billetes en la maleta y recogió toda su ropa. Y mientras guardaba sus cosas, se dio cuenta de que conservaba aún su viejo rebozo, el que llevaba en el pueblo. Un trozo de tela delgada y barata que había vivido mejores tiempos, pero decidió cubrirse los hombros con él. Había viajado con aquella prenda, soportando distancias y enemigos. Pensó que le daría suerte.

Cuando hubo hecho la maleta, abrió la puerta de la habitación de Hun-Kamé y se quedó en el umbral, percibiendo su vacío. Su sombrero seguía en la mesita de noche, en el armario, sus trajes. Acarició las prendas, pero ya no quedaba nada de él, ni siquiera un mechón de pelo. Podría habérselo imaginado todo perfectamente, haber soñado solo con él.

Pero sabía que no había sido un sueño.

Casiopea bajó al vestíbulo y notó que estaba distinto. El brillo había desaparecido. Era una sensación similar a estar en el interior de una concha vacía. Pidió un coche para ir hasta Tijuana. El recepcionista se disculpó, diciéndole que tardaría unos minutos. Se había producido un pequeño terremoto y había problemas de abastecimiento de agua. Al parecer, varios huéspedes se habían marchado.

Casiopea decidió esperar fuera, junto a la puerta del hotel. Miró el cielo. Vio llegar un automóvil y tomó la maleta. Lo reconoció como el mismo vehículo que los había trasladado hasta el hotel. Pero el chofer era distinto. Llevaba un saco verde y gorra plana a conjunto. Era el hombre que había conocido en Mérida: Loray.

—Buenos días —dijo, al detener el automóvil.

En la solapa del saco llevaba un alfiler de plata en forma de flecha y sus ojos eran de color verde selva, el color de la caza. El cuervo estaba posado en su hombro.

—Buenos días —repitió el pájaro.

Casiopea, con mala cara, se acercó al automóvil.

—¿Qué hace aquí?

—Hun-Kamé cumplió su parte del trato y me permitió recorrer el Camino Negro. Por fin he podido dejar atrás Mérida.

Asomó la cabeza por la ventanilla y le ofreció una sonrisa amistosa, que ella no correspondió.

—Eso no explica qué hace aquí.

—Oh, bueno… Hun-Kamé pensó que necesitarías transporte y me ofrecí para ocuparme de ello. Sube.

Casiopea tomó con ambas manos el asa de la maleta y la colocó delante de ella, pero no se movió. Loray emitió un suspiro casi teatral.

—Mira, a pesar de todo lo que puedas haber oído sobre los demonios, no somos tan espantosos. Y además, tu alma no me interesa. A menos que la tengas en venta —dijo, y salió del automóvil, abrió la cajuela y le indicó a Casiopea con un gesto que metiera la maleta allí—. Era una broma.

—Pues no es nada gracioso.

Loray la miró con exasperación.

—Soy divertidísimo. Vamos. No puedes quedarte eternamente aquí. Zavala se ha largado con el rabo entre las piernas y este lugar se irá al traste muy pronto. Ya no queda ni un gramo de magia. Los ladrillos se resquebrajarán, los marcos de las ventanas caerán y habrá un millón de cucarachas. Nunca hay que construir cimientos con la magia. Mantenerlo en funcionamiento es demasiado difícil —dijo—. Este es el automóvil de Zavala y, desde un punto de vista técnico, no tendría que conducirlo. ¿Qué prefieres? ¿Ir en un vehículo robado o quieres que perdamos aún un poco más de tiempo? —concluyó.

Casiopea cambió el peso del cuerpo al otro pie, pero echó a andar hacia la parte posterior del automóvil. Loray intentó guardarle el equipaje en la cajuela, pero ella no se lo permitió y lo metió sin su ayuda. Loray cerró la cajuela, se dirigió hacia el lado del acompañante y le abrió la puerta a Casiopea, que tomó asiento.

Circularon en silencio, con Casiopea con la mirada fija en los pliegues de su falda.

—Hun-Kamé te manda un regalo, por cierto —dijo Loray, buscando algo en el bolsillo de su saco.

Extrajo una bolsita negra y se la entregó a Casiopea. Cuando la abrió, descubrió que contenía perlas negras. Sonrió. Hun-Kamé había cumplido su promesa. Pero su sonrisa se volvió amarga y se encogió de dolor. Las perlas tintinearon entre ellas.

Loray la miró por el rabillo del ojo.

—Pensé que eso te haría más feliz —dijo—. Deben de valer una buena fortuna. Me pregunto a cuánto estarán hoy en día las perlas negras. Podemos averiguarlo en Tijuana.

—¿Qué? ¿Pretende que las empeñe para satisfacer su curiosidad?

—No he dicho eso —respondió tranquilamente Loray.

Casiopea tenía la sensación de que Loray se lo tomaba todo muy tranquilamente. El cuervo posado en su hombro volteó para mirarla y asintió, como si quisiera con ello mostrarse de acuerdo con lo que ella pensaba. Se preguntó qué le habría contado Hun-Kamé a Loray sobre ella, o si le habría entregado las perlas acompañándolas simplemente con un sombrío silencio. Si las perlas eran el resultado del cumplimiento exacto del acuerdo por parte del dios o si aquella última atención hacia Casiopea escondería un poco de cariño.

Decidió no darle más vueltas al tema. No era el tipo de cosas que quería comentar con un desconocido. Tal vez, alguna noche, se lo preguntaría a las estrellas, se lo preguntaría a la oscuridad, y siempre cabía la posibilidad de que la oscuridad le susurrara una respuesta.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Puedo dejarte donde quieras. Pero yo me dirijo a algún sitio donde hablen francés. Es un idioma maravilloso y hace décadas que no lo oigo hablar. Estoy intentando decidir si me resulta más apetecible Nueva Orleans o Quebec. ¿Tú qué opinas? —preguntó.

—No conozco ninguno de los dos lugares.

—¿Te gusta el gumbo? Esa es la pregunta.

—Tampoco sé qué es eso.

—¿Quieres probarlo?

—Probarlo —dijo el cuervo, que saltó del hombro de Loray para instalarse en el asiento trasero del automóvil.

—¿Está pidiéndome que lo acompañe?

—Bueno, viajas en mi automóvil.

—¿Lo considera su automóvil aunque lo haya robado?

—Derecho de propiedad, chiquilla —dijo Loray alegremente.

Casiopea acarició el tablero, reflexionando sobre la situación. Necesitaba un medio de transporte y no es que deseara mucho quedarse en Tijuana. No se había detenido aún a pensar cuál iba a ser su siguiente parada. Volver a casa quedaba descartado. Y quería seguir en movimiento.

—¿Y por qué iba a llevarme con usted? —preguntó.

—Para estar más entretenido. Y además, podrías ocuparte del mapa para salvarme la vida. ¿Sabes interpretar mapas?

—Por supuesto —respondió Casiopea, que había pasado mucho tiempo mirando los atlas del abuelo y recorriendo carreteras con la

punta del dedo.

—Estupendo. Carezco por completo de sentido de orientación.

—Le recuerdo que en su día me calificó de «paquete algo sucio» —dijo Casiopea.

—Dama Tun, he intentado compensártelo comprándote vestidos bonitos. Por cierto, la falda te sienta estupendamente. Me gusta la gente que sabe combinar colores.

Casiopea no estaba dispuesta a claudicar fácilmente. Soltó un «ufff» y se apresuró a colocar las manos sobre el regazo.

—Y bien… ¿Nueva Orleans o Quebec?

—No sé si quiero decidir ahora —dijo Casiopea.

—Hazme caso con lo que voy a decirte. La respuesta siempre está en el «ahora». Además, ¿tienes algo mejor que hacer? ¿Pasarte un par de décadas llorando?

Casiopea estrujó con nerviosismo el tejido de la falda y se mordió el labio. La poesía dramática que había leído habría indicado que debería llorar y mucho más. Rebosaba tristeza, sí, pero no quería resquebrajarse como la porcelana. Tampoco marchitarse. En el mundo de los vivos, había que vivir. ¿Y acaso no había sido siempre aquel su deseo? Vivir. Vivir de verdad.

Loray sacó del interior del saco una petaca de ánfora y bebió un trago. Se la ofreció a Casiopea, que la rechazó.

—¿De verdad tiene que hacer eso? ¿Conducir con una sola mano? —preguntó, alarmada.

—Soy un demonio, por si no lo recuerdas. No te preocupes —dijo Loray, echando la cabeza hacia atrás.

—Ya sé que es un demonio. Por eso estoy preocupada.

—Oh, eso son minucias. No pienso robarte el alma, te lo prometo.

Casiopea intentó relajarse en el asiento del coche, observando las manos de Loray en el volante, sus pies en los pedales. Siempre le habría gustado conducir un automóvil, y así se lo había confesado a Hun-Kamé. Y ahora, por fin, estaba sentada en un automóvil.

—¿Me enseñaría? —preguntó.

—¿A qué? ¿A robar almas? –preguntó Loray, levantando una ceja.

—¡A conducir!

—¿Y si tenemos un accidente?

—Parece una línea recta —dijo Casiopea.

Rio y señaló la carretera polvorienta por la que estaban circulando. No daba la sensación de que mover el vehículo por la carretera fuera muy complicado. Loray lo hacía con despreocupación.

—Igual que la vida; luego se bifurca.

—Quiero conducir.

—¿Pero ahora? —replicó Loray, dubitativo.

—La respuesta siempre está en el «ahora».

Loray siempre parecía dispuesto a cometer alguna diablura, y la respuesta de Casiopea solo sirvió para acentuar su sonrisa diabólica.

—Tú ganas —reconoció—. Pero si conduces tú, ¿quién se ocupará de los mapas?

—Enséñeme a conducir un poco y yo le enseñaré a interpretar los mapas.

Loray se quitó la gorra y sonrió.

—Después de eso, quiero que me tutees y me consideres tu amigo, ¿entendido?

—Eso ya lo veremos.

Loray detuvo el automóvil allí mismo, en medio de la carretera, y salió. Casiopea abrió la puerta e intercambiaron asientos. Casiopea se sentó con la espalda muy recta y estudió el volante. El sol estaba ya en lo más alto y no se veía ni una sombra. El desierto resplandecía y el cielo era un extenso toldo azul. No había más vehículos. Se sintió atrevida.

—¿Qué hago primero? —preguntó.

—Primero —dijo el cuervo.

Loray le dio otro trago a la ánfora, hizo un gesto como si pusiera el motor en marcha con las llaves y le explicó cómo funcionaba el vehículo. Cuando el automóvil se puso en movimiento, Casiopea se echó a reír. La carretera era larga y temía que el automóvil se desviara y no supiera cómo detenerlo, pero siguió sonriendo.

Glosario

El idioma maya carece de homogeneidad. En México y América Central se habla un total de veintinueve idiomas mayas distintos. Su representación en escritura latina ha ido cambiando con el paso del tiempo. Y en consecuencia, si consultáramos un diccionario maya del siglo XIX, probablemente encontraríamos una determinada palabra escrita de forma distinta como aparece en un diccionario contemporáneo.

En esta novela, he utilizado el formato modernizado para la mayoría de las palabras. A modo de ejemplo, los nombres de los Señores de Xibalbá aparecen mencionados en los textos más antiguos como Hun-Camé y Vucub-Camé, y yo los he plasmado como Hun-Kamé y Vucub-Kamé (pueden encontrarse también como Jun-Kamé y Wukub-Kamé, aunque no es tan habitual). En cualquier caso, los nombres se traducirían como Una Muerte y Siete Muertes, respectivamente.

Dioses de jade y sombras está inspirada en el Popol Vuh. En la novela se encuentran entretejidos muchos elementos de la mitología maya, algunos de forma más explícita que otros. Se trata, sin embargo, de una obra de ficción y en ningún momento debería considerarse como un texto antropológico. De todos modos, ofrezco a continuación un sencillo glosario que podría ser de interés para los lectores.

aluxo'ob: espíritu bromista que puede causar maldades, pero que puede aplacarse con la ayuda de ciertas ofrendas y proteger con ello los cultivos.

balché: bebida fermentada hecha con la corteza de un árbol, empapada en miel y agua. Los lacandones la utilizaban en ceremonias, donde se practicaba la embriaguez ritual.

bul: juego de mesa, practicado con granos de maíz. El término «bul» puede hacer también referencia a cualquier juego de azar, como los dados.

caimán: reptil, miembro del orden de los cocodrilos, que habita en marismas y pantanos.

casta divina: familias de clase alta de origen europeo, descendientes de aquellos que dominaron la política y la economía en Yucatán.

ceiba: árbol tropical. Cuando la ceiba es joven, su tronco posee una intensa tonalidad verde jade y cuando envejece, la coloración cambia hacia un color más grisáceo. En la mitología maya, la ceiba es un árbol de la vida que conecta los distintos planos de la existencia.

cenote: poza de agua. Igual que sucede con las cuevas, algunos cenotes estaban considerados entradas al Inframundo y poseían una gran importancia ritual.

charro/a: jinete tradicional de la zona central de México, fácilmente reconocible por sus prendas de sofisticada confección.

chu'lel: energía vital. La poseen todos los animales y objetos inanimados.

contador del tiempo: adivino que interpreta el ciclo del calendario.

cuch chimal: ser derrotado, cargar con el escudo al batirse en retirada. Palabra de origen náhuatl.

diadema real: los reyes mayas lucían una diadema adornada en su parte central con una pieza de jade grabada con motivos, conocida como «sak hu'unal», símbolo de la realeza. Después de subir al trono, el rey podía representarse también con un cetro (k'am k'awiil).

haltun: grietas en el suelo de roca calcárea donde se acumula el agua de lluvia. Abrevadero de piedra.

henequén o sisal: planta fibrosa que se utiliza para tejer desde tiempos precolombinos. Era la piedra angular de la economía de Yucatán.

Héroes gemelos: dos hermanos que viajaron a Xibalbá y, entre otras cosas, vengaron la muerte de su padre y de su tío en manos de los dioses del Inframundo derrotándolos en varias competiciones. Están relacionados con la idea de los ciclos, del nacimiento y el renacimiento.

hetzmek: ceremonia que señala la primera vez que un niño es transportado en la cadera de su madre. Normalmente tiene lugar a los tres meses de su nacimiento. El tres se asocia con las mujeres porque tres son las piedras que sostienen el comal que utilizan las mujeres para preparar la comida.

jade: el jade se asociaba con el maíz y, por lo tanto, con la vida. Como parte de los ritos funerarios, era costumbre colocar una pieza de jade en la boca de los cadáveres. El jade se asociaba también con la realeza.

kak noh ek: estrella con cola de fuego. Cometa grande o asteroide. El maya precolonial no distingue entre cometas, asteroides y meteoros como hacemos nosotros. Por ejemplo, los cometas se definen por su tamaño, de tal modo que «kak noh ek» significa estrella grande de fuego. Las más pequeñas reciben el nombre de «chamal dzutan», que literalmente significa puro del hechicero. Pero cuando este puro se apaga, puede convertirse en un meteoro, y existe también lo que se conoce como «hala lek», una estrella veloz. Se emplean también otros términos. En la novela, he utilizado «kak noh ek» porque en mi narración fue un cuerpo celestial «grande» lo que dio origen a los dioses de los mayas, pero también sería apropiado «hala lek», «u halal el dzutam» u otros términos.

Kamazotz: el Murciélago de la Muerte. Una criatura que habita en Xibalbá.

kuhkay: luciérnaga. Se asocia con las estrellas y los puros, por su punta encendida.

k'up kaal: decapitar o cortar el cuello. La decapitación ritual aparece en muchos monumentos y relatos mayas. Los jugadores del juego de la pelota acababan decapitados, una ofrenda presente en el *Popol Vuh*. El sacrificio, en todas formas y formatos, es parte esencial del universo maya.

Mamlab (plural; singular Mam): deidades huastecas asociadas con la lluvia y los truenos. Cuando el río se desborda por la lluvia, se utilizan los vientres de los animales hinchados que se han ahogado en la corriente a modo de tambores.

Mundo Intermedio: en la Antigua cosmología maya, la Tierra es el lugar donde habitan los humanos.

Patan: tributo, deber. Pero también una virtud. Incluso los reyes pagan tributos a los dioses.

Popol Vuh: narración sobre la creación de los mitos del pueblo K'iche' transmitido originalmente mediante tradición oral.

pulque: bebida alcohólica.

sacrificio: la nobleza maya utilizaba espinas de raya y otros instrumentos para extraer la sangre que alimentaba a los dioses. Cuando los Héroes Gemelos derrotaron a los Señores de Xibalbá, ordenaron que los humanos no siguieran ofreciendo sacrificios, tan solo savia de árbol (*Croton sanguifluus*) y «sangre sucia». El sacrificio humano es el motor que hace girar el universo, y los sacrificios son

inevitables. De hecho, la razón por la que los humanos fueron elegidos para habitar la tierra fue para proporcionar esos sacrificios.

sascab: piedra caliza blanca y poco consolidada. Utilizada por los mayas para la construcción.

sastún: piedra espejo. Utilizada para la adivinación.

suhuy ha: lugar de aguas vírgenes o puras; agua para ser utilizada en rituales.

tun: piedra. También, año. Las piedras se asocian con el tiempo y los ciclos, puesto que se utilizan para conmemorar acontecimientos.

Uay Chivo: literalmente «cabra fantasma». Hechicero maligno que puede adoptar la forma de una cabra. En los relatos mayas, los hechiceros pueden adoptar múltiples formas, incluyendo las de gatos o perros.

Xaman Ek: el dios de la Estrella Polar, que guiaba a los mercaderes.

Xibalbá: el Inframundo maya, repleto de visiones aterradoras, como un río de sangre o un río de pus. Los mayas de Yucatán se referían al Inframundo como Mitnal. Las lechuzas y los perros se asocian con la muerte, de ahí que los mensajeros de Xibalbá sean cuatro aterradoras lechuzas (en la novela se mencionan Chabi-Tucur y Huracán-Tucur).

x'kau: ave negra común, similar a una urraca. *Quiscalus mexicanus* o zanate, en español.

Xtabay: criatura mitológica que tiene el aspecto de una bella mujer que seduce a los hombres y los conduce a la muerte.

Zaca: bebida mezclada con maíz molido que se utiliza en ofrendas

religiosas.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a David Bowles, que leyó el primer borrador de esta novela y corrigió el vocabulario maya utilizado. Mi más sincero agradecimiento también a Eddie Schneider, mi agente. Y finalmente, gracias a mi editora, Tricia Narwani y a todo el personal de Del Rey que ha hecho posible este libro.

Dioses de Jade y Sombra
Silvia Moreno-Garcia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Gods of Jade and Shadow*

© 2019 by Silvia Moreno-Garcia

Diseño e ilustración de cubierta: Daniel Pelavin

Publicado por acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, division de Penguin Random House LLC

Traducción: © Isabel Murillo Fort

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-450-1404-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

LA
SOMBRA
DE LOS
DIOSES
JOHN
GWYNNE
minotauro

La sombra de los dioses

Gwynne, John

9788445014226

496 Páginas

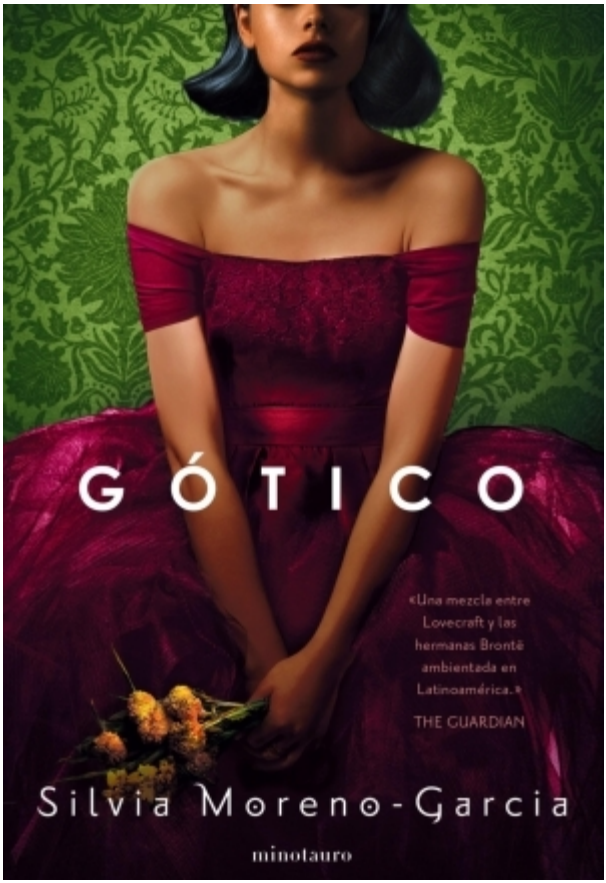
Cómpralo y empieza a leer

Ha pasado un siglo desde que los dioses lucharon y se extinguieron. Ahora solo quedan sus huesos, que prometen un gran poder a aquellos lo suficientemente valientes como para buscarlos.

Mientras los susurros de guerra resuenan en la tierra de Vigrið, el destino sigue los pasos de tres guerreros: una cazadora en una búsqueda peligrosa, una mujer noble que busca la fama en la batalla y un esclavo que busca venganza entre los mercenarios conocidos como los Hermanos de Sangre.

Los tres darán forma al destino del mundo, ya que una vez más cae bajo la sombra de los dioses.

Cómpralo y empieza a leer


GÓTICO
«Una mezcla entre Lovecraft y las hermanas Brontë ambientada en Latinoamérica.»
THE GUARDIAN
Silvia Moreno-Garcia
minotauro

Gótico

Moreno-García, Silvia

9788445010549

352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras recibir una extraña carta de su prima recién casada, Noemí Taboada se dirige a High Place, una casa en el campo en México, sin saber qué encontrará allí. Noemí no parece tener dotes de salvadora: es glamurosa, más acostumbrada a asistir a cócteles que a las tareas de detective. Pero también es fuerte, inteligente y no tiene miedo: ni del nuevo marido de su prima, un inglés amenazante y seductor; ni de su padre, el antiguo patriarca que parece fascinado por Noemí; ni de la casa, que empieza a invadir los sueños de Noemí con visiones de sangre y fatalidad.

El único amigo que Noemí encontrará es el hijo menor de la familia, quien también da la impresión de estar tapando secretos oscuros. Porque hay muchos secretos escondidos en las pareces de High Place, como descubrirá Noemí cuando empiece a desenterrar historias de violencia y locura. Cautivada por este mundo aterrador a la par que seductor, a Noemí le resultará difícil salvar a su prima... O incluso escapar de esa enigmática casa.

Premio Goodreads a Mejor Novela de Terror 2020.

Premio Locus a Mejor Novela de Terror 2021.

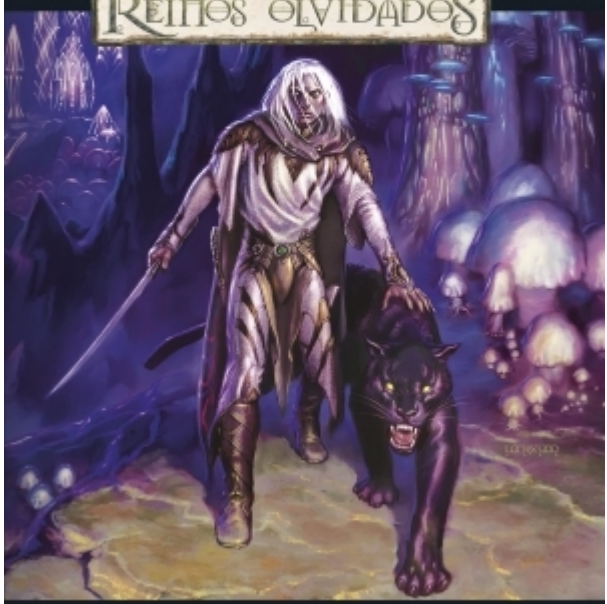
Cómpralo y empieza a leer

R. A. SALVATORE

La morada

LA LEYENDA DE DRIZZT

REINOS OLVIDADOS



EL ELFO OSCURO - VOLUMEN 1

minotauro

Elfo Oscuro nº 01/03 La morada

Salvatore, R. A.

9788448008116

464 Páginas

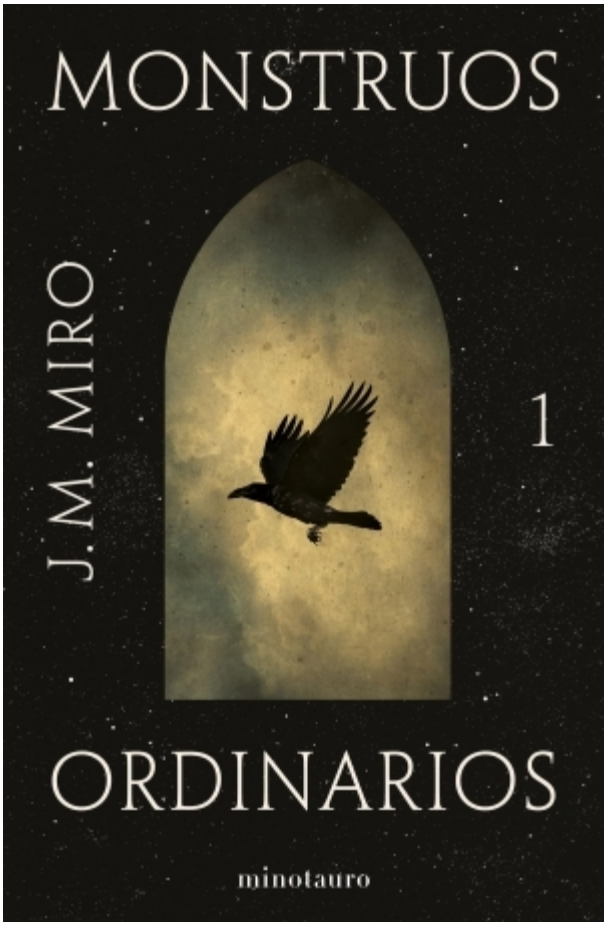
Cómpralo y empieza a leer

La extraña y exótica Menzoberranzan, la gran ciudad de la Antípoda Oscura, fundada hace milenios por los elfos oscuros tras su marcha del mundo exterior, es la morada del héroe de "El valle del viento helado", Drizzt Do'Urden.

Drizzt, el joven príncipe de una de las casas regentes, llega a la madurez en el mundo cruel y despiadado de su raza, donde el único rayo de esperanza es su maestro de armas, Zaknafein, quien le enseña cómo -y para qué- usar una espada.

Dotado de un honor incomprensible para la sociedad sin principios que lo rodea, atenta únicamente a satisfacer los viles caprichos de la reina Araña, el joven Drizzt se enfrenta a un dilema inevitable: ¿podrá vivir en un mundo que rechaza la integridad?

Cómpralo y empieza a leer


MONSTRUOS
J.M. MIRO
1
ORDINARIOS
minotauro

Monstruos ordinarios

Miro, J.M.
9788445015247
624 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

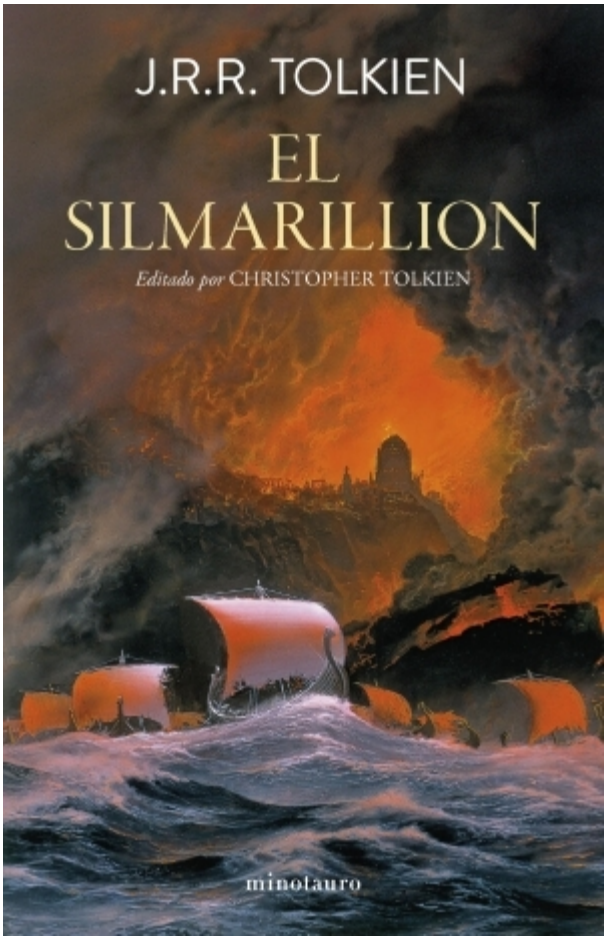
A pesar de haber sobrevivido a una infancia llena de brutalidad en Mississippi, Charlie Ovid no tiene ni una cicatriz. Su cuerpo se cura a sí mismo, lo quiera o no. Marlowe, un expósito de un vagón de mercancías, brilla con una extraña luz azulada. Puede derretir o reparar la carne. Cuando Alice Quicke, una detective cansada con un pasado problemático, es reclutada para escoltarlos a un lugar seguro, los tres comienzan un viaje hacia la naturaleza de la diferencia y la pertenencia, y los bordes sombríos de lo monstruoso.

Lo que sigue es una historia de asombro y traición. Desde las calles iluminadas con gas de Londres y los teatros de madera del Tokyo de la era Meiji, hasta llegar a una fantasmagórica propiedad en las afueras de Edimburgo, donde otros niños con dones, como Komako, una niña bruja o Ribs, una chica que se cubre de invisibilidad, se ven obligados a combatir las fuerzas que amenazan su seguridad.

Allí, el mundo de los muertos y el mundo de los vivos amenazan con chocar. Con esta nueva familia, Komako, Marlowe, Charlie, Ribs y el resto de los Talentos descubren la verdad sobre sus habilidades. Y a medida que se revelan los secretos, surge una nueva pregunta: ¿Qué define verdaderamente a un monstruo?

Fascinante en su alcance, exquisitamente escrito, Ordinary Monsters presenta una visión catastrófica del mundo victoriano y de los niños superdotados y destrozados que deben salvarlo.

Cómpralo y empieza a leer


J.R.R. TOLKIEN
EL SILMARILLION
Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN
minotauro

El Silmarillion (edición revisada)

Tolkien, J. R. R.
9788445077955
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El Silmarillion cuenta la historia de la Primera Edad, el antiguo drama del que hablan los personajes de El Señor de los Anillos, y en cuyos acontecimientos algunos de ellos tomaron parte, como Elrond y Galadriel… Una obra de auténtica imaginación, una visión inspirada, legendaria o mítica, del interminable conflicto entre el deseo de poder y la capacidad de crear.

EDICIÓN REVISADA

Cómpralo y empieza a leer